

Vivir lo inesperado

(Carta del hermano Roger)

CARTA 1974

Te he escrito a ti, que quieres construir tu existencia en comunión con Cristo que es amor. Mientras más te refieras— a lo largo de tu existencia — a unos cuantos valores esenciales, a algunas realidades simples, tanto más libre serás para pasar de un provisional a otro provisional.

Apertura del concilio de los jóvenes
Taizé, 30 de agosto 1974

Con el pueblo de Dios, con hombres de toda la tierra, estás invitado a vivir lo inesperado. Solo ¿cómo llegarías a conocer el resplandor de Dios?

Demasiado resplandeciente para ser visto, Dios es un Dios que ciega la mirada. Cristo capta este fuego devorador y, sin deslumbrar, deja transparentar a Dios.

Conocido o no, Cristo está aquí, cerca de cada uno. Está tan unido al hombre que permanece en él, aún cuando él lo ignore. Está ahí, clandestinamente, quemadura ardiente en el corazón del hombre, luz en la oscuridad.

Pero Cristo es también alguien distinto a ti. Él, el que Vive, está delante y más allá de ti.

Ahí está su secreto: Él fue quien te amó primero.

Ahí está el sentido de tu vida: ser amado para siempre, amado hasta en la eternidad, para que a tu vez, llegues hasta morir de amar. Sin amor ¿para qué existir?

En adelante, en la oración como en la lucha, nada es grave salvo perder el amor. Sin el amor, ¿para qué la fe? ¿De qué sirve llegar hasta quemar el propio cuerpo en las llamas?

¿Lo presientes? La lucha y la contemplación tienen una sola e idéntica fuente: Cristo; que es amor.

Si oras, es por amor. Si luchas para devolver un rostro humano al hombre explotado, es también por amor.

¿Te dejarás introducir por este camino? Arriesgando el perder tu vida, por amor, ¿vivirás a Cristo para los hombres?

Con los hombres de toda la tierra

Para hacer oír la voz de los hombres sin voz, para promover una sociedad sin clases, ¿qué puede un hombre por sí solo?

Con todo el pueblo de Dios, colectivamente, es posible encender un fuego sobre la tierra.

Hay una pregunta de Cristo, que nos agarra por el cuello: cuando el pobre tenía hambre ¿me reconociste en él? ¿Dónde estabas cuando yo compartía la vida del más desfavorecido?

¿Fuiste el opresor, aunque sólo fuera de uno solo sobre la tierra? Cuando yo decía «¡Ay de los ricos!», ricos en dinero, ricos en doctrinarismos ¿preferiste los espejismos de la riqueza?

Tu lucha no puede vivirse en ideas que no hacen más que dar vueltas, sin concretizarse.

Rompe las opresiones de los pobres y de los explotados: testigo asombrado verás nacer — desde ahora — signos de resurrección sobre la tierra.

Comparte tus bienes en vistas a una mayor justicia. No hagas a nadie víctima de ti mismo. Hermano de todos, hermano universal, acude hacia los más despreciados, los rechazados.

«Ama a los que te odian, ora por los que te hacen daño». Si odias ¿qué reflejarías de Cristo? «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Qué estragos, en ti, si te odiaras a ti mismo.

Hombre de sobreabundancia, tú intentas comprenderlo todo del otro.

Mientras más te acerques a una comunión, más el tentador intervendrá. Para liberarte de él, canta a Cristo, hasta el gozo sereno.

Las tensiones pueden tener valor de creatividad. Pero cuando la relación con el otro llega a degradarse en el bullir de las contradicciones interiores, en la imposibilidad de comunicación, hay — no lo olvides — un más allá de la aridez de este presente.

El hombre juzga al otro a partir de sí mismo, según su corazón. Tú, acuérdate únicamente de lo mejor que has descubierto en el otro. Con la palabra de liberación sobre los labios, y no la boca llena de condenaciones, no te canses buscando la paja que hay el ojo de tu hermano.

Si eres falsamente juzgado, a causa de Cristo, danza y perdona como Dios ha perdonado. Te encontrarás incomparablemente libre.

En toda discrepancia, ¿para qué buscar quién se ha equivocado y quién tiene razón?

Huye de la habilidad que maniobra, busca la limpidez del corazón, no manipules jamás la conciencia del otro, utilizando su inquietud como una palanca para hacerlo entrar en tu proyecto.

En todas las cosas, la facilidad de los medios va contra la creatividad. La pobreza de medios conduce a vivir intensamente la alegría del hoy. Pero el gozo se desvanece si la pobreza de medios conduce al puritanismo o a un juzgar a los demás.

La pobreza de medios engendra el sentido de lo universal... Y la fiesta recomienza... La fiesta no se acabará nunca.

Si desapareciera la fiesta entre los hombres... Si llegáramos a despertarnos un día en una sociedad saciada, pero vacía de espontaneidad... Si la oración se volviera un discurso secularizado hasta el punto de evacuar el sentido del misterio, sin dejar lugar a la oración del cuerpo, a la poesía, a la afectividad, a la intuición... Si llegáramos a perder una confianza de niños en la eucaristía y en la palabra de Dios... Si, en los días en que todo se vuelve gris, destruyéramos lo que hemos captado en los días luminosos... Si fuéramos a rechazar una felicidad ofrecida por Aquél que declara ocho veces «Dichosos...» (Mateo 5).

Si del cuerpo de Cristo desaparece la fiesta, si la Iglesia es lugar de estrechamiento y no de comprensión universal ¿dónde encontrar sobre la tierra un lugar de amistad para toda la humanidad?

El hombre solamente es él mismo en presencia de Dios

Si en la oración no encuentras ninguna resonancia sensible de Dios en ti ¿por qué inquietarte? La frontera entre el vacío y la plenitud es imprecisa, como lo es entre la duda y la fe, entre el temor y el amor.

Lo esencial permanece oculto a tus propios ojos. Pero el ardor de la búsqueda se hace aún más intenso, a fin de avanzar hacia la única realidad. Entonces, poco a poco, se vuelve posible el presentir la profundidad, la anchura, de un amor que sobrepasa todo conocimiento. Ahí ya tocas a las puertas de la contemplación. Es de ahí de donde sacas energías para empezar de nuevo cada día, para la audacia de los compromisos.

El descubrimiento de ti mismo, sin tener a nadie que te comprenda, puede provocar como una vergüenza de existir que llega hasta la autodestrucción. Llegas a veces a creerte un condenado vivo. Pero para el Evangelio no hay ni normalidad ni anormalidad, hay hombres a imagen de Dios. Entonces ¿quién podrá condenar? Jesús ora en ti. El ofrece la liberación del perdón a todo aquél que vive con un corazón de pobre, para que él sea — a su vez — un liberador para los demás.

En todo hombre se encuentra una parte de soledad que ninguna intimidad humana puede colmar, ni siquiera el más fuerte amor entre dos seres. Quien no consiente a ese lugar de soledad conoce la rebelión contra los hombres, y contra el mismo Dios.

Sin embargo, jamás estás solo. Déjate sondear hasta el corazón de tu propio ser, y verás que todo hombre ha sido creado para ser habitado. Ahí en el fondo del ser, allí donde nadie se parece a nadie, Cristo te espera. Ahí tiene lugar lo inesperado.

Paso fulgurante del amor de Dios, el Espíritu Santo atraviesa a cada ser humano como un relámpago en su noche. Por este paso, el Resucitado te toma, cargando sobre sí todo lo que es intolerable.

Solamente después, a veces mucho tiempo después, tú lo comprenderás: Cristo ha pasado, su sobreabundancia te ha sido dada.

En el momento en que los ojos se abran a este paso, te dirás: «¿No estaba mi corazón ardiente dentro de mí, mientras él me hablaba?»

Cristo no aniquila al hombre de carne y de sangre. En comunión con Él, no hay lugar para las alienaciones. Él no quiebra lo que está en el hombre. Él no vino a abolir, sino a dar cumplimiento. Cuando escuchas, en el silencio de tu corazón, el transfigura lo más inquietante en ti. Cuando estás envuelto por lo incomprensible, cuando la noche se hace densa, su amor es un fuego. A ti, el mirar esa lámpara encendida en la oscuridad, hasta que la aurora comience a despuntar y amanezca el día en tu corazón.

Feliz aquél que muere de amar

Sin tregua, Oh Cristo, tú me interpelas y me preguntas: «¿Quién dices que soy yo?»

Tú eres aquél que me ama hasta en la vida que no acaba.

Tú me abres el camino del riesgo. Tú me precedes en el camino de la santidad, donde es feliz aquél que muere de amar, donde el martirio es la respuesta última.

Día tras día, tú transfigurabas en un sí el no que está en mí. Tú me pides no unas migajas, sino toda mi existencia.

Tú eres aquél que, de día y de noche, oras en mí sin que yo sepa cómo. Mis balbuceos son oración: llámame diciéndote solamente el nombre de Jesús, colma nuestra comunión.

Tú eres aquél que, cada mañana, coloca en mi dedo el anillo del hijo pródigo, el anillo de la fiesta.

Y yo, ¿por qué he dudado tanto tiempo? ¿«He trocado el resplandor de Dios por la impotencia, he abandonado la fuente de agua viva para fabricarme cisternas agrietadas incapaces de retener el agua»? (Jeremías 2).

Tú, incansablemente, me buscabas. ¿Por qué sigo indeciso, pidiendo que se me deje tiempo para ocuparme de mis asuntos? Después de haber puesto la mano en el arado ¿por qué haber mirado hacia atrás? Sin darme cuenta, me iba volviendo menos apto para seguirte.

Sin embargo, sin haberte visto, te he amado.

Tú me repetías: vive lo poco que hayas comprendido del Evangelio. Anuncia mi vida entre los hombres. Enciende un fuego sobre la tierra. Tú, sígueme...

Y un día, lo he comprendido: pedías mi resolución irreversible.

Roger, tu hermano

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr

Segunda carta al pueblo de Dios

CARTA 1977

VIVIR JUNTOS EN CALCUTA Y CHITTAGONG

Respondiendo a la invitación de jóvenes asiáticos, algunos de nosotros, de diversos continentes, hemos venido con ellos, durante varias semanas, en Calcuta (India) y Chittagong (Bangla Desh).

En Calcuta como en Chittagong, vivimos en un barrio muy pobre. Nuestras jornadas están llenas de numerosos encuentros con nuestros vecinos, en sus casas o en la nuestra. Nos impresiona su capacidad para compartir y su calurosa acogida. Intentamos comprender sus aspiraciones y confrontarlas con las intuiciones recogidas en el concilio de los jóvenes estos dos últimos años, en muchos países del mundo.

Aquí, la oración, la reflexión, la acogida tienen como constante ruido de fondo el jaleo característico de un barrio así. Hasta tarde en la noche los transistores rivalizan con los ladridos de los perros. Los niños están constantemente presentes en medio de nosotros, desde el amanecer, con sus risas y juegos, a veces también con sus dramas escondidos. Comen con nosotros y participan en nuestra oración: los más grandes, encargados de los recién nacidos, vienen con ellos.

Cada mañana, en las casas de moribundos, en las casas de niños abandonados, o en los suburbios de la ciudad, trabajamos con muchos otros. Las tardes las dedicamos a la reflexión sobre la carta al pueblo de Dios.

Desde el comienzo, el concilio de los jóvenes estuvo marcado por asiáticos. Con unos cuantos de ellos, llegados desde diferentes partes de Asia, hemos escrito la siguiente carta. Está situada en la prolongación de la primera carta al pueblo de Dios, escrita en Taizé en agosto de 1974, más adelante seguirán otras cartas, serán escritas en otras partes, en las mismas condiciones que ésta.

He aquí, la segunda carta al pueblo de Dios:

SEGUNDA CARTA AL PUEBLO DE DIOS

Calcuta-Chittagong, 1 de diciembre de 1976

En Asia hemos sido confirmados en la certeza de que las heridas que desgarran a la humanidad pueden ser curadas. De entrada quisiéramos transmitir esa convicción a todos aquellos que creen haber agotado en vano todos los medios, en su compromiso por construir un mundo más humano.

Hemos venido aquí llevando en nosotros la presencia de tantas mujeres y hombres que conocen el ahogo y la impotencia: unos se dejan llevar por el desánimo o la resignación, otros por la violencia de los desesperados.

Ahora volvemos después de haber descubierto, en el corazón de profundas angustias, la sorprendente vitalidad, de un pueblo y haber encontrado testigos de otro futuro para todos.

Para contribuir a este futuro, el pueblo de Dios tiene una posibilidad que le es específica: repartido por toda la tierra, puede construir en la familia humana la parábola del compartir. Esta parábola contendrá la suficiente fuerza para propagarse hasta quebrantar las estructuras más inmóviles y crear una comunión en la familia humana.

Para llevar al pueblo de Dios hacia este radicalismo del evangelio, tú que lees esta carta, joven o adulto, no tardes en hacer de tu propia vida la parábola del compartir, realizando actos concretos cueste lo que cueste.

Por este camino, en Asia, especialmente tantos pobres te preceden.

Realizar con otros la parábola del compartir concierne en principio a los bienes materiales. Empieza por la transformación de tu manera de vivir.

Ya en el siglo IV, un obispo de Milán, San Ambrosio, estaba muy preocupado viendo como algunos cristianos acumulaban bienes. Él les escribía: "En común ha sido creada la tierra para todos. Nadie es rico por naturaleza, pues, ésta nos engendra igualmente a todos. No le das al pobre de lo tuyo, sino que le devuelves lo suyo. Pues lo que es común y que ha sido dado para el uso de todos lo usurpas tú solo".

Para transformar tu vida, nadie te pide caer en una austeridad puritana, sin belleza ni alegría.

Comparte todo lo que tienes, encontrarás una libertad.

Resiste al consumo; multiplicar las compras es un engranaje sin salida. La acumulación de bienes (reservas), para ti mismo o para tus hijos es el comienzo de la injusticia.

El compartir supone una relación de igual a igual que nunca crea dependencia. Esto es verdad tanto entre los individuos como entre los Estados.

No es posible cambiar el nivel de vida en un día. Es por eso que pedimos insistentemente, a las familias, a las comunidades cristianas, a los responsables de las Iglesias, establecer un plan de siete años que les permita abandonar, por etapas sucesivas, todo lo que no es absolutamente indispensable, empezando por los gastos que nos dan prestigio. Y sobre ello, ¡cómo quedarnos en silencio ante el escándalo de los gastos que para tener prestigio hacen los Estados!

De ahora en adelante uno de los objetivos del concilio de los jóvenes será contribuir a la preparación de esos planes septenarios, diversificados según las circunstancias y los países. Para elaborarlos en un diálogo con muchos otros, desde ahora algunos jóvenes van a ir, de dos en dos, a visitar las familias y las comunidades. Habrá jóvenes a los que se les encargará visitar a los responsables de Iglesia, tendrán primero un tiempo de preparación, después del cual recibirán una misión precisa desde Taizé o desde Calcuta.

El compartir también va a llevarte a modificar tu propia vivienda. Haz de tu morada un lugar de permanente acogida, una casa de paz y de perdón.

Simplifica tu habitación pero no exijas lo mismo a personas mayores cuyo alojamiento está lleno de recuerdos...

De los que tienen edades avanzadas surgen intuiciones de Dios que empujan a los más jóvenes hacia adelante.

Tienes vecinos de piso y de barrio. Tómate tiempo para crear lazos con ellos. Encontrarás grandes soledades. Constatarás que la frontera de injusticia no pasa solamente entre continentes sino también a unas centenas de metros de tu casa.

Invita a tu mesa. El espíritu de fiesta resaltarán más en la sencillez que en la abundancia de alimentos.

Como un gesto concreto de solidaridad, algunos no dudarán en cambiar de vivienda y de barrio para ir a vivir en medio de los olvidados de la sociedad, ancianos, extranjeros, inmigrados... ¡Acuérdate de que en cada gran ciudad del mundo, en mayor o menor medida, coexisten zonas de pobreza con zonas que rebosan riqueza!

La parábola del compartir se aplica también al trabajo.

Compromete todas tus fuerzas con el fin de obtener, para todos, una igualación de salarios y asimismo unas condiciones de trabajo dignas de la persona humana.

Cuando el hacer carrera, el competir, la búsqueda de un salario elevado, las exigencias del consumo, son la razón de ser de tu trabajo, entonces estás muy cerca de explotar a los otros o de ser tú mismo explotado.

Trabaja., para ganar lo necesario, nunca para acumular.

El compartir se extiende a toda la familia humana. Un combate común para una distribución de los bienes de la tierra es indispensable. Una redistribución de las riquezas no necesita solamente que los países industrializados den su superfluo. Las estructuras que sostienen la injusticia internacional deben cambiar a toda costa. Lo que debe constar es la necesidad real de todos los hombres, hasta el último de los últimos, y no la satisfacción de las necesidades del hombre occidentalizado.

No hay más que una sola familia humana. Ningún pueblo, nadie está excluido. ¿Cómo tolerar que miembros de la familia humana sean víctimas del racismo, sean encarcelados en prisiones políticas, sean sometidos a todas las violencias? La innoble tortura hace estragos hoy en más de noventa países. Actualmente, las libertades humanas se limitan cada vez más e incluso desaparecen completamente.

Para curar tantas heridas de la familia humana siempre estamos llamados a trabajar en varias dimensiones a la vez. Acepta que persiguiendo la misma finalidad, otros escojan un camino diferente al tuyo. Unos, con ardiente tenacidad, se dedican a un cambio de estructuras de la sociedad, a un combate político a largo plazo. Otros, se comprometen en una acción de solidaridad directa e inmediata con las víctimas de la sociedad.

¿De dónde sacar las energías de amor para osar tomar tantos riesgos hasta tu último aliento?

El que no conoce el amor humano o no es portador de él ¿puede comprender la lucha por el hombre y la vida de comunión en Dios?

La oración para ti es una fuente para amar. La imagen de Dios en el hombre es quemadura de un amor. En una infinita gratitud, abandónate de cuerpo y espíritu. Cada día, ahonda algunas palabras de la Escritura, para ser emplazado cara a otro que a ti mismo, el Resucitado. Deja que en el silencio nazca en ti una palabra viva de Cristo para ponerla enseguida en práctica.

Para rezar con el pueblo de Dios, dispón la Iglesia de tu barrio de manera acogedora, tan familiar como las iglesias ortodoxas que nunca están encerradas en la rigidez de los bancos y las sillas. Por otra parte, desde el siglo XVI, el palabreo, poco a poco ha invadido las iglesias hasta tal punto que la oración del pueblo de Dios corre el peligro de convertirse más en algo cerebral que en transparente comunión.

En el momento de dejar Calcuta y Chittagong, quisiéramos escribir en letras de fuego lo que hemos descubierto estos últimos años a través del mundo: en el quejido de tantos seres humanos se mezcla también otra tonada, un canto de esperanza. Este canto, lo hemos oído claramente en Asia. Esta tonada, todavía sorda y oculta, es el canto de una comunión prometida a toda la familia humana: y es ahí donde el pueblo de Dios tendrá un lugar irremplazable.

Cuando el pueblo de Dios busca estar presente en las situaciones del mundo contemporáneo, no es sorprendente que también él sea sacudido, estremecido, por crisis sucesivas.

Sin embargo nuevos comienzos y desvelos son perceptibles por todas partes en el cuerpo de Cristo, su iglesia. Y tú también eres parte integrante de su futuro.

Si la iglesia abandona todo lo que no le es absolutamente esencial, si no se dedica más que a ser servidora de comunión y del compartir en la humanidad, entonces participará en la curación de las heridas de la familia humana. Hará tambalear las estructuras de injusticia, podrá derribar las olas de pesimismo y arrancarnos de la actual crisis de confianza en el hombre.

A través de la parábola del compartir, la Iglesia será, en la dislocada familia humana, una semilla que engendrará un futuro colectivo totalmente diferente. Será portadora de una esperanza que no tiene fin.

Carta a todas las generaciones

CARTA 1978

LA ACOGIDA DE LOS POBRES EN EL MAR DE CHINA

Representando a todos los continentes, con una fuerte mayoría de asiáticos entre nosotros, hemos vuelto a Asia para ir aún más lejos en el descubrimiento del sentido del compartir y hemos tenido la experiencia de la penetrante acogida de los pobres.

Hemos compartido la vida de una población china que habita aislada, en juncos, sobre el mar de la China. Muchas de estas embarcaciones se hallan reunidas detrás de una alambrada con una pequeña abertura en la base, que sirve de entrada.

Apenas conocido nuestro deseo de vivir en este "barrio flotante", de inmediato, una familia que estaba a punto de ser alojada en otra parte nos ofreció adelantar su traslado para prestarnos la barraca sobre troncos que iba a dejar, hecha con planchas de recuperación. El hermano Roger y los chicos se instalaron allí. Otra familia prestó un viejo junco para las chicas. Hemos vivido en las mismas condiciones que todos ellos, sin agua corriente ni electricidad, durmiendo al ras del suelo, a veces las ratas pasaban por encima de nuestros cuerpos. Jóvenes chinos se unieron a nuestra vida.

En el transcurso de las jornadas, intentamos también diversas formas de presencia en el territorio de Hong-Kong, entre otras, en pleno corazón de la ciudad, que conoce todas las tensiones de una gigantesca metrópolis moderna.

Fuimos a orar "por la confianza entre todos los hombres" a lo largo de la frontera de la China. No era posible franquearla, salvo si nos hubiéramos unido a un grupo de turistas por un cierto tiempo, lo que sobrepasaba nuestros medios en dinero y en tiempo.

En este contexto, basándonos en las sugerencias provenientes de jóvenes de todos los continentes, recogidas a lo largo del año, hemos escrito la siguiente carta:

CARTA DEL CONCILIO DE LOS JÓVENES A TODAS LAS GENERACIONES

7 de diciembre de 1977

Sobre el mar de China, vivimos por un tiempo con aquellos que se alojan en juncos y barracas construidas sobre troncos. Vivimos en medio de ellos, sobre el agua, en las mismas condiciones.

Hemos elegido venir aquí conscientes de que toda frontera, sea la que sea, es intolerable para las nuevas generaciones del mundo entero, que aspiran a una tierra de comunión.

Hace un año la carta de Calcuta había hecho una llamada para compartir a través de actos concretos. Se sugería proceder en etapas sucesivas, para que nadie llegue a desanimarse. La carta abrió una perspectiva de siete años. Muchos han empezado.

Después de este primer año, es posible concretar aún más: ahora ha llegado el momento de multiplicar, a través de todo el mundo, lugares de compartir donde lucha y contemplación se hallen estrechamente ligados a la vida cotidiana. Para muchas mujeres y hombres, se tratará simplemente de descubrir lo que ya, sin saberlo, están viviendo.

EN LA DINÁMICA DE LO PROVISIONAL

Estos lugares de compartir estarán constituidos por algunos jóvenes o por una comunidad, por una familia o por una pareja, algunas veces por una persona aislada que agrupe a otras alrededor de ella. Tendrán rostros muy diferentes según las edades y las situaciones de cada uno. Serán lugares de una acogida simple, un hogar con los medios más elementales. Volver a una inmensa simplificación supondrá un radicalismo en esta audacia.

Estos lugares de compartir no estarán ligados, ni entre ellos, ni al concilio de los jóvenes, por lazos orgánicos, como si se tratara de un movimiento o de una nueva estructura que busca hacer adeptos. No existirán más que la dinámica de lo provisional.

EN EL CORAZÓN DE LAS CONTRADICCIONES DE LA SOCIEDAD

Aquellos que se comprometan en tales lugares de compartir, no huirán de las contradicciones de una sociedad que engendra desigualdades, búsqueda de beneficio, consumo desmesurado, segregación de razas, terrorismo... En su lucha por una tierra más justa se insertarán en el corazón mismo de todas estas contradicciones, sostenidos por una vida oculta de oración, incluso cuando no puedan compartir con otros más que su debilidad e impotencia.

AVANZAR EN EL COMPARTIR DE LOS BIENES

Con el sentido de lo concreto que es una de las marcas de la contemplación, irán siempre más lejos en el compartir de los bienes materiales, hasta que esta palabra sea un hecho: "Decir lo mío y lo tuyo no tiene sentido y no expresa ninguna realidad. Sois depositarios de los bienes de los pobres incluso cuando los poseéis con un trabajo honrado o por una herencia"(Juan Crisóstomo)

HACIA UNA COMUNIÓN UNIVERSAL

Estos lugares de compartir lograrán derribar fronteras, y entre otras la de las generaciones. En Asia, como en otros continentes, constatamos las consecuencias de esta frontera: una ruptura en el interior de la persona humana, una falta de confianza en el otro y en sí mismo, y finalmente la incapacidad de realizar una comunión universal.

Cuando esta frontera cae, surge a la luz una realidad muchas veces ignorada: hay muchos adultos que comprenden que en los jóvenes las mutaciones actuales son irreversibles. No se encierran ni en el aislamiento ni en la rebelión. Comprenden que hay en los jóvenes la necesidad de aunar el acto y la palabra, el deseo de una vida sin artificios y sin máscaras, el rechazo de todos los sistemas y de todas las burocracias desmesuradas, ya sean en el Estado o en la Iglesia. Teniendo hijos, no se preocupan de acumular dinero para dejarles, no se desgastan en una sobreactividad en detrimento de la esencial ternura humana. Los mayores transmiten lo mejor de ellos mismos como por impenetración, como por osmosis. Que no se preocupen demasiado, en los momentos decisivos, lo mejor de ellos se transparentará a los que vienen detrás.

Si los adultos tienen tal apertura no serán enfrentados a un futuro sin salida, con la muerte por única perspectiva.

También existen mujeres y hombres de mucha más edad, que por toda una vida de lucha y contemplación han adquirido una gran intuición. Son capaces de revelar en los más jóvenes los dones ocultos que estos tienen.

Y si a estos lugares de compartir se les asocian niños, entonces la capacidad de maravillarse que existe en la infancia, acabará por humanizar todas las edades.

MÁS ALLÁ DE LA CRISIS DE CONFIANZA

Los que crean un lugar de compartir son ciertamente signos de contradicción, en un tiempo en que las desconfianzas se acrecientan entre los hombres. Nuestra época conoce una crisis de confianza en el hombre sin precedentes. Hay entre las personas una necesidad de sospecha que llega a desfigurar las intenciones. Por parte de muchos gobiernos es la violencia de Estado, visible o camuflada, la persecución, la prisión política, el exilio.

Y por tanto, desde la noche de los tiempos, son muchos los que han oído, incluso confusamente, una voz que, les decía: "En ti, hombre, yo tengo confianza". Estos saben buscar contra viento y marea, lo mejor que, en muchas ocasiones, se encuentra velado en cada ser.

HACIA LAS FUENTES

Aquellos que han escogido a Cristo conocen la fuente donde beber para vivir peligrosamente: "El que quiera salvar su vida la perderá" (Mc 8,34-38) Para Cristo se trata de todo o nada.

La oración no es nunca un simple ejercicio de inteligencia. Ella hace participar al hombre entero. Llegar a rezar poniendo la frente en el suelo es rehacer el gesto- de postración, varias veces milenario, del hombre que expresa la intención de ofrecerse en cuerpo y alma.

En cada casa la existencia de un rincón recogido, incluso pequeño, lleva a la oración. Por eso es tan importante preparar en las iglesias un espacio que sea como un oasis de oración.

Dios no pide ser convencido por la elocuencia de los labios. Permaneciendo en largos silencios donde no pasa nada y donde, sin embargo, el ser se construye interiormente, es posible abandonarse a las últimas oraciones de Cristo (Mt 27,45-54 y Lc 23, 33-49)

Á través de algunos cantos simples repetidos hasta el infinito brota en un momento dado el espíritu de fiesta. Para algunos el incesante recuerdo del nombre de Jesús o el saludo del ángel a María han sido siempre una fuente inagotable.

Los humildes actos de cada día pueden también convertirse en un lenguaje dirigido a Dios de tal manera que, como para tantos asiáticos, no exista una ruptura entre la vida y la oración.

Y hasta qué punto los asiáticos nos hacen valorar, esa fuente de unanimidad que es la eucaristía.

LUGARES DE COMPARTIR ESPECÍFICOS

Entre todos estos lugares de compartir provisionales, algunos tendrán una tarea específica: permitir un descubrimiento más profundo de las fuentes de la fe, encontrar gestos para defender las libertades humanas... O tros ofrecerán la posibilidad de prepararse a dar la vida en un servicio de Dios para toda la existencia, pues en todo ministerio es esencial despertarse a Dios a través de la propia vida.

SUMERGIDOS EN EL CORAZÓN DE LA MULTITUD

Rodeados por la población china, nos ha impresionado una convicción: dondequiera que se halle, toda criatura está habitada por el Espíritu de Dios. Cristo está tan íntimamente ligado al hombre que allí donde hay un hombre, Él está presente. Conocido o no, Cristo acompaña a cada ser humano. Es cierto, esta comunión que es la iglesia tiene contornos visibles, los del cuerpo de Cristo. Pero esta comunión es también mucho más vasta lo que el espíritu del hombre puede imaginar: en el corazón de Dios, la iglesia es vasta como la humanidad.

Una vez más, en Asia, nos hemos vuelto atentos a esa necesidad de que la Iglesia, desprovista de los medios de poder y sin el apoyo de la eficacia humana, sea una fuente y se convierta en fermento de amistad para toda la humanidad. Repartidos a través de todo el mundo, muchas veces ocultos en el corazón de la multitud de aquellos que no tienen conocimiento de Cristo, los pequeños lugares de compartir son una levadura que levanta toda la masa y hace explotar la costra endurecida. Su simple presencia, aparentemente ineficaz, fecundará una tierra de comunión para toda la familia humana.

Carta de África: Asombro de un amor

CARTA 1979

A ti, que buscas realizarte, te escribo esta carta desde África; es continuación de otra carta: «Vivir lo inesperado»

Con frecuencia me preguntas «¿cómo realizarme?».

Cuánto quisiera poner mi mano sobre tu hombro y contigo avanzar por el camino.

Juntos, volvemos hacia aquel que, conocido o desconocido, sin imponerse jamás, dulcemente te acompaña.

¿Le dejarás depositar en ese vacío de ti mismo el frescor de una fuente? ¿O te sonrojarás de ti mismo hasta el punto de decirle «yo no soy digno de que me acompañes»?.

Lo que fascina de Dios, es su humildad. Él no castiga nunca, no tira de la cuerda ni hiere nunca la dignidad humana. Viniendo de nosotros, todo gesto autoritario desfigura su rostro y hace huir.

Y Cristo, «pobre y humilde de corazón», no fuerza nunca la mano de nadie.

Si Él se impusiera, no te invitaría a seguirle.

En el silencio del corazón, incansablemente, susurra en cada uno esta palabra: «no tengas miedo, estoy aquí».

Él llama a la alegría, no a la tristeza.

No gemir ante las ataduras que te aprietan o ante la tiranía de un yo que quieres proteger. Ni replegarte sobre ti mismo para ir sobreviviendo, sino en todas las edades, nacer de nuevo.

Su alegría, no para apropiártela, pues la felicidad se te escaparía.

Desearía poder abrir contigo un camino para crear con tu propia vida el poema de un amor con Él. En absoluto un poema de facilidad, pues hasta en tus días grises, está presente su alegría y su mismo gozar. Sin ellos, ¿quién se realizaría?

Cualesquiera que sean tus dudas o tu fe, lo que cautiva, Él lo puso ya ante ti.

Nadie podrá responder en tu lugar. Eres tú quien tiene que atreverse.

¿Cómo?

Marchar lejos para sumergirte en las condiciones de los más rechazados; derribar los poderes de injusticia; devolver al hombre su dignidad; ¿es esto exponerte? Sí; pero no es el todo de la

vida.

Aún más: compartir tus bienes, ¿será esto la audacia del Evangelio?

Llegará el día, en el que para seguir a Cristo, serás impulsado a ello ineludiblemente. Responder a esto te supondrá permanecer en las fuentes inagotables. El que renunciase de antemano a saciar allí su sed, se convertiría, sin darse cuenta, en un doctrinario del compartir.

Pero, ¿cuál es, para todos, el mayor de los riesgos propuesto por este Humilde de corazón? Es: «*Vivir la pascua con Jesús*».

Con Él atravesar el paso de la muerte a la vida; acompañarle a veces en su agonía por toda la familia humana; y cada día comenzar ya a resucitar con Él.

La alegría, no el agobio. En cada instante depositar todo en Él, hasta el cuerpo cansado. Y esto, sin métodos especiales; habrías perdido el sentido de la oración.

¿Sabrás esperarle incluso cuando tus propias profundidades gritan de soledad y hacen surgir de tus entrañas la última pregunta «*dónde está Dios*»?

Esperarle, incluso en la aridez de esta tierra sedienta que es tu cuerpo y tu espíritu. Esperar también, con muchos otros, un acontecimiento en el hoy de la humanidad. Este acontecimiento no tiene nada que ver con algo maravilloso o fabuloso, ni mucho menos una proyección de ti mismo. Fruto de una espera orante, se inscribe concretamente en el surco de un milagro de Dios.

En la oración siempre pobre, como el relámpago que atraviesa la noche, descubrirás su secreto: sólo te realizas en la presencia de Dios... y harás que otros descubran a Dios ante todo por tu propia vida.

En una ardiente paciencia, no te preocupes de que reces mal. ¿Lo ignoras? Toda pretensión espiritual es ya la muerte del alma.

Incluso sin reconocerle, ¿te mantendrás ante Él, en largos silencios donde parece que no pasa nada? Ahí, con Él, se elaboran las más fuertes decisiones. Ahí se disuelven los continuos «*¿para qué?*» y el escepticismo del hombre desilusionado.

Díselo todo y déjale cantar en ti el don radiante de la vida. Dile todo, hasta lo indecible e incluso lo absurdo.

Cuando no comprendas bien su propio lenguaje, díselo.

En tus luchas, Él suscita en ti una palabra, una intuición, una imagen. Y germina en ti una flor de desierto, una flor de alegría.

¿Realizarte? Me gustaría allanar para ti el sendero que lleva a las fuentes de agua viva. Allí, y no en otra parte, se desarrollan la imaginación y las fuerzas viriles del riesgo.

¿Lo sabes bien? En cada ser humano hay un don irremplazable. En mayor o menor medida todo te habita, todas las tendencias. En ti las tierras fértiles; en ti los desiertos quemados.

¿Realizarte? No te sitúes en el rango de los que creen haber llegado. Perderías las energías vitales y esta transfiguración de la voluntad en capacidades creadoras.

No te complazcas en ti mismo. No te entretengas en situaciones sin salida. Sin vacilar, pasa a la etapa esencial; date prisa.

Sin darte cuenta, puedes herir lo que tocas. Sólo Cristo toca sin herir.

Considera al otro no en una fase de su existencia sino en todas las etapas de su vida. Tampoco intentes separar la mala hierba del buen grano. Arrancarías los dos a la vez y ¡qué devastación dejarías! Habrías cambiado la perla preciosa por las tierras agrietadas incapaces de retener el agua.

Me dices también «¿cómo realizarme cuando tal imagen de mi propia historia recubre de cenizas la fuente de agua viva? ...nadie puede olvidar los estragos del pasado y menos aún el sentimiento de culpa, tenaz, hiriente.»

Un sólo suspiro salido de tus entrañas y ya estas inundado de confianza. De lo que te encadena, Dios se ocupa.

Para ti, esta oración: «*Perdónales, no saben lo que hacen; perdóname, no sabía lo que hacía.*»

Amar, se dice pronto. Perdonar es llegar hasta el extremo del amor. Perdonar no con el fin de cambiar al otro, sino únicamente para seguir a Cristo. Nadie puede acercarse más al Dios vivo... y así también tú eres una fuente de perdón.

En los momentos de oscuridad, cuando se pierde el sentido de la vida y hasta tu identidad, brilla un resplandor suficiente para iluminar tu noche...

...Se adentra en ti el fuego de su perdón y se disipa tu propia confusión; Él te llama por tu nombre; y este fuego quema incluso las raíces de la amargura. Este fuego no dice nunca «*basta*».

¿Realizarte? ¿Dudarías ante una opción por temor a equivocarte? ¿Te dejarías deslizar en las zonas pantanosas de tus dilaciones?

Sábelo, un sí a Cristo para toda la vida comporta una parte de error; pero está purificado, ya desde el comienzo, por un acto de fe. Entonces marchas sin ver, confiando en su palabra.

No llames más a tu propia oscuridad para encubrir tu rechazo. Arranca tu mano de delante de tus ojos para asumir el mayor de los riesgos «*vivir la pascua con Cristo*».

¿Realizarte? Llega a ser lo que eres en el corazón de tu corazón. Tienes un Padre, llega a ser lo que eres, su hijo.

...y se abren las puertas de la infancia, el asombro de un amor.

Hermano Roger, de Taizé

Nov-dic. 1978

Carta a todas las comunidades¹

CARTA 1980

En medio de una civilización que exalta el éxito, y el consumo, librando al ser humano al aislamiento y a la resignación, por todos lados se van haciendo visibles signos de una civilización diferente. El soplo de Dios atraviesa a tal punto el mundo de hoy, que muchos comienzan a salir de la pasividad para entrar en una creación común.

Tanto en el hemisferio norte como en el hemisferio sur, en los países del Este como en las naciones occidentales, en todas las sociedades, cualquiera que sea su sistema político, el consumo ejerce una atracción irresistible y capta las fuerzas humanas. Ricos y pobres se hallan atrapados en sus engranajes o desean entrar en ellos. El consumo engendra injusticias que desembocan en la violación de los derechos de dos tercios de la humanidad. El deja tras él un inmenso vacío.

Pero lo que nos ha impresionado en estos últimos años es descubrir hasta qué punto algunos cristianos, cuando no se hallan divididos sino en comunión unos con otros, tienen capacidad, aun siendo unos cuantos, para mover a un gran número a salir de ese vacío a fin de crear en común; pueden suscitar, entre otras cosas, a través de toda la tierra, una puesta en común de los bienes. De tal modo, ellos salvan del desaliento a muchos jóvenes inquietos hasta angustiarse en la búsqueda de un compartir con las masas de los pobres².

Lo que igualmente nos ha impresionado es comprobar que, cuando los cristianos se encierran en rivalidades o en la competición, poco a poco la creación común se paraliza. Ella da lugar a una tristeza, a un desconocimiento recíproco que neutraliza lo mejor de cada uno.

Al visitar a cristianos en la mayoría de los países del mundo, nos hemos dado cuenta de que algunas comunidades grandes o pequeñas eran a la vez los lugares de las más fuertes esperanzas y las más amargas decepciones. Por eso es que, desde Temuco, nos hemos sentido movidos a dirigir esta carta a las comunidades. La hemos escrito viviendo en una pequeña barraca, prestada por una mujer anciana, en el seno de un barrio muy pobre. La mayoría de los padres de familia ganan aquí el equivalente de treinta dólares por mes.

Esta carta va dirigida ante todo a esas múltiples pequeñas comunidades provisionales, tan indispensables en la vida de la Iglesia. Cada una posee sus dones particulares y sería perjudicial que ellas los ignoren procurando tener las posibilidades de las demás. De ahí que sea capital para ellas el conocer sus capacidades específicas. Y eso, para adaptarse mejor a situaciones precisas, para insertarse lo más posible en un medio humano determinado³.

Y cuando esas pequeñas comunidades logran integrarse en lugares donde el conjunto de los cristianos se encuentran habitualmente para rezar, entonces ellas son un fermento irremplazable para la comunidad local, ésa que aún hoy lleva el nombre de parroquia.

Esta carta se dirige igualmente a esas grandes comunidades locales que están en la base, las parroquias. A pesar de rigideces y lentitudes de adaptación, ellas también son indispensables para la Iglesia. Son comunidades donde uno no se elige. Ellas permiten una continuidad, congregan a todas las edades, desde la infancia hasta la vejez. Cuando los jóvenes ingresan en un oficio o en una profesión, o se mudan de lugar, dejan su comunidad provisional pero a menudo no van a ningún lado. Entonces, en un mundo secularizado, la visibilidad de las puertas abiertas de una iglesia adquiere todo un sentido.

Las comunidades parroquiales ¿aceptarán hacer «una opción preferencial por los pobres y los jóvenes»? (Puebla)⁴. Así responderían, ciertamente, a una de las más apremiantes llamadas de nuestro tiempo.

Toda comunidad se halla hoy colocada ante una alternativa: o atreverse a estimular una creación común, o estancarse en oposiciones que todo lo inmovilizan. Para que nos

convirtamos de extraños en amigos, para que de desconocidos nos volvamos colaboradores ¿vamos a luchar con un corazón reconciliado, unificado por Cristo? Es Él quien nos interpela a todos: «Antes de acercarte al altar, va primero a reconciliarte con tu hermano.»

¿Cuáles son las sendas que conducen a una creación común?

Nos hemos sensibilizado al hecho de que, comunidades de una misma ciudad, o de una misma región, al dedicar tiempo para visitarse, pasan de la indiferencia a la comprensión, de la rivalidad a la alegría. Y cuando estas visitas se hacen en torno a una celebración del misterio pascual, ellas dejan presentir que toda creación común supone un vivir con Cristo, la pascua con Jesús⁵.

Sin una oración viva, no hay creación común. Lo que muchos esperan en particular de las comunidades cenobíticas⁶ y también de las comunidades parroquiales, es que ellas sean lugares de oración donde el misterio de Dios sea plenamente perceptible y no ahogado por una sobrecarga de palabras. Una de las aspiraciones más fuertes es que, con gran sencillez de medios, la oración común sostenga una espera contemplativa, ése estar a solas con Dios que continua siendo el punto central de la oración. Las comunidades abren así caminos hacia un compartir con Dios que conduce inevitablemente al compartir con los hombres.

El compartir los bienes materiales es, en efecto, una de las sendas para crear en común. Procurando compartir, ciertas comunidades han ido ya lejos. Ellas renuncian a los temibles grandes medios de eficacia que frenan siempre una comunión con Dios y con los hombres. Han aceptado entre otras cosas simplificar su vivienda, sus comidas, etc. Estas comunidades asumen riesgos, pero saben que crear junto con otros supone una capacidad de ponerse una y otra vez en marcha, aun equivocándose y volviendo a restablecer todo lo que sea necesario⁷.

La creación común estimula la parte de vocación pastoral depositada en cada uno. También el niño tiene su parte...⁸. Y hay personas de edad, sobre todo mujeres, que a través de un paciente ejercicio de la intuición pueden escucharlo todo y prestar un excepcional servicio de discernimiento.

¿Cómo participar en esta creación común en toda situación, a toda edad? Comenzando, cada uno, por una creación interior. Esto supone saber hacer la unidad dentro de sí y volver sin cesar, a pesar de todo y contra todo, a algunas referencias esenciales en torno a las cuales sea posible construirse personalmente: tal es el desafío con vistas a una creación común.

Entonces, a solas con Dios, es importante tomar una resolución en el silencio de una noche de oración, con algunas referencias a modo de itinerario para ponerse en marcha.

Algunos hallarán allí el punto de partida de toda una existencia ofrecida para ser portadores del Evangelio.

Otros descubrirán ahí la posibilidad de renovar el sí de un compromiso con Cristo hecho ya para toda la vida (matrimonio, ministerio, vocación cenobítica⁶ o religiosa).

Para algunos será entrar en una situación de entre las más expuestas, en los puntos neurálgicos del mundo.

He aquí el «itinerario de Temuco»⁹:

Itinerario de Temuco

(Celebrar el instante con Dios)

Tú que, sin mirar hacia atrás, quieres seguir a Cristo, en el instante, y todavía al instante, vuélvete hacia Dios y confía en el Evangelio. Te abresas allí en las fuentes del júbilo.

Tú piensas que no sabes rezar. Sin embargo Cristo resucitado está ahí, amándote antes que tú lo ames. Por «su Espíritu que habita en nuestros corazones», Él intercede en ti más de lo que tú te imaginas.

Aun sin reconocerlo, sé capaz de esperarlo, con o sin palabras, en largos silencios donde parecería que nada sucede. Allí se disuelven los obsesivos desalientos y brotan impulsos creadores. Nada se construye en ti sin esta aventura: hallarlo a solas, algo que nadie puede vivir en lugar tuyo.

Cuando comprendes poco lo que Él quiere de ti, díselo. En pleno centro de las actividades

cotidianas, al instante, díselo todo, aún lo que resulta insoportable.

No te compares con los demás, ni con su capacidad. ¿Por qué agotarte lamentando tus imposibilidades? ¿Habrías olvidado a Dios? Vuélvete a Él. Pase lo que pase, atrévete a comenzar una y otra vez.

Si te pusieras a acusarte de todo lo que te habita, no te bastarían ni tus días ni tus noches. Hay algo mucho mejor que hacer: al instante celebra con Dios el perdón, a pesar de las resistencias a creerse perdonado Dios y por los demás.

Cuando surgen la prueba interior o las incomprensiones de afuera, recuerda que en la misma herida en que se hundén las angustiosas inquietudes se elaboran también las energías para amar.⁵

Si vas andando en la niebla, esperar a Cristo es darle tiempo para que Él ponga cada cosa en su sitio... En el desierto de tu corazón brotará una fuente de júbilo. No la euforia, ni una alegría cualquiera, sino ese gozo que proviene directamente de las fuentes de la Eternidad.

(Luchar con un corazón reconciliado)

Tú que, sin mirar hacia atrás, quieres seguir a Cristo, prepárate, mediante una vida bien simple, a luchar con un corazón reconciliado.

Allí donde estés, no temas la lucha en favor de los oprimidos, creyentes o no. La búsqueda de justicia urge a una vida de solidaridad concreta con los más pobres... La palabra, sola, puede convertirse en una droga.

Cueste lo que cueste, prepárate también a la lucha dentro de ti mismo, para ser hallado fiel a Cristo hasta la muerte. A través de esta continuidad de toda una existencia se construye en ti una unidad interior que permite franquearlo todo.

Luchar con un corazón reconciliado supone mantenerse firme en medio de las tensiones más fuertes. Lejos de ahogar tus energías, semejante lucha te invita a concentrar todas tus fuerzas vivas.

Tus intenciones serán tal vez desfiguradas. Si rehúas perdonar, si rehúas la reconciliación, ¿qué reflejas de Cristo? Qué tiniebla en tu interior, si no hay una oración por tu adversario. Si pierdes la misericordia, lo has perdido todo.

Solo, no puedes gran cosa por el otro. Pero juntos, en comunidad, penetrados del soplo del amor de Cristo, se efectúa ese pasar de la aridez a la creación común. Y cuando una comunidad es fermento de reconciliación en esa comunión que es la Iglesia, lo imposible se torna posible.

Intentas ser levadura en la masa, tratas de amar a la Iglesia, y chocas tan a menudo con divisiones internas que van hasta desgarrar los miembros del Cuerpo de Cristo, de su Iglesia. Lo que distingue a los buscadores de reconciliación es que, en pos de Cristo, no procuran abolir, sino dar cumplimiento, procuran más comprender que exhortar. Permanecen dentro, hasta que lleguen a ser transfiguradas las fragilidades mismas de la Iglesia.

Ante las rivalidades que inmovilizan, nada tan esencial como ponerse en marcha para visitarse unos a otros, escucharse, celebrar juntos el misterio pascual.

Cuando surge el miedo a ser criticado, tu reacción espontánea, para protegerte, puede ser la de tomar la delantera, criticando tú el primero. ¿Emplearías el arma tan poco evangélica de la mala conciencia para obtener algo de tu interlocutor? Procura comprender al otro en esa confianza esencial de corazón, la inteligencia seguirá luego.

En vez de encender un fuego con paja, da tu vida hasta el fin; día tras día, ella irá convirtiéndose en creación junto con Dios. Mientras más avanzas en una comunión con Cristo, más serás impulsado a actuar en lo concreto.

(Alcanzar a Cristo a través de una vida muy sencilla)

Tú que, sin mirar hacia atrás, quieres seguir a Cristo, recuerda que andar en pos de Él,

nunca es seguirte a ti mismo. Él es el camino y por este camino serás llevado irresistiblemente a una vida muy sencilla, una vida de compartir.

El Evangelio te lleva a dejarlo todo. Pero dejarte a ti mismo no es jamás destruirte, es elegir a Dios como primer amor. Simplificar y compartir no es optar por la austeridad o por esa suficiencia que pesa sobre los demás, ni es tampoco exaltar la pobreza angustiosa.

Simplificar para vivir intensamente, al instante: hallarás en ello el sabor de la vida, tan ligado al gusto del Dios vivo. Simplificar y compartir, es identificarse con Cristo Jesús que nació pobre entre los pobres.

Si simplificar tu existencia llegara a favorecer una especie de mala conciencia de lo jamás logrado, entonces haz una pausa, interrógate: el júbilo, no los lamentos: que todo se torne festivo a tu alrededor. Lo poco que tienes, dispónlo con imaginación, para alegrar la monotonía diaria.

Hace falta tan poca cosa para vivir, tan poco para acoger. Cuando abres tu morada, la abundancia de los bienes frena, más que estimula, la comunión humana. Desvelarse por brindar más y más confort a los suyos entraña el riesgo de colocarlos en una relación de dependencia.

No te inquietes si tienes muy poco para" compartir: una fe muy pequeña, escasos bienes. Al compartir ese poco, Dios te ofrece, inagotablemente, una sobreabundancia.

Oración:

Tú, oh Cristo, prepárame para celebrar el instante con Dios, para luchar con un corazón reconciliado, para alcanzarte a través de una vida muy sencilla.

1. Viviendo durante varias semanas en un barrio pobre, en parte indio, de la ciudad de Temuco, en Chile, el hermano Roger y un grupo intercontinental de jóvenes prepararon esta carta para publicarla en ocasión del encuentro europeo de Barcelona. Al llegar a Chile, el hermano Roger fue invitado por el cardenal Silva a hablar en la catedral de Santiago, durante una celebración consagrada a los derechos humanos. Antes de partir de Chile, pasó la noche de Navidad en una cárcel de Santiago.

En encuentro de Barcelona tuvo lugar del 27 al 31 de diciembre. Los jóvenes llegados de toda Europa por tren, autocares o en un barco especial, fueron acogidos en la vida de la Iglesia de Barcelona: unas quince mil personas participaron en el encuentro. La oración común se realizó en tres amplios lugares de oración conectados por hilo telefónico.

Se recibieron numerosos mensajes. Entre ellos estas palabras del Papa sacadas de un telegrama: «*Con motivo encuentro europeo de jóvenes en Barcelona Santo Padre se complace en hacer llegar expresiones cordial saludo a participantes todos... Pidiendo al Señor aliéntalos confiadamente a profundizar exigencias comunión fe viva y caridad y a convertirse en auténticos mensajeros paz y fraternidad universal.*»

2. A este respecto hay siempre dos aspiraciones complementarias que corresponden a dones personales: unos se sienten movidos a acudir de inmediato en ayuda de las víctimas de la injusticia, mientras que otros se hallan más preocupados por actuar sobre las estructuras, sobre las causas que mantienen la injusticia.

3. Pequeñas comunidades se insertan en las zonas más desfavorecidas, entre los trabajadores extranjeros, los desempleados, los jóvenes en dificultad... Algunas participan en sindicatos, crean asociaciones de barrio, agrupaciones para resolver las dificultades más diversas. Trabajan en la alfabetización, dan cursos de capacitación, procuran obtener una ayuda legal para aquéllos cuyos derechos no son respetados, animan la vida de un gran inmueble, etc. etc. Pequeñas comunidades de oración logran vencer en parte el aislamiento y el anonimato de barrios urbanos.

4. En Puebla se reunió, en febrero de 1979, una conferencia de responsables de Iglesia de todo el continente latinoamericano. Invitaron allí a los cristianos a hacer esa "opción preferencia! por los pobres y por los jóvenes".

5. Jóvenes ortodoxos rusos sugirieron la idea de una plegaria de adoración en torno a la cruz: apoyar un momento la frente sobre la cruz extendida en el suelo, a través de este gesto depositar sus propios fardos y los de los demás, encender un pequeño cirio como signo de la resurrección. Se puede así celebrar todo el misterio pascual en una sola velada, o bien reunirse para un fin de semana con una oración de la cruz el viernes y una plegaria de la resurrección el sábado.

6. Cenobítica significa «vida común» y recubre las formas de vida llamadas religiosa o monástica.

7. He aquí algunos ejemplos que pueden dar sugerencias sin pretender, por supuesto, intentar resolver los grandes problemas humanos:

Mientras que un tercio de la población mundial se halla sin techo, o cuenta con viviendas miserables, jóvenes arquitectos han concebido un urbanismo basado no en la noción de lucro, sino en la de simplicidad y de pleno desarrollo humano. — Jóvenes comprometidos en la vida profesional deciden fijar un límite a su nivel de

vida, por ejemplo una vez y media el salario medio de un obrero. — Algunos, suprimiendo casi todo su mobiliario, viven y acogen ampliamente en un espacio incluso muy reducido. — Ciertas comunidades viven tan sólo de lo que ganan con su trabajo, sin recibir donaciones, sin capital, aceptando crear a partir de la pobreza de medios. — Algunos jóvenes adquieren una gran competencia para emprender por ej. una investigación en materia de nutrición, o a fin de actuar sobre los mecanismos de producción y de distribución alimenticia (el cuarto de la población mundial sufre desnutrición mientras que la producción de cereales es actualmente superior a las necesidades de la humanidad).

Quienes simplifican su existencia se preguntan qué hacer con el excedente. Unos comparten lo más posible con los más desfavorecidos de su barrio, de su región. Otros participan en las grandes colectas de solidaridad internacional dando la preferencia a realizaciones tales como : ayudar a familias a comprarse un pequeño terreno para construirse una casa; apoyar una acción en favor de obreros agrícolas sin tierras; pagar a un abogado para defender los derechos violados de los pobres ; favorecer un trabajo educativo y sanitario en favor de las mujeres y los niños; ayudar a los refugiados y exilados, a las familias de prisioneros políticos, de los que son torturados; apoyar tal pastoral local que, con medios simples y limitados, se lleva a cabo en los lugares más desheredados y aislados del mundo.

8. Para los niños, el hermano Roger escribió esta oración en Temuco:

«Jesús, tú perdonas todo. Prepara mi corazón de niño para perdonar en el instante mismo, a fin de abrir las puertas de la alegría».

9. Próximamente estará disponible en Taizé una edición del «*Itinerario de Temuco*» impresa en cartón ligero, de tal manera que cada uno pueda llevarla en su bolsillo.

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr

Carta de Italia¹

CARTA 1981

Esta *Carta de Italia* ha sostenido la reflexión del encuentro europeo de Roma, que reunió a 30.000 jóvenes (en vez de los 15.000 previstos), procedentes de toda Europa, de Finlandia a Andalucía, de Polonia a Escocia. Más de 150 parroquias de Roma acogieron a los participantes llegados en veinte trenes especiales y múltiples autocares. Los que venían de más lejos, los de Laponia, habían hecho cinco días de viaje. La oración común tuvo lugar dos veces por día simultáneamente en tres basílicas, San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y Santa María de los Ángeles, conectadas por hilo telefónico. Para la oración con el papa Juan Pablo II, la basílica de San Pedro resultó pequeña y, al final de la oración, el papa fue al balcón de la basílica para saludar a los miles de jóvenes que habían seguido desde el exterior, a pesar del frío, toda la oración en la Plaza de San Pedro que estaba sonorizada. Las próximas *Cartas de Taizé* hablarán más sobre este encuentro europeo, pero hay ya algunos textos en las siguientes páginas.

Tú, que buscas a Dios, ¿lo sabes?: lo esencial es tu acogida del Cristo. Por su constante presencia, en cada uno, por su perdón, él hace de ti un ser vivo. Dándole tu confianza y perdonando, saldrás de tus prisiones interiores para osar comprometerte, como peregrino de reconciliación, en las divisiones de la familia cristiana, e incluso, en los desgarrones de la familia humana.

A causa de Cristo queremos hacer lo imposible para que la nuevas generaciones no estén ni sumidas en medio de situaciones donde la vida no tiene sentido, ni paralizadas por las fuerzas destructivas de la angustia o de las guerras.

Juntos, acompañados por Cristo, descubriremos la confianza de corazón, el espíritu de infancia que da paso a una infancia de la Iglesia.

Para avanzar por este camino, he aquí algunas sugerencias:

La reconciliación de los cristianos no soporta más retraso

En estos tiempos de violentas conmociones cuando a cada instante surgen nuevas separaciones, la urgencia de una vocación de reconciliación ecuménica, es decir universal, nos interpela más que nunca.

Lo que nos seduce de la reconciliación de los cristianos, es que Cristo quiere hacer de esta única comunión que es su Iglesia, un fermento de reconciliación para toda la comunidad humana, y ello implica una serie de consecuencias creadoras para la paz mundial. En una iglesia siempre peregrina Dios nos coloca corrió «*enviados en el nombre de Cristo, que puso en nosotros el mensaje de la reconciliación*»².

Quien quiere ser artesano de la reconciliación no puede perder sus energías ni un minuto de su tiempo buscando quien tuvo razón y quien se equivocó. Lo importante es reconciliarse en el instante³. Veremos entonces florecer la vida, no solo en nosotros, sino incluso a nuestro alrededor.

Para salir del actual período de oposiciones entre los cristianos no podemos olvidar a aquellos que han hecho otras opciones. Y si es importante comprender al otro en sus diferencias, permanecer ahí sería detenernos en la primera etapa. Ahí, todavía, no nos hemos reconciliado.

Tampoco podemos olvidar que aceptando la creación de una Iglesia de los jóvenes, o una Iglesia de clases, o una Iglesia de los pobres, o una Iglesia de razas, o una Iglesia de élites intelectuales... contribuiríamos a una mayor segregación.

Dejarse acompañar

¿Cómo abrir nuestras puertas a Cristo y acogerle a cada instante cuando nos encerramos en nosotros mismos?

Visitando con Cristo cada una de «nuestras propias prisiones» a través de una peregrinación interior⁴ que dura toda la vida, veremos caer algunos muros⁵. En su lugar se abrirán espacios de libertad. Constataremos con sorpresa que todo un universo de tormentos desaparece por sí solo... y hasta en la vejez haremos descubrimientos de una creación siempre nueva. Poco a poco, Cristo construye en nosotros un corazón vasto como el mundo.

Quien camina con Cristo ve como se abre ante sí un sendero de liberación, el sendero que conduce de la inquietud a la confianza. En un sencillo arrepentimiento de corazón, osar comenzar siempre de nuevo es estar dispuesto a conocer los fracasos. ¡Siempre se puede encontrar un arca de Noé sobre las aguas para cantar al Dios vivo!

Perdonar es nacer de nuevo

Nicodemo⁶ fue de noche a visitar a Jesús y aprendió de Él que nadie puede ver el Reino de Dios si no nace de nuevo. Reconciliación y perdón no son más que un nuevo nacimiento⁷.

Ponerse en marcha con vistas a reconciliarse es también realizar concretamente el anuncio más fuerte de Cristo: el perdón.

Cuando la timidez nos impide pedir perdón ¿por qué no atreverse a realizar un simple gesto que sin necesidad de palabras lo dice todo?: extender la mano para que el otro haga el signo del perdón, el signo de la cruz.

Los niños y «los qué son como ellos»

Allí dónde existe una humilde confianza se abren las puertas del Reino, y un día esas puertas se llamarán alabanza⁸.

Que los niños vayan en pequeñas peregrinaciones hacia las personas ancianas, para encontrar junto a ellas la confianza de corazón; después, ellos sabrán extender esta confianza a su alrededor.

Hay niños marcados por una prueba. De ellos podemos decir que son sagrados para Dios porque su inocencia se ha visto herida en su niñez. Hay también niños sobre los cuales pesa la separación de sus padres; e incluso quienes en determinados barrios de algunas ciudades se ven abandonados a su suerte, no sabiendo a menudo dónde encontrar la mínima confianza ni un poco de felicidad humana. ¿Quién irá a su encuentro para descubrir con ellos una afición común: una lectura, una historia, un juego, hablar a solas...?

Hay también el abismo de la soledad "de aquellos que en su vejez terminan su existencia sin nadie cerca de ellos. ¿Quién irá a colmar esos corazones sedientos de confianza ?⁹.

Para los mayores, las referencias de vida han cambiado tanto que a veces les resulta imposible comprender las mutaciones actuales. Entonces, ¿no deberían las nuevas generaciones ser las primeras en buscar comprender?

¿No desean acaso las generaciones anteriores, en el fondo de sí mismas, dar su confianza a las nuevas generaciones? Esta confianza se ve raramente frustrada cuando nuestros mayores haciendo referencia a su propia juventud recuerdan hasta que punto tenían necesidad de ser escuchados y comprendidos¹⁰.

A la búsqueda de una infancia de la Iglesia

Hoy, volverse juntos hacia una infancia de la Iglesia supone estar abierto a este espíritu de infancia: la con fianza del corazón, la sencillez, el asombro de un amor, el júbilo, el gusto de la vida tan ligado al gusto del Dios vivo. ¡Una infancia de la Iglesia! No una nostalgia de la Iglesia de los primeros tiempos... en ella, como en cualquier otra parte, se trata de contar con los hechos contemporáneos. Y la Iglesia sobre esta tierra, no está compuesta por ángeles sino

por personas bien humanas, con sus propias debilidades.

¿Podemos, comprendiendo nuestras propias limitaciones rechazar la Iglesia cuando sus estructuras llegan a ser un obstáculo? Sería no conocerse ni amar a aquellos que justamente las animan. Antes de dejarse inmovilizar buscar la forma de pasar a través de las estructuras como el agua de un arroyo que tiene que abrir constantemente un pasaje... A pesar de sus fragilidades, aparecerá una infancia de la Iglesia y brotará la frescura de una comunión, una fuente de inagotable confianza.

¿A quién no le gustaría abrir un camino de vida para aquellos que ama antes que cerrar la senda? Para quien busca amar a Cristo, amarle es también «preparar el camino». ¿Quién podría amarle y permanecer indiferente ante su presencia en el devenir de la humanidad?

¿De dónde sacar el coraje con vistas a la reconciliación?

Hoy hay una esperanza: nunca ha estado tan difundido entre los cristianos una tal toma de consciencia de las graves situaciones de la comunidad mundial.

Todavía más: alimentados en las fuentes de la oración y la contemplación, hombres y mujeres llegan a ser capaces de cambiar las más oscuras perspectivas, y encuentran el coraje para arriesgarse con vistas a la reconciliación y la paz.

A menudo, en sus compromisos por seguir a Cristo, quienes buscan modificar las estructuras de la sociedad hacen este descubrimiento: en un mundo tecnificado, las leyes internas pueden provocar una ruptura entre trabajo y oración. Cuando lucha y contemplación se colocan en oposición, como si hubiera que elegir una y menospreciar la otra, esta oposición llega a desgarrar las fibras del ser humano.

Y ello es verdad para todos nosotros: Cuando actividad cotidiana y oración no son más que una sola unidad, el fondo de nosotros mismos encuentra un respiro¹¹.

Toda comunión está minada en la base por la desconfianza y el recelo, el lacerante recelo que puede llegar a tomar formas seductoras. La confianza es esencial para evitar rupturas humanas e incluso guerras. Por ejemplo, jamás humillar a los miembros de un pueblo porque los dirigentes cometen o han cometido actos inhumanos. Sin dejar de lado la lucidez necesaria para analizar los acontecimientos tenemos que descubrir que la confianza es una condición previa para la paz sobre la tierra.

Una distribución equitativa de los bienes a lo largo de la tierra

Una reconciliación sin justicia no conduce más que a compromisos. Una distribución no equitativa de las riquezas es una herida hecha a toda la comunidad humana, mucho más cuando dichas riquezas son retenidas por los cristianos¹². Muchos se preguntan: ¿cómo es posible que entre tantos cristianos que llegan a compartir los bienes espirituales sean tan pocos los que llegan a lo largo de la historia a compartir también los bienes materiales?¹³. La paz mundial depende, en parte, de una distribución equitativa de los bienes a lo largo de la tierra; y los cristianos, a causa del Evangelio, están particularmente llamados a anticipar esta distribución empezando por sus propias riquezas. La Virgen María ya había anunciado esta novedad provocada por la llegada de Cristo a la historia de la humanidad: «*los poderosos serán derribados y los pobres serán elevados*» (Lucas 1. 52).

Lo que es específico del cristiano es que él es signo de otro futuro, signo del Evangelio; también un peregrino que tiene sus raíces en un más allá, en el Dios vivo.

Arriesgarse por la paz mundial¹⁴

Con vistas a la reconciliación algunos continuarán estando presentes en medio de situaciones graves, e incluso aparentemente sin salida. A otros, después de un tiempo de preparación en Taizé, se les confiará la misión de escuchar, de conciliar un cambio de mentalidad. Se tratará entonces de partir lejos, como embajadores de reconciliación, no en nombre propio, sino ligados a su parroquia, sostenidos por su oración. Que en ruta nadie

acepte dones ni dinero para indicar, a sí mismo y a los otros, la gratuidad de su misión. A partir de la próxima Pascua se realizarán las primeras salidas desde Taizé¹⁵.

¡Los jóvenes tienen tan pocas posibilidades de ser escuchados y de participar en las decisiones tomadas con vistas a la marcha de la sociedad!¹⁶. Para entrar más concretamente en los grandes interrogantes en torno a la paz mundial¹⁷, intentaremos lo imposible para hacer realidad un 'prototipo' de lo que podría ser la imagen de una autoridad mundial¹⁸. Será confiado a un grupo de personas, en su mayoría jóvenes, de todos los continentes. También serán invitados creyentes de otras religiones y no creyentes interpelados por el rostro humano de la reconciliación. Él consultará a las personas más competentes en el plano internacional y estará atento a los descubrimientos que los equipos de búsqueda han realizado en estos últimos años, atento también a las libertades humanas, a aquellos que las pierden en el exilio o en otra parte¹⁹. Él entrará en su fase de preparación en Taizé, el próximo 6 de Agosto, aniversario de la explosión atómica de Hiroshima, pero también el día de celebración de la transfiguración de Cristo.

1. A finales de noviembre, cuando el hermano Roger se enteró del terremoto en el sur de Italia, aplazó la estancia que debía efectuar en África, entre otros lugares Uganda, para ir a vivir cerca de los italianos afectados, en las regiones siniestradas. Es allí donde se terminó esta *Carta de Italia*.

2. 2 Corintios 5.

3. En general, los responsables de las confesiones cristianas afirman que son necesarios decenios enteros, e incluso más, para resolver los problemas estructurales levantados por el ecumenismo. Entre estos responsables hay quienes intentan comprender por qué para tantos jóvenes no se puede retrasar más la reconciliación.

4. Es para alentar una peregrinación interior que fue escrito el brevísimo *"Itinerario de un peregrino"*.

5. En una peregrinación interior, de nosotros depende el expresar todo cuanto sucede en nuestro interior a otro que tiene una experiencia de vida cristiana y que, habiendo sabido atravesar las dificultades y ejerciendo la intuición, llega a leer en nuestro corazón sin juicios ni condenaciones. Sería un gran bien que muchos se prepararan a escuchar, no para dar consejos, sino para volverse atentos hacia lo que puede encarcelar al otro.

Es necesario remarcar que esta escucha no reemplaza para nada al sacramento de la reconciliación, el sacramento que desata sobre la tierra lo que al instante había sido desatado en el cielo.

6. Juan 3.

7. Siempre hay un antes y un después. Un antes cuando decimos: *"Me han herido tanto en mi niñez, me han humillado tanto en mi vida que no llego a perdonar ni a reconocer mi error"*.

Y un "después": la alegría del perdón. En el perdón comienza una transfiguración de nuestro ser, es el principio de la resurrección sobre la tierra.

Torturado sobre la cruz Cristo redescubrió la presencia de Dios perdonando, y se pone a rezar: *"Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen"*.

8. Isaías 60.

9. Habría que subrayar otras soledades, aquellas de los hombres que personifican un ministerio. Algunos de ellos no encuentran ya el sentido de su vocación al verse particularmente abandonados por los jóvenes. ¿Por qué no mantienen los jóvenes este ministerio, haciendo lo imposible e incluso llevándolo en brazos si es necesario?

10. ¿Cómo es posible que los jóvenes que están resueltos a todo por Cristo lo olvidan una vez que se casan?

11. El Espíritu intercede en nosotros que no sabemos cómo rezar: cada mañana desde que nos despertamos, podemos prepararnos a perdonar, pidiendo el Espíritu de misericordia.

Rezar sólo con una oración, por ejemplo una oración del nombre de Jesús, repitiendo hasta el infinito las mismas palabras noche y día: sea «*en ti, Jesús, el reposo de mi corazón*» o «*Jesús, en ti la confianza del corazón*»; o «*Jesús, mi alegría, mi esperanza y mí vida*».

Una oración para todo momento del día: *"Bendícenos Señor, a nosotros y a aquellos que tú nos has confiado. Concédenos vivir según el espíritu de las Bienaventuranzas: la alegría, la sencillez y la misericordia"*.

Una introducción para la oración del corazón: *"Concédeme el hablarte como cuando era niño, decírtelo todo..."*

Otra oración: *"Concédeme la seguridad de que, a cada momento, pondrás en mis labios las palabras que tengo que decir"*.

O esta otra: *"Perdónales, porque no saben lo que hacen; perdóname porque a menudo, no sé lo que hago"*

Incluso cuando rezamos solos, nuestra oración se inserta en una comunión, la comunión de todos los santos y testigos de Cristo: la Virgen María, los apóstoles Pedro y Pablo, muertos como mártires en Roma... y todos aquellos que solo Cristo conoce. Es por ello que tan esencial como alimentar el cuerpo es encontrarse juntos para rezar cada día...

¿Por qué alejarse de las oraciones de las comunidades locales, es decir las parroquias? ¿Por qué no enriquecer las parroquias con los dones específicos que poseen cada una de las pequeñas comunidades? Ellas son tan indispensables, que sin ellas las parroquias corren el riesgo de caer en la pasividad. La parroquia podría ser un revelador para verificar y confirmar la vida de una pequeña comunidad.

Si algunos dicen que se aburren en las parroquias y las encuentran demasiado petrificadas, sin respiración; si los lugares de oración de las parroquias se parecen a los locales de conferencias, llenos de bancos y con luces cegadoras, entonces ¿por qué no intentar habilitar una acogida para una oración más meditativa que explicativa, con cantos que comenzaran antes de la propia oración y continuaran después?

¡Hace falta tan poco para acondicionar un lugar para la adoración, un lugar de oración que deje presentir el misterio de Dios y alcance el misterio de nuestra persona humana!

En estos dos últimos años muchos cristianos se han puesto en marcha los unos hacia los otros a través de un sin fin de peregrinaciones. Estas peregrinaciones continuarán en los próximos años de una forma jamás antes vista. Hay peregrinaciones en pequeños grupos, de una parroquia a otra; en una peregrinación así la celebración del misterio pascual llega a ser primordial. La colocación de la cruz en el suelo permite una oración del cuerpo en la cual, colocando la frente sobre el leño de la cruz, depositamos en Dios todas nuestras propias dificultades y las de los demás.

12. Por todo el mundo, bajo cualquier régimen político, encontramos el mismo materialismo y la misma aspiración a la acumulación de bienes. Ya hoy, toda simplificación de los medios de existencia ayuda a salir de esta fascinación.

13. Desde hace mucho tiempo, multitudes de jóvenes piden a las instituciones eclesiales que no utilicen los grandes medios de poder, porque destruyen la comunión. Estos jóvenes aman la Iglesia y no son simplistas. Para ellos por ejemplo, la sencillez de medios no puede suprimir las necesidades de comunicación, (transportes, viajes, y telecomunicaciones). Tampoco rechazan los esplendores artísticos de las grandes y antiguas iglesias edificadas a lo largo de la historia.

14. Compartiendo estos últimos años la vida de los pobres en Asia, África y América Latina, por todas las partes realizamos el mismo descubrimiento: aumentan los desgarrones en el interior de la familia humana. Una de las consecuencias es que a lo largo del mundo aparece la fragmentación y el desánimo, la tentación por excelencia de nuestros días. Con ella se instalan también los grandes replegamientos sobre sí mismos. Fragmentación y desánimo no son nunca neutros. Ellos embotan las capacidades creadoras. Prisioneros de ellos mismos, de frente a la incapacidad de hacer valer su capacidad y sus dones, muchos Jóvenes no encuentran ya un sentido para sus vidas y se dejan deslizar por la pendiente del mero sobrevivir. Con tal de estar a gusto en un grupo reducido, se resignan a cualquier cosa.

15. La peregrinación a Taizé realizada durante el mes de julio por 144 sudafricanos, dos tercios de negros y un tercio de blancos, es a su vez una invitación, entre otras, para ir a África del sur. No será una peregrinación de ciento cuarenta y cuatro, sino quizás tan solo una peregrinación de dos en dos.

16. Nosotros vemos aquí, en el sur de Italia un ejemplo de esto: Jóvenes, también adultos, de toda Italia y de otras partes han manifestado una generosidad tal para venir en socorro de las víctimas del terremoto al punto que, en definitiva, son más numerosos de lo previsto.

17. Los expertos políticos afirman que entre los años 1981 y 1984 surgirán las tensiones más agudas después de la última guerra mundial. Conmociones cada vez más fuertes desorganizan la economía mundial y las relaciones entre las naciones; los rumores de guerra se acentúan y la esperanza de los hombres es cada vez más pequeña.

Los expertos afirman también que la indiferencia frente a los grandes organismos internacionales deja paso a un desarrollo desmesurado de la burocracia; esta burocracia es como un iceberg del cual no se llega a ver más que el vértice. Pero en sus espacios ocultos se congelan demasiadas iniciativas generosas.

18. Creyentes y no-creyentes no han olvidado la encíclica «*Pacem in terris*» que Juan XXIII escribió en 1963. En este texto, el bien amado Juan XXIII habla de una «*autoridad pública de competencia universal*». Creando una imagen de lo que podría ser, no quisiéramos que esta sugerencia fuera propuesta en vano.

19. Para dar un ejemplo, una de las urgencias entre otras, frente a la insuficiencia de vivienda en Europa Oriental y Occidental, será de elaborar un proyecto de creación de vivienda para todos aquellos que viven en situaciones precarias en el plano Europeo, pero luego también en el plano mundial. Ello nos abrirá una posibilidad de compartir los bienes.

Carta de Varsovia¹

CARTA 1982

Tú que estás cautivado por el misterio de la condición humana, ¿acaso lo ignoras? Cristo abre, en cada uno, una senda de esperanza. Él atraviesa contigo las contradicciones interiores, el miedo y la alegría, las dudas y la confianza, la rebeldía y el perdón.

¿Resignarse frente a las contradicciones? Resignarte no, sino darle tu confianza. El Resucitado nunca niega que en la condición humana existe el secreto de una esperanza e incluso de una felicidad. Resignarte no, pero sí ceder en tu interior, abandonarte al Espíritu Santo, al Cristo que está vivo.

Abandónate. Él, el Resucitado, ha depositado en tu interior su confianza. Él ofrece esta curación de los desgarrones que, en el Evangelio, se llama reconciliación. Sí, descansa en paz sólo en Dios. ¿Cómo podrías descubrir si no, lo que, día tras día, él coloca ante ti?

Cristo espera sólo tu elección. Una elección de lo esencial, repetida sin cesar, en medio de tus actividades. ¡Elegir! Nadie puede hacerlo por ti. ¿Entrarás por el camino que, yendo más allá de las situaciones de bloqueo, te permitirá presentir una esperanza creadora?

¿Quieres elegir la paz y perdonar?

La paz. Ella empieza en ti mismo, pero, también allí donde te encuentres.

¿En ti mismo? En el océano subyacente en cada uno, hay, en alguna parte, en el interior del ser humano, una espera de Dios jamás interrumpida ni perdida. Incluso para quien no cree, esta espera está ahí, de forma implícita; para el creyente, es una esperanza de lo que no ve; para el cristiano, es una espera contemplativa del Cristo Jesús que ama, reza y reconcilia en nosotros². En esta espera, al que escucha a Dios, de día o de noche, se le responde: paz³.

¿Allí donde te encuentres? Tanto si vives solo como con otros, ¿llegará tu casa, o tu única habitación, a ser como una «casa de Nazaret»⁴ donde acoger la paz?

Dios confía a todos una o varias personas. Más o menos, todos han recibido un don pastoral para escuchar a otro y llegar a captar lo que le hace mal⁵. Escuchar; no dar consejos ni expresarse con expresiones categóricas como «es necesario». Escuchar, para allanar el terreno y preparar los caminos de Cristo.

Escuchar lo que hay «bajo el corazón» del otro, hasta que oiga brotar la esperanza: ella está ahí, incluso bajo el corazón del ser inflexible, descorazonado... Saber escuchar nos lleva a tener una visión mística del ser humano; este ser humano que puede experimentar la fragilidad y el resplandor, el abismo y la plenitud.

No hay paz sin perdón. El Viviente⁶, el Resucitado, olvidado tan a menudo, da su confianza y su perdón. Colmado por su perdón, llegas a ser ligero como un niño. Por tu parte, tú ofreces tu perdón gratuitamente, no para cambiar al otro. Perdonar es renunciar a saber lo que el otro hará con tu perdón⁷.

¿Serás tú de los que hacen surgir el compartir y la confianza entre los pueblos?

Haz de tu casa, o tu única habitación, una «casa de Nazaret»; prepárala con una belleza sencilla para recibir e ir delante del prójimo. Invita e intenta comprender a aquellos que han hecho las opciones más opuestas. Osa dar el primer paso para crear la confianza entre los pueblos a través de una acogida recíproca entre las distintas razas. En esta época en la que tantas viviendas se cierran, y en la que múltiples iniciativas han fracasado desde su punto de partida, si cada uno se abriera a aquellos que pertenecen a otro origen, la cuestión racial estaría, más o menos, solucionada.

Tu vivienda, siempre ligada a la comunidad local⁸, será un lugar para buscar con otros; para descubrir cómo alentar los derechos humanos, cómo reconocer a tu alrededor los signos de

esperanza, compartirlos y celebrarlos. Sin ello, las creencias humanas más importantes e incluso la esperanza en Dios se desvanecen.

Una vida de comunión con Dios no es una hazaña personal, ni se realiza a través de sueños suspendidos de las nubes. Lejos de olvidarte del prójimo tú la vivirás en lo concreto de las situaciones. Tú encontrarás las contradicciones de la condición humana en las sociedades contemporáneas, con sus dominantes principales: la fascinación de las posibilidades del poder, el éxito a cualquier precio. Si algunas soluciones son, aparentemente, brillantes, de hecho, ellas convierten nuestra civilización en algo áspero y rudo. Y su fuerza suscita el miedo entre los pueblos.

Con toda una joven humanidad a través de la tierra, tú esperas que se reduzcan las fronteras entre los pueblos. Ir los unos a la casa de los otros: ¡eso es una fiesta! Sin conocerse, ¿cómo lograr que brote la confianza y el compartir entre los pueblos? ¿Cómo curar los desgarrones y reconciliarse? ¿Cómo unirnos al Resucitado en su peregrinación de Crucificado en medio de la humanidad? Él acompaña hasta el final de los tiempos a aquel que atraviesa una dificultad.

Con esta joven humanidad, tú rechazas el alentar los egoísmos sagrados: sean de un continente, una nación, una raza o una generación. Tú deseas que se dé la misma confianza a cada pueblo de la tierra, y no sólo a unos cuantos. Para distribuir los bienes materiales entre el Norte y el Sur, para reparar las rupturas entre el Este y el Oeste, tú sabes que hay una urgente necesidad de autenticidad, de un corazón recto: ¿quién podría, hombre político o no, lanzar una llamada a la paz y no hacerla realidad en sí mismo? «Prepara en ti un corazón sincero y valiente»⁹.

¿Serás tú de aquellos que, a través de toda la tierra, buscan en Dios su perseverancia y comprometen todos los recursos interiores y espirituales para anticipar la incomparable confianza entre los pueblos, la paz y la reconciliación, no de forma superficial, sino en profundidad¹⁰?

¿Estás dispuesto a realizar, sin retraso, una parábola de reconciliación?

¿Será tu casa, o tu única habitación, la «casa de Zaqueo»¹¹: la casa del perdón, una parábola de la reconciliación? El perdón es la realidad más asombrosa y generosa del Evangelio, es, sin duda, un milagro. ¿Cómo es posible, entonces, que los mismos cristianos lleguen a hacer uso del arma tan poco evangélica de la culpabilidad e incluso la sospecha? Ella mata la esperanza. Dios no viene a atormentar la conciencia humana, ni nos quiere borrachos de culpabilidad, sino colmados de su perdón. Tú tocas ahí, lo absoluto de Dios.

Muchos se interrogan contigo: ¿por qué esta inconsecuencia en los cristianos? ¿Cómo referirse al perdón y permanecer opuestos, separados, no sólo por las antiguas sino incluso por las recientes y tan terribles divisiones? Ello tiene sus consecuencias sobre la paz mundial¹².

Cuando, a tu alrededor, tantos jóvenes atraviesan con dificultad la tentación de la duda y abandonan las iglesias, la inconsecuencia de las divisiones entre los cristianos añade un peso más. Desde hace siglos, estas divisiones sacuden Europa y el mundo entero: ellas paralizan las energías creatrices¹³. Tú deseas intentarlo todo para que los jóvenes que perseveran en esta comunión de comuniones que es el Cuerpo de Cristo, su Iglesia, un pueblo contemplativo, no queden encerrados en los conflictos entre cristianos.

De ti depende el anticipar sin retrasos una reconciliación¹⁴. Anticipar es una expresión de la esperanza. Y es vivir ya, sin retrasos, lo que esperamos. Hasta el atardecer de tu vida nada te dará un corazón más atento y más joven.

Reconciliarse entre cristianos, no para ser más fuertes que cualquier otro, sino para ser fermento de reconciliación y de confianza entre creyentes y no-creyentes. Los cristianos se replegarían sobre sí mismos si esta pasión de Cristo, reconciliarse, no nos condujera a apasionarnos por la paz y la reconciliación de toda la familia humana.

Tras una separación, cuando aquel que renuncia con vistas a reconciliarse, escucha como respuesta palabras como: «Yo te quiero bien, pero yo lo tengo todo, y no veo lo que tú puedes aportar», llega la humillación. No es una reconciliación: Por una parte hay el perdón, y por la otra un bloqueo, por no hablar de suficiencia. Y un rechazo de la reconciliación que alcanza tan profundamente, inmoviliza.

¿Cómo anticipar una reconciliación? Empezando por reconciliar en ti mismo lo mejor de los dones depositados por Dios en el pueblo cristiano durante dos mil años de peregrinación. En tus manos está el alabar a Dios por estos dones. Tú podrás amarlos y llegar hasta asumirlos en ti

mismo. Sobre este camino no existe el riesgo de llegar a ser, para los tuyos, un símbolo de renegación, ni de herir las fibras del alma de aquellos que son de tu familia de origen¹⁵. Y tú lo descubrirás para dar cumplimento:

Asumir en sí mismo lo mejor de los dones de las Iglesias ortodoxas, es confiarse a la alegría de una presencia, la del Resucitado, la del Espíritu Santo¹⁶.

Asumir en sí mismo lo mejor de los dones de las Iglesias salidas de la Reforma, es dar tu confianza a la Palabra de Dios para meterla en práctica inmediatamente en la vida personal¹⁷.

Asumir en sí mismo lo mejor de los dones de la Iglesia católica, es acoger la irremplazable presencia de Cristo en la Eucaristía; acogerla con el perdón dado en la mismísima fuente de la reconciliación¹⁸.

Sí, Cristo te precede en las fuentes de su alegría, su confianza y su perdón. Tú, adelántate a la aurora.

Levántate. El Resucitado pasa junto a ti. Él libera un camino de esperanza. Él viene a ofrecerte que atraveses las mismísimas contradicciones. Él prepara la curación de los desgarrones, y te concede realizar una parábola de reconciliación. Ve. Y sé fermento de confianza, cerca y lejos de ti... y lo inesperado se hará realidad.

Hoy a 8 de Diciembre de 1981

1. A lo largo del año 1981, el hermano Roger encontró las ideas para escribir esta Carta, no sólo en Taizé o en los distintos países occidentales, sino yendo cinco veces a los países del Este (Checoslovaquia, Polonia, Alemania Oriental, Yugoslavia, y, en Navidad, a Varsovia).

2. En nuestra oración, lo que cuenta no es sentir una exaltación cualquiera, ni tampoco lo que podemos experimentar; lo más importante es que Cristo reza en nosotros, con nosotros (ver Rom 8, 10; 11, 26-34).

3. Cuando la espera de Dios se vive en común, está claro que el canto permanece como una de las expresiones más esenciales. Los cantos concebidos con una frase breve, repetida largamente, subrayan el carácter meditativo de la oración. Con pocas palabras, expresan una realidad fundamental, captada rápidamente por la Inteligencia e interiorizada, poco a poco, por toda la persona. Las parroquias, en un deseo legítimo de ir al encuentro del hombre secularizado, han creído, a menudo, que su deber era secularizar incluso sus celebraciones. Pero, si la oración llegara a ser excesivamente cerebral, desconcertaría y no llegaría a alcanzar las profundidades del ser humano. Hoy es más esencial que nunca intentar hacer de cada iglesia un lugar de una belleza acogedora, y recordar que es Cristo nuestro interlocutor: la oración no puede ser un diálogo horizontal en el que, creyendo hablar a Dios, lo que en realidad pretendemos es transmitir a los otros las propias ideas. En una oración común, bastan unas lecturas breves, unos cantos sencillos, sobretodo pocas palabras, y un único y extenso momento de silencio (y no varios, para evitar la pesantez).

4. Esta idea de una casa «de Nazaret» o más adelante «de Zaqueo», no es para dar nombre a un «movimiento». Ella no puede vivirse más que en nombre del Evangelio. La Virgen María nos enseña a este respecto, el gesto de la ofrenda. Ella no guardó su Hijo para sí misma, sino que lo ofreció al mundo. He aquí por qué queremos ofrecer aquellos que Dios nos ha confiado provisionalmente y no queremos organizar los jóvenes que vienen a Taizé en un «movimiento»; lo que intentamos es comprender con ellos las realidades de la comunidad local donde ellos viven, con el resto de las generaciones. En Taizé, no queremos ser otra cosa que un lugar de oración, de contemplación, donde se buscan las fuentes esenciales, para dar sentido a su vida, recordando que el ser humano no se realiza sino en presencia de Dios.

5. La parte de don pastoral de un bautizado no se confunde con el ministerio eclesial. Ciertamente, en un mundo secularizado en el que la Iglesia se hace cada vez más subterránea, la preparación del laicado se impone más que nunca. Pero, éste no elimina la gran exigencia e incluso la urgencia de una vocación para el ministerio eclesial. Una llamada no puede ser exaltada a expensas de otra, eso significaría dejar caer un aspecto de la vida de la Iglesia. En Taizé, a lo largo de los encuentros de jóvenes, muchos muestran una sensibilidad frente a la vocación para el ministerio eclesial. A lo largo de este año, entre las distintas posibilidades ofrecidas figurará, también, la de pasar una o dos semanas reflexionando en torno a la parte de corazón pastoral depositado en cada uno, y sobre los múltiples dones que exigen una realización, una extensión. No olvidemos que la intuición ejercida a lo largo de toda una vida de escucha, permite a hombres e mujeres adultos, comprender casi sin palabras al que viene a confiarse.

6. Lo que es específico del cristiano es que él se refiere a un ser Vivo: este Cristo que, torturado sobre una cruz, tendido en la tumba y resucitado, acompaña cada ser humano hasta el final de los tiempos.

7. El perdón es, a menudo, algo difícil para la mentalidad contemporánea, para la cual siempre es necesario un rival; saber quién tuvo razón y quién se equivocó; y en la cual, reconocer sus faltas es considerado como una humillación.

8. Lo que en esta carta se dice en torno a las «casas», no hace más que prolongar lo que las cartas precedentes habían expresado sobre las comunidades locales, las parroquias (cartas de Italia, de América Latina, de África). Por muy frágiles que sean, las parroquias siguen siendo, en todo el mundo, un lugar que llega a atravesar las crisis sucesivas. A pesar de la rigidez y la lentitud de adaptación, de nosotros depende el participar en su transfiguración. Si algunos se aburren en las iglesias, y el aburrimiento es un sufrimiento espiritual, quizás en sus manos está el perseverar para que

las parroquias conozcan una oración generosa y que, en la expresión humana de la liturgia, se descubra la plenitud de Dios.

9. Ver Sirac 2, 1-6.

10. La paz y la reconciliación sólo se realizan en las profundidades. Creyentes o no, no llegan a ello, si se mantienen en la superficie de las cosas. Por cuanto resguarda a la reconciliación entre los cristianos, es sólo en lo profundo que ella puede cumplirse: ella se construye allí, sobre la roca que es Cristo, y no sobre la arena. Jóvenes de un país del Este escribían: «Presentimos que en todo lo que ha sucedido, Jesús puede enviar su Espíritu y que todo ello es una preparación de una primavera de la Iglesia. Incluso quien no tiene ningún medio ni ninguna posibilidad exterior, puede hacer esto: en pequeñas comunidades, con sus hermanos, con María y los apóstoles, rezar esperando el Espíritu. Esta es nuestra vocación por el momento: rezar para que el pueblo de Dios llegue a ser un pueblo contemplativo». Otros, también del Este, recuerdan las palabras de Cristo: «A vosotros que me escucháis os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a quien os odia, bendecid a quien os maldice, orad por quien habla mal de vosotros» (Lucas 6, 27-28).

11. Ver Lc 19,1-10.

12. Cerca de la muerte. Jesús pide a sus discípulos que estén atentos con él, pero ellos se duermen (Mt 26, 36-46). Sobre su cuerpo, sudor y sangre (Lc 22, 44). Él reza por los suyos: no pide que sean separados de la comunidad humana, sino que sean protegidos del mal. Presintiendo los desgarrones de la humanidad, él pide que exista entre los suyos la misma unidad que él mismo tiene con Dios; y él reza para que la comunión entre los cristianos sea tan visible y transparente que dé acceso a Dios (ver Jn 17). Los cristianos despiertan a Dios por su existencia más que por sus palabras: a través del espíritu de unidad, a través de lo que son, el Evangelio es reflejado hasta tal punto que el ser humano puede revelar el esplendor de Dios.

13. La división de los cristianos en confesiones, a menudo, les ha convertido en partisanos, en «patriotas» de su confesión, en defensores de una idea. Lo mismo se puede decir de las nuevas divisiones que actualmente descuartizan el Cuerpo de Cristo. Pero el Evangelio es un total desinterés. Él no llama a los cristianos a hacer adeptos, sino a ser miembros del Cuerpo de Cristo.

14. Hace un año, la «Carta de Italia» llamaba a una reconciliación sin retrasos, en lo inmediato, pero no decía cómo. La presente carta presenta una vía: anticipar en sí mismo la reconciliación.

15. El mismo Cristo no quiso abolir lo mejor que los suyos habían recibido: el Antiguo Testamento. Él quiso dar cumplimiento (Mt 5, 17). No olvidemos que la mayor parte de los cristianos admiten que la Iglesia es ya una por un mismo bautismo. Por otra parte, ¿no sería importante el considerar que si la Iglesia, Cuerpo de Cristo, tiene contornos visibles, al mismo tiempo está constituida por círculos concéntricos cada vez mayores?

16. En las Iglesias ortodoxas la presencia del Resucitado, la del Espíritu Santo, se expresa sobretodo en la liturgia, hasta el punto que Incluso los no-creyentes llegan a presentirlo. La liturgia hace posible la proximidad del Resucitado en la vida cotidiana. Es de ahí de donde las Iglesias ortodoxas han sacado a menudo, a lo largo de su historia, el coraje para ir por fidelidad hasta el extremo del amor.

17. La Biblia ha removido, trabajado hasta lo más íntimo, al cristiano protestante. Una palabra de Dios, tomada, no de forma aislada, sino en el conjunto de la Escritura, determina un compromiso personal. Este amor por la Escritura, ha hecho nacer místicos, escritores y poetas, en el protestantismo de los siglos XVII y XVIII. Este mismo amor ha inspirado a un Juan Sebastián Bach sus más bellas creaciones musicales, que son cantadas a lo largo de todo el mundo. A partir de la meditación de la Escritura, en el protestantismo se ha desarrollado la oración espontánea que sube del corazón y se expresa en Intercesiones por los otros o en un reconocimiento hacia Dios. Es un tesoro del Evangelio. En cuanto se refiere a la Iglesia anglicana, animada por este mismo amor por la Palabra, ha intentado, a lo largo de toda su historia, vivir hundiendo sus raíces en la tradición que precedía a la Reforma.

18. La Iglesia católica es sobretodo la Iglesia de la Eucaristía. La Eucaristía, íntimamente ligada a la Iglesia, da paso a un amor por esta única comunión que es la Iglesia, e incluso sostiene una visión mística del hombre y la Iglesia. Para la Iglesia católica, la Eucaristía es la fuente de unanimidad de una misma fe. He aquí por qué se concede tanta atención pastoral a la búsqueda de una reconciliación entre cristianos que no finalice en una nivelación o relativización de los fundamentos de la fe. La Eucaristía es recibida a lo largo de toda la vida con un espíritu de pobreza y arrepentimiento de corazón, con un alma de niño. Y el sacramento de la reconciliación está ahí para dar la certeza personal del perdón. Es verdad que algunos, muy seriamente, hacen un uso frecuente de la confesión, puesto que les resulta tan necesario el vivir de este signo visible que borra todo el pasado. Otros, con la misma seriedad, hacen un uso menos frecuente, puesto que saben que Dios les guarda en su perdón.

Carta de las catacumbas¹

CARTA 1983

Una llamada a las Iglesias

Tú que quieres ser un ser vivo, y no un semi-muerto, ¿lo sabes?

«La gloria de Dios, es el hombre vivo. La vida del hombre, es la visión de Dios»².

Con multitudes a través de la tierra, ¿darás tu confianza al Dios vivo? ¿Encontrarás en Él el sentido de tu vida y una alegría serena?

Cuando, en los creyentes, esta confianza desaparece, desiertos de escepticismo y de duda invaden amplias regiones del mundo.

Y he aquí que además, en estas zonas de aridez, algunos cristianos son desconfiados entre ellos, divididos por antiguos o por muy recientes conflictos.

Sí, encontrándote en el corazón de tales situaciones, vives ya reconciliado, te ocurrirá estar como en unas catacumbas donde rezarás: «Mi alma tiene sed del Dios vivo, ¿cuando le veré cara a cara?»³

Los cristianos del tiempo de las catacumbas sacaron su valor de lo más profundo del corazón de la fe. Sometidos a las más fuertes presiones, comprendieron que, para el Evangelio, el sentido de la existencia era el de «dar su vida»⁴.

Sí, el Evangelio sitúa ante una elección. O bien dar su vida, no algunos fragmentos, sino toda su existencia. O bien servirse a sí mismo y seguir su propia sombra, entre otras cosas, en la búsqueda del prestigio humano.

Imposible caminar sobre estos dos caminos a la vez. Elegir a Cristo Jesús supone no seguir más que uno. ¿Elegirás tú a Cristo?

Tú, comienza. Dale tu confianza. No esperes a que tu corazón haya cambiado: día tras día Cristo lo cambiará.

Cuando, a tu alrededor, las fuertes sacudidas, los desánimos, las dudas, parecen trastornarlo, todo, ¿disciernes una luz interior?

En el desierto del corazón, cuando las salidas parecen del todo cerradas, llega el momento en que inexplicablemente tú eres reenviado hacia lo único esencial: siguiendo a Cristo Jesús, estás ahí «para dar tu vida, para servir, no para ser servido»⁵. Nadie puede encontrar sentido más fuerte a la existencia ni mayor amor.

Entonces he aquí que se liberan en ti recursos ignorados. Ellos brotan inagotablemente. Y se abre la flor de desierto.

Tú que no quieres ser un semi-muerto sino un ser vivo, ¿lo has comprendido? El deseo del Espíritu, el deseo del Dios vivo, lleva a la vida y a la paz⁶.

Quizá dirás: ¿cómo tener el deseo de Dios sin conocerle todavía?

Abre la Escritura. Al Dios vivo se le discierne a través de Cristo Jesús, el Resucitado.

Con la sencillez de un corazón de niño, acércate a la Eucaristía. Poco a poco tú comprenderás.

Para recomenzar cada día de nuevo⁷, pon tu confianza en el Espíritu Santo. El habita en tu corazón⁸.

No te apoyes solamente en tu propia fe. Apóyate en los que te han precedido y en los que hoy te acompañan⁹.

Busca a Dios a través del perdón. Ocurre que te sientes demasiado culpable para creer en el perdón de Dios. Te dices: ciertamente Dios perdona a los otros, pero no a mí. No lo olvides: el signo absoluto de Dios es que, como todo amor, su amor es perdón¹⁰. Si te detuvieras en el temor de un castigo, ¿cómo podrías amarle?

La vida interior reemprende su curso cuando, perdonado por Dios, has perdonado a los otros. Hay una primavera del corazón para quien ofrece a los otros el perdón que Dios le ha dado.

Renunciando a mirar hacia atrás, arrojando en todo momento en el agua del Bautismo tu pasado y el de tu prójimo, vuelto hacia lo que está delante de ti, vive el instante¹¹. Sí, que hoy te baste; entonces se realiza dentro de ti un desarrollo que no terminará jamás, hasta la vida de eternidad.

Para buscar a Dios, vela y ora¹². Si piensas que no sabes rezar, ¿vas a renunciar por ello? Mantente ante El sin palabras. Y, si puedes, habla a Cristo Jesús con toda simplicidad, con toda humildad. Una sola palabra basta, sobre todo si sube de tus profundidades.

Rezando, te sorprenderás a veces al decir: «Mi pensamiento se pierde, mi corazón se dispersa». El Evangelio te responde: «Dios es más grande que tu corazón»¹³ En todo momento, abandónate de cuerpo y de espíritu. Confíale todo lo que te pesa. Atrévete a decirle: «Concédeme el darme». Con otros, cántale hasta descubrir el deseo de Dios.

Nadie puede separar oración y acción. No lucha o contemplación, sino la una con la otra, la una brotando de la otra¹⁴. El Resucitado te acompaña en todas partes, no solamente en la Iglesia, sino también en la calle, en el trabajo.

La contemplación: no para cerrar los ojos frente a todo lo que amenaza o ataca a los débiles de este mundo¹⁵, frente a ese pecado que es la guerra¹⁶. La contemplación es una fuerza serena que te trabaja y te penetra.

En tu vida de cada día, prepárate a ser fermento de reconciliación, y te resultará posible ser portador de una llamada¹⁷.

Una mujer joven nos inspira por lo que fue, Santa Catalina de Siena¹⁸. Amó a Cristo en la comunión de su Cuerpo, su Iglesia, este Cristo a veces abandonado, como un yacente al borde del camino. Ella amó a la Iglesia con un amor ardiente. Llena de valor y de espíritu de discernimiento, no llamaba a la Iglesia a un purismo cualquiera o a una perfección, sino a reencontrar el espíritu de unidad y a curar sus heridas.

Todos nosotros, jóvenes y viejos, somos parte integrante de esta comunión que es la Iglesia, y no podemos pedirle nada sin realizarlo también en nuestra propia existencia. Animados por un ardiente amor, nos atrevemos a dirigir

UNA LLAMADA A LAS IGLESIAS

Iglesia, llega a ser lo que eres en tus profundidades: tierra de seres vivos, tierra de reconciliación, tierra de sencillez.

Iglesia, «tierra de seres vivos», responde a nuestra espera.

Abre las puertas de la esperanza: ella irradiará como un sol de verano.

Abre de par en par las puertas de la confianza: ella superará la duda, la desconfianza, la vergüenza de existir.

Abre de par en par las puertas de la alegría, y la oración común será celebración de una fiesta que no tendrá fin.

Abre las puertas de una vida interior: el alma desbordante de amor atravesará las más grandes pruebas y los peores tormentos, ella franqueará los muros de amargura y de odio, y el miedo de su miedo... y esto para que dos sean no semi-muertos sino seres vivos.

Iglesia, sé tierra de reconciliación.

No dejarás más, nunca más, a Cristo descuartizado yaciendo al borde del camino.

Entonces la división de los cristianos en diferentes confesiones no se podrá ya sostener. El Evangelio los llama a ser miembros del Cuerpo de Cristo, no adeptos, partidarios e incluso patriotas de sus confesiones. Jesús rezaba para que fueran uno y, por ello, se hicieran creíbles al mundo.

No perderás ya ni un solo minuto en conflictos o en oposiciones entre cristianos, cuando violencias y ruidos de guerra se extienden por el mundo, cuando las naciones se levantan unas contra otras.

Haz todo lo que puedas para que las nuevas generaciones no sean más víctimas de las

rupturas antiguas o nuevas.

La reconciliación visible entre cristianos no soporta más retraso. Reconciliarse no para ser más fuertes contra cualquiera, sino ante todo para ser fermento de paz y de confianza en todas las naciones del mundo.

¿Serías indiferente a la invitación del Evangelio a «correr a reconciliarse», y a la palabra de Cristo «son impropios del Reino de Dios los que miran hacia atrás»?

Para darnos la posibilidad de vivir el hoy, Iglesia, sé tierra de perdón. «El mañana se preocupará de sí mismo».

Cuando tú eres tierra de reconciliación y de comunión, acudimos de todas partes.

Iglesia, sé tierra de sencillez.

Es necesario tan poco para acoger. Los medios más simples sostienen una comunión. Los medios fuertes dan miedo y apartan de la universalidad de la llamada de Cristo. Si organismos y administraciones de Iglesia dejaran, más que nunca, que su ministerio se trasfigurara por el fuego que brota de un corazón pastoral...

Dios te llamó a la alegría, no a la morosidad, a una gran simplicidad de medios, no a una severa austeridad. La creación artística, don de Dios, sostiene el asombro de un amor, alimenta la maravilla de la oración común.

Lejos de acumular, atreverte a compartir. La fe, la confianza en Dios supone el correr riesgos.

¿Olvidarías la aspiración de tantos jóvenes habitados hasta la angustia por la preocupación de la justicia, por la búsqueda de un compartir con las masas sumergidas en la miseria? La miseria no viene de Dios.

El injusto reparto de los bienes a través del mundo es una de las causas de conflictos armados. En el nombre de Cristo, no más guerras.

Iglesia, sé tierra de compartir para ser también tierra de paz.

P.D. Para concretar la llamada a las Iglesias

Viviendo ya reconciliado ¹⁹, eres parte implicada de la LLAMADA A LAS IGLESIAS dándole respuesta en tu existencia.

Sé fermento de reconciliación. En el Evangelio, la reconciliación es una dinámica de lo inmediato²⁰. Cada semana al menos, realiza, solo o con otros, una pequeña peregrinación de reconciliación. O incluso busca comprometerte en cualquier otro intento de reconciliación. Lo que importa es ser levadura en la masa: allí donde estás situado cotidianamente, y también en tu parroquia, en movimientos de Iglesia o en comunidades.

Reconcílate, el padre con su hijo, el marido con su mujer, el creyente con el que no puede creer, el cristiano con su hermano...

Si comienzas a tu alrededor, después estarás en condiciones de continuar lejos y estarás preparado para mantenerte en puntos neurálgicos de la familia humana.

Está dispuesto a escuchar a los que Dios te confía. Tú has recibido una parte más o menos grande de don pastoral para acompañarlos²¹. Por muy asombroso que esto parezca, transmitiendo Cristo a otros le comprenderás mejor tu mismo.

Escucha también a los que son diferentes a ti por la edad, el origen, las opciones²². Participarías en nuevas separaciones, si aceptaras que hubiera una Iglesia de jóvenes, o una Iglesia de clases, o una Iglesia de pobres, o una Iglesia de razas, o una Iglesia de las élites, intelectuales o de otro tipo.

Si rezas en un movimiento de Iglesia, un grupo, una comunidad, estate vigilante: que no haya repliegue sobre sí. Id juntos a reunirlos con la comunidad local, la parroquia, para sus celebraciones habituales. Intentad prolongarlas con la oración del canto, y se creará así un espacio de adoración ²³.

Con tu comunidad local o con movimientos de Iglesia, busca cómo poner en práctica la llamada a la reconciliación que contiene la «Carta de las catacumbas».

Si es posible reflexiona con responsables de la comunidad local, la parroquia, cómo compartir los bienes de la Iglesia no indispensables al ministerio, pero acordándote que la simplicidad de

los medios no puede conducir ni a una existencia llena de frío rigor, ni a ser jueces llenos de suficiencia; esto rompe la comunión. Lugares de acogida y despachos de Iglesia dejan a veces suponer grandes medios, aunque no los haya. Toman a menudo una expresión secularizada. Si su tarea es necesaria, ¿por qué habrían de ser a imagen de administraciones civiles? Toda relación administrativa en las instituciones de Iglesia pide transformarse e incluso transfigurarse en un intento de atención pastoral.

Algunas parroquias pueden juntas llegar a ser promotoras de paz y de justicia en su barrio. Pueden acompañar a los olvidados de la sociedad y a los sin voz, estar con ellos cuando sugieran soluciones para el barrio y transformaciones indispensables para la dignidad humana.

En tu trabajo, orienta tus aptitudes con vistas a un servicio, no a un prestigio humano. El «hacer carrera» aparta del espíritu de sencillez de las bienaventuranzas. Deja que se desarrollen tus propios dones: desear los de los demás te conduciría a descuidar los tuyos²⁴.

Lejos de acumular, simplifica continuamente tu manera de vivir. Comparte. El compartir bienes materiales supone también compartir bienes espirituales. Lejos de ser una asistencia, el compartir es don de sí. Que tu morada sea cada vez más una «casa de Nazaret»²⁵, del todo dispuesta en la belleza sencilla para recibir, para rezar e ir al encuentro de los otros.

Para contribuir a construir la paz mundial, acuérdate de que la paz se construye también en ti mismo. Llévala a tu alrededor, no en teoría, sino en lo concreto de las situaciones locales.

Entonces, abierto a las dimensiones del mundo, ¿cómo podrías olvidar a los más olvidados, a los que están privados de los derechos humanos fundamentales, encerrados en las prisiones políticas, torturados, sometidos a las injusticias, expuestos a las violencias de la guerra ?²⁶

Busca. Encontrarás lo que te es posible realizar.

Para que la llamada a la reconciliación se amplíe, unas peregrinaciones van a ponerse en marcha de un lugar a otro en cada continente. Ellas serán, desde ahora, las etapas de UNA PEREGRINACIÓN MUNDIAL DE RECONCILIACIÓN²⁷.

En este largo camino, tendremos dos ENCUENTROS MUNDIALES. Uno se hará primeramente en el hemisferio Norte en Taizé, del 3 al 7 de agosto de 1985, el otro se hará en el hemisferio Sur.

Con un corazón ancho como el mundo, ¿serás tú fermento de Evangelio, fermento de reconciliación?

Navidad 1982

1. Para escribir esta «*Carta de las catacumbas*», el hermano Roger, de Taizé, ha recogido las sugerencias de jóvenes del Norte y del Sur, del Este y del Oeste, y las de sus hermanos. Antes de que esta « Carta » sea llevada poco a poco, a través del mundo, al mayor número posible de responsables de Iglesia, el hermano Roger fue a Beirut para remitirla a varios patriarcas de Oriente y también para encontrarse con musulmanes. Fue en el Líbano donde el hermano Roger pasó la semana de Navidad, entre otras cosas para recogerse en comunión con el joven seminarista libanés de 25 años que mataron una víspera de Navidad cuando iba a reunirse con su familia. Presintiendo su muerte, este joven libanés había escrito antes de morir: «*Me veo muerto en el camino que lleva a mi pueblo. Si esto se verifica, digo a mi madre y a mis hermanas: no estéis tristes, nos reencontraremos. Perdonad a los que me han quitado la vida. Que mi sangre, mezclada a la de todas las víctimas que han caído, de todos lugares y de todas las confesiones religiosas, sea ofrecida como precio de la paz, del amor y de la comprensión que han desaparecido de este país y del mundo entero. Rezad, rezad, rezad y amad a vuestros enemigos* », El día de Navidad, en Beirut, el hermano Roger abrió la PEREGRINACIÓN MUNDIAL DE RECONCILIACIÓN (ver nota 27).

2. San Ireneo de Lyon. Pertenece a la tercera generación después de Cristo.

3. Sal. 42 (41).

4. Le. 9.24-25. El don de la vida se extiende en toda la existencia. Dar su vida, es también atravesar los acontecimientos más duros, las oposiciones, hasta el último aliento, no es forzosamente darla a través de una muerte violenta. Las fidelidades de toda una vida forjan al ser humano en el interior de sí mismo. Sin estas fidelidades, las audacias no son más que fuegos de paja y los riesgos por Cristo, efímeros. Estas fidelidades esenciales llaman a una fuerte vigilancia del corazón.

5. Mt. 20.28.

6. Rm. 8.6.

7. Es posible volver a empezar cada día: Dios no retira jamás sus dones ni sus llamadas (Rm. 11.29).

8. El Espíritu Santo habita las profundidades del ser humano. Pero, en la oración, sería artificial buscar el forzar unas manifestaciones del Espíritu, sensibles o afectivas. La oración personal no tiene más que raras veces una expresión fulgurante. El milagro está en otra parte, está en amar a Cristo sin verle todavía (1 P. 1. 8).

9. Apoyarse en la fe de los otros, esta antigua oración lo recuerda: «*Señor Jesucristo, que dijiste a los*

apóstoles: mi paz os dejo, mi paz os doy, no mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos». La fe de la Iglesia: La manera en que esta fe es presentada no es indiferente. En otros tiempos todas las verdades estaban situadas en el mismo plano y debían ser aceptadas o rehusadas en bloque. En realidad todo no está en el mismo plano. Todo es importante pero en su propio lugar, más o menos central. Hay como una «jerarquía» de las verdades.

10. El perdón es el primer don del Espíritu Santo, hasta el punto de que es posible decir: allí donde hay perdón, está Dios. En reacción contra una posición justiciera respecto al pecado, algunos han creído que, para desculpabilizar al ser humano, era necesario negar el pecado. Forzosamente hay que constatar que una actitud tal, lejos de desculpabilizar, difunde y extiende la culpabilidad en todo el ser. Otros, atrapados por el vértigo de una culpabilidad inaprensible, querían primero perdonarse a sí mismos para ser perdonados por Dios. Muy a menudo, replegándose bajo el peso de los remordimientos, intentan escapar al vértigo de la culpabilidad poniéndose a acusar a los demás. Este vértigo les hace tanto daño que se descargan de su culpabilidad culpabilizando a los otros.

Dios no nos quiere ebrios de culpabilidad sino llenos de perdón y de confianza. El sacramento de reconciliación está ahí para aportar la certeza personal del perdón de Dios y para liberar del pasado a fin de vivir el hoy.

11. Ver Flp. 3.13 y Mat. 6.34. En quien se aferra al pasado pueden surgir nostalgias, arrepentimientos o vergüenzas. ¿Sería preciso intentar olvidar el pasado? Pero la memoria es tenaz. Y por otra parte el pasado nos ha construido también positivamente. Lo que importa, es descubrir el continuo perdón de Dios. El perdón libera de esta parte del pasado que encierra, nos hace libres para crear con lo que hoy está delante de nosotros. El miedo del pasado como el del futuro, la incapacidad de vivir el hoy, pueden llegar hasta hacernos presa de estados neuróticos.

12. Mt. 26.37-41.

13. 1 Jn. 3.20.

14. La oración en torno a la cruz es uno de los momentos en el que lucha y contemplación se apoyan la una sobre la otra. Poner el ycono de la cruz en el suelo, ir a colocar la frente sobre el madero de la cruz, depositar en Dios con una oración del cuerpo las propias cargas y las de los otros, es acompañar al Resucitado que está en agonía por los que conocen la prueba a través de la tierra. Esta oración se acompaña de una intercesión por los que conocen el sufrimiento, pero también de la renovación de un compromiso por los olvidados de la sociedad.

15. A los que están retenidos lejos de la fe a causa del sufrimiento humano, no se les dirá nunca bastante: Dios no quiere ni el sufrimiento, ni la guerra, ni la muerte, no atormenta la conciencia humana. Sino que el Resucitado acompaña a cada persona que conoce el sufrimiento.

16. En febrero de 1982, un polaco, padre de uno de nuestros hermanos, Marian Durski, escribía desde Polonia su preocupación por tantos jóvenes que buscan la paz. El murió algunas semanas después y su carta es como un testamento espiritual. Escribía: *«Pienso en tantos jóvenes que, sin haber querido la guerra, se encontrarían obligados, en caso de guerra, a sacrificar su vida. ¿Podemos imaginar que jóvenes, por ejemplo los que se reúnen en Taizé, sean un día obligados a disparar unos contra otros? Estoy cada vez más convencido de que uno de los derechos fundamentales de un hombre libre debería ser el de poder renunciar a este acto insoportable que es el de provocar la muerte, el de matar.»*

17. Desde hace mucho tiempo, numerosos jóvenes dirigen llamadas al compartir y a la paz y esperan que sean respondidas. Demasiado a menudo sus llamadas son oídas pero caen en el vacío. Para estos jóvenes el futuro parece bloqueado. En Occidente, tienen la impresión de que la generación mayor está dispuesta a darles bienes materiales, dinero personal, subsidio de paro, etc., pero no les ofrece el tomar parte en la construcción de la sociedad. Al no ser ejercidas, sus capacidades se agotan en el vértigo del desánimo, y sus dones pueden ser anestesiados. Sin embargo jóvenes de todos los pueblos de la tierra pueden construir la paz suscitando una reconciliación, tanto en el Sur como en el Norte, en el Este como en el Oeste.

18. Santa Catalina de Siena murió en 1380, a la edad de 33 años.

19. En la noble vocación ecuménica, hemos superado el periodo de los pioneros. El movimiento y las instituciones ecuménicas tienen que proseguir el perseverante trabajo permitiendo una aproximación teológica y un diálogo a distintos niveles. Pero otro modo de caminar ha aparecido. Para poner en práctica en tu existencia la palabra de Cristo «corre a reconciliarte» (Mt. 5.24), cada uno puede ya sin retraso «vivir reconciliado». Por consiguiente cada uno puede anticipar una reconciliación personal, en las profundidades de sí mismo. «Vivir reconciliados», no es buscar el armonizarse al más pequeño común denominador. No es nunca tampoco una nivelación de los fundamentos de la fe. Es reconciliar en sí mismo lo mejor de los dones depositados por Dios en el pueblo de los cristianos durante dos milenios de peregrinación. Asumir en sí mismo lo mejor de los dones de las Iglesias ortodoxas, es confiarse en la alegría de una presencia, el Espíritu del Resucitado. Asumir en sí mismo lo mejor de los dones de las Iglesias salidas de la Reforma, es dar su confianza a la Palabra de Dios, para ponerla en práctica en seguida en su existencia. Asumir en sí mismo lo mejor de los dones de la Iglesia católica, es acoger la irremplazable presencia del Resucitado en la Eucaristía, acogerlo con el perdón dado en la fuente misma de la reconciliación: estos valores profundizados aún más gracias a su actual renovación bíblica.

20. Mt 5, 24

21. 1 Pe 2.4-1

22. Igualmente: reza no solamente por los que te aman o piensan como tú, sino también por los que no te aman o por quienes han tomado otros caminos diferentes a los tuyos (Mt. 5.43-44). La oración por el adversario ensancha, transforma el corazón y el espíritu.

23. Cuando pequeñas comunidades están íntimamente unidas a la comunidad local, la parroquia, manteniéndose en el interior, pueden ser en ella un excepcional fermento de Evangelio.

24. Perder la estima de sus propios dones (son de Dios), perder la estima de sí mismo, esto tira del ser humano hacia atrás. Reaccionar sobreestimándose a sí mismo, por ejemplo en la búsqueda del prestigio y de los honores, no ofrece salida. ¿Sabemos que la voluntad de poder puede conducir a realizarse a sí mismo sobre los despojos de los otros, a pasar incluso sobre el cuerpo de los suyos para obtener el éxito? El consentir sigue siendo un camino: consentir a sus propios límites como a sus propios dones [consentir y no resignarse, lo que sería un camino de pasividad).

25. Hace un año, la «Carta de Varsovia» describió lo que podía ser una «casa de Nazaret». Recordó también en este sentido que la Virgen María mostraba el gesto de la ofrenda: no guardó a su Hijo para ella misma, sino que después de haberlo preparado, lo ofreció al mundo. He aquí por que es bueno ofrecer aquellos que Dios nos confía provisionalmente. En Taizé, nosotros no queremos organizar a los jóvenes que vienen en un movimiento, sino que intentamos comprender con ellos las realidades de la comunidad local, la parroquia, allí donde viven, con todas las generaciones.

26. Hasta tal punto unido al hombre, Dios está presente en todas partes en que se encuentra un ser humano, ya sea en el fondo de una prisión, surcando los espacios interplanetarios o explorando el fondo de los mares.

27. Jóvenes de todos los países participarán en esta Peregrinación Mundial de Reconciliación, en primer lugar localmente, llevando a sus comunidades locales la llamada a las Iglesias, y meditándola con esas comunidades en diversas ocasiones, encontrándose de persona a persona, de familia a familia, de grupo a grupo, de parroquia a parroquia... Esta peregrinación tomará múltiples formas según los lugares. Por ejemplo, algunos se sentirán llevados a ayudar a los responsables de lugares de culto "para que se logre una belleza sencilla, recordando que una creación con Dios puede también pasar a través de los dones artísticos. Igualmente, en una oración común, basta a veces una sola persona para sostener la oración del canto, una de las más bellas expresiones de toda oración.

En cuanto a las etapas de la peregrinación en los diferentes continentes, hermanos de Taizé, con jóvenes, van a ponerlas en marcha sin tardar. El hermano Roger abrió esta peregrinación en Beirut, en la Navidad 1982, durante un encuentro de jóvenes libaneses. En esta ocasión dijo: *«En esta peregrinación participarán no solamente jóvenes sino también niños asociados a personas mayores. Juntos buscarán caminos de confianza entre todos aquellos que están separados por razones políticas. Entre otras cosas, niños y personas mayores podrán preparar modestos regalos para otros niños en sus propios países y también para los de países muy alejados, allí donde las opciones políticas crean separaciones y dividen a toda la familia humana. No es que se trate de favorecer la retirada de un compromiso político sino, en una larga perseverancia de varios años, los niños y las personas mayores nos enseñarán lo que el anciano papa Juan XXIII pedía a todos aquellos que se oponen entre ellos : No busquéis el saber quién estaba equivocado y quién tuvo razón más bien reconciliaros.»*

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr

Carta de Haití₁

CARTA 1984

¿Quién abrirá caminos para que el sufrimiento a través de la tierra sea reducido? ¿Quién dará lo mejor de sus dones creadores allí donde existen los abandonos humanos², las enfermedades, el hambre, un aposento de miseria? ¿Quién comprenderá la llamada de los pueblos que viven *“en el sombrío país donde reina la muerte”*³? ¿Quién será fermento de confianza y de paz, para salir de una espiral de odio y de miedo entre las personas y entre los pueblos?

¿Lo ignoras? En ti se esconden muchas energías creadoras. A toda edad, estas energías son fuentes esenciales de un optimismo constructivo⁴, sin él, te estancas en las ciénagas de las pequeñas muertes interiores, ten la certeza de eso. Por lo tanto, lejos de sufrir los más duros acontecimientos de una existencia, con ellos es posible también construir, hay una inversión radical según el Evangelio, un cambio dentro de ti.

En los riesgos que tomas para disminuir los sufrimientos sobre la tierra *“ve la alegría que te viene de Dios; quítate el vestido de tristeza; que por siempre tu nombre sea: paz en la justicia, resplandor en el amor”*⁵.

Desprovistos de paz, ¿te dejarás helar hasta en tus huesos por situaciones de desesperanza y amargura? Si es así, ¿de dónde sacarías tú esta confianza esencial que libera energías para ser portador de curación y de paz? En la amargura, no hay paz; y cuando ella haya alcanzado las fibras del alma, ¿comprenderás aún que el Resucitado te asegura: *“Es la paz lo que os dejo”*⁶?

Vuelto hacia Cristo y no hacia ti mismo. Jamás encerrado en una existencia solitaria sino solidario de todo lo que él te confía, verás disolverse los repliegues sobre ti mismo. El yo obsesivo ya no domina: *“Vivo, mas no yo, sino Cristo que está en mí”*⁷

Tu corazón se clarifica. Él descubre incluso bajo los silencios del Evangelio, que el mayor misterio que hay es el de la continua presencia de Jesús el resucitado, ofrecido a toda criatura humana. Por su Espíritu, Él desciende para todos hasta lo más bajo de la condición humana, Él carga sobre sí mismo todo lo que nos duele y lo de los otros. Más aún, se mantiene al lado de cada uno y visita incluso a los no creyentes que han muerto sin haber podido conocerle⁸.

Solidario de todos los que Él te confía ¿serás fermento de confianza y de paz? Acércate a las fuentes del Dios vivo, reza muy humildemente, muy sencillamente. Despierta en ti los dones de Dios⁹. Ellos son depositados en cada uno. En consecuencia, día tras día, no temas la audacia de las largas maduraciones.

Las germinaciones de Dios se realizan tanto en las tinieblas de la persona humana como en sus aspiraciones más generosas. No un espíritu de temor sino un espíritu de fuerza interior, de amor y de dominio de sí.

En todo, el silencio interior. Incluso cuando Cristo Jesús se eclipsa en ti, está a tu lado. En todo, mantente en su presencia. Esto es lo más esencial. De esta fuente tú sacarás la irreemplazable confianza en Dios. Ella es tal que los más graves fracasos e incluso las situaciones menos soportables pueden ser elementos motores. Dios concede el resistir los peores tormentos. Construye también con tus pruebas.

Tanto en el pleno fuego de tus actividades como en el reposo, el Espíritu del Resucitado se deja discernir en tales acontecimientos, en tales personas. Una brecha se abre. Él te alcanza hasta en los abismos de tu ser. Él rompe tu noche, en el centro de tus oscuridades surge el asombro de un amor. Su canto se eleva en ti¹¹: *La tiniebla ya no es tiniebla para Ti, la noche tiene luz como el día*¹².

¡Ser fermento de confianza y de paz! Una confianza así no se realiza con “un poco más o menos”. Ejercita el discernimiento. Exactamente como el amor, esta confianza no es ciega. Así, ella se hace lúcida cuando los responsables políticos abusan de la confianza de los pueblos.

Esta confianza no se deja tentar por estas llamadas desbordantes de envidia, de sed de dominio, que dicen: ve, quítale su puesto, o más aún: mata, tortura... *"Crucifícale"*.

Tú, ¿tendrás miedo de tu miedo¹³? ¿Te preparas para ser solidario con los más disminuidos de la tierra? Cada uno, por lo que es, puede impactar a su alrededor y lejos. Deja brotar en ti fuentes creadoras de transfiguración del mundo y de la Iglesia.

Lo urgente es el buscar, con todas tus fuerzas, cómo disminuir e incluso curar lo que es enfermedad, llaga de las personas y de los pueblos¹⁴. En nuestra civilización tecnificada, ten perspectiva, comprende que los grandes descubrimientos de las ciencias pueden o construir, o bien destruir. Todo está en el uso que se haga de ellos.

Hoy, en la comunidad humana, hay abundancia para unos y hambre para otros: ruptura de los afectos humanos o felicidad de una reconciliación; terror de un sistema policial o capacidad de arriesgarse por los torturados...

El Dios del Evangelio no quiere ni sufrimiento, ni angustia para nadie.

Perdonado, reconciliado, tu corazón lleno de compasión, reza por el enemigo¹⁵, atrévete a consolar a los que desfiguran tus propias intenciones¹⁶. Tú, en Su presencia, mantente en las fuentes y avanza.

Si te dejaras revestir del perdón de Dios como con un vestido¹⁷... Si, en torno a ti, no fueses más que perdón... irradiarías una transparencia de Evangelio, incluso sin tu saberlo. Fermento de confianza y de paz, comprométete. Da lo que Dios te da.

Compromisos de Haití¹⁸

Por minúscula que sea tu morada, puede ser un lugar de confianza, de paz y de alegría serena, un hogar de comprensión en medio de los seres humanos, una pequeña comunidad eclesial¹⁹. Cada vez que alguien llega, ¿por qué no llevarle primeramente junto a un lugar acondicionado para la oración, en un rincón de la habitación²⁰?

Simplifica siempre más tu existencia. Cuanto más se comparte lo que se tiene, la vida se hace más acogedora. Acoge con toda simplicidad, sin preocuparse de lo que vamos a reflejar de Dios ante los otros. Invita a tu mesa, para humildes comidas, que son también comidas de fiesta. Cuando sea posible, recibe en tu casa por una semana, a una o varias personas, en particular a jóvenes que viven rupturas familiares o a personas ancianas abandonadas al aislamiento²¹.

Como pequeña comunidad eclesial, estar atentos a las situaciones del barrio o de la región y estimular soluciones de paz y de justicia, de compartir. *"Amar al forastero como a sí mismo"*²².

En casa de las personas ancianas, ¿quién preparará un lugar para la oración? Allí acogerán a jóvenes y a menos jóvenes para rezar y también para escuchar a los que se confían. Hay tesoros de escucha en algunas personas de edad avanzada. Su vida de fe está atenta a lo único necesario²³. Sí, toda vivienda, incluso la de una persona sola, puede ser como una pequeña iglesia²⁴.

Todos aquellos que viven bajo el mismo techo no siempre tienen una misma percepción o un mismo deseo de Dios. Pero si, una vez a la semana, todos dedicaran un momento de silencio para perdonarse los unos a los otros, incluso sin palabras... basta con una sola persona, un niño a veces, para invitar a ello.

En la oración, ocurre el estar sumergido en una niebla en la que no es posible comprender gran cosa. En estos momentos, pronunciar el nombre de Jesús, o cantar unas palabras muy sencillas, decirlas y volverlas a decir ¡qué oración ya!

Si los padres hacen el signo de la cruz a sus hijos cada vez que salen de casa o se van a dormir, expresan con ello una presencia muy clara de Cristo Jesús.

Como pequeña comunidad eclesial, asociarse al menos cada semana a la oración de la comunidad local, la parroquia. Así se tejen lazos de confianza con aquellos que no se parecen a nosotros y que desean ser, ellos también, seres vivos en esta única comunión que se llama

Iglesia. “Si no amáis más que a los que os aman ¿qué hacéis de extraordinario?”²⁵. Quien busca unirse sólo a los que piensan como él, toca de cerca de la suficiencia, ella humilla. Y si, para acoger a los jóvenes en las iglesias parroquiales, los mayores quitasen una parte de los asientos y dispusieran los que les son necesarios sobre los tres lados, dejando así a los jóvenes un espacio en medio de los mayores, este gesto de acogida hablaría más de lo que podría creerse. Rezar de rodillas, sin asientos, es una tradición que viene del Carmelo.

Según una inspiración llegada de Oriente, es bueno llevar consigo un icono de la resurrección o de la cruz, y esto para trasladarlos día tras día de casa en casa, de parroquia en parroquia. Se llega entonces a confiar al Resucitado aquello que nos pesa, lo de uno mismo y lo de otros.

A todas las edades, hay como una necesidad de estimular el discernimiento y la creatividad. Mil posibilidades se ofrecen a este respecto... Leer o releer unos textos de la Escritura con un comentario... o tomarse un tiempo, fuera de casa, para meditar, o para vivir un servicio...²⁶

Con vistas a disminuir los sufrimientos cerca y lejos, adquirir conocimientos a todas las edades; y por lo que concierne a los más jóvenes, perseverar en ello, incluso si no le veis una utilidad inmediata. Aprendizaje y estudio ¿tendrán como fin hacer una carrera que oriente todo hacia sí mismo, y no hacia los que esperan una respuesta de vida? Por lo tanto no dimitir dejando un hueco para los que “hacen carrera”, sino estar presentes con vuestros conocimientos, allí donde están las necesidades vitales. Tanto en las sociedades, como en la Iglesia, la ambición, el orgullo de la vida, se realizan sobre el despojo de los otros.

¿Llegarás a arriesgarte para reducir los sufrimientos humanos? ¿Serás fermento de confianza y de paz? A través de las maduraciones esenciales, lejos de soportar los acontecimientos, ¿construirás tú con ellos?

Vuelto hacia el Resucitado y no hacia ti mismo, tanto en el trabajo como en el reposo, mantente en su presencia. Resiste a los tormentos. Con el corazón lleno de compasión, déjate revestir del perdón de Dios como con un vestido.

1 Escribiendo esta carta en Haití, en noviembre-diciembre 1983, el hermano Roger con cuatro de sus hermanos han descubierto en este país un pueblo capaz de compartir:

En el suburbio donde habitamos, hay pobreza por todas partes, y además, un barrio de miseria. Una madre pobre saca en una pequeña cacerola las partes de arroz que reparte entre sus hijos, llega incluso a reducir las para compartir con otros niños y ancianos, que están allí esperando. Este compartir se da en los pobres, pero en los barrios donde reina la miseria, no hay nada para compartir.

En Haití hemos visto con nuestros ojos un pueblo contemplativo. En el barrio de miseria donde alquilamos nuestra barraca, en cuanto nos relacionamos con los niños no quieren ya dejarnos. Ellos, tan vivos, se vuelven apacibles, agradeciendo el más pequeño gesto. La mirada de muchos niños deja transparentar hasta qué punto están habitados, y ellos no lo saben. Algunos dicen: “Ven a cantar, a rezar”. Y para ello entramos en nuestra pequeña barraca.

Al abrigo del sol en chozas hechas con cortezas de palmera, unos ancianos están allí como lámparas que se apagan, su certeza de la bondad de Dios inunda sus rostros, iconos vivientes de agonizantes.

En Haití se levanta una gran esperanza humana: hay cristianos que, con todas sus energías intentan suplir unos vacíos al descubierto, ¡y qué vacíos! En este suburbio de 100.000 habitantes, están algunos laicos, sostenidos por un puñado de mujeres y de hombres consagrados para toda la vida. En algunos de ellos resplandece la santidad. En diciembre del 1983, salía la primera “Carta de la Iglesia de Haití para la promoción humana”: cuantas urgencias se presentan para quien sabe oír.

Hubo también algunos días de estancia en Santo Domingo. Allí en un barrio pobre, una casita pequeña estaba dispuesta de tal forma que se había podido proseguir una vida contemplativa y de presencia en el barrio. Niños de familias de la calle nos seguían a todas partes. Por la noche incluso se quedaban durmiendo cerca de nosotros en las iglesias donde se hacían cotidianamente las celebraciones con los jóvenes. Después estos niños volvían con la camioneta que utilizábamos. Algunos quisieron asistir a todo.

La juventud cristiana de Santo Domingo está marcada por la inquietud de un compartir, por parte de los cristianos. Hay en algunos de ellos, muy comprometidos, la audacia para despertar en los demás los dones de Dios. Desde hace diez años, unos jóvenes cristianos aspiran a realizar el misterio pascual en lo que ellos llaman las tres vías místicas: “*Vivir lo inesperado, compartir todo, vivir el sentido de la fiesta.*”

La “*Carta de Haití*” se dirige para ser meditada más que leída rápidamente. Para comprenderla mejor, será conveniente remitirse también a la “*Carta de las catacumbas*”.

2 Acerca de los abandonos humanos, de las rupturas familiares o de las generaciones, la madre Teresa y el hermano Roger, juntos en Taizé el 23 de octubre de 1983, han lanzado una llamada redactada en común: He aquí el comienzo:

“Extensas zonas del mundo están recubiertas por desiertos espirituales. En ellos encontramos a jóvenes marcados por los abandonos humanos y una duda sutil, provocados por las rupturas que alcanzan hasta sus profundidades.

En Calcuta, hay lugares visibles de moribundos... pero en una civilización occidental, muchos jóvenes, se encuentran en verdaderos lugares invisibles de moribundos...”

3 Is 9, 1

4 La fe es el optimismo de la confianza en Dios. En la fe puede haber tristeza pero no pesimismo.

5 Bar 4, 36-5, 4

6 Jn 14, 27

7 Gal 2, 20

8 Ver I Pe 3, 19-20 y 4, 6. Este texto de San Pedro está ilustrado, en los iconos. El icono de la resurrección, muestra a Cristo que, hasta la culminación de la historia, visita a los que han muerto, sin haber podido conocerle. Se ve como llega a las regiones donde se encuentran los muertos, y toma al ser humano de la mano para conducirlo con Él hasta la resurrección.

9 II Tim 1, 6

10 II Tim 1, 7

11 Hay una oración cantada, repetitiva, que es espíritu de la alabanza. Como un fuego interior, consume la tristeza, la amargura, el lamento nostálgico, y abre a una alegría serena. Este fuego, quema las espinas que nos duelen, nuestros fracasos, nuestros rechazos. El espíritu de la alabanza permite salir de las estructuras mentales donde lo cerebral, corre el peligro de ocupar el primer lugar.

12 Sal 139, 12

13 Las causas del miedo son muy diferentes, Donde reina la miseria, lo que domina es la dolorosa angustia del vientre vacío. En un país donde reina la abundancia de bienes materiales, existe el escepticismo, la pérdida del sentido de la vida. En extensas zonas, es el miedo a desaparecer bajo el fuego de las nuevas armas. En cuanto a los abandonos humanos, los hay por todas partes, tanto en los países de la abundancia como en los lugares de miseria. En estos últimos, mujeres y niños están sometidos a la ley del más fuerte. Las mujeres tienen que alimentar a sus hijos, engendrados tan a menudo por diferentes hombres.

14 En abril del 1983, en Madrid, acompañado por seis niños pequeños de varias razas, el hermano Roger tuvo una entrevista personal primeramente con el embajador de la Unión Soviética, después con el de los Estados Unidos. Les entregó la llamada que sigue, destinada a Yuri Andropov y a Ronald Reagan. Sobre la base de esta llamada, de aquí a finales del invierno de 1984, siempre con niños, hará todo lo posible para ir a encontrarse con los presidentes Andropov y Reagan, y también con la primera ministra Margaret Thatcher en Londres y con el presidente François Mitterrand en París:

“A causa de los niños de toda la tierra que no pueden expresarse a propósito de las amenazas que se ciernen sobre su futuro, he venido, con algunos niños, a entregar esta llamada a vuestro embajador en Madrid. Vengo a hacerlos una llamada para que hagáis lo imposible a fin de que, la inocencia de la infancia no sea herida, y para que nadie en el mundo se vea nunca alcanzado por el inverosímil poder de las fuerzas destructoras de la guerra, algunas de las cuales pueden aniquilar parte de la humanidad.

La posibilidad de que las grandes técnicas científicas puedan ser utilizadas para atender contra la vida humana provoca una violenta crisis de confianza: los pueblos llegan a tener un miedo recíproco, y los mismos jefes de estado experimentan este mismo miedo. Y, por último, el ser humano llega a tener miedo de su propio miedo. Y la consecuencia es que, por todas partes, surge la necesidad de replegarse sobre sí mismo, y las capacidades creadoras se ven congeladas por el terror.

Sin embargo, en su conjunto, la familia humana no quiere nunca la guerra, sino la paz. Sólo son unos cuantos los que quieren la guerra. Pero, son multitud los jóvenes y los adultos conscientes de que la paz mundial se engendra con la confianza entre todos los pueblos de la tierra, y que esta paz depende, también, de una distribución equitativa de los bienes materiales entre las regiones pobres y las regiones ricas. Se cuentan por miles los jóvenes y los adultos que querrían abrir caminos de confianza y participar también en este compartir equitativo.”

Para continuar realizando todo, siempre con niños, después de haber hecho estas cuatro visitas a los cuatro jefes de estado, el hermano Roger, por la petición apremiante de muchos jóvenes, quisiera hacer todo lo posible para visitar a responsables de Iglesia de todo el mundo, para pedir una gran sencillez en lo que concierne a la utilización de medios materiales y un compartir, en vistas a animar a todo el pueblo de Dios a hacer de la tierra un lugar más habitable.

15 *“Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen”*, dijo Jesús (Mt 5, 44).

16 *“Nos persiguen y aguantamos; nos difaman y respondemos con buenos modos”* (I Cor 4, 12-13)

17 Ya varios siglos antes de Cristo, los profetas escribían que Dios era ante todo un Dios de perdón: *“Yo he borrado como nube tus culpas, como niebla tus pecados”* (Is 44, 22).

18 Quienquiera que seas, pertenezcas a un movimiento de Iglesia o no, a una parroquia, a una comunidad o a otra realidad eclesial, quienquiera que seas, he aquí proposiciones con vistas a un compromiso. Este se hará discretamente, normalmente en una parroquia, por una duración que cada uno determinará. Si es de siete años, no es demasiado larga para dar tiempo a una maduración y a una puesta en práctica.

19 Tanto en Haití como en Santo Domingo, las “pequeñas comunidades eclesiales” quieren ser células fraternales donde haya solidaridad de unos con otros, solidaridad también con los pobres. En general, entre tres y quince personas suelen componerlas. El acento está puesto en los dones de cada uno, para construir juntos. Cada uno tiene una responsabilidad de servicio. Semana tras semana se reúnen, una vez en casa de uno, otra en casa de otro, para preguntarse sobre las alegrías y las penas de la semana, para rezar muy sencillamente. Por debajo de la oración hecha en voz alta por unos y otros, en Haití mantienen de buena gana las notas finales del canto. Estas pequeñas comunidades eclesiales puede haberlas también en los movimientos. La parroquia es el lugar de coordinación de las pequeñas comunidades eclesiales, como consecuencia, no son grupos paralelos.

20 Cuando algunos signos externos que expresan la fe permanecen, las renovaciones de la vida cristiana pueden ser asimiladas. En una familia donde un mínimo de signos se han conservado, estos signos pueden atravesar una generación y ser revivificados por la generación siguiente. Si todo desaparece, es más arduo poner de nuevo la semilla del Evangelio. La visibilidad de algunos signos aporta un frescor e impacto inesperados.

21 En Taizé, esta sugestión va a realizarse también. Desde ya hace años, hay un lugar donde familias con sus niños son acogidos por una semana de primavera a otoño. Actualmente, está preparándose un lugar para acoger, de semana en semana, desde semana santa hasta primeros de noviembre, a unos treinta niños que provengan de familias marcadas por rupturas. Escribiendo con anticipación para ponerse de acuerdo en la fecha, los jóvenes podrán venir, por una semana, con uno de sus hermanos pequeños o con una de sus hermanas pequeñas, que se encuentren en una situación de ruptura familiar. Después, desde mediados de noviembre hasta cuaresma serán acogidas, por una semana, personas de edad avanzada: para estas personas esta semana será una preparación para ser hombres y mujeres de escucha que saben acompañar a otros, y también una preparación para hacer de su casa una “pequeña iglesia” en estrecha colaboración con la parroquia, como escribe san Juan Crisóstomo.

22 Lv 19, 34. Para algunos, *“amar al forastero”* los ha conducido a dar pasos concretos, por ejemplo, cambiar de barrio para ir a vivir al de los inmigrantes.

23 Cuántas mujeres y hombres necesitan dejar su soledad interior para ser acompañadas y escuchadas. Llega de la Europa del Este, respecto a esto, una experiencia notable: existen hombres y mujeres “staretz” y “staritza”, que saben sondear las profundidades de la persona humana. A lo largo de una vida, se han ejercitado en el espíritu del discernimiento, con vistas a aportar una curación en las heridas del alma. No solamente en el este de Europa, sino en todas partes a través de la tierra, el ministerio de los laicos, tan necesario hoy, ¿va a permitir a mujeres y hombres saber escuchar y acompañar a los otros? Cuanto más avanza la edad, puede afinarse más la intuición, desarrollarse, y a veces incluso llegar a comprender, casi sin palabras, a los que se confían.

24 No carece de interés el leer a san Juan Crisóstomo quien 350 años después de la muerte de Jesús, escribía: hay cristianos que *“hacen de su morada una Iglesia, llevando a todo el mundo a la fe y abriendo su casa a todos los extranjeros”*. Dice por otra parte: *“No es cualquier cosa hacer de tu casa una Iglesia”*, aún más: *“Si la vida en nuestras casas es armoniosa, seremos aptos para ocuparnos de la vida de la Iglesia, pues la casa es una pequeña Iglesia”*.

25 Mt 5, 46

26 Desde hace mucho tiempo, en Taizé, la acogida es realizada en parte por permanentes, chicos y chicas jóvenes que han hecho esta opción después de una reflexión común. Ofrecen uno o dos años de su vida para

acoger en Taizé, o para ir y venir allí donde sea necesario. Para algunos de ellos, sería bueno, a continuación, vivir por un tiempo limitado en pequeñas comunidades provisionales donde se realiza una vida contemplativa y de compartir. Pero Taizé rehuye ser un movimiento, lo importante es que todo sea únicamente con vistas a prepararse para comprometerse, ya sea en un "ministerio" de laicos (posiblemente en parroquias), ya en el ministerio eclesial, o en un compromiso de promoción humana o política.

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr

Carta del desierto

CARTA 1985

La “Carta del desierto” ha sido publicada durante el encuentro europeo de Colonia. Acompañará la “peregrinación de confianza a través de la tierra” hasta el encuentro de Madrás.

En tus oscuridades se enciende un fuego que no se apaga jamás.

Tú que querrías ser portador de un fuego hasta en las noches de la humanidad¹ ¿dejarás crecer dentro de ti una vida interior que no tiene ni comienzo ni fin? Ella es una tierra de fuego. Lo más cautivador de tu existencia es el desarrollo continuo de una vida así dentro de ti. Ahí está la aventura humana más inaudita.

Si la confianza del corazón estuviera al principio de todo... si ella precediera toda acción, pequeña o grande... tú irías lejos, muy lejos. Percibirías personas y acontecimientos, no con esta inquietud que te aísla y que no viene de Dios, sino desde una mirada interior de paz. Y así llegarías a ser fermento de confianza y de paz hasta en los desiertos de la comunidad humana, incluso allí donde ella se desgarran.²

A través del mundo, muchos otros contigo, creyentes o no creyentes, buscan ya ser levadura de confianza entre los pueblos. Aspirando a una curación de los desgarrones entre el Sur y el Norte, entre el Este y el Oeste, se levantan entre los seres humanos como signos de lo inesperado.³

Se les reconoce. Se han construido en horas de pruebas incomprensibles. Contra viento y marea, perseveran a pesar de los inmovilismos.

Toda criatura humana conoce los desiertos del miedo. Pero, donde quiera que estés, Cristo susurra en ti: “Confianza del corazón... reposa en paz sólo en Dios. ¿Tienes miedo? Estoy aquí”.⁴

Pero tú dirás, mi medio de trabajo, un ambiente de vida, todo un pasado, me llevan tan lejos de la fe en Dios...

La fe no es teoría. Incluso cuando Dios permanece incomprensible, lo esencial no está en comprender primero a Dios, sino en darle tu confianza.

Y un día ya no fallan las palabras que expresan tal reflejo de este misterio indescriptible que es Dios. Disciernes los contornos. Lo conoces a través del Cristo Jesús: Él es la transparencia de Dios.⁵

La confianza del corazón, que viene de la fe, no consiste en ver lo maravillosos por todas partes, como si tuviera un poder mágico.

A menudo, retenida en las profundidades de ti mismo, esta confianza necesita escalar todo tu ser, como si tuviera que remontar de lo más recóndito hacia la consciencia clara.

En cada instante, encomiéndate al Espíritu Santo; y cuando lo olvides, abandónate de nuevo. En el silencio del corazón, e incluso en tus desiertos, el Espíritu Santo te habla, algunas veces a través de una sola palabra.

Cuando tus esperanzas son defraudadas, ¿te dejarás sumergir por el desánimo y la duda? El Resucitado está ahí. Él quema tus pruebas interiores, tus propias espinas. Incluso las piedras de tu corazón pueden, por Él, volverse incandescentes, luz en la oscuridad.

Cuando te crees poco amado, poco comprendido, el Cristo Jesús te dice sin cesar: “¿Lo sabes? Yo te he amado primero. ¿Tú, me amas?”⁶. Y balbuceas tu respuesta: “A ti, Jesús, yo te amo, quizá no tanto como quisiera, pero te amo.”

Una vida dentro de ti. Ella es también poema del Espíritu de Dios, realización de una espera.

En cada ser se encuentra una fuerza espiritual que no viene de sí mismo. Puede rehuirla, rechazarla, pero ella está siempre ahí. No se aparta jamás; es una fuente de confianza depositada por el Espíritu de Dios vivo. De ahí brota todo. Si fuera posible sondear un corazón, el asombro estaría en descubrir en lo más hondo una espera, la silenciosa espera de un amor.

De las profundidades de la noche de la humanidad, se eleva una secreta aspiración. Cogidos por los ritmos anónimos de programas y de horarios, el hombre y la mujer contemporáneos tienen implícitamente sed de la realidad esencial: una vida interior, signos de lo invisible.

Nada anima tanto la vida interior personal, hasta en sus mismos desiertos, como una amplia oración común, meditativa, accesible a todas las edades, con esta cumbre de la oración: el canto que no acaba y que continúa en ti cuando te encuentras solo.

Cuando el misterio de Dios se manifiesta perceptible por la simple belleza de los símbolos, cuando no está asfixiado bajo una sobrecarga de palabras, una amplia oración común, en vez de destilar monotonía y aburrimiento, viene a abrir la tierra de los seres humanos a la alegría de Dios. Entonces se acude de todas partes para descubrir aquello de lo que inconscientemente se estaba privado.⁷

Y la presencia de todas las generaciones, desde los más ancianos hasta los niños, es un símbolo expresivo; hace entrever que no hay más que una sola humanidad.

Pronto hará tres mil años que un creyente llamado Elías tuvo la intuición de que Dios habla en el desierto y que una silenciosa confianza del corazón está al principio de todo.

Un día Elías es llamado a ir al desierto del monte Sinaí para escuchar a Dios. Un huracán se desencadena, seguido de un terremoto; después un fuego violento. Pero Elías comprende que Dios no está en estos desenfrenos de la naturaleza.⁸

Quizá fue una de las primeras veces que en la historia se escribe una intuición tan clara: Dios no se impone por la violencia, no se expresa a través de medios poderosos que dan miedo. Hoy, como ayer, Dios no es el autor de la guerra, de los cataclismos, de las desgracias, del sufrimiento humano.

Después todo entra en calma. Entonces Elías oye a Dios como en un susurro. Y se le manifiesta esta realidad sobrecogedora: a menudo la voz de Dios pasa por un soplo silencioso.

¿Lo ignorabas? Tú eres visitado. En el soplo del silencio de Dios, en un susurro, Dios te habla humildemente. Mantenerse en silencio en su presencia para acoger su Espíritu, es ya rezar. Él te indicará los caminos. Y quizá el silencio es a veces el todo de la oración.

Llegará el día en que lo sabrás y quizá lo dirás: no, no era Dios quien se había alejado, era yo quien estaba ausente; Él me acompañaba. Y surgen instantes en que Dios es todo.

En el silencio interior, descubre su paz. Él la ofrece en toda situación, en el tumulto de una muchedumbre, en el trabajo más exigente.⁹

Si la confianza del corazón estuviera al principio de todo... por ella estarías disponible a la audacia de un sí para toda la vida.

En el Evangelio, el Cristo Jesús habla de un joven llamado para ir a trabajar a una viña.¹⁰ Este joven responde: "No, no iré." Luego se retracta y va. Es el sí.

Otro oye la misma llamada. Responde: "Iré". Pero no va. Su sí ha sido fuego de pajas.

En este relato del Evangelio se trata de un sí muy serio, un sí para seguir al Cristo toda la vida.

La audacia de un sí se encuentra, para algunos, en su respuesta a la llamada del Cristo en la fidelidad del matrimonio.

En este período en que se producen tantas rupturas familiares, ¿asumirás, si eliges el matrimonio, este desafío que es una perseverancia hasta el último aliento? Ella es un reflejo de la fidelidad del mismo Cristo.

Cuántos niños han sido marcados por los abandonos humanos, alcanzados hasta en sus profundidades por las rupturas. Han perdido la confianza esencial para existir. En cuántos jóvenes las rupturas familiares han herido la inocencia de la infancia o de la adolescencia. Al no haber podido dar su confianza a quienes les habían transmitido la vida, la confianza en Dios se oscurece. Ellos conocen los desiertos del corazón.

Las rupturas afectivas: nada desgarrar tanto. Y aparecen los desencantos, la interrogación escéptica: ¿Para qué existir? Sin amor ¿tiene un sentido la vida?

Los abandonos humanos son el más fuerte traumatismo, la más profunda herida de nuestro tiempo.

¿Harás, pues, de tu hogar una "pequeña iglesia de Dios", una "iglesia doméstica", un lugar de acogida, de oración, de fidelidad, de compasión, para todos aquellos que, a tu alrededor te son confiados?

También el Cristo llama a seguirle con un sí de toda una vida en el celibato.

Cuando te pones a comprender que este sí compromete toda la existencia, presentes un inmenso desconocido: ¿Cómo podré aguantar? ¿Quién está construido interiormente para un

don semejante de sí mismo? Se da en principio la vacilación y el no, en un sobresalto casi inherente a la condición humana.

Pero he aquí que un día sobreviene el asombro de encontrarse en marcha siguiendo al Cristo; un sí había sido depositado por el Espíritu de Dios en lo más hondo del ser, en lo que se llama el inconsciente humano.

El joven del Evangelio comenzó por decir no. Dios, que no se impone jamás, no le forzó los labios. Pero el joven comprendió que su rechazo era en él como una alienación. Si decía no, no era consecuente con lo que le habitaba, el Espíritu de Dios que, en sus profundidades, decía sí; el mismo sí que había en María.¹²

Al dejar ascender este sí de las profundidades de ti mismo, te es posible decir: sí, quiero.

Un sí a causa del Cristo te expone. Te sitúa en la imposibilidad de huir de ti mismo y de huir de las solidaridades esenciales.

Este sí te tiene en vilo. Mantiene tus ojos abiertos. ¿Este sí podría entumecerse e incluso dormir? ¿Podría huir del Cristo en la comunión de su Cuerpo, la Iglesia, sacudida por todas partes, y huir de un mundo socavado de pruebas?

Este sí para toda la vida es fuego. Es un desafío. Prende el fuego que no se apaga. Y el sí, en el interior, se inflama.

Este sí te expone. No puede ser de otro modo. Cuando las dudas, los silencios de Dios parecen extenderse, ¿percibirás la flor del desierto?

Si la confianza del corazón estuviera al principio de todo...

1 En estos tiempos, una de las noches de la humanidad es aquella que se extiende sobre los desiertos de África, allí donde los habitantes del Sahel, al Sur del Sahara, a causa de sucesivas sequías, sufren hambre. Se le sugirió al hermano Roger que fuese allí. Ha estado en Mauritania con dos de sus hermanos para acercarse a un sufrimiento humano, compartir lo que puede ser compartido, rezar silenciosamente.

La "Carta del desierto" gana al ser meditada en vez de ser leída rápidamente. Para comprenderla mejor, es bueno referirse también a la "Carta de Haití".

2 Muchos consideran que no pueden influir en la evolución de la humanidad. Y es al contrario. No son forzosamente los que están en las primeras líneas quienes determinan los cambios del mundo. La Virgen María no pensaba que su vida fuera esencial para el futuro de la humanidad. Sin saberlo, los humildes y los pobres de este mundo preparan los caminos de un futuro para todos.

3 Un cristiano no es optimista ni pesimista. Pero sabe que la historia no es únicamente una serie de causas y efectos mecánicos que la conducen a un determinismo implacable. Las corrientes pueden ser modificadas, transformadas, transfiguradas. La historia deja también su lugar a fuerzas de intuición. Sin rehuir las leyes del determinismo, indispensables en su búsqueda, algunos científicos, agnósticos o no, disciernen hoy unos límites, discontinuidades, una parte de imprevisible. El siglo del determinismo se hace humilde en sus investigadores más competentes. Es posible que desemboque en un siglo XXI de fe profunda.

4 Sal 62, 2 y Mt 14, 22-33

5 Tenemos unos ojos para mirar, y nuestra mirada necesita a veces detenerse en el rostro de Jesús. Hay manos de artistas que nos dan la posibilidad de descubrir los rostros del Evangelio, Cristo, la Virgen María, de tal manera que una simple mirada capta allí es misterio de Dios. Y en la música sucede que lo indecible lleva a la oración, que el velo se levanta sobre lo inexpresable de Dios.

6 Juan, el apóstol, escribe: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo para el perdón de nuestros pecados” (I Jn 4,10)

7 Muchos cristianos, con los no creyentes, buscan cómo reducir el sufrimiento a su alrededor, ser fermento de confianza y de paz. Y esto es esencial. Sin embargo, si los cristianos fueran únicamente portadores de un testimonio moral o social, los no creyentes podrían pensar: “no proponen nada que sea totalmente diferente de lo que yo mismo realizo”. En las sociedades secularizadas, los cristianos están llamados a situarse el punto en que la eternidad de Dios alcanza a la comunidad de los seres humanos, y a dar signos de ella.

8 Ver I Reyes 19.

9 No se trata de lograr un silencio interior a cualquier precio, suscitando en sí como un vacío, acallando imaginación y reflexión. Inútil el imponerse a sí mismo o a los demás unos métodos para forzar el silencio interior. En la oración, reflexiones, imágenes, atraviesan el espíritu. Quizá sean necesarias para los equilibrios interiores. Cuando la oración está sometida a una técnica que se convierte en receta o sistema, el ser humano construye a partir de proyecciones de sí mismo.

10 Mt 21, 28-32

11 En el siglo IV San Juan Crisóstomo escribía: “No es hacer cualquier cosa hacer de la casa una pequeña Iglesia”. Cuando las sociedades se secularizan, nuestros hogares tienen la necesidad de dejar entrever lo invisible por medio de algunos símbolos sencillos que recuerden la presencia de Dios.

Cuando la casa es una pequeña Iglesia doméstica, lejos de constituir una realidad paralela, puede ser un fermento irremplazable para la comunidad parroquial. Igualmente los movimientos, presencia de Evangelio en los medios más diversos, pueden ser también una levadura en la comunidad local. Si, al menos una vez por semana, todos se reencontrasen juntos en los lugares de oración de su barrio para sostener allí la oración litúrgica, una amplia oración común con todas las generaciones...

Para expresar con un gesto un lazo entre la pequeña Iglesia doméstica y la comunidad parroquial, hay regiones donde, al final de la celebración común de cada semana, se lleva una vela del lugar de oración a las casas.

12 Una vocación de Dios no deseada ¿puede imponerse hasta el punto que sea necesario consentir a ella un día? Jeremías, el profeta, escribió de su propia experiencia: “Yo me decía: no pensaré más en Dios, no hablaré más en su nombre. Pero había en mí como un fuego devorador en lo más profundo de mi ser. Yo quería retenerlo pero no pude”. (Jr 20).

En el Sahel

La situación de estos lugares ha sido bien reflejada por la prensa y la hemos visto con nuestros propios ojos. Lo que es menos sabido es que existen también tantos lugares de esperanza...

En amplios núcleos provisionales de habitación que reúnen alrededor de la capital a quienes huyen del desierto, cientos de miles de personas viven en tiendas o barracas. No tienen casi nada pero se ayudan mutuamente, comparten, no dejan que nadie muera de hambre.

En estos núcleos de barracas, mujeres, hombres, casi sin palabras dejan presentir que para ellos Dios es todo. Visitamos a una mujer que vivía en una tienda. No pudiendo caminar, estaba sentada en el suelo. Levantaba los brazos y, por gestos, mostraba que lo esperaba todo de Dios. En su rostro apergaminado con profundas arrugas había un destello de dignidad humana.

Entre ellos, mujeres, hombres, casi siempre en número reducido, dan cada día su vida por los más necesitados. Vimos así cuatro lugares, relacionados entre ellos, dedicados al cuidado de los niños y animados por algunas mujeres. Una de ellas, en pleno barrio, protegida del sol por una simple tela, presta los primeros cuidados a las madres y a los niños enfermos de desnutrición.

Otras dos se ocupan de un lugar de cuidados intensivos. Otra más, trabaja en el hospital del estado colaborando con un joven médico mauritano muy competente, al servicio de los niños gravemente afectados.

En el hospital, la planta para los niños rebosaba. Cada madre pasa día y noche con su hijo. Un niño de diez años acababa de ser operado y le habían descubierto un cáncer de hígado muy avanzado; su mirada era como una llamada. No lejos de él, un bebé se moría en los brazos de su madre. Otro niño estaba en vías de curación pero quedaría ciego...

El acercamiento a tantos niños enfermos nos llenaba de un vértigo interior. La confianza de corazón quedó momentáneamente mermada. Pero quienes cuidan de los niños con un amor infinito, aquellos que ayudan a las madres, los que se acercan a los barrios para aliviar las situaciones de mayor urgencia y los que en estos lugares perseveran en la fidelidad de una oración, son signos de lo inesperado. ¿De dónde sacan las energías interiores para aguantar, para durar a pesar del desánimo, y quizá de los desiertos del corazón? ¿No habla Dios siempre en el desierto?

La Operación Esperanza, colecta que en casos de necesidad relanza sus llamadas, ayudará a sostener lugares de esperanza en el Sahel durante el año 1985, particularmente en Mauritania y Etiopía. Se pueden dirigir los donativos: Por giro postal a: Carta de Taizé, Cuenta Corriente Postal nº 990693, Barcelona (indicando “Operación Esperanza”).

Después del encuentro de Colonia, estas dos cartas han hecho ya crecer muchas sugerencias. Hay jóvenes que copian la “Cara a los niños” y la dan a un grupo de niños; a su vez, estos copian la “Carta a los que creen no haber sido nadie”, para llevarla juntos, jóvenes y niños, a personas de edad avanzada. Hay niños que preparan dibujos para hacer una exposición en su comunidad parroquial con ocasión del encuentro del 2 de julio en las Naciones Unidas, después estos dibujos serán llevados a Madrás. Busquemos todas otras sugerencias...

Carta a los que creen no haber sido nadie

Tantas mujeres y hombres de edad, piensan que no han sido nadie, que no han hecho nada de esencial. Ya no tienen necesidad de ganar su pan cotidiano. Pero ante ellos se extiende un desierto de aislamiento, como si no les quedase ya más que esperar la muerte.

Vosotros que habéis llegado a la edad de jubilación, ¿sabéis que en vuestra marcha en seguimiento del Cristo, no hay edad para retirarse? Para vosotros puede comenzar el tiempo, en que los dones de apostolado depositados por Dios en cada bautizado alcanzan su plenitud.

Hay hombres y mujeres de edad que han sabido amar, que han sabido sufrir. Llegan a ser capaces de escuchar, de comprender una gran parte del combate de los demás. Y Dios confía a cada uno alguno o algunos para escucharles; no para darles consejos, sino para acompañar a otros más que con la fidelidad de la oración, y esto cuenta infinitamente.

Dando vuestra confianza, y dándola en particular a las nuevas generaciones, respondéis a la espera de numerosos jóvenes que han sido sacudidos por las mutaciones de las sociedades, por rupturas afectivas, por abandonos humanos.

Con la intuición ejercida a lo largo de vuestra vida, descubris vías de confianza. Y hasta el último aliento, todo es posible.

Qué bello sería que viniesen a besar vuestras manos gastadas, vosotros, que creéis no haber sido nadie, no haber realizado nada y que, sin saberlo, hacéis posible la continuidad del Cristo en la humanidad.

Carta a los niños

Si supieseis cómo, cada uno de vosotros, puede ser un reflejo de Dios para los demás, para vuestra familia, para las personas mayores que os rodean...

Si invitáis una vez por semana a aquellos con quienes vivís a tener juntos un momento de silencio, durante este momento, incluso sin palabras, cada uno perdonaría en su corazón al otro que le ha hecho mal. Entonces se abrirían puertas de paz.

Si pedía a vuestros padres o a los que los reemplazan, que os hagan en la frente el signo de la cruz cuando os vayáis a dormir o cuando salgáis de casa... Entonces se abrirían las puertas de confianza. No olvidéis que Dios os ama.

Si hacéis dibujos que expresen “la confianza a través de la tierra” nos los enviáis y nosotros los llevaremos a Madrás. Y si podéis copiar a mano la “Carta a los que creen no haber sido nadie” y nos la enviáis a Taizé poniendo vuestra dirección, nosotros la haremos llegar a personas que viven lejos.

Vivir reconciliados

Dejando crecer dentro de sí una vida interior que no tiene principio ni fin, al mismo tiempo se desarrolla una mirada, una visión interior de esta comunión única en el Cuerpo de Cristo, su Iglesia.

¿Descubriremos un camino para acercarnos a la santidad del Cristo en la comunión de su Cuerpo?¹

Buscaremos respuestas con vistas al encuentro mundial que tendrá lugar en Taizé en 1987.² Hasta entonces sería esencial que en los grupos, las comunidades parroquiales, los movimientos, se relea y se profundice la **Llamada a las Iglesias**:

Iglesia, llega a ser lo que eres en tus profundidades: tierra de seres vivos, tierra de reconciliación, tierra de sencillez.

Iglesia, tierra de seres vivos, abre las puertas de una vida interior: que todos sean no semimuertos, sino vivos.

Abre las puertas de la alegría: da a presentir la alegría del cielo en la tierra, por una amplia oración meditativa, reuniendo a todas las edades, con el canto que no acaba...

Iglesia, sé tierra de reconciliación.

No habrá jamás un amplio despertar de los cristianos si no viven reconciliados.

Transfigurados por una reconciliación, no relegada para más tarde, serás fermento de confianza y de paz entre los pueblos.

Iglesia, sé tierra de sencillez.

Los medios sencillos sostienen una comunión. Los medios fuertes dan miedo e impiden la confianza.

No olvides la aspiración de tantos seres humanos habitados por la búsqueda de una repartición más equitativa de los bienes materiales. La repartición injusta es una de las causas de los conflictos armados, Sé tierra de compartir, para ser también tierra de paz.³

1 Hoy, muchos buscan al Cristo, pero tomándolo aisladamente, sin su Cuerpo, su Iglesia. Se ven, pues, multiplicarse entre los cristianos, separaciones en diversas tendencias, donde se aprecia ante todo a los que piensan como uno mismo. Si el Cristo, en la comunión de su Cuerpo, no estuviera abandonado como raramente lo ha estado, nosotros no comprometeríamos tantas energías para reunir a jóvenes y tratar de estar atentos con ellos a la santidad del Cristo en la comunión de su Cuerpo. Si la Iglesia no es un misterio de comunión, ¿cómo puede sacarnos de nuestras separaciones antiguas y nuevas?

2 El encuentro mundial de Taizé tendrá lugar en 1987, no en 1986, para dejar un espacio de más de un año después del encuentro de Madrás.

3 En lo que concierne al compartir, se está operando un despertar sin precedentes de la conciencia cristiana. En otros tiempos, los cristianos parecían alejados de las preocupaciones de la justicia, de los derechos humanos, de una repartición equitativa de los bienes materiales. Hoy, atentos a los olvidados de la sociedad, son cada vez más numerosos los que buscan soluciones. Un proceso de simplificación se ha puesto en marcha con relación a ciertos medios materiales de los que disponen algunas instituciones eclesiales. En Europa, este proceso se empieza a hacer patente en países del Sur. Así aparece un hecho irreversible que se extenderá poco a poco.

Carta de Madrás

CARTA 1986

Finales de diciembre-principios de enero, dos encuentros de jóvenes sucesivos: primero en la INDIA, una «peregrinación de confianza a través de la tierra», en MADRÁS, con jóvenes de toda Asia y de otros continentes; y en ESPAÑA, un «encuentro europeo» en BARCELONA, el cual reúne cada año veinte mil jóvenes de casi toda Europa (los años precedentes, en Roma, Londres, París, Colonia).

En MADRÁS, algunos hermanos de Taizé han vivido durante más de un año para preparar el encuentro. Tras escribir las tres cartas que siguen, el hermano Roger se ha reunido con sus hermanos para vivir en un barrio populoso de MADRÁS, animar el encuentro, y desde allí, desplazarse directamente a BARCELONA para el encuentro europeo.

«Estar en la India y entre los pueblos de Oriente, escribe el hermano Roger, da la posibilidad de descubrir una espera en Dios que se remonta muy lejos en la historia de la humanidad. Durante milenios, esta espera conduce a los creyentes de diferentes religiones a tenerse en presencia de Dios. Los cristianos de Oriente han tomado de ella el sentido de adoración.

Los pueblos de la India y del Oriente ¿lo esperan suficientemente? Las corrientes que atraviesan a los otros pueblos del mundo pueden ser cambiadas, transformadas, transfiguradas. La historia deja espacio también a las fuerzas de la intuición. Sin rechazar las leyes del determinismo, indispensables a su búsqueda, algunos científicos, agnósticos o no, disciernen hoy límites, discontinuidades, una parte de imprevisible.

El siglo del determinismo se hace humilde en sus investigadores más competentes. Todo deja presentir que se abrirá a un siglo XXI de fe profunda».

¿Dónde estaríamos hoy si algunas mujeres, hombres y niños no se hubieran levantado cuando la humanidad estaba abocada hacia lo peor?

Fueron impulsados hacia la esperanza humana, y a una invisible presencia... Supieron discernir un camino para vencer las desavenencias entre las personas y para atravesar las murallas que separan a las naciones, a las familias espirituales, a las razas. Descubrieron, alzándose desde las profundidades de los pueblos de la tierra, la aspiración a una plenitud de alegría, de paz, pero también un hondo lamento.

¿Y tú? ¿Estarás sumido en una total indiferencia? Desconcertado por la desconfianza entre las naciones, por los desgarros de los abandonos humanos, ¿acaso tus labios y tu corazón se habrán encerrado en los continuos «para qué, no podemos hacer nada, dejemos las cosas como están»? ¿Te hundirás en el desaliento como Elías, aquel creyente de los tiempos antiguos que, convencido de no poder hacer nada más por su pueblo, se dejó caer debajo de un árbol para dormir y olvidarse de todo?¹

O por el contrario, ¿estás bien despierto, tú que tienes un largo camino delante de ti? ¿Pertenece al grupo de aquellas mujeres, hombres y niños que se alzaron en su momento?

Hubo en ellos energías inesperadas. A través de su existencia llena de sencillez, de compartir, de solidaridad, su vida nos habla. Disipan la indiferencia que paraliza al ser, desarman la desconfianza y el odio. Son portadores de confianza y de reconciliación.

Conscientes de que Dios no desea ni los conflictos armados ni cualquier otro tipo de sufrimiento sobre la tierra, ellos toman iniciativas². Hacer el mundo habitable, comprender por la confianza del corazón, vivir de la realidad del perdón, les hacen creadores con Dios.

Si la pasión del perdón se convirtiese en un fuego para ti, encenderías la llama de comunión en la noche de los pueblos.

¿Lo ignoramos? Dios nos quiere creadores con Él. Él ha aceptado un riesgo inmenso. Él ha querido al ser humano no como un autómatas pasivamente sumiso, sino libre para decidir personalmente el sentido de su vida, libre para perdonar, pero también para rechazar el perdón, libre para ser creador o no.

El ser humano no tiene fondo. Su abismo llama al abismo de Dios³. En las profundidades de sí mismo, Dios ya le espera. Allí surge una fuente de donde extraer las energías creadoras.

¿No hay milagros en la tierra? El amor que perdona es uno de ellos. Abre delante de ti un espacio nuevo, que te hace libre, enteramente libre. Intuyes en ti algo de Dios que no puede desgastarse, que no se desgastará jamás. La contemplación del perdón de Dios se convierte en un resplandor de bondad en el corazón muy sencillo que se deja conducir por el Espíritu.

En su invisible presencia, el Resucitado podría expresarse así: «Yo sé que conoces lo mediocre y lo sombrío. Pero puedo decirte que estoy contigo, a tu lado, delante de ti». «Feliz el que da su confianza sin haber visto».⁴

Dudas y te dices: va a apagarse mi fuego. Pero no eres tú quien lo ha encendido. No es tu fe que crea a Dios, no son tus dudas las que lo van a arrojar a la nada.

La fe es una sencilla confianza puesta en Dios, tan sencilla que todos pueden acogerla.

Para un corazón atento, la confianza en Dios tiene suficiente con casi nada.

Con ese poco Dios realiza lo esencial... Y todo, en uno mismo, se simplifica, el modo de vivir, la relación con los demás.

Una humilde oración de abandono también permanece siempre muy sencilla sin pretender nada. En cualquier edad, ¿quién no se sorprende a sí mismo diciendo: escucha, escucha mi oración de niño? Y siguen los combates cotidianos. Lucha y contemplación se unen.

Aspiras a sentir la presencia de Dios y sin embargo tienes la impresión de una ausencia. ¿Te das cuenta? Allí donde hay un amor que perdona, su presencia es palpable. A tu corazón le cuesta imaginarlo, pero su Espíritu está en continua actividad dentro de ti.⁶

Si te habitara la pasión del perdón sin dejarlo nunca para más adelante⁷, entrarías en una aventura espiritual, el asombro de un amor. Dios te ama antes que tú le ames. Crees que no le esperas y Él te espera. Dices «yo no soy digno», y Él coloca en tu dedo el anillo de fiesta, el anillo del hijo pródigo. Aquí está el cambio radical del Evangelio.⁸

¿Hijos pródigos? ¡Todos lo somos! Desde el fondo de tus servidumbres, volviéndote hacia Él⁹, no habrá más amargura en tu rostro¹⁰. Su perdón se convierte en tu propio canto.¹¹

Abandonarse a Cristo, darle la confianza, perdonar, todo es lo mismo, un mismo soplo de vida.

El acto de perdonar encuentra en sí mismo resistencia. Nadie está hecho para perdonar, para vivir esta clara realidad del Evangelio. Contrariado, herido, humillado, ¿quién irá hasta el límite de sus fuerzas, para perdonar?

¿El perdón tropieza con el rechazo? La respuesta del Evangelio no deja lugar a dudas, se trata de ofrecer la bondad sin esperar la comprensión; perdonar aunque no encuentres más que frialdad y distanciamiento. Llegar hasta renunciar a saber lo que el otro hará con este perdón.

¿Se hace un uso abusivo del perdón? El amor que perdona no es ciego, está impregnado de lucidez. El perdón no preserva de esta dura prueba, cuando algunos hacen este cálculo «yo puedo permitírmelo todo, incluso destrozar a aquel o aquella de quien sé que de todas maneras terminará por perdonarme».¹²

Perdonar es una iniciativa muy personal que conduce a la transparencia. Lejos de apartar de la solidaridad, nos acerca a quien sufre las opresiones, malos tratos, manipulaciones. Libera energías de compromiso hacia ellos.

Cuando se vuelven a abrir heridas del pasado ¿te atreverías a perdonar incluso a aquellos que ya no están en esta tierra?

¿Amas sólo a aquellos que te aman? Esto lo puede hacer cualquiera sin necesidad del Evangelio. Rezar por aquellos que te hacen daño no es cualquier cosa.¹³

Si el amor que perdona se convirtiese en un fuego, tu corazón dolorido volvería a vivir.

En tus luchas interiores, Dios estaba allí, y tú no lo sabías.

Caminando sin ver, como envuelto por la noche... ¡qué lucha tienes que llevar! No tanto una lucha contra la duda, como para mantenerte fiel y atreverte a llegar hasta el don de ti mismo, a un sí para toda la vida.

Algunos piensan que para comprometerse en este sí hay que ser excepcional. Pero a cada uno se le ofrece la posibilidad de crear en Dios un compromiso de toda la existencia, y ello a partir de la propia condición humana.

Para aquel que elige seguir a Cristo, el sí y el no, en ocasiones, llegan a combatirse. Toda opción implica una elección entre diversas posibilidades, y lo natural es el desear tenerlo todo sin renunciar a nada.

Por el sí de la fe, de la confianza en Dios, el Resucitado hace de ti un ser vivo, te quiere en pie¹⁴, no vacilando en un sentido o en otro. Tu fidelidad es un lenguaje absoluto, expresa a Dios tu amor.

En este combate nadie se halla abandonado a una soledad desértica. Desde su resurrección, por su Espíritu Santo, la misteriosa presencia de Cristo Jesús se hace concreta en una comunión visible, la de su Iglesia. Reuniendo mujeres y hombres de «todas las naciones, ha hecho en ellos místicamente su Cuerpo»¹⁵. A través de esta comunión en el Cuerpo de Cristo, Dios te ofrece donde enraizar tu vida entera.¹⁶

A causa de Cristo y del Evangelio ¿te prepararás cada mañana para el perdón, descubriendo ante ti un espacio de libertad que nadie podrá arrancarte? Atento a ser creador con ÉL, a partir de ahora, ¿avanzarás muy sencillamente, con lo que has comprendido?

Para que se eleve una confianza sobre la tierra, al Este o al Oeste, en el Norte o en el Sur, es necesaria tu vida y la de una multitud. Para empezar, no hacen falta ni la experiencia de toda una existencia ni las perspectivas que da el saber. ¿Te concederás una tregua mientras no hayas encontrado dónde descansar tu corazón?

1 Novecientos años antes de Cristo, el profeta Elías conoció la desilusión y el desaliento. Tal vez era todavía joven, nadie lo sabe. Desalentado se sentó debajo de un árbol y dijo a Dios: «Ya estoy cansado, toma mi vida». Y se durmió. Por dos veces, un enviado de Dios vino a despertarlo y le dijo: «Levántate y come, puesto que tienes todavía un largo camino delante de ti». Elías se levantó y sostenido por este alimento, anduvo durante cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar a la montaña donde tenía que encontrarse con Dios. (I R 19).

2 Durante estos últimos años se ha producido un despertar sin precedentes de la conciencia cristiana con respecto a los derechos humanos. Este despertar se realiza con ritmos distintos; los cambios no se inician al mismo tiempo en todas partes. En uno de los más grandes países del mundo, hombres de Iglesia elaboran un nuevo derecho económico que concierne al alojamiento, a la salud, a la alimentación básica, colocándole en el mismo plano que los otros derechos humanos.

3 Sal 42, 8

4 Uno de los discípulos de Jesús, llamado Tomás, expresa su duda. No quiere creer en la Resurrección de Cristo; antes de haberlo visto, antes de haberle tocado con sus manos las heridas. Jesús le dirige, entonces, esta frase: «Porque me ves crees (es decir: das tu confianza). Pero feliz aquel que cree sin haber visto.» (Jn 20, 29). Según la tradición, es este discípulo Tomás quien evangelizó la India y murió en Madrás.

5 Preparar un encuentro en la India hace descubrir hasta qué punto son múltiples las formas de oración. A lo largo de una vida, hay momentos en los cuales se ora sin palabras, la oración se produce en medio de un profundo silencio. En otros momentos, son necesarias muchas palabras. A veces el entusiasmo (entusiasmo significa estar cogido por Dios) se traduce en una oración común litúrgica. ¿Cómo ignorar que en Oriente una oración personal, expresada de forma incansable con las mismas palabras ha sostenido a muchos creyentes durante toda la vida? Desde tiempos inmemoriales, este modo de oración no es otra cosa que una evocación continua de la presencia de Dios. Esto es válido, no sólo para los cristianos sino también para los creyentes de otras religiones. Esta oración es subyacente en los gestos, en las conversaciones, en todo. Esta oración, venida de Oriente, se extendió entre los cristianos de Europa del Este; tenemos, por ejemplo, la oración del «nombre de Jesús». O la oración de «Alégrate, llena de Gracia, el Señor está contigo», o incluso cantos sencillos, repetidos incansablemente que siguen la misma línea.

De Oriente procede también un gesto varias veces milenario que adoptaron los primeros cristianos. San Lucas cuenta, al final de su Evangelio, que los apóstoles se prosternaban, con la frente en el suelo. Ya en Oriente, esta actitud significaba la ofrenda a Dios de su propia persona, todo el ser está allí, extendido cuan largo es, con la frente rozando el suelo, en medio de un largo silencio.

6 El Espíritu de Dios habla sin que sea indispensable percibirlo. Por su misteriosa presencia, el Resucitado está siempre ahí. El hecho de no sentir nada, de no captar ninguna resonancia sensible, no quiere decir sequedad espiritual. «Sin haberlo visto, lo amáis» (I Pe 1, 8). En las celebraciones litúrgicas, un poco como oración de niño, decimos: «Ven, Espíritu creador». Sin embargo, sabemos perfectamente que ÉL ya está aquí. Está presente en nosotros, reza en nosotros, es ÉL quien nos conduce siempre. El Espíritu Santo no se retira nunca.

7 El Evangelio convoca a un perdón que no debe aplazarse para más tarde. Cristo lo dice explícitamente: «Si tú presentas tu ofrenda en el altar y alguien tiene algo en contra de ti, ve primero a reconciliarte con él» (Mt 5, 23-24).

8 Algunos piensan que para desculpabilizar al ser humano es necesario minimizar el pecado o incluso rechazar su existencia. Esta actitud, lejos de desculpabilizarle, puede extender la culpabilidad hasta tal punto que le resulte ya incontrolable. Otros, por el contrario, se acusan de todo, y como para «ponerse en regla» con Dios, no acaban nunca con los actos expiatorios. El Evangelio no es ni lo uno ni lo otro.

En el Evangelio hay una increíble inversión de conceptos descrita claramente en la parábola del hijo pródigo. Desde el mismo instante en que el padre del pródigo divisa a su hijo, corre hacia él. Correr, en aquel contexto histórico, no era digno de un hombre mayor, sin embargo él hace este gesto. El hijo dice: «Padre, he pecado contra el cielo y

contra ti, no soy digno de ser llamado hijo tuyo...» pero el padre no le deja continuar. Le viste con el mejor de sus trajes y le pone el anillo de fiesta en su dedo (Lc 15). Con su perdón, el padre ofrece a su hijo un nuevo horizonte, un espacio de libertad. La alegría del padre destella porque su hijo está allí, una comunión se ha vuelto a encontrar. El perdón de Dios libera energías encadenadas para crear con Dios. «Cuando el perdón se concede, ya no se ofrecen más sacrificios por los pecados» (Hbr 10, 18).

9 En el Evangelio, volverse hacia Dios, convertirse o arrepentirse, son la misma cosa (Mc 1, 15).

10 Sal 34, 6.

11 Para muchos existe el sacramento de la Reconciliación. Recibido con arrepentimiento de corazón, libera de la duda y aporta la certeza personal del perdón de Dios. «Nuestras culpas son más fuertes que nosotros, pero tú eres el que las borras» (Sal 65, 4).

12 El perdón no es un camino de facilidad. Se puede abusar del perdón concedido como un abuso de confianza. No hay nada más desconcertante. Cuando el vértigo de la ambición humana domina a un ser, actúa como una droga que mata el alma. Conduce al dominio secreto de las personas, y hasta este cínico razonamiento: «¿Por qué no ir más lejos en mi proyecto, incluso atropellando al otro, si él me perdonará a causa de Cristo?».

13 El Evangelio llama a rezar por los otros, incluso por los enemigos (Mt 5, 43), para llevar hasta Dios a aquellos que se nos oponen. Pero cuando nosotros rezamos por otros y su corazón no cambia ¿acaso es que Dios no acoge nuestra oración? No, ninguna oración deja de ser escuchada. Dios nos acoge dentro de nosotros mismos. Cuando, a través de la oración, confiamos a una persona a Dios, algo cambia en nosotros. Una mirada interior de bondad no impide la lucidez. Seguimos viendo en el otro sus asperezas, lo que tiene de inaccesible. Pero también nos arriesgamos a descubrir en él aquello que ni siquiera él conoce de sí mismo.

14 Dios quiere que el hombre -esté en pie, no humillado. Él no tiene necesidad de la sumisión del ser humano para manifestar el resplandor de su propia presencia.

15 Lumen Gentium, cap. 1, par. 7.

16 «Quizás no estamos libres de toda responsabilidad ante el hecho de que, sobre todo los jóvenes, miren críticamente a la Iglesia como una mera institución. ¿No hemos dado ocasión para ello, hablando demasiado de renovar las estructuras eclesiológicas externas y poco de Dios y de Cristo?»

La Iglesia se hace más creíble, si hablando menos de sí misma predica más y más a Cristo crucificado (cf. I Cor 2, 2) y lo testimonia con su vida.

Jesucristo asiste siempre a su Iglesia y vive en ella como resucitado.

Del mismo modo que creemos en un solo Dios, en un solo y único mediador Jesucristo, en un solo Espíritu Santo, tenemos también un solo bautismo y una sola eucaristía, por los cuales la unidad y la unicidad de la Iglesia se significa y se edifica. Esto es de mucha importancia, especialmente en nuestros tiempos, porque la iglesia, en cuanto a una y única, es como sacramento, es decir, signo e instrumento de la unidad, de la reconciliación, de la paz entre los hombres, las naciones, las clases y las razas.

Porque la Iglesia es comunión, las nuevas así llamadas "comunidades eclesiales de base", si verdaderamente viven en la unidad de la Iglesia, son verdadera expresión de comunión e instrumento para edificar una comunión más profunda. Por ello dan una gran esperanza para la vida de la Iglesia.» (Sínodo 1985)

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr

Carta de las fuentes

Para una vida interior

CARTA 1987

Las respuestas se preparan desde la vida interior. Después de la estancia en Alemania del Este y Polonia, el hermano Roger ha escrito la "Carta de las fuentes" en la proximidad del encuentro europeo de Londres.

Esta carta no ha sido escrita para ser leída seguido, sin parar, sino para ser meditada durante este año en los encuentros intercontinentales en Taizé.

Dondequiera que estés, sea el que sea tu continente, tú que quisieras percibir el misterio que está en el corazón de tu propio corazón, ¿presientes en ti, fugazmente, una presencia?

¿Has descubierto, tal vez con asombro, que el Resucitado da un sentido a la vida? NO una existencia resuelta y sin riesgos, sino una plenitud. Percibiendo un vacío en tu vida interior, buscas unas fuentes.

No ignoras la fragilidad de tu confianza en Dios, pero llegarán días en que dirás: "Tú, el Cristo, estabas en mí, y yo, estaba ausente. Estabas siempre en mí, y sin embargo no te buscaba. Habiéndote hallado, tan a menudo te olvido. Pero tú, el Cristo, continúas amándome. Y allí entonces, creciendo desde el abismo de mi ser, un fuego me abrasaba. Yo ardía queriendo que fueras el todo de mi vida. Te llamaba y te preguntaba: tú bien ves qué soy y dónde me encuentro, ¿cómo puedes todavía amarme y poner en mí tu confianza?"¹

Y sin embargo lo sabía: "Tú, el Cristo, tú eres el único camino, no tengo otro."²

Frente a lo absoluto del Evangelio, ¿serás tomado desprevenido, como si Dios te pidiera demasiado?³

Lo que Dios pide, te lo da.

Atraído por distintas opciones a la vez, lo que importa es reemprender el camino sin dejarlo para más tarde. Atrévete en aquel instante, a darle tu confianza, sin retrasarte en los terrenos pantanosos de tus indecisiones.⁴

Uno de los primeros creyentes decía ya a Cristo: "Yo creo, ven en ayuda de mi incredulidad".⁵ Estas dos palabras son en nosotros como lo ascendente y descendente de las olas de los océanos.

Recuérdalo para siempre: ni la duda, ni la impresión de un silencio de Dios, no retiran de ti su Espíritu Santo.⁶

Piensas no tener nada o casi nada. "Conozco tus pruebas y tu pobreza, sin embargo, eres valioso".⁷ Por el Espíritu Santo que habita siempre en tu corazón, tienes todo para avanzar, todo para que nazca en ti una libertad interior, alentada por la confianza en Dios.⁸

Por eso, Cristo podría decirte: "Compartí todo. Conocí la bondad y la generosidad del corazón humano. Encontré más de una vez al tentador. También conocí el abandono de los míos. Después de haberme acompañado, algunos me dejaron. Y a uno de ellos le dije: ¿...también tú quieres dejarme?"

Alegría

Acoger el nuevo día como un día único, irremplazable, un hoy de Dios.⁹ Para este día, esperar la confianza del corazón. El pasado está oculto en Dios, y del futuro, él ya se ocupa.¹⁰

En los momentos de las pruebas, tenazmente intenta descubrir, todo lo que puede iluminar nuestra noche: captar los acontecimientos, incluso mínimos, que hacen nacer una gratitud, una alegría.

Recuerda que la presencia del Resucitado viene para rasgar la oscuridad: “La tiniebla ya no es tiniebla para ti, la noche es clara como el día”.¹¹

Cuando tú no comprendas lo que te está sucediendo y que tengas que atravesar pruebas, ¿olvidarás esa alegría interior ofrecida por Cristo, él que nueve veces declara: “Dichosos...”?¹²

Así, Dios te ofrece el optar por la subida hacia la alegría serena, y tú colocarás tu tienda en las tierras de la exaltación.

“Jesús, mi alegría, eres tú quien me das dónde descansar mi corazón”.

La alegría perfecta es transparencia. No te basta con todo tu ser para que esta alegría estalle. Ella te orienta hacia Dios, ante todo a través de lo que tú eres.

Deja que Cristo cante en ti el don radiante de la vida, de tal manera que las fuentes de júbilo nunca se agoten.

La alegría perfecta está en el entusiasmo de quien acude apresuradamente a Cristo Jesús.

Un día, al ver a Zaqueo subido en un árbol para verlo pasar, Jesús lo llama: Baja enseguida, Zaqueo, hoy tengo que alojarme en tu casa. Zaqueo se apresura a bajar y lo acoge con mucha alegría.¹³

Sencillez

¡Qué se regocije el corazón sencillo! ¡Dichoso quien tenga un corazón de niño! Todas las realidades de Dios están en él.¹⁴

El Resucitado sopla sobre ti su Espíritu Santo y en ti revela dones esenciales: su perdón,¹⁵ su presencia, su confianza.¹⁶

¡Dichoso el limpio de corazón, pues verá a Dios! “Más que a un tesoro, guarda tu corazón, porque de él brota la vida”.¹⁷

La sencillez sin una caridad ardiente es sombra sin claridad. La sencillez de corazón abre nuestros ojos a lo que urge para la familia humana. Aviva en ti la atención hacia aquellos que están en una pobreza angustiada, víctimas de rupturas familiares, en una gran marginación, desgarrados por las humillaciones y la violencia.¹⁸

Responder a tales urgencias supone un compartir a través de la tierra.¹⁹ ¿Tienes la impresión de estar desprovisto, sin solución? Escoger la sencillez de medios, te lleva a ponerlo todo en marcha y a descubrir tus dones de inventiva. Cuando esos dones en primer lugar se concreten en tu propia existencia, poco a poco servirán a la familia humana.²⁰

Cuando acoges, la abundancia de bienes frena, en vez de estimular la hospitalidad.²¹ En tu mesa, el espíritu de fiesta trasluce de sencillez. El compartir hace de tu hogar un lugar de paz, un lugar de bondad.²² El espíritu de pobreza del Evangelio no soporta el rigorismo.²³

Cuando la sencillez va de par con el espíritu de infancia, tu corazón se humaniza. Brecha luminosa en tu camino, tu canto se eleva a Dios:

“Tú que das de comer a los pájaros y haces crecer los lirios del campo, concédenos alegrarnos con lo que tú nos colmas, y que esto nos baste”.

Misericordia

En las Bienaventuranzas del Evangelio, Cristo Jesús te revela una felicidad: Dichosos los misericordiosos, sí, que se alegren. esta bondad de corazón, la misericordia, hace resplandecer a Cristo en ti. Nada aproxima más a la misteriosa presencia del Resucitado, “Cristo de comunión” que está plenamente en ese misterio de comunión que es su Cuerpo, su Iglesia.

Ahí, te unes a las multitudes de mujeres, hombres, jóvenes, niños que, a través de la tierra, tratan de ser portadores de Cristo, sus testigos. Si pudieras rezar con muchos de ellos: “Oh Dios, que día tras día, siguiendo a los testigos de Cristo de todos los tiempos, desde maría y los apóstoles, me prepare interiormente a poner mi confianza en el Misterio de la Fe”.²⁴

Las conmociones provocadas por los cambios se intensifican a través de la tierra. La familia humana está todavía en pleno alumbramiento. Los cristianos no son una excepción. Y ya a través de todos los continentes se anuncia una nueva primavera para la Iglesia, con las heladas y las borrascas, que preceden siempre toda primavera.²⁵

Esta primavera es ya visible donde el espíritu de misericordia aparece para humanizar nuestro corazón por la claridad de un amor fraterno.²⁶ Y allí se enciende una hoguera. Incluso bajo las cenizas, una brasa continuará ardiendo.

La misericordia, ese amor que perdona, es presencia del Resucitado, una pequeña senda, senda de plenitud.

Te sorprenderás al decirle: A ti, Cristo, quisiera darte mucho, sí, todo, pero me parece darte muy poco. Sin embargo, sabes que te amo, no como quisiera, pero te amo.

1 Dios dice a cada uno: “Tú eres de gran precio a mis ojos, eres valioso y yo te amo” (Is 43, 4).

2 Hay días en que rezamos con casi nada. Al aceptar este poco, Cristo nos apacigua: mantenerse en silencio, es ya rezar. Cristo no nos pide que forcemos los labios.

3 Algunos son sorprendidos por la indecisión cuando comprenden que Dios espera de ellos un sí que compromete toda la vida. El sí que decimos a Dios, el Espíritu santo lo ha depositado ya en nosotros. Y Dios ya se ha encargado de la parte errónea que este sí pueda comportar. Lo esencial es el tener la consciencia clara de que hemos dado respuesta a una llamada de Cristo.

4 Para algunos, la angustia de un futuro, sin trabajo, paraliza cualquier forma de confianza, en sus capacidades e incluso en Dios

5 Mc 9, 24

6 No somos nosotros quienes creamos la invisible comunión con Dios, es Dios quien entra en comunión con nosotros. Él ofrece a todas las criaturas humanas el estar reunidas en él, en la vida o en la muerte.

7 Ap. de San Juan 2, 9

8 Por la fe, la libertad interior es tener inventiva. Supone estar atento para realizar todo por la libertad de los pueblos y de las personas.

9 San Gregorio de Niza escribía: estamos “de comienzo en comienzo, por comienzos que nunca acaban”.

10 Dios nunca pone en nadie el tormento, sino la paz interior. ¡Qué vértigo si Dios atormentara el corazón humano, llevando la cuenta de lo que cada uno es o no es! Cargaríamos a Dios con un proyecto calculador como si hubiera en él una voluntad de culpabilizar el ser humano, cuando, en realidad, Dios sufre con aquel que es atormentado.

11 Sal 139, 12

12 Las Bienaventuranzas.

“Jesús dijo a la muchedumbre:

Felices los de corazón sencillo, porque suyo es el reino de Dios.

Felices los humildes, porque la tierra les pertenece.

Felices los que lloran, porque serán consolados.

Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Felices los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos.

Felices los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios.

Felices los que sufren persecución por ser justos, porque suyo es el reino de Dios.

Felices vosotros cuando os persigan y cuando falsamente digan de vosotros toda clase de infamias sólo porque sois mis discípulos. ¡Alegraos entonces! ¡Estad contentos, porque Dios os va a dar una gran recompensa!” (Mateo 5, 1-12)

13 Lucas 19, 1-10

14 Un extracto del mensaje del papa Juan Pablo II a la comunidad de Taizé, en su visita a Taizé el 5 de octubre de 1986: “Mi deseo es que el Señor os conserve como una primavera que irrumpe y que os guarde pequeños, en la alegría evangélica y en la transparencia del amor fraterno. Cada uno de vosotros ha venido aquí para vivir en la misericordia de Dios y en la comunidad de sus hermanos. Consagrándoos a Cristo con todo vuestro ser por amor a él, habéis encontrado lo uno y lo otro. Peor además, sin que lo hayáis buscado, habéis visto venir hacia vosotros, por millares, jóvenes de todas partes, atraídos por vuestra oración y vuestra vida comunitaria. ¿Cómo no pensar que esos jóvenes son el regalo y el medio que el Señor os da para estimularos a permanecer juntos, en la alegría y en la frescura de vuestro don, como una primavera para todos los que buscan la verdadera vida? En vuestras jornadas, la labor, el descanso, la oración, todo está vivificado por la Palabra de Dios que os impregna, os guarda pequeños, es decir, hijos del Padre celestial, hermanos y servidores de todos en la alegría de las Bienaventuranzas... Cristo da un corazón universal de artesano de justicia y de paz, capaz de unir a la contemplación una lucha evangélica para la liberación integral del hombre, de todo hombre y de todo el hombre”.

15 Para descubrir el perdón, algunas religiones proponen largos caminos de expiación, en vistas de ponerse en regla con Dios. El cambio radical del evangelio está en el anunciar que es Dios quien ama primero. Es él quien pone en el ser humano el arrepentimiento de corazón y a la vez, el perdón. Algunos cristianos, que por el hecho de serlo conocen el Evangelio, vuelven a veces a una actitud natural para el corazón humano y caen en la tentación de tomar de nuevo el camino de los actos expiatorios. Por el contrario, para muchos, el sacramento de la reconciliación, ofrece una respuesta: recibido con arrepentimiento de corazón, libera de una duda y da la certeza personal del perdón de Dios.

16 Algunas realidades fundamentales del Evangelio pueden penetrar en nosotros a menudo a través de cantos sencillos, constituidos por una frase breve, repetida largamente. Estos dicen lo esencial, rápidamente captado por la inteligencia y poco a poco interiorizado por el ser. Uno de estos cantos: "Dios que nos amas, tu perdón y tu presencia son en nosotros una fuente de alabanza".

17 Prov 4, 23 Dichosos quienes, por causa del Evangelio, quieren expresar un amor a Cristo guardando todo su ser.

18 En esta segunda mitad del siglo XX, quizás como nunca antes, los cristianos toman iniciativas de solidaridad y de desarrollo en la familia humana. "La Iglesia debe denunciar proféticamente toda forma de pobreza y de opresión, defender y promover en todo lugar los derechos fundamentales e inalienables de la persona humana". (Sínodo 1985)

19 Para estimular un compartir, habíamos pensado indicar algunas colectas más seguras. Hemos comprobado que habrá que renunciar a esto, por ser irrealizable, pero podríamos proponer a las colectas proyectos muy sencillos.

20 Para buscar ser portadores de paz, de reconciliación, del compartir, en las situaciones de nuestro tiempo, desde hace varios años continuamos con jóvenes a través de todos los continentes una "peregrinación de confianza a través de la tierra".

21 Ya en el siglo IV, un obispo de Milán, Ambrosio, estaba preocupado hasta el extremo al ver algunos cristianos acumulando bienes. Les escribía: "Ha sido en común y para todos que la tierra fue creada. La naturaleza no tiene nada que ver con los ricos, sólo engendra pobres." Las fronteras de injusticia no pasan solamente entre naciones, entre continentes, sino también a veces muy cerca de cada uno. Entre vecinos muy próximos, ya se pueden encontrar grandes marginaciones y una repartición de bienes muy desequilibrada.

22 Dios confía a todos una o varias personas. En mayor o menor grado, muchos bautizados poseen un don de apostolado. Algunos tienen el don para comprender del otro aquello que le hace daño en lo profundo de sí mismo. Muchos hombres y mujeres necesitan salir de su soledad interior y ser acompañados y escuchados. El ministerio de los laicos, tan necesario hoy, ¿permitirá a muchos saber acompañar a otros? Escuchar, no para expresarse categóricamente con el "tienes que", sino para ayudar a cada uno a descubrir lo que Dios ha preparado en él. Cuanto más la edad avanza, más puede afinarse la intuición, desarrollarse e incluso llegar a comprender casi sin palabras a quienes se confían.

23 Simplificar y compartir, no es optar por un rigorismo que juzga sin bondad, y menos aún justificar la angustiada pobreza. Tampoco debe conducir a que se exija dar el mismo paso a personas mayores que no pueden modificar sus costumbres de vida y cuyas viviendas están llenas de recuerdos. En las personas mayores, aparecen intuiciones de Dios que hacen avanzar a quienes las escuchan, y que son preciosísimas para la vida de la Iglesia.

24 Sí, bautizado, has sido indiferente a Cristo y a su Iglesia, y que desde ahora quieres seguirle, recuérdalo: está ya en comunión con Cristo y su Iglesia todo bautizado que quiera realizar en su vida tal intención: “Oh Dios, que día tras día, siguiendo a los testigos de Cristo de todos los tiempos, desde María y los apóstoles, me prepare interiormente a poner mi confianza en el Misterio de la fe.” (Y claro, no solamente lo que comprendemos, sino a todo el Misterio de la Fe, sin nivelación de valores. Lo que no comprendemos, otros lo comprenden y lo viven, y viceversa).

25 “Quizás no estamos libres de toda responsabilidad ante el hecho de que, sobre todo los jóvenes, miren críticamente a la Iglesia como una mera institución. ¿No hemos dado ocasión para ello, hablando demasiado de renovar las estructuras eclesiológicas externas y poco de Dios y de Cristo?

La Iglesia se hace más creíble, si hablando menos de sí misma, predica cada vez más a Cristo crucificado y lo testimonia con su vida...

Del mismo modo que creemos en un solo Dios, en un solo y único mediador, Jesucristo, en un solo Espíritu, tenemos también un solo bautismo y una sola Eucaristía, por los cuales la unidad y la unicidad de la Iglesia se significa y se edifica. Esto es de mucha importancia, especialmente en nuestros tiempos, porque la Iglesia, en cuanto una y única, es como sacramento, es decir, signo e instrumento de la unidad, de la reconciliación, de la paz entre los hombres, las naciones, las clases sociales y las razas...

Ya que la Iglesia es comunión, las nuevas así llamadas “comunidades eclesiales de base”, si verdaderamente viven en la unidad de la Iglesia, son verdadera expresión de comunión e instrumento para edificar una comunión más profunda. Por ello dan una gran esperanza para la vida de la Iglesia.” (Sínodo 1985)

26 Para este año, continúa siendo tan importante como el año pasado, referirse a la “Carta a una pequeña comunidad”, que comenzaba con estas palabras: “Una pequeña comunidad provisional puede arriesgar mucho, resistir a las inercias y al desánimo cuando se inserta en la gran comunidad local, la parroquia. Es suficiente con ser muy pocos, entre tres y diez, y con este poco es posible ser un signo vivo del Cristo, él, que nos reúne para caminar con la humanidad. Este misterio de comunión que es la Iglesia empieza allí donde uno vive”. Claro que el crear pequeñas comunidades eclesiales de base no quiere decir distanciarse y colocarse al exterior para juzgar. Toda realidad, por bella que sea, como una medalla tiene su otra cara. La otra cara de una pequeña comunidad es que, si sus miembros se han escogido mutuamente, ésta podría fácilmente perder el sentido evangélico de la catolicidad, de la universalidad. La “carta a una pequeña comunidad” continúa: “Para dejar entrever la universalidad de la comunión, ¿se integrarán las pequeñas comunidades provisionales, por lo menos una vez a la semana en la oración de la comunidad local, para vivir allí una celebración que reúna a todas las generaciones, desde los niños hasta las personas de edad?

Carta de Etiopía

CARTA 1988

Antes del encuentro europeo de jóvenes que tuvo lugar en Roma del 28 de diciembre de 1987 al 2 de enero de 1988, el hermano Roger, con dos de sus hermanos, fue a Etiopía amenazada por el hambre. En Roma, 24000 jóvenes de toda Europa fueron acogidos por varios miles de jóvenes de las parroquias de la ciudad y de sus cercanías. De Europa del Este, asistieron 5000 jóvenes, de entre los cuales un millar de húngaros participaban por primera vez. La Carta de Etiopía será el texto de reflexión a lo largo del año 1988; y ha sido escrita, no para ser leída rápidamente sino para ser meditada. Esta carta servirá también como base de los 33 encuentros intercontinentales de jóvenes que tendrán lugar en Taizé del 20 de marzo al 6 de noviembre de 1988 (estos encuentros, que comenzaron en 1987, reunirán a jóvenes de 97 nacionalidades).

En cualquier lugar donde te encuentres sobre la tierra, frente a tantos inocentes marcados por la desgracia, ¿buscarás el impulso de una vida interior para mantenerte en las heridas de la familia humana?

Si, desconcertado o incluso desencantado, te dejas deslizar hacia una indiferencia a la invisible presencia de Cristo en ti... ¿Quién despejará para ti el camino hacia las fuentes? ¿Quién te revelará el secreto de una frescura siempre nueva: Dios presente para cada ser humano?

¿Lo percibes? ¿Lo discernes? Cuando tu noche se vuelve densa, su amor es un fuego.¹ Ese fuego, quizá se encuentre bajo las cenizas y no alumbre más. Invadido por una duda, quizá te preguntes: ¿pero dónde está Dios? ¿Permanece Dios silencioso?

Nunca ausente en tu vida, el Espíritu del Resucitado está siempre en ti.² Basta saberlo para mantenerse en vilo. Y la humilde confianza en él desgarrar tu propia noche.

Asombro de un amor sin comienzo ni fin... Te sorprenderás al decir:

Ese Jesús, el Resucitado, estaba en mí, ahí donde nadie se parece a nadie. Y sin embargo no sentía nada de él. Tan a menudo lo buscaba en otra parte. Mientras huía de las fuentes asentadas por él en lo profundo de mi ser, por mucho que corriera a través de la tierra, yendo lejos, muy lejos, me perdía por caminos sin salida. Una alegría en Dios se hacía imposible.

Pero llegó el día en que descubrí que Cristo nunca me había dejado. Aún no me atrevía a dirigirme a él³, pero él ya me comprendía, ya me hablaba. El bautismo había sido la marca de una invisible presencia. Cuando el velo de la duda se alzó, la confianza de la fe vino a esclarecer mi propia noche.

¿Cómo alcanza una vida su plenitud «cuando la aurora despunta y amanece el día en nuestro corazón!»⁴

Dios espera mucho de ti. Nunca te conduce hacia el vértigo de los desánimos, con los cuales no propones más que la tristeza. Dios te lleva hacia realidades que disuelven las amarguras.

Él espera mucho de ti: Para responder, piensas no tener casi nada. Pero él te ofrece crear con poca cosa: como María que, pobre, realizaba todo con medios sencillos.

Dios quiere mantenerte humilde, pero al mismo tiempo quiere darte un corazón muy ancho, sí, una catolicidad del corazón. Con casi nada, serás de aquellos que aliviarán las pruebas de la familia humana.⁵ Con casi nada, serás creador en ese misterio de comunión que es la Iglesia.⁶

Y como nada amplio se realiza sin una vida interior, no podrás dejar de acercarte a beber en las fuentes.⁷

A veces te preguntas: ¿pero dónde están esas fuentes de una vida interior?

Dichoso el que avanza no por lo que ve, sino por la confianza de la fe.⁸

Cuando buscas las fuentes, incluso en tu noche, la sed de una confianza te alumbrá interiormente. Y quisieras decirle: «Escucha, escucha mi oración de niño, que yo te confío todo en todo momento; quisiera regocijarme por tu continua presencia.»

¡Si pudiera poner mi mano sobre tu hombro, llevarte por el camino de una confianza en Dios! Conocerías lo inesperado: en él, alegría y paz del corazón son una misma realidad.

Cuando en las pruebas tus pensamientos se imbrican unos en otros, la esencial paz del corazón hace que te vuelvas hacia Jesús, el Resucitado.

Sí, el Espíritu Santo sopla sobre ti la paz. Quiere llenarte de una alegría del Evangelio, una alegría incluso en la prueba más incomprensible.⁹ Abre en ti oasis interiores. Aun cuando atraveses pasajes inimaginables, llegas a resistir los tormentos que te asedian, al temor de las amenazas, al miedo de la muerte de quienes amas.¹⁰

Dios nunca quiere el tormento. Él quema en nosotros el mal.

Si te dejaras invadir por una amargura que te hiciera rechazar el espíritu de perdón, ¿qué te quedaría para construirte interiormente?

Y si tu prójimo rechaza una reconciliación, no será inquietándote que se realizará el milagro en él, sino perseverando en una confianza.¹¹

Para aquel que se arriesga a una vida de perdón por causa de Cristo y del Evangelio, surge una felicidad. No una felicidad buscada por sí misma, que ya ha escapado cuando uno cree haberla alcanzado, sino esa felicidad ofrecida a quien se vuelve hacia Dios con toda sencillez.¹²

En ti el valle de lágrimas se convertirá en un lugar de manantiales, una primavera para el corazón¹³, haciéndote libre para ser inventivo, libre para admirar las cosas con una mirada poética, libre para amar la vida y mirar la existencia sobre la tierra como el alba de una vida que nunca terminará...

Tú que aspiras a seguir a Cristo, te preguntas: ¿cómo descubrir la voluntad de su amor, en la tierra como en el cielo?

¿Oyes resonar en ti el eco de su voz: ven, yo te daré donde descansar tu corazón, ven y sígueme?

¿Responderás con un sí para toda la vida? ¿O te resignarás a tener indecisiones sin fin?

Pero tú que aspiras a seguir a Jesús, el Cristo, ¿te encontrarás como arrojado, solo, en un desierto humano sin nadie con quien compartir la confianza de la fe?

El Resucitado viene para sacarte del aislamiento al darte la posibilidad de tomar apoyo en la confianza de sus testigos, desde María y los Apóstoles, hasta los de hoy día. Por ello puedes decir: «Señor Cristo, haz que sea un ser vivo en ese misterio de comunión que es la Iglesia¹⁴: haz que día tras día, me disponga interiormente a poner mi confianza en el Misterio de la Fe. Tú, el Cristo, no mires mis pecados, sino la fe de tu Iglesia.»¹⁵

Lo que no llegas a realizar solo, se hace posible en esa comunión... y la santidad de Cristo ya no es lo inalcanzable, está muy cerca de ti... en ti.¹⁶

¿Dónde desborda la fuente de una santidad muy sencilla, ofrecida a cada uno?¹⁷ Ante todo, en la inagotable bondad del corazón humano.¹⁸ Esta toca el fondo del alma, reanimando la inocencia.

La inagotable bondad del corazón humano: confianza que como relámpago atraviesa nuestras noches oscuras, plenitud¹⁹ de un amor desinteresado, fuego interior de bondad.

Dios, al ser tan deslumbrante para ser visto, se hace visible, sí visible, a través de la comunión en el Cuerpo de Cristo, su Iglesia.

Cuando esta comunión llega a ser transparente por medio de las reconciliaciones, el perdón, la lucha por amar, nada de ella empaña el reflejo del rostro del Resucitado en los rostros humanos. El Espíritu Santo vela en ti: brecha luminosa en las noches opacas. Y se abren las puertas de una comunión. ¿Buscarás ahí el impulso para mantenerte solidario en las heridas de la familia humana? No tengas miedo, cerca está la confianza, y con ella una felicidad.

1 «Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día» (I Tes 5, 5). Algunos cristianos de Asia han descubierto un símbolo muy claro del fuego que nunca se apaga y ese símbolo puede ser adoptado fácilmente en otras regiones del mundo. Al inicio de la oración común de la tarde, algunos jóvenes o niños, se acercan, con una vela en la mano, a encender una lámpara mientras se canta un canto que celebra la luz de Cristo.

2 Dios habita todo ser humano desde su nacimiento. En una encíclica, el papa Juan Pablo II explica que Cristo está unido a cada hombre sin excepción, incluso si no tiene conciencia de ello (Redemptor Hominis).

3 En la oración, con gran sencillez podemos hablar con Dios, con Cristo, con el Espíritu Santo. Y con una misma sencillez de corazón, podemos decir a quienes nos han precedido y que están cerca de él: reza por mí. Sus oraciones contaron en nuestra vida. Tras su muerte, ¿cómo podríamos dejar de confiar en su oración?

5 Continuando con la reflexión sobre las seis preguntas a la O.N.U., el hermano Roger, acompañado por cinco niños de los cinco continentes, llevará esta primavera sugerencias al Secretario General, Sr. Javier Pérez de Cuellar. La O.N.U. existe, y puede proporcionar una base para la paz. En efecto, es la primera vez en la historia de la humanidad que se han hecho los primeros pasos para un espacio político a nivel mundial, lugar de encuentro y de discusión irremplazable. Quisiéramos despertar hacia la O.N.U. una atención que pueda ayudar a hacer adaptaciones permitiendo prever y prevenir más eficazmente los riesgos políticos y asegurar una concertación económica entre los gobiernos, particularmente entre ricos y pobres.

6 En la comunión de la Iglesia, Cristo viene a despertarnos, para refrescar nuestro cuerpo y nuestro espíritu, que tan a menudo olvidan los valores esenciales dados por Dios para poder mantenernos. En ese misterio que es la Iglesia hay una complementariedad. Cuando uno se hunde, otros están ahí para sostener su caminar hacia Dios. Lo que uno no comprende del misterio de la fe, otro llega a comprenderlo.

7 «Los llevaré a manantiales de agua por camino llano, en que no tropiecen. Porque yo soy para mi pueblo un padre». (Jr 31, 9) «Sacaréis agua con gozo de los hontanares de salvación». (Is 12, 3)

8 Cf. II Cor 5, 7. «¡Feliz la que ha creído que se cumplirán las promesas que le fueron dichas de parte del Señor.», dijo Isabel a María.

9. «No mi paz, sino tu paz», he aquí lo que es posible decir a Cristo que no ocultó a los suyos las pruebas que le esperaban. Al decir: «Mi paz os dejo», añade: «Mi paz os doy», esa paz que permanece interiormente cuando surgen temores a nuestro alrededor. (Jn 14, 27)

10 ¿Por qué se presta tan poca atención a la palabra de Pablo, el Apóstol, que afirma que, en la tierra, ya hemos resucitado con Cristo (Col 2, 12; 3, 1)? En el momento en que cerramos los ojos por última vez, entramos en la plenitud del Reino de eternidad, pero la resurrección ya había comenzado.

11 El tentador no tiene más fin que hacer perder nuestra confianza. Por eso quisiéramos decir a Cristo: «Tú que como nosotros conociste la tentación, enséñanos a decir al tentador: Apártate de mí... el Señor mi Dios es mi vida, sólo él abrirá el camino de la alegría y también del entusiasmo» (entusiasmo = estar tomado por Dios).

12 En las heridas mismas, él hace surgir una vida interior. El Espíritu Santo viene a quemar las penas de la vida en el fuego de su presencia. «Vuestra tristeza se convertirá en alegría... y vuestra alegría nadie os la podrá quitar.» (Jn 16, 20-22)

13 cf. Sal 84, 7 Si cada día al despertar, pudiéramos decir sencillamente a Dios: tú quieres para mí la primavera del corazón.

14 ¿Cómo tomar a Cristo aisladamente, sin su Cuerpo? Él se realiza plenamente en una comunión: la Iglesia es la plenitud de Cristo. Ella es el Cristo de comunión. ¿Cómo podemos seguirle sin reconciliarnos, manteniéndonos distanciados unos de otros, avanzando en caminos paralelos, contentándonos solamente con encontrarse de vez en cuando? Entonces se hace imposible sembrar en la tierra de la familia humana una semilla de reconciliación.

15 «La parroquia se convierte en comunidad de comunidades cuando es ella el epicentro dinámico de las comunidades eclesiales de base y de los demás grupos y comunidades que la dinamizan y, a la vez, se nutren de ella. En la celebración de la Eucaristía, centro de toda vida cristiana, los fieles se unen con Cristo y son enviados al servicio del mundo.» (Sínodo 1987) Quien se acerca a la Eucaristía con la sencillez de un corazón de niño comprende poco a poco que Cristo está ahí presente en plenitud. A veces ocurre que algunos se encuentran en la imposibilidad de recibir la Eucaristía. En el designio de Dios, la Iglesia es materna. Ella está presente en la humanidad para comprender las situaciones humanas más diversas. En vez de estar tenso por las imposibilidades, ¿por qué no dar al final de la celebración el pan bendito según una antigua tradición de la Iglesia? Sin reemplazar la comunión eucarística propiamente dicha, el pan bendito es un símbolo del compartir fraterno.

16 «Cristo ha llevado a la perfección para siempre a aquellos que ha santificado.» (Heb 10, 14)

17 «En nuestro tiempo la sed de santidad crece cada vez más en los corazones de los fieles, cuando éstos escuchan la llamada de Dios que les invita a vivir con Cristo y transformar el mundo.» (Sínodo 1987)

18 «Llegas a ser semejante a Dios adquiriendo la bondad. Ten entrañas de misericordia y de bondad para que puedas revestirte de Cristo» (San Basilio, siglo IV)

19 Al momento de escribir «plenitud», la mano parece que se retiene. Las palabras pueden ser tan torpes. Ojalá que éstas no hieran a aquel que le cuesta comprender...

Carta de Rusia

En este año del milenio de los cristianos rusos¹.

CARTA 1989

Invitado por el patriarcado de la Iglesia ortodoxa rusa, el hermano Roger participó en las celebraciones del milenio del bautismo de la Rus', del 4 al 17 de junio de 1988 en Moscú, Zagorsk, Iaroslavl, y también en Kiev, Ucrania (Rus' es el nombre antiguo que designa con una sola palabra a las actuales Ucrania, Rusia y Bielorusia. La CARTA DE RUSIA, traducida en 30 lenguas, ha sido escrita para ser leída y meditada en TAIZE durante las 40 SEMANAS DE ENCUENTROS INTERCONTINENTALES que, desde el 4 de febrero al 12 de noviembre de 1989, reunirán semana tras semana a jóvenes de 35 a 60 naciones a la vez. Esta CARTA ha sido publicada con ocasión de los encuentros de MADRÁS (27-31 de diciembre de 1988) y de PARÍS (30 de diciembre de 1988-4 de enero de 1989). En París, de los 33.000 participantes, 8.500 proceden de Europa Oriental.

Belleza antigua y siempre nueva: por su vida dada, son multitudes, a través de todos los pueblos de la tierra, quienes atestiguan que el ser humano no ha sido creado para la desesperanza.

Cuando el fracaso, las pruebas, los desánimos pesan demasiado sobre las espaldas, ¿cómo recordar siempre una de las realidades más esenciales para toda la existencia? Esa realidad se engendra en el interior de la persona humana. Lleva el nombre de paz del corazón.

Esa paz de las profundidades reanima una comunión a veces adormecida. Y se alza el gran asombro. Se despiertan alegrías inesperadas, una sencillez de vida, un soplo poético y, para quienes pueden comprenderlo, una visión mística del ser humano.

En la paz del corazón se disipan las inquietudes sobre ti mismo e incluso descubres hasta qué punto te realizas en una vida dada. Ahí, renovadamente, recibes como de golpe el sentido de la vida.²

Te interrogas: ¿pero dónde está la fuente para tomar un tal impulso?

Está en la misteriosa presencia de un amor.

Si supieras que Dios viene siempre a ti... Lo más importante para ti es descubrir que él te ama.³ Ahí está la fuente.⁴ Y su amor es presencia y perdón.

Porque su perdón irradia la confianza, la paz del corazón es posible e incluso segura.

El te ama aún cuando piensas que no le amas. Y llegará un día en que le dirás: te amo, quizás no como quisiera, pero te amo.

Al final de este siglo XX, una luz de Evangelio recubierta por el polvo de los años ha sido puesta en evidencia para todo ser humano, incluso si éste lo ignora, el Resucitado está presente.⁵

En el asombro de una comunión, en lo recóndito de tu alma, él mora, en lo recóndito de ti mismo, él desciende.⁶ Su presencia es tan clara como tu propia existencia.

¿Llegas a dudar de ello? Sin embargo, tu fidelidad está ahí. La duda puede que no sea más que el revés de la fe.⁷ Y, en tus noches, la sed de su presencia hace brotar un fulgor, una luz interior.

SEÑOR CRISTO, si hay en nosotros heridas, hay sobre todo el milagro de tu misteriosa presencia. De esta manera, aligerados, o incluso liberados, caminamos contigo, Cristo, apoyándonos en tu palabra: «Mi paz os doy, que vuestro corazón cese de turbarse y de temer».⁸

Por medio de su Espíritu Santo, el Resucitado atraviesa, para transfigurarlo, lo más desconcertante de ti. Alcanza lo inalcanzable. Los pesimismoes que llevas sobre ti se disuelven. Aleja las impresiones sombrías que pueden venir de tu imaginación. Y se aclara una paz del corazón.

Canta, alma mía: yo soy de Cristo, yo pertenezco a Cristo.⁹ La transfiguración del ser, imperceptible cambio interior, continúa a lo largo de la existencia. Ella hace vivir en el momento presente, hace de cada día un hoy de Dios.¹⁰ Ya en la tierra, es el comienzo de tu resurrección, el inicio de una vida que no tiene fin.¹¹

¿Has llegado a pensar que Su amor en ti había sido cubierto por las arenas de un desierto? Desiertos interiores, los hay. Pero, ¿es necesario detenerse en ellos? Sobre una tierra árida florece el almendro... Y si hubiera menos desiertos que lo que uno supone...

En los dos hemisferios, lo que interroga a una humanidad joven, es el hacer de la tierra un lugar habitable para todos.¹²

¿Conoces pues todos tus recursos interiores para participar en ello? En una peregrinación de confianza a través de la tierra, vida interior y solidaridades humanas no se oponen en nada.

¿Quién podría mantener los ojos cerrados frente a todo lo que agrede a los desafortunados, a los pobres de la tierra? Y, allí donde la creación está herida, ¿quién permanecerá indiferente?¹³

JESÚS RESUCITADO, a veces me ves desorientado, como extranjero en la tierra. Pero una sed llena mi alma, ella es espera de tu presencia. Y mi corazón permanece en la inquietud hasta que deposite en ti, Cristo, todo lo que pesaba sobre él y lo retenía solitario, lejos de ti, Jesús, mi alegría, mi esperanza, mi vida.

De la paz del corazón brotan, espontáneamente, pequeñas alegrías, felicidades inesperadas.

«La alegría del corazón es la vida del hombre»¹⁴: esto ya fue un descubrimiento de un creyente antes de la venida de Cristo. Y en el comienzo del Evangelio, ¿no se encuentra ya el «dichoso» de las bienaventuranzas?¹⁵

Atrévete a alegrarte plenamente con lo que Dios realiza en ti y en torno a ti.¹⁶

¿Estarás turbado por una situación? ¿Te encontrarás desconsiderado y humillado por una persona? En este instante, sin esperar, encuentra la paz del corazón, confiando a Dios lo que te ha desconcertado, o incluso herido. Sumirse en la inquietud nunca ha sido un camino de Evangelio.

La paz de tu corazón hace la vida hermosa a quienes te rodean. Y con toda seguridad, cuando una comunidad, pequeña o grande, llega a ser un abismo de bondad, da más credibilidad al Evangelio.

¿Pasarás por la gran prueba, la de una ruptura afectiva, o incluso, que tus intenciones más límpidas sean desfiguradas? He aquí que Jesús pronuncia la bienaventuranza más asombrosa: «Dichosos seréis cuando digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa.»¹⁷

Para cada uno, Cristo quiere una alegría, una felicidad de Evangelio... y siempre está con quien consiente ir hasta el extremo del don de sí.

UN DÍA, EN ASIA, vi a un leproso levantar los brazos con lo que le quedaba de manos y ponerse a cantar estas palabras: Dios no me ha castigado, le canto porque mi enfermedad se ha transformado en una visita de Dios. En su desgracia, tuvo esa sorprendente intuición: el sufrimiento no viene de Dios, Dios no es el autor del mal, él no es un atormentador de la conciencia humana. Más, Dios nunca asiste pasivamente a la pena de nadie, sufre con cada uno. Sí, hay un dolor de Dios, un dolor de Cristo.¹⁸

¡Que cante tu corazón! El espíritu de la alabanza¹⁹ toma vida allí donde la belleza sencilla de una oración común transmite la «alegría del cielo en la tierra».²⁰ Ahí tu discernes la comunión en el Cuerpo de Cristo, su Iglesia, junto con María, los apóstoles y quienes buscan a Jesús, el Resucitado.²¹ Y te verás restablecido en la paz del corazón, incluso en medio de las situaciones más desconcertantes.

Dios nunca nos sitúa en el tiempo del temor, sino en el tiempo de la confianza.²² El Evangelio no trae consigo una mirada pesimista sobre el ser humano. Dichoso quien, del Resucitado, toma una paz del corazón que nunca pasará, que nunca se agotará; una alegría inesperada.

Si en todos hay heridas, nunca lo olvides, hay sobre todo el milagro de la misteriosa presencia de Su amor. «Belleza antigua y siempre nueva... yo estoy abrasado por tu paz.»²³

1 EN LAS IGLESIAS RUSAS, la oración común, la profundidad del coro en los cantos, los iconos, la luminaria, el incienso, todo está llamado a hacer discernir la «alegría del cielo en la tierra». El ser en su globalidad es alcanzado no

sólo en su inteligencia, sino en sus profundidades, en su propio cuerpo. Los iconos son como ventanas que se abren • hacia las realidades del Reino de Dios y las hacen presentes en nuestra oración en la tierra. Dejan entrever, transfigurados a quienes ya han resucitado.

El secreto del alma cristiana rusa se encuentra sobre todo en la espera de la resurrección. Y, a través de su Espíritu Santo, el Resucitado, presente en cada uno, realiza poco a poco como una transfiguración del ser humano. De ahí los cristianos rusos, a lo largo de su historia, han alimentado toda su vida interior y han sacado energías para amar atravesando, tanto los períodos apacibles como los tiempos de las mayores pruebas. Por su confianza en la resurrección, ellos nos fortalecen en lo esencial de lo esencial de la fe.

2 Viendo en Taizé a tantos rostros de jóvenes, quisiéramos que ellos descubrieran un sentido a su vida. Lo importante pues, es que sean escuchados con discernimiento y con confianza. Discernimiento y confianza son inseparables, se apoyan uno al otro. Escucharles con desinterés, es como una mayéutica para que, por medio de un nacimiento interior, descubran sus dones y les dejen desarrollarse.

3 Antes de morir, Dostoievski llama a sus hijos y les dice: «Tened una absoluta confianza en Dios y no desesperéis nunca de su perdón. Os amo, pero mi amor no es nada al lado del inmenso amor de Dios por los hombres, sus criaturas.» Luego les besa y les da su bendición.

4 Somos amados por Dios como Dios ama a Cristo. Jesús dice en una oración «Los has amado a ellos como tú me has amado a mí» (Jn 17, 23). Bautizados en Cristo, «nos hemos revestido de Cristo» (Gal 3, 27) y a cada uno Dios dirige esta palabra que Jesús oyó en el momento de su bautismo: «Tú eres mi Hijo amado, en ti encuentro mi alegría» (Mc 1, 11). A partir de ahí, toda una corriente mística ha expresado esa confianza: Dios me ama en su Hijo único, me ama como su Hijo único sin ninguna diferencia.

5 El Hijo de Dios, en cierto modo, está unido a todo hombre... Y ello es cierto no solamente para quienes creen en Cristo... El Espíritu Santo ofrece a todos, de una manera que Dios conoce, la posibilidad de estar asociados al misterio pascual.» (Gaudium et Spes 22, 2. 1965)

6 En esa comunión irremplazable, «orar constantemente» (I Tes 5, 1-7) no significa forzosamente expresarse por medio de palabras. La oración es una realidad muy amplia. Las palabras no son más que una pequeña parte de ella. Esta se realiza también con pensamientos, imágenes, evocaciones, emociones. Cuando trabajamos, cuando descansamos, la oración prosigue interiormente. Verdad es que la oración necesita a veces muchas palabras para expresar todo a Dios. Pero querer explicitar a todo precio, ¿no será acaso entorpecer una comunión con Dios? Sin forzar los labios, la oración encuentra otras expresiones, gestos humildes, símbolos, el signo de la cruz, el gesto del ofrecimiento de nuestra vida colocando la frente en el suelo... Y he aquí que en un momento dado la oración se vuelve un simple descanso en Dios para nuestro corazón, en el silencio. Ese silencio puede estar privado de imágenes y de pensamientos, a veces está colmado del sentimiento de la presencia del Resucitado, de su Espíritu Santo.

7 La fe, la confianza en Dios, es una realidad muy sencilla, tan sencilla que todos pueden acogerla. Si se necesitara una gran inteligencia para ser comprendida, ésta se reservaría a una élite de privilegiados. Nadie, por sí solo, puede comprender la fe en su totalidad (cf 1 Cor 13, 1-2). Cada uno comprende una parte más o menos grande de ella. Ello supone que cada uno se apoye en la confianza de todos los testigos de Cristo; desde María y los Apóstoles hasta hoy, en ese misterio de comunión que es la Iglesia, el «Cristo de comunión». Ello supone que cada uno se disponga interiormente día tras día a poner su confianza en el Misterio de la Fe. Cuando Pablo, el apóstol, habla del Misterio de la Fe, deja entender que se trata de Cristo, tal como es creído y amado en la Iglesia (I Tim 3, 9.15-16).

8 Jn 14, 27

9 Para rezar, algunos cristianos rusos, durante su vida, susurran, con voz inteligible o no, al ritmo de su respiración, la oración del Nombre de Jesús. Sencillas oraciones, a veces una sola palabra, llegan hasta el fondo del ser. Cada mañana al despertar, es posible recordarlo: «Yo soy de Cristo, yo pertenezco a Cristo» o bien: «Jesús nuestra paz, paz del corazón».

10 Dios, que es nuestro porvenir y nos espera en una alegría para siempre, no cesa de venir a nuestro encuentro. Se hace nuestro presente y da sentido a ese presente.

Pero a menudo el ser humano huye del momento presente y se fija en el pasado o en el futuro. En el pasado su memoria se detiene demasiado en los sucesos amargos, a pesar de todas las alegrías vividas. Y si en el futuro está la gran esperanza humana, su espíritu se arraiga en los temores de las pruebas a venir. En la confianza del corazón, podemos saberlo, el pasado está oculto en el perdón de Dios, en el perdón que nos damos unos a otros, y del futuro Dios ya se ocupa.

11 San Serafín de Sarov (1759-1833) escribía: «Si percibimos a Dios en lo que nos es dado en el momento presente, ahí saboreamos un comienzo de la alegría futura.» Ese místico ruso estaba tan impregnado de la realidad de la resurrección, que acogía a los peregrinos con estas palabras: «¡Alegría mía, Cristo ha resucitado!».

12 «Una convicción forma parte de la enseñanza y de la práctica más antigua de la Iglesia: la convicción de aliviar por vocación (ella misma, suministros, y cada uno de sus miembros) la miseria de quienes sufren, lejos o cerca. Y ello no solamente con lo «superfluo» sino también con lo «necesario». No se puede preferir la ornamentación superflua de las iglesias y de los objetos preciosos de culto a la ayuda mutua en caso de necesidad. Podría ser incluso obligatorio alienar esos bienes para dar pan, bebida, vestido y una casa a quienes se encuentran privados de ello.» (Juan Pablo II, Sollicitudo Rei socialis, 1988)

13 Ver a este respecto, páginas 5 y 6, los dos encuentros recientes, uno con el secretario general de la ONU, Javier Pérez de Cuellar, en Ginebra, el 5 de julio, y el otro en la UNESCO, el 21 de septiembre, con el director general, Federico Mayor, y los ministros de Educación de Europa Oriental y Occidental.

14 Eclesiástico 30, 22

15 Mt 5, 1-12

16 Algunos testigos de Cristo conducen a vivir ese espíritu de las bienaventuranzas. Hace treinta años, el Papa Juan XXIII comenzaba su ministerio. Con la sencillez de su corazón, ese hombre sabía alegrarse con lo que Dios realizaba a través de él. Ponía sobre los otros y también sobre sí una mirada de paz que construía el ser interior. Era el hombre de la primera bienaventuranza. Durante los años 1970, conmociones inexplicables modificaron algo en la conciencia de muchos cristianos. Actualmente es como si algunos no se hubieran podido reponer completamente de estas conmociones. Muchos juicios intransigentes han sido dirigidos contra esa comunión que es la Iglesia. Ello ha dejado un rastro de temor, como si no hubiera que regocijarse por lo que Dios realiza a través de la fe de los demás o de la suya propia. Las espontaneidades de la fe han salido afectadas. Algunos han llegado al extremo de autodenigrarse, con una pérdida de estima de sí mismos. Ya no creen en el valor de lo que viven.

17 Mt 15, 12

18 DIOS SUFRE CON los inocentes que conocen la prueba incomprensible. Dios sufre con el pueblo de ARMENIA. Dios nunca es el autor de los cataclismos. Un día, el profeta Elías va al desierto para escuchar a Dios (I Re 19). Un huracán se desata, seguido de un temblor de tierra, luego un fuego violento. Pero Elías comprende que Dios no se encuentra en esos desenfrenos de la naturaleza. Quizás es una de las primeras veces en la historia que se ha escrito una intuición tan límpida: Dios no se impone por medio de la violencia, no se expresa a través de medios poderosos que atemorizan. Hoy como ayer, Dios no es el autor de la guerra, de los seísmos, de las desgracias, Dios no quiere el sufrimiento ni la desgracia humana.

19 «Alabado sea el Señor y soy liberado del adversario» (Sal 18). El espíritu de la alabanza se ofrece para ir hacia adelante. Cuando decimos a Cristo nuestro agradecimiento por lo que él realiza a través de nosotros y a través de los demás, el «adversario» se aleja. ¿Quién es ese adversario? Tiene algunos nombres: severidades, desesperación y ese pesimismo que da a menudo una apariencia de autoridad a quienes lo profesan.

20 En una civilización tecnificada donde la eficacia es tan perseguida (y que es a menudo un bien), muchos se sienten atrapados por los ritmos anónimos de programas y de horarios. Tienen sed de la realidad esencial, de signos de lo invisible. Si el edificio de una iglesia les parece a imagen de una construcción funcional, si además la oración común les parece monótona, a veces mecánica, algunos se aburren. Y ese aburrimiento es un sufrimiento espiritual. La oración común, la liturgia, está llamada a dejar presentir algo de las realidades del Reino de Dios. Ahí los cristianos rusos aportan un apoyo incomparable.

21 La confianza en la resurrección hace comprender que la comunión que une a todos los creyentes, la «comunión de los santos», no se interrumpe con la muerte. Con sencillez de corazón, podemos decir a quienes nos han precedido y que están cerca de Dios: reza por mí, reza conmigo. Sus oraciones contaron en nuestra vida. Al momento de su muerte, ¿cómo podríamos dejar de confiar en sus oraciones?

22 Si hay seres humanos agobiados, amenazados a veces, por el enorme peso de los miedos, ello viene de situaciones humanas, nunca de Dios.

23 San Agustín, Confesiones, X, XXVII.

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr

Fuentes de la Confianza

CARTA 1990

Fuentes de la confianza, traducida en treinta lenguas, ha sido escrita por el hermano Roger para ser meditada en Taizé durante las 40 Semanas de encuentros intercontinentales de jóvenes que del 4 de febrero al 11 de noviembre de 1990 reunirán semana tras semana participantes de 35 a 60 naciones a la vez.

La carta gana al ser leída y meditada con tiempo. Fue publicada con ocasión del encuentro de Polonia (Wroclaw, 28 de diciembre de 1989 - 2 de enero de 1990) que reunió a jóvenes de toda Europa, y de otros continentes). Inmediatamente después de concluido el encuentro europeo, el hermano Roger viajó a Rumania para orar en sus iglesias e intentar descubrir las posibilidades de acción en un futuro inmediato.

Si todo comenzara con la confianza en el corazón, quién se preguntaría: «¿Qué hago yo en la tierra?»

En el mundo entero son muchos los jóvenes, muchas las mujeres, los hombres y también los niños que portan en sí todo lo necesario para dinamizar las situaciones de inmovilismo.¹ Abandonando aquel tiempo de la desconfianza e incluso la sospecha, ellos disponen de lo esencial para crear la era de la confianza, para urgir una era de confianza y de reconciliaciones.

Encontrarán muros que derribar, pero sobre todo esa «fuente única»² donde tomar impulso una y otra vez.

Al intentar saciar tu sed en esa fuente te dirás a veces: la fe, esa confianza en Dios, es poco accesible para mí.

¿Cómo ayudarte a descubrir la pureza de esa fuente, ahí donde aparece el Evangelio con su frescor original?

Tal vez ya te hayas dado cuenta. En lo más profundo de la condición humana late la espera de una presencia, el silencioso deseo de una comunión. Créelo, ese simple deseo de Dios es ya el comienzo de la fe.³

Lo que más importa en un principio no son los grandes conocimientos. Ellos tienen su valor, pero será tu corazón el primero en comprender el Misterio de la Fe.⁴ Los conocimientos vendrán más tarde. Todo no es dado al mismo tiempo.

Si Cristo no hubiera venido a la tierra, Dios podría parecerte aún lejano e incluso inalcanzable ¿Recordarás por siempre esta fulgurante realidad del Evangelio?: «En esto consiste el amor: No somos nosotros quienes hemos amado a Dios, fue él el primero en amarnos.»⁵ Sí, Dios es amor, él ama a cada uno como a su único hijo, y Cristo, el Resucitado, viene a hacerlo accesible a nuestras vidas.⁶

Te parecerá increíble. Abandonándote a él, dejándote amar por él, no te preocupes si no consigues amarle inmediatamente.⁷

Y ya comprendes su palabra: «Sin mirar hacia atrás, ¡sígueme!»⁸

Jesús te asegura en el Evangelio que preocupándote no adelantas nada.⁹ Intenta más bien consentir tus limitaciones, tus fragilidades, en lugar de querer erradicarlas como se arranca la mala hierba de un jardín.¹⁰ Mirar hacia atrás es detenerte en lo que te duele de ti mismo y de los demás.¹¹

Jesús, el Cristo, no te invita a replegarte sobre ti sino a un sencillo arrepentimiento de corazón. ¿En qué consiste? En ese impulso de confianza que te permite depositar en él tus faltas.¹² Y hete aquí, aliviado, liberado incluso, para vivir el momento presente.

Tal vez digas: «No es posible». Sin embargo intuirás que, aún en los momentos de prueba, tu vida aparece entretejida con los hilos de su perdón. Recuérdalo siempre: Dios no se impone jamás por una voluntad amenazadora.

Cuando te veas asediado por el pesimismo que hace la guerra al alma ¿por qué prestarle atención? Construir tu fe sobre el tormento es levantar tu casa en tierra arenosa.

La voluntad de Dios es sólo el amor; así la buena noticia viene a grabarse en lo profundo del corazón humano.¹³

Cristo, el Resucitado está cerca de ti...y se eleva como una voz interior, voz que es oración. Tu boca puede callar, pero tu corazón silencioso escucha, de par en par abierto ante Dios.

Cuando tu oración se hace palabra, ésta puede ser pobre y torpe. Le dices tus alegrías y desilusiones, todo. En la oración a solas poco importa el lenguaje; éste no desconcierta ni molesta al oído de nadie.

Además, Cristo te interpela a través de los acontecimientos. Sugiere en ti preguntas, la intuición que en tu interior crece y te trabaja. Aunque no retuvieras más que una palabra, ésta puede abrirte un camino.

Y en ti esta oración:

«Salvador de toda vida, los días pasaban y yo no te daba una respuesta. Llegué incluso a preguntarme: ¿Tengo verdaderamente necesidad de Dios? Se levantaron muros de duda y vacilación que, a la deriva, me alejaban de ti.

Tú, Jesús el Cristo, misteriosa Presencia, tú has querido esperarme.¹⁴ En el fondo de mis contradicciones e incluso de mis rebeldías interiores, he percibido una vez más esa transparencia del Evangelio: tu amor no es una palabra vana, es tu continua presencia, tu confianza, tu perdón.

Comprendí que, por el Espíritu Santo, tú el Resucitado me habitabas sin haberme nunca abandonado. Me amaste antes de que yo te amara.¹⁵

De regreso a la fuente, heme aquí dispuesto a decirte y repetirte un sí para siempre, el sí de la Virgen María.¹⁶ Una luz despunta y en mi corazón rompe la aurora.¹⁷ Escucharé por siempre tu llamada: Sin demora, ¡sígueme!»

¡Si colocaras en la pared de tu habitación estas palabras del Evangelio, palabras que provienen directamente del corazón de Dios!: «Lo que hagáis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí, el Cristo, me lo hacéis»¹⁸

La presencia de un niño puede abrir tus ojos,¹⁹ dirigir tu atención hacia el sufrimiento de los inocentes, de los que conocen una ruptura afectiva, la insoportable soledad.²⁰

En una comunión en Cristo encontrarás la audacia de las solidaridades para que en la tierra, los más desprotegidos no sean olvidados.²¹

Compartir lo que tenemos nos lleva siempre a simplificar nuestra existencia.²² Es así cómo, incluso con muy poco, tu imaginación inventiva consigue crear belleza en ti y a tu alrededor. ¡Qué cante en ti la alegría, el don maravilloso de la creación, en él tus ojos discernen reflejos de eternidad!

Renunciando a mirar hacia atrás, y con el gozo de un infinito agradecimiento, no tengas nunca miedo de adelantarte a la aurora para alabar y cantar a Cristo, tu Señor.²³

Tal vez te preguntes: «¿Cómo avanzar hacia las fuentes de la confianza y de la reconciliación? ¿Dónde encontrar la brasa de un amor que reconcilia? ¿Dónde? ¿Consistirá en perdonar una y otra vez,²⁴ en intentar comprender desinteresadamente?

Si, decidido a poner fin a una ruptura, al ir al encuentro de quienes se opusieron a ti para decirles «Vengo a reconciliarme», recibieras como respuesta «No hay nada que hacer, ¡vete de aquí!» ¿Qué hacer? ¿Dejarás que tu corazón se vea ganado por el odio?

Tú conoces el Evangelio: Jesús, el Cristo, te invita a amar y orar por los que te hacen daño. El corazón encuentra la paz cuando, rechazados y humillados, confiamos a Dios, sin dejarlo para más tarde, aquellos que nos han herido.²⁵

¿Lo sabes bien? Seguimos a un Cristo que, cargado de sufrimientos, no amenazaba a nadie.²⁶ Él viene a curar por su compasión. Ese Cristo es comunión.²⁷ Él te hace entrar en ese misterio de comunión que es su Cuerpo, su Iglesia: en ella las fuentes de la reconciliación te serán accesibles.²⁸

Sin esa única comunión ¿Cómo se habría transmitido la luz del Resucitado a través de los tiempos, desde María y los apóstoles hasta nuestros días? Siempre hubo creyentes que prepararon los caminos de Cristo,²⁹ comunicando a los oídos la confianza de la fe. En nuestros días, ¿te encuentras tú entre los que, con perseverancia, continúan abriendo los caminos del Resucitado?

¡Feliz el que permanece abierto a la compasión! Por el Espíritu Santo, el Resucitado aviva en ti la espera del milagro de su presencia. ¿Forjarás en ti un corazón resuelto para ser fiel hasta el final?³⁰ O bien tu duda te hará exclamar: «¿Por qué me pides que prepare el camino del Evangelio para otros? ¿No ves acaso que me falta todo, como a un niño?»

¡Feliz el que permanece abierto a la compasión! A causa de Cristo y del Evangelio ¿te atreverás a un alarde de audacia? Dejando a un lado ese desasosiego que no viene de Dios y te repliega ¿volverás, con la confianza del corazón, a los que te rechazaron para una vez más decirles: «Vengo a reconciliarme»?

Si te rechazaran duramente, ¡qué descubrimiento! Sí, en tu corazón ya los habías acogido. Por sorprendente que parezca, al tomar el riesgo de la confianza, amanece en ti la paz del corazón, una serena alegría.

1 Hace algunos años, en 1979, invitado para hablar durante la peregrinación de los mineros de Silesia, en Piekary, Polonia, les dije: «Probablemente, ninguno de vosotros, trabajadores polacos, piensa tener influencia alguna en la evolución de la humanidad. Sin embargo no es así. No son los que aparentemente están situados en primera línea, los que determinan los cambios en el mundo. Fijaos en la Virgen María. Tampoco ella hubiera podido imaginar que su vida fuera esencial para el futuro de la humanidad. Al igual que la madre de Dios sois vosotros, los humildes de este mundo, quienes preparáis caminos de futuro para muchos. Vuestra espera en Dios, fiel espera, hace avanzar a muchos otros en toda la tierra.»

2 Esta «fuente única» es Cristo, el Resucitado. Sin él ¿no correríamos el riesgo de tener que abandonar a mitad de trayecto, de renunciar a proseguir el camino que habría de conducirnos al encuentro de la eternidad?

3 Son muchos los que piensan que su fe personal es minúscula. Cristo en su Evangelio nos invita a no desasosearnos por ello; las realidades de Dios no pueden ser medidas y de la semilla de mostaza germina un árbol colosal. (Lc 17, 5 y Mt 13, 31-32)

4 La palabra corazón hace aquí referencia a lo profundo del ser humano, aquello que ocupa el núcleo mismo de su persona.

5 1 Jn 4, 10,19.

6 Juan Pablo II escribía en su primera encíclica que, en cierta manera, Cristo está unido a todo ser humano, sin excepción.

7 El que se deja amar por Dios descubre que poco a poco él es capaz de amar también. «Un hombre preguntó a Jesús cual era el más importante de los mandamientos. Jesús respondió: El primero es que ames al Señor Dios con todo tu corazón, toda tu alma, todo tu espíritu y toda tu fuerza. El segundo es que ames a tu prójimo como a ti mismo. No hay mandamiento más grande que éstos.» (Mc 12, 28-31)

8 En el Evangelio, las llamadas de Jesús a seguirle sin dejarlo para más tarde son unívocas. A Pedro le dice: «¡Tú, sígueme!» (Jn 21, 22). A Zaqueo: «¡Baja de prisa, pues hoy quiero quedarme en tu casa.» (Lc 19, 5). «Jesús dice a Pedro y Andrés: Seguidme, y ellos dejaron sus redes al Instante para seguirle» (Mc 1, 17-18). «Alguien dijo a Jesús: Yo te seguiré Señor, pero antes déjame despedirme de los míos. Jesús le respondió: Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.» (Lc 9, 61-62)

9 «¿Quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un codo a la medida de su vida? Si, pues, no sois capaces de lo más pequeño, ¿por qué preocuparos de lo demás?» (Lc 12, 25-26)

10 Mt 13.24-30

11 Contemplar la luz de Cristo permite consentir incluso lo que no nos gusta de nosotros mismos, aceptarlo, pero sin pararse en ello. Así puede llegar el día en el que aquello que nos hacía mal de nuestra persona deja de tener importancia. No querer ver lo que no nos gusta en nosotros es una batalla perdida desde el comienzo. Gemir ante una visión dolorista de sí mismo no es una salida. Al pararse en las sombras de nosotros mismos, el alma se vuelve cautiva, avanza abatida, sin la bella esperanza.

12 Cuando se recibe con un espíritu arrepentido, el sacramento de la reconciliación aporta la certeza personal del perdón de Dios.

13 Varios siglos antes de la venida de Cristo, el profeta Jeremías es consciente de que el ser humano no puede cumplir la voluntad de Dios mientras ésta sea únicamente una ley exterior, inscrita en tablas de piedra; por ello anuncia la promesa de Dios: «pondré mi ley en su interior y en sus corazones la grabaré.» (Jer 31, 33) Y Ezequiel añade: «Infundiré mi espíritu en vosotros.» (Ez 36, 27) Desde la venida de Cristo los creyentes son en sí como «una carta de Cristo escrita no con tinta sino con el Espíritu del Dios vivo, no en tablas de piedra sino vivas, en el corazón del hombre» (2 Cor 3, 3)

14 «Cristo se aparecerá a cada uno como si lo mirara en particular, dirigiéndole la palabra, acogiéndolo. Nadie estará triste al pensar que Cristo no le ha reconocido o le ha despreciado.» (San Simeón; siglos X-XI)

15 El Antiguo Testamento permite ya comprender el amor de Dios por cada ser humano: «Eres precioso a mis ojos, yo te amo» (Is 43, 4). En el Nuevo Testamento, este anuncio aparece con todo su fulgor. El apóstol Juan lo expresa con claridad. Para él, el amor es la definición misma de Dios; lo dice en tres palabras: «Dios es amor». A continuación explica qué es este amor: «En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó... en cuanto a nosotros, amemos, puesto que él nos amó en primero» (1 Jn 4, 10-19). Si Cristo no hubiera caminado en la tierra, si los apóstoles no hubiesen escrito lo que vieron y oyeron de Cristo, o si los textos por ellos escritos no hubieran llegado a nosotros ¿Cómo encontraríamos el camino?

16 Lc 1, 38

17 Esta aurora es la de la luz de Cristo. «Hacéis bien en contemplarla, escribe Pedro el apóstol, como a una lámpara que luce en lugar oscuro, hasta que despunte el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana.» (2 Pe 1,19)

18 Mt 25, 40

19 La presencia de los niños es muy esencial. (Lc 9, 46-48) ¿Quién dirá suficientemente todo lo que ciertos niños pueden transmitir, por medio de sus dones, que ellos mismos aún no se han descubierto, pero que han sido ya depositados en ellos por el Espíritu Santo? Hay niños que hacen vislumbrar a Dios por la confianza de que dan prueba, por una palabra inesperada.

20 El sufrimiento de los inocentes no viene de Dios. Un día el profeta Elías se siente llamado al monte Sinaí para escuchar a Dios. Se desencadenó un huracán, a continuación un temblor de tierra, más tarde un fuego violento. Pero Elías sabe que Dios no está en esas catástrofes naturales (1 R 19). Más tarde, la calma regresa y Elías escucha la voz de Dios como en un murmullo. Una realidad le cautiva entonces: a menudo, la voz de Dios se hace accesible a nuestras profundidades a través de un soplo de silencio. Tal vez fue una de las primeras veces en la historia en que una intuición tan diáfana ha sido puesta por escrito: Dios no se impone por la violencia, no se manifiesta por medios prepotentes que provocan miedo. Hoy como ayer, Dios no es el autor de la guerra, de las catástrofes naturales o de las desgracias. Más aún, por su Espíritu Santo, Cristo Resucitado acompaña a quienes atraviesan la prueba, habita el sufrimiento humano por su presencia de compasión.

21 A propósito de la solidaridad con los hombres. En dos ocasiones y acompañado por niños de los cinco continentes, habiendo sido recibido por el secretario general de la Naciones Unidas Javier Pérez de Cuellar, nos ha sido posible expresarle algunas de las esperanzas fundamentales para hoy.

22 Son muchos los creyentes que, incluso disponiendo de medios escasos manifiestan su solidaridad tanto con los que viven lejos como a su alrededor. El deseo de vivir la solidaridad con los seres humanos para hacer de la tierra un lugar habitable, es un signo de autenticidad. Y la autenticidad es en nuestros días una de las aspiraciones más fuertes de muchos jóvenes. Que nadie se agobie, hay muchas maneras de compartir lo que mejor tenemos. ¿Por qué una persona anciana, un enfermo, una madre de familia cargada de trabajo habría de preocuparse y decirse: «¡No hago nada por hacer de la tierra un lugar habitable!»? Que no olviden que su oración, que viene de Dios, no regresará jamás a él sin haber tenido una repercusión en la tierra.

23 Entre los que se adelantan a la aurora se encuentran los creyentes que nos han precedido y oran con nosotros, desde María y los apóstoles, hasta nuestros días.

24 «Pedro preguntó a Jesús: Señor, ¿Cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces? Jesús le respondió: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.» (Mt 18, 21-22)

25 El Evangelio nos invita a esta actitud interior cuando nos sentimos rechazados o humillados: «Amad a vuestros enemigos, orad por los que os persiguen.» (Mt 5, 44). Pero, por supuesto que cuando se trata de otro, cuando otro es maltratado o despreciado, querríamos hacer lo imposible para acudir en su ayuda.

26 1 P 2, 22-25

27 No podremos comprender como Cristo pudiera haber venido a la tierra para crear una religión. Cristo es comunión y así él hace accesible esta comunión única en su Cuerpo que es la Iglesia, a su vez fermento de amor en la familia humana.

28 ¿Por qué aspiramos tan intensamente a la reconciliación en ese misterio de comunión que es la Iglesia? Si la Iglesia no fuera más que una sociedad humana, sus divisiones tendrían una importancia menor. Pero ella es el Cristo en su comunión, hecho presente en la tierra. Lo que nos cautiva es que los cristianos hagan creíble su amor por Cristo. Lo que nos cautiva es que los cristianos, reconciliados por amor, sean en todo lugar fermento de paz y confianza. Si no amamos más que a los que nos aman, no hacemos nada de extraordinario (Mt 5, 46), la fe no es necesaria para ello, los que no creen son capaces de hacer otro tanto.

29 Mt 3, 3.

30 «Conozco tus dificultades y tu fragilidad, y sin embargo estás colmado, permanece fiel hasta la muerte» (Ap 2, 9-10) «Si aspiras a servir al Señor, prepárate a la prueba. Forja en ti un corazón resuelto, cárgate de valor, a la hora de la adversidad no tengas miedo.» (Si 2, 2) Construirse interiormente en Cristo Resucitado supone regresar día tras día, a lo largo de la vida, a algunas realidades esenciales de Evangelio. Estas oraciones podrían contribuir a crear una unidad interior:

Por la mañana

Cristo Jesús, Luz interior, haz que acoja tu amor, que conozca la alegría. Te amo, no como quisiera, pero te amo.

Al mediodía

Bendícenos, Señor Cristo, a nosotros y a quienes tú nos confías... Manténnos en el espíritu de las Bienaventuranzas: la alegría, la sencillez, la misericordia.

Por la noche

Espíritu Santo, Espíritu de Cristo Resucitado, tú nos llenas de tu continua presencia; ven a calmar nuestra sed de confianza, de paz, de perdón, de tal manera que las fuentes de alegría nunca se agoten.

O aún esta oración por la noche:

Dios de Eternidad, Salvador de toda vida, siguiendo a los testigos de todos los tiempos, desde María y los apóstoles, haz que yo me disponga interiormente a poner mi confianza en el Misterio de la Fe.

Carta de Praga

CARTA 1991

La CARTA DE PRAGA¹ ha sido escrita por el hermano Roger y traducida en 30 lenguas para que cada uno descubra cómo concretarla en su vida personal. Será meditada durante las 41 semanas de encuentros intercontinentales de jóvenes en Taizé que tendrán lugar del 3 de febrero al 17 de noviembre de 1991. Estos encuentros reunirán semana tras semana a jóvenes de un número de nacionalidades que oscilará entre 30 y 70. Los que lo deseen son acogidos también entre mediados de noviembre y finales de enero.

Este texto ha sido publicado con motivo del encuentro europeo que del 28 de diciembre de 1990 al 2 de enero de 1991 reúne en PRAGA a 80.000 jóvenes de toda Europa y otros continentes.

Tu mirada se asombra al descubrir incluso en tierras lejanas, tantos jóvenes entregados al desánimo. Sus vidas parecen bloqueadas por la pérdida de la hermosa esperanza humana.

Sin embargo tu mirada vislumbra también esa multitud de jóvenes atentos a descubrir el sentido de sus vidas; jóvenes que se atreven a decirse a sí mismos: «¡Animo! ¡Inténtalo de nuevo! ¡Abandona el desánimo! ¡Que tu alma viva!»

¿Dónde encontrar ese impulso? — Ese impulso toma su fuerza cuando en la fe, en un sobresalto de confianza, se vive con intensidad el momento presente, el hoy de Dios.

Ese impulso no se adquiere de una vez para siempre. En toda edad, de la infancia a la vejez, la audacia está en retomar mil veces el camino, para atravesar las horas de duda en las que la fe parece desdibujarse. Hace 2600 años, un creyente de los primeros tiempos lo había comprendido ya así: «Los designios de Dios para vosotros son designios de paz y no de desgracia. El quiere ofreceros un porvenir y una esperanza.»²

Vivir intensamente el momento presente supone dejarse ganar por Cristo. Su palabra es nítida: «Hoy quisiera alojarme en tu casa.»³ Hoy. No mañana.

¿Quién es ese Cristo origen de un tal aliento?

No sabiendo Dios cómo hacerse comprender por los hombres, vino él mismo a la tierra como un pobre, un humilde. Vino por medio de Cristo Jesús. Dios nos sería lejano si Cristo no fuera su transparencia.⁴

Desde el principio Cristo estaba en Dios. Desde el nacimiento de la humanidad él fue Palabra viva.⁵ Vino a la tierra para hacer accesible la confianza de la fe.⁶ Resucitado, hace de nosotros su morada, nos habita... y descubrimos que el amor de Cristo se manifiesta ante todo por su perdón y su continua presencia.

¿Quién es ese Cristo, Amor de todo amor, de quien Juan, el apóstol, escribe: «Está entre vosotros «Ese» al que no conocéis?»⁷

Él es aquél que, resucitado, se alegra con nosotros, hoy, mañana, siempre.⁸ En él las fuentes de la alegría no se agotan nunca.

Él es aquél que carga con nosotros las grandes penas de la existencia, las rupturas de la comunión...⁹ En su vida en la tierra, Jesús, plenamente humano, deja que las pruebas de los otros le alcancen en lo más profundo de sí mismo. Lloró la muerte de su amigo.¹⁰

Más accesible para unos, más escondido para otros, es como si le oyéramos decir: «¿No sabes que estoy muy cerca de ti y que por el Espíritu Santo vivo en ti? No te abandonaré nunca. ¡Nunca!»

Por poco que percibamos del Espíritu Santo, él es vida para nosotros. Por poco que entendamos el Evangelio, él es luz entre nosotros. Por poco que comprendamos la Eucaristía, ella es presencia viva en nosotros.¹¹

...Y mientras permanecías lejos de Cristo Jesús, él te esperaba ya con estas palabras de Evangelio: «En ti he puesto mi alegría.»¹²

Su sorprendente presencia es luz interior. Aunque parezca un pálido fulgor, resplandece en tu interior, incluso cuando te invade la impresión de no ser ya capaz de orar. ¿Llegarás a preguntar a Cristo: «¿Qué esperas de mí?»¹³»

La oración es a veces muy concreta. El lenguaje humano apenas consigue expresar lo profundo de nuestro ser, pero en una oración de silencio interior nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestro espíritu encuentran reposo en Cristo... Y brotan las fuentes: el amor de su perdón, una bondad irremplazable y esa armonía interior que el Espíritu Santo crea en nosotros.

La humilde oración viene a curar la herida secreta del alma y aparece un aliento que no cesará nunca...

Nuestra oración no requiere de esfuerzos sobrehumanos. Como un leve suspiro, como la oración de un niño, nos mantiene alerta. ¿No ha revelado Dios a los pequeños, a los pobres de Cristo, lo que los poderosos de este mundo no son capaces de comprender?¹⁴

¿Quién dirá bastante todo lo que un niño puede transmitir por su sencillez, por su confianza, por una palabra o una pregunta tan inesperadas que despiertan a la comunión en Dios?

A toda edad, en un ser plenamente responsable, construido por las luchas interiores, un espíritu de infancia, «espíritu de las bienaventuranzas»,¹⁵ insufla una fresca brisa de alegría y asombro.

Una mirada contemplativa nos arranca del entumecimiento de las rutinas y percibe tesoros de evangelio en los acontecimientos más sencillos. Descubre en el universo la radiante belleza de la creación.

A imagen de Dios,¹⁶ los hombres son también creadores. La mirada contemplativa sabe admirar lo que el ser humano crea con sus propias manos, desde su infancia hasta la muerte. Hay artistas cuyas manos creadoras son capaces de hacernos vislumbrar rostros de Evangelio, hasta el punto de que por una simple mirada se intuye el misterio de Dios.

En la belleza de una oración común se desvela algo de lo inefable de la fe y de la indecible puerta a la adoración. La mirada mística descubre un reflejo de la alegría del cielo en la tierra e intuye cómo franquear las rupturas de la comunión para ponerse en camino hacia las reconciliaciones.¹⁷

Jesús, el Cristo, quisiéramos no elegir nunca la oscuridad. Tu luz es evangelio. Tu presencia es compasión.

«Jesús, Luz de mi corazón, no permitas que mis tinieblas me hablen.»¹⁸

Cuando tus propias tinieblas te interpelan, su luz permanece siempre. Ella penetra hasta lo más opaco en ti.¹⁹

Pueden existir pruebas en la existencia cuyo porqué desconoces. Ellas podrían minarte; el desánimo se convierte entonces en uno de tus peores enemigos. Pero un camino se eleva ante ti: crecer en Dios hacia un amor más grande. Amar cuando los que te son más cercanos, íntimos, se alejan de ti y se sitúan como en «otra parte».

¡Detente!, abre el Evangelio y descubrirás la apacible certeza: «Inquietándose nadie puede añadir ni un solo día a su existencia... Mi paz te doy... Que tu corazón deje de angustiarse y de temer.»²⁰

Los miedos y ansiedades obedecen a nuestra condición humana, inmersa en sociedades heridas, continuamente vapuleadas. Es en su seno dónde todo ser humano, todo creyente, camina, crea, sufre y puede llegar a conocer pulsiones internas de rebeldía, y a veces de odio y dominación de conciencias.

La paz de corazón es una realidad interior generadora de vida en toda situación, mientras que la ansiedad y el miedo pueden llegar incluso a mermar la confianza de la fe.

La paz de corazón no supone jamás olvido de los otros. No descuida la llamada a las solidaridades humanas que proviene directamente del Evangelio.²¹

¿Quién abrirá los ojos en los dos hemisferios a la angustia de los inocentes²²: esos niños marcados por traumas afectivos, por abandonos humanos, esa multitud de personas ancianas que conocen el insostenible aislamiento?²³ ¿Quién aliviará el sufrimiento allí dónde haya una morada miserable?

Hacer de la tierra un lugar acogedor y más habitable supone en particular utilizar las enormes posibilidades de la ciencia y la técnica. Ellas consiguen aliviar los sufrimientos, suprimir el hambre y permitir que viva sobre la tierra esa familia humana que crece en proporciones no conocidas antes.²⁴

Sin embargo, por indispensables que sean, los grandes medios por sí solos no son suficientes. Si una buena mañana nos despertáramos en sociedades funcionales, tecnológicamente muy avanzadas, pero en las que se hubieran apagado la confianza de la fe, la inteligencia del corazón, la sed de reconciliación, ¿cuál sería el futuro de la familia humana?

En todos los continentes son muchos los jóvenes, las mujeres, los hombres e incluso los niños que disponen de todo lo necesario para curar situaciones heridas.²⁵ Los pobres de la tierra, carentes de medios, han abierto caminos con mucha frecuencia.

Los hay que se han levantado, y con solo sus manos han derribado murallas de miedos y humillaciones. Saben que no hay un pueblo más culpable que otro, y ahora intentan arrancarse a la desconfianza de su pasado, próximo o lejano. Es esencial no humillar nunca a los hombres de una nación de la que algunos dirigentes hubieran cometido en la historia actos de terror.

Son multitudes los que han dado lo mejor de sí para ser fermento de confianza entre las personas, entre los pueblos. Se han levantado entre los hombres como signos de lo inesperado. Se han construido interiormente en las horas de la prueba incomprensible. Han perseverado contra toda esperanza. Una multitud de ellos, por sus vidas, se han aproximado a la santidad de Cristo.

¿Llegarás tú también a un tal don de ti mismo? ¿Escucharás la llamada que Cristo Jesús dirige a cada ser humano: «¡Ven, sígueme!»?

No ignoras que grandes regiones del mundo son hoy tierras desérticas para la fe. ¿Eres tú de los que abren los caminos de la Comunión, caminos de pacificación y de reconciliaciones? Ten confianza. Cada uno ha recibido los dones para ello... y los dones del Espíritu Santo no se agotan nunca.²⁶ ¿Existe luz más diáfana que la de una vida ofrecida por la reconciliación?

¿Quien querría ultrajar la llamada de Cristo Jesús: «Sin dejarlo para más tarde, ve a reconciliarte»?²⁷

Para el Evangelio la reconciliación no es nunca diletante sino inmediata. No puede perder el tiempo intentando juzgar por la intención. La reconciliación cuida el no dramatizar nunca las situaciones. No se entrega a descubrir quién tuvo razón y quién se equivocó, nada paralizaría tanto las capacidades creadoras.²⁸

¿Construirás caminos de confianza y reconciliación en la familia humana, y con más razón aún en esa comunión única que es el Cuerpo de Cristo, su Iglesia? Cristo no ha venido a crear una religión más, sino a ofrecer una plenitud de comunión en él, el Resucitado. En el corazón de Cristo, esta comunión es vasta como grande es el universo²⁹. Ella inspira en nosotros un asombro: el amor de su presencia, el amor de su perdón.

*Tú, Cristo Jesús, Luz interior, no has venido a juzgar al mundo sino para que, por ti, toda criatura humana sea salvada, perdonada.*³⁰

Aunque tuviéramos el don de hablar en nombre de Dios, aún si tuviéramos una fe que transportara montañas, si nos falta el amor, de nada nos sirve.³¹

...Y cuando el amor que reconcilia se vuelve llama en tu interior, incluso el corazón que vive la prueba³², puede recomenzar a vivir. Convirtiéndote en creador de reconciliación y confianza, ¿eres consciente de que puedes abrir incalculables perspectivas para el futuro de la comunidad humana?

1 Desde 1962 la comunidad de Taizé se ha hecho presente en Europa del Este mediante un gran número de visitas realizadas en la más absoluta discreción. ¿Cómo hubiera sido posible vivir tranquilamente al Oeste sin ir a visitar con frecuencia a los que casi no podían moverse? Ahora los jóvenes de Europa del Este pueden participar en gran número en los encuentros de Taizé. El encuentro de Praga es el tercer encuentro europeo que tiene lugar en el Este de Europa, tras los de Hungría (Pécs, del 28 de abril al 1 de mayo de 1989) y Polonia (Wroclaw, del 28 de diciembre de 1989 al 2 de enero de 1990).

La Carta de Praga será retomada en el transcurso del encuentro de jóvenes que tendrá lugar en Filipinas del 22 al 25 de febrero de 1991. Antes y durante ese encuentro, el hno. Roger vivirá con algunos de sus hermanos en un suburbio de Manila, para compartir las condiciones de vida de los más pobres.

2 Profeta Jeremías (29, 11, ver también 31, 17)

3 Jesús dirige estas palabras a Zaqueo (Lucas 19, 5). En el Evangelio Jesús añade: «No os preocupéis por el mañana. El mañana cuidará de sí. A cada día baste su afán» (Mateo 6, 34)

4 Juan 1, 18

5 Juan 1, 1-4

6 Muchos creyentes son como este hombre del Evangelio que interpela a Jesús diciéndole: «Yo creo Señor. Ven en ayuda de mi falta de fe.» (Marcos 9, 24). Para creer no nos apoyamos únicamente en nuestra fe sino en la de toda la Iglesia. Podemos así hacer nuestra esta oración: «Cristo Jesús, en pos de los testigos de todos los tiempos, desde María y los apóstoles, ayúdame a disponerme interiormente a confiar en el Misterio de la Fe». Son muchos los que únicamente pueden entrar en la fe avanzando por etapas. A medida que la sed de Dios aumenta, aumenta también el deseo de conocer al Cristo.

7 Juan 1, 26

8 Si Cristo no hubiera resucitado nos referiríamos únicamente a su vida en la tierra o a algunas de sus palabras. Pero ha resucitado, y está presente hoy, ayer y siempre. Por su misteriosa presencia está unido a todo ser humano sin excepción. Decir que Cristo está unido a todo ser humano no significa evidentemente que todo hombre esté unido a él en una vida de comunión. Cristo espera una respuesta personal.

9 Dios no se impone nunca, nos da la libertad de amar y de no amar, de perdonar y de rechazar el perdón.... mas Dios no asiste pasivamente al sufrimiento de los seres humanos sufre con el inocente, víctima de la incomprensible prueba, sufre con cada ser humano. Hay un dolor de Dios, un sufrimiento de Cristo.

10 Jesús llora al conocer la muerte de Lázaro y ver el dolor de sus hermanas Marta y María. (Juan 11, 32-36)

11 Puede ocurrir que algunos se encuentren por razones diversas en una situación que no les permite recibir la Eucaristía. Desde hace muchos siglos las Iglesias de Oriente primero, y las de Occidente más tarde, han adoptado el admirable gesto de maternidad de la Iglesia que es la distribución del pan bendito. El que sea menos conocido en algunas regiones no le hace perder su valor. Mejor que turbarse sobre la imposibilidad de comulgar, ¿por qué no ofrecer el pan bendito? De esta manera todos los presentes en la celebración eucarística pueden acogerse a ese signo del pan bendito compartido, expresión de la maternidad de la Iglesia, sin que nadie se vea excluido.

12 Desde los primeros tiempos de la Iglesia estas palabras que Cristo escucha durante su propio bautismo (Marcos 1, 11), son dirigidas a todo bautizado. Esta realidad cautivaba de tal manera a San Serafín de Sarov, que él acogía a todos los peregrinos con estas palabras: «¡Mi alegría!, ¡Cristo ha resucitado!»

13 Cristo Jesús dirige estas mismas palabras «¡Ven, sígueme!» a todos y a cada uno. ¿Quién diría a Cristo: «Te seguiré más tarde, por el momento tengo otras cosas de que ocuparme.»? ¿Por qué rechazar una respuesta afirmativa en el inmediato? Jesús dice a Pedro y Andrés: «¡Venid y seguidme!»... y dejando las redes le siguieron (Marcos 1, 17-18).

14 Mateo 11, 25

15 Mateo 5, 1-12

16 Génesis 1, 26-27

17 Es esencial que la oración en las iglesias, lejos de conocer expresiones que rezumen tedio y aburrimiento, deje presentir la adorable presencia del Resucitado. La vida espiritual de una parroquia puede verse continuamente renovada cuando todos participan en el misterio, en modo particular por medio del canto. Cuando se canta en las lenguas de todos los presentes, el corazón se universaliza. Es fundamental que los jóvenes se unan, al menos una vez por semana, a la celebración común con todas las generaciones... con su presencia renuevan la esperanza de los mayores. Los iconos pueden ayudar también a hacer más bella la oración. Son como ventanas que se abrieran a las realidades del Reino de Dios para hacerlas presentes en nuestra oración en la tierra. Son una llamada a nuestra propia transfiguración.

18 San Agustín. Confesiones.

19 ¡Qué vértigo cuando nuestras propias tinieblas nos invitan a entablar un diálogo con ellas! El diálogo entonces no se establece con el Resucitado sino con todo aquello que nos duele de nosotros y de los demás.

20 Lucas 12.25-26; Juan 14.27

21 Cristo dice en el Evangelio: «Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis.» (Mateo 25, 40)

22 «Las alegrías y esperanzas, las angustias y tristezas de los hombres de nuestros tiempos, las de los pobres en particular y las de todos los que sufren, son también las alegrías y esperanzas, angustias y tristezas de los discípulos de Cristo, y no existe nada de auténticamente humano "que no encuentre eco en sus corazones (...)" El inmenso esfuerzo con que los hombres de todos los tiempos se empeñan en mejorar sus condiciones de vida corresponden al proyecto de Dios (...) La Iglesia es como el fermento y, por decirlo de alguna manera, el alma de la sociedad humana, una sociedad llamada a renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios.» (Gaudium et Spes)

23 He aquí dos sugerencias a este respecto:

Hay niños que al ver cómo sus familias se enfrentan o se separan, incluso si éstas se encargan de que no les falte nada en el aspecto material, sufren como un desgarramiento en su corazón que les marcará de por vida. Si algunos jóvenes pudieran dedicar cada semana parte de su tiempo a algunos de esos niños... podrían escucharles, compartir con ellos, llevarles a una oración común... Hay tantas personas ancianas que viven en un total aislamiento. Con frecuencia piensan no haber sido nada en la vida, no haber servido para nada... y sin embargo, ¡cuántas de ellas son capaces de escuchar en la gratuidad y de comprender las aspiraciones de los más jóvenes! Se las encuentra con frecuencia en las iglesias. ¿Por qué no ir a su encuentro?

24 Los grandes descubrimientos científicos tienen siempre dos caras, pueden construir y destruir, todo depende del uso que de ellos se haga.

25 Ante las heridas abiertas en toda situación, una de las condiciones para la paz será siempre la mejor distribución de los bienes de la tierra; sin embargo compartir lo material no lo es todo, la solidaridad supone un compartir de culturas. Por lo que se refiere a Europa, urge construir la «familia europea». Todas las naciones del continente tienen necesidad de vivir en complementariedad con las otras; y lejos de replegarse sobre sí, Europa descubrirá cada vez más una parte de su propia identidad en las solidaridades con las naciones de otros continentes. Lo mismo ocurre con el

resto de las regiones del mundo. Ellas también necesitan unas de otras. Cuando cada una de ellas se encierra en sí misma, cuando no vive en complementariedad con el resto de los pueblos de la tierra, pierde algunos de sus equilibrios fundamentales.

26 En todo bautizado el Espíritu Santo ha depositado una parte más o menos grande de don «pastoral». Este nos hace permanecer atentos al otro para preparar en él los caminos del Señor Cristo. Es posible comunicar la vida de Cristo de muchas maneras: rezando por los otros, acogiéndolos, visitándoles...

Las «horas joánicas» pueden sostener la búsqueda de Dios entre varios, y ello en la vida cotidiana. Se trata de reservar un momento de silencio y soledad para leer el texto bíblico propuesto para luego reunirse y compartir brevemente lo que cada uno ha descubierto.

27 Ver Mateo 5, 23-24

28 ¿A qué se debe que un número tan grande de cristianos, sin dejar de referirse a Cristo, permanezcan no obstante separados y lleguen incluso a desgarrar esa comunión única que es la Iglesia? Hoy en día, el interés por la vocación ecuménica no es tan vivo como lo era hace 30 años. Cuando la vocación ecuménica deja para más tarde la reconciliación, entretiene esperanzas ilusorias, inmovilizándose en caminos paralelos entre confesiones. La reconciliación nace del interior, del corazón de cada uno. Desde hace medio siglo son muchos los que han vuelto su atención a la llamada de Cristo a reconciliarse «sin dejarlo para más tarde» (Mateo 5, 23-24). Se trata a menudo de jóvenes, inocentes (al igual que sus mayores por otro lado) de las separaciones engendradas por la historia. Juan XXIII intuyó con gran fuerza el sentido de la reconciliación cuando en enero de 1959 decía: «No haremos un proceso histórico, no buscaremos quién tuvo razón y quién se equivocó, diremos sencillamente: ¡reconciliémonos!»

La vocación ecuménica de los bautizados es en primer lugar la de ser fermentos de una reconciliación vivida día tras día, sin ser dejada para más tarde, allí donde cada uno se encuentra.

29 Ver I Corintios 8, 6 y Efesios 1, 10

30 Juan 3, 17

31 «Aunque tuviera el don de hablar en el nombre de Dios, toda la sabiduría, una fe tan grande que transportara montañas, si me falta el amor, de nada me sirven... La fe, la esperanza y el amor permanecen, y de las tres la más grande es el amor.» (1 Corintios 13, 1 - 2, 13)

32 La vida interior puede crecer incluso en el corazón que vive una prueba. El Espíritu Santo tiene esa fuerza de reunir todas las energías ocultas en el interior, y ello es cierto para todo ser humano; incluso el más débil posee esas energías escondidas. Se retoma entonces el impulso y se elaboran en lo hondo, resoluciones para ser, cada uno donde vive, creador de confianza y de reconciliación... para concretar la reconciliación entre personas, entre cristianos, entre gentes de orígenes diferentes, sin dejarlo para más tarde... para disponerse a ofrecer la propia vida para hacer la tierra más habitable y comunicar en nuestro entorno la hermosa esperanza humana... para preguntar a Cristo Jesús: «¿Qué esperas de mí?», y escuchar la palabra que él dirige a cada uno: «¡Ven, sígueme!»...

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr

Un amor, fuente de libertad

CARTA 1992

Traducida en 35 lenguas, esta CARTA DE FILIPINAS fue escrita por el hermano Roger para el encuentro europeo de jóvenes que reúne durante seis días en Budapest, del 30 de diciembre de 1991 al 4 de enero de 1992, a 75000 jóvenes de todos los países de Europa oriental y occidental. Este encuentro europeo es una etapa de la «peregrinación de confianza a través de la tierra» animada por Taizé.

¿Por qué CARTA DE FILIPINAS? El hermano Roger estuvo en Filipinas en febrero de 1991, invitado para animar, junto con varios de sus hermanos un encuentro que reunió a jóvenes de todas las regiones del país. A lo largo del año 1991, tuvieron lugar encuentros de jóvenes del norte al sur del país, de Bagulo a Mindanao.

La CARTA DE FILIPINAS será meditada durante los ENCUENTROS INTERCONTINENTALES DE JÓVENES en Taizé cada semana del año 1992.

Si supieras que Dios siempre viene a ti...

El don puesto por Cristo en tu alma es tan único, que resulta imposible huir.¹

¿Huir de qué? Huir de su amor, fuente inagotable de libertad.

Cuando rompan a tu alrededor las olas de desilusión, ¿dejarás surgir en ti esta llamada: «Haz que acoja tu amor»?

Recibir su amor ofrecido siempre... Ahí se encuentra un soplo ardiente del Evangelio.

Tanto en los confines de la tierra como muy cerca de ti, hay quienes no dejan que se apague esa llama interior.

Y así es como ellos son conducidos al extremo de la libertad. Por amor hacia lo que se les ha confiado, se preparan para asumir responsabilidades.

Serán quienes alivien la pena de los inocentes, quienes reduzcan el sufrimiento de los más despojados. Se atreverán a compartir, incluso con muy pocos medios. Tomarán riesgos para sostener las libertades humanas.

Incluso en la noche de los pueblos, hay quienes reavivan la llama vacilante.²

En la humilde oración sacan la libertad para afrontar las duras sacudidas con el alma henchida de esperanza.³

Su vida nos habla y nos interpela también: ¿pero de dónde les viene una libertad así?

Para avanzar con ellos por este camino, ¿te parece demasiado frágil tu confianza en el Resucitado?

A veces piensas haberle dejado, pero él está presente en ti, y nunca te abandona. Ahí está lo inesperado del Evangelio.

¿No somos todos pobres de Cristo, frágiles a los ojos humanos? Y, sin embargo, Dios nos elige para confiarnos un misterio de esperanza.⁴

Numerosos jóvenes, vencidos por la duda, no llegan a dar su confianza a Cristo, al haber sido abandonados por aquellos a quienes Dios les había confiado desde su nacimiento.

En su infancia, se abrió un vacío en ellos y no pueden llenarlo. Parece como si quisieran correr y correr para volver a encontrar una posibilidad de vida, una madre, un padre.

Cuando su corazón se muere, cuando sus profundidades gritan de soledad y surge de sus entrañas la última pregunta, «¿pero dónde está Dios?». ¿Quién sabrá entonces decirles que para Dios, «cada ser humano es sagrado, consagrado, a través de la inocencia herida de su infancia»?

Acuérdate: Si aparecieran en ti como fisuras de incredulidad, no por eso eres infiel.⁵

No te mires más como tierra reseca... Que caiga su rocío, lágrimas de la mañana, y que en el desierto de tu alma se aplaque la sed de un amor.⁶

Tú que aspiras a seguir a Cristo hasta el último suspiro; recuérdalo: cuando Dios hizo al ser humano a su imagen, tomó el riesgo de crearle libre, y jamás sometido como un autómatas.

La libertad lleva un nombre con una pesada carga de historia.

No sirve para nada no querer verlo: ¡Cuántos sentidos contradictorios se le han dado a la libertad! ¡Cuántos abusos de confianza se han cometido en su nombre!

¿Qué clase de libertad sería aquella que, para servir a nuestros egocentrismos viniera a mermar la libertad de los demás?⁷

Lo que importa es la fuente de donde se toma la libertad.⁸

Esa libertad no se adquiere de una vez por todas.⁹ Se reanima mediante una vigilancia para ir a la fuente del Resucitado y vivir de su amor.

Uno de los primeros testigos del Evangelio, escribe estas sorprendentes palabras: «Aun cuando tuviera toda la ciencia y la plenitud de la fe, si no tengo amor, no soy nada. Si repartiera todos mis bienes a los hambrientos, si entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve.»¹⁰

Acoger su amor...¹¹ y te ves libre para asumir responsabilidades,¹² libre para llegar a dar tu vida.

Por el Evangelio, conoces a ese joven que, buscando en Dios la voluntad de su amor, se interrogaba con Cristo. Un día Jesús le respondió: «Una sola cosa te falta, vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres, luego ven y sígueme.» Y ese joven se fue muy triste.¹³

¿Por qué se alejó? Porque tenía muchos bienes. Quería al mismo tiempo seguir a Cristo y guardar sus riquezas. No tuvo la libertad de dar, por amor, hasta sus propios bienes.

Hay en la naturaleza humana un deseo de poseer todo. Pero quien quiere todo a la vez raya en el vértigo de lo imposible; y nada que sea amplio, nada que sea duradero, puede realizarse.

El joven del Evangelio fue invitado a hacer una elección en libertad. Pero, a menudo, ante la llamada a dar hasta su vida por amor, el sí y el no llegan a enfrentarse.

El sí fascina; y al mismo tiempo ese sí asusta.

¿Te dejarán inmóvil las indecisiones frente a un sí de eternidad, ese sí que era ya el de María?¹⁴

Viene el día de una resolución irrevocable. En un momento dado no hay más salida que una respuesta de libertad, arrojarse en Dios como en un abismo.

Y sobreviene lo asombroso.¹⁵ Ese abismo es Dios. No es un abismo de tinieblas, sino el lugar de donde irradia la claridad del Resucitado.

Y ya el Espíritu Santo te ha impulsado de la duda hacia la esperanza.¹⁶

Tú que a través de un sí de eternidad caminas en pos de Cristo, no te extrañes de su palabra: «Quien ha puesto la mano en el arado no puede mirar atrás».¹⁷

Cristo no te llama a cerrar tus ojos ante la luz de Dios, que en todo momento viene y alumbra tu vida. Él te invita a dejar detrás de ti amargura, rebelión, toda la tiniebla interior que corroe e incluso destruye el sí de eternidad.

Por eso, a menudo sentirás el deseo de rezar: «Jesús, el Cristo, no dejes que me hablen mis tinieblas.»¹⁸

A lo largo de este siglo, un decaimiento de la fe se ha extendido sobre amplias regiones del mundo. Se ha creado un vacío donde se desarrollan múltiples corrientes de religiosidad con los más diversos contenidos.¹⁹

Ante este decaimiento de la fe, el sentido de la responsabilidad nos tiene en vilo. Preparar los caminos de Cristo Jesús llega a ser una de las prioridades.²⁰

Muchos jóvenes tienen gran sed de autenticidad en la confianza de la fe. ¿Cómo extrañarse de que estén desconcertados por la inconsecuencia de las divisiones entre quienes se refieren al mismo amor del Resucitado?

Para comunicar a Cristo, ¿habrá una realidad más transparente que una vida dada, donde día tras día la reconciliación se realice en lo concreto?²¹

Es esencial recordar que Cristo no vino para crear una religión más, sino para ofrecer una comunión en él. Y cuando esta comunión única que es el Cuerpo de Cristo, su Iglesia, toma el riesgo de las reconciliaciones, semejante claridad de evangelio no engaña. Habla por ella misma.

A mediados del siglo XX apareció un hombre llamado Juan XXIII. Tuvo una intuición poco común acerca de la reconciliación de los cristianos. La expresó por medio de esta certeza: «No habrá proceso histórico, no buscaremos saber quién se equivocó ni quién tuvo razón, diremos solamente: ¡reconciliémonos!».²²

Quien responde a tal llamada no verá a nadie como un enemigo.²³ Orando en el silencio de su corazón, encuentra la libertad de pedir perdón y perdonar, llegando incluso a amar a quienes le rechazan o le maltratan.

El perdón es una realidad del amor tanto más excepcional cuanto que el recuerdo del pasado resulta a veces difícil de borrar. Ocurre que el recuerdo de las humillaciones y de las heridas permanece y se transmite incluso de generación en generación. El perdón del evangelio va más allá del recuerdo.²⁴

En este final de siglo, muchas regiones del mundo están marcadas por desgarrones y violencias.

A través de la tierra, son multitudes quienes aspiran como nunca a estar pacificados, reconciliados. Con realismo hacen todo lo posible para alcanzar la libertad. Asumen responsabilidades con vistas a construir la familia humana.

Por desprovistos que pudiéramos estar, una de las urgencias de los años venideros será llevar la reconciliación allí donde haya la herida del odio, cerca o lejos de nosotros,²⁵ sí, realizar todo lo posible para prevenir nuevas guerras fratricidas.²⁶

Quien busca la reconciliación, con un corazón muy sencillo y ardiente de amor, descubre la libertad como una plenitud de vida interior.

Consigue atravesar las situaciones por muy endurecidas que estén, como el agua del arroyo a principios de primavera cuando se abre paso a través de una tierra aún helada.

En la humilde oración, tendrás aún que decirle a Cristo: «¡Líbrame de mis miedos!». Y Cristo viene y alumbra hasta el misterio del dolor humano, de tal manera que nos abre a una intimidad con Dios.

Y un día comprenderás que Dios no suscita en nadie la angustia interior o un miedo.

Cristo no vino a la tierra para ejercer un castigo, sino para que todo ser humano sea salvado, reconciliado, y descubra que Dios es amor, y sólo amor.²⁷

Dios nos reviste con su compasión sin límites, por eso va hasta enterrar nuestro pasado en el corazón de Cristo. La certeza de su perdón es lo más inaudito, lo más inverosímil de las realidades del evangelio. Ella es libertad.

¿Oirás a Cristo decirte: «Conozco tus pruebas y tu pobreza, sin embargo, estás colmado»?²⁸
¿Colmado de qué? De su amor, fuente de libertad, escondida en lo más profundo de ti.²⁹

1 Durante los encuentros en Filipinas, volvía siempre una misma pregunta: ¿cómo dejar el desánimo, dejar la desesperanza? ¿Dónde encontrar una fuente para retomar nuevo aliento? Numerosos jóvenes filipinos conocen dificultades económicas, el paro. Pero hay en ellos dones únicos, la confianza de corazón, la confianza en el Dios vivo. Entre ellos, muchos están atentos a los demás, en particular a los más pobres. Son numerosos los que saben que la oración, lejos de volverles pasivos, les compromete a tomar responsabilidades que construyan la familia humana, y lo hacen con gran desinterés personal.

2 Jesús nos lo asegura: «Yo soy...» pero también: «Vosotros sois la luz del mundo» (Jn 8,12 y Mt 5,14).

3 ¡Si supiéramos hasta qué punto el canto en la oración común (o también en la soledad) abre y lleva a una libertad! La oración común puede hacernos contemplar la presencia del Resucitado, particularmente a través de la belleza de las oraciones y de los himnos cantados.

Al cantar una oración, un niño puede sostener a todas las generaciones. Sería tan hermoso si en las iglesias uno o varios niños cantaran una oración, alternada con la de los mayores... Resulta posible hacer las iglesias acogedoras con poca cosa: velas, iconos, algunas telas, viejas alfombras sin valor para arrodillarse...

El violinista Yehudi Menuhin escribió: «A partir del momento en que las palabras se cantan, éstas penetran hasta lo recóndito del alma. Estoy persuadido de que los jóvenes que hoy evitan las iglesias vendrían en masa si encontraran el misterio que allí debiera reinar».

4 Durante toda la vida permanecemos como pobres de Cristo, pues verdad es que nunca seremos gente que ya ya llegado a la meta. Nadie alcanza a comprender todo sobre el misterio de la fe. Cada uno puede decirse: en esa comunión única que es la Iglesia, lo que no comprendo, otros lo comprenden y lo viven. No me apoyo solamente en mi fe, mas junto con los testigos de Cristo, desde la Virgen María y los apóstoles hasta los cristianos de hoy en día, puedo rezar: «Cristo Jesús, haz que me disponga interiormente a poner mi confianza en el Misterio de la Fe».

Para algunos, hay una «gradualidad» en la comprensión de las realidades de Dios; otros captan esas realidades, como Pablo, el apóstol, a través de una comprensión repentina.

Por diversas razones, algunos se encuentran en una situación donde no reciben la Eucaristía. Desde hace muchos siglos, se recuerda la multiplicación de los panes: un día, Cristo bendijo cinco panes para distribuirlos a la muchedumbre, a todos sin distinción. Esa acogida narrada en el Evangelio (Mc 6,30-44), se ha traducido, primero en las Iglesias de Oriente, luego en Occidente, por un gesto de maternidad de la Iglesia, el de ofrecer a todos el pan bendito.

5 En su vida en la tierra, el mismo Jesús oyó a un hombre decirle: «Creo, confío». Pero seguidamente ese creyente añadía: «Ven en ayuda de mi incredulidad, de mi duda» (Mc 9,24). Y cuando Cristo ya no estaba sobre la tierra, Pedro, el apóstol, escribía a los creyentes: «Amáis a Cristo sin haberle visto; sin verle aún, creéis». (1 Pe 1,8)

6 Para expresar su presencia en cada uno, Cristo pronuncia palabras difíciles de comprender: «Vosotros en mí y yo en vosotros» (Jn 14,20). Quizás necesitemos mucho tiempo para comprender esa realidad. Cuatro siglos después de Cristo, un cristiano africano escribía; «Cristo está dentro de ti, allí está su morada. Preséntale tu oración, pero no grites como si estuviera lejos. Él está en lo más profundo de ti mismo» (San Agustín). Si el Resucitado vive en nosotros, también está a nuestro lado, él es quien nos acompaña siempre. Al mismo tiempo es aquél que buscamos y que se hace encontrar.

7 Incluso bajo la apariencia del amor, es posible abusar de la libertad del otro, yendo entre otras cosas a encerrarle en un chantaje afectivo.

8 «Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad» (2 Cor 3,17).

9 «Fue para que permaneciéramos libres que nos liberó Cristo» (ver Gal 5,1 y 13).

10 1 Cor 13,2-3

11 Para acoger el amor de Dios, ¿sería preciso pensar en él constantemente? Dios conoce los infinitos recursos del corazón humano, esas profundidades donde Cristo habita en silencio. Sabe que algunos experimentan sensiblemente la presencia del Resucitado, otros no sienten nada o muy poco. Hace 700 años, un cristiano de los países renanos, llamado Maestro Eckart, escribía:

«Volverse hacia Dios... no es pensar continuamente en Dios. Sería imposible... y además, no sería lo mejor. El ser humano no puede contentarse con un Dios al que piensa. Pues, entonces, cuando se desvanece el pensamiento, Dios también se desvanecería... Dios va más allá de los pensamientos humanos. Y la realidad de Dios nunca se desvanece».

12 Vaclav Havel escribe en un libro reciente; «Si no tratamos juntos de redescubrir y de cultivar lo que yo llamo la responsabilidad superior, nuestro país acabará mal... La vuelta de la libertad en una sociedad en plena decadencia moral ha provocado la revelación de los peores comportamientos humanos, como si todos los lados malos del hombre hubieran adquirido la plena libertad para desarrollarse. El sentimiento de una responsabilidad libremente aceptada por la sociedad no siempre se siente... No dejaré de hablar sin tregua de responsabilidades y de la moral, considero que no hay ninguna razón de creer perdido por anticipado ese combate. Hay un sólo combate que con seguridad se pierde por anticipado: ése al cual renunciamos... La verdadera política, la única que consiento practicar, es la política al servicio del prójimo, al servicio de la comunidad, al servicio de las generaciones futuras. Esa política no es sólo la realización de la responsabilidad de todos y hacia todos. Ella se nutre de la certeza, consciente o inconsciente, de que nada se termina con la muerte, pues todo se inscribe para siempre, todo se evalúa en otra parte, en alguna parte por encima de nosotros, en esa parte inseparable del orden misterioso del cosmos, de la naturaleza y de la vida, que los creyentes llaman Dios y al juicio del cual todo está sometido». («Las meditaciones de verano», cap. 5)

13 La palabra de Jesús a ese joven (Mc 10,17-22) interroga y estimula para ir lejos. En los años venideros, en vista de un compartir, es posible que los cristianos sean conducidos a una sencillez más explícita: en la vida diaria, en sus domicilios. Con gran sencillez de corazón y con muy pocos medios materiales, es posible una acogida que no nos creíamos capaces de realizar. Pero también es verdad que la sencillez sin la ardiente caridad sería como una sombra sin claridad.

14 Lucas 1,38

15 Asombro es una palabra delicada. Podría hacernos pensar en una exaltación interior, una actitud forzada y artificial. Don de Dios, el asombro nos construye interiormente. No hay nada simplista.

16 Antes de morir, Jesús dijo a sus discípulos que se iría, pero que su presencia continuaría por medio del Espíritu Santo y que el Espíritu Santo será un consolador. Jesús sabe que el ser humano necesita ser apoyado, conducido, y también consolado. (Jn 14,25-26, 16,5-7)

17 Lucas 9,62

18 San Agustín, Confesiones.

19 Esas corrientes religiosas a veces tienen una coloración de esoterismo. Una mujer de Praga, que tomó parte de manera considerable en la apertura de su país, madre y abuela de numerosos niños, se preguntaba y escribía: «Tantos jóvenes son cautivados por ideas y grupos que pretenden tener una explicación para todo. ¿Cómo ayudarles a creer en lo invisible, en lo imposible, en el amor de Dios? ¿Cómo ayudarles a ser conscientes y a la vez capaces de asombro por los signos de la presencia de Dios?».

20 El decaimiento de la fe caracteriza amplias regiones del hemisferio norte. A veces los abuelos preparan caminos de Cristo para los más jóvenes. En Taizé, unos jóvenes de un país báltico decían: «Si somos creyentes, ha sido gracias a nuestras abuelas, y nos hubiera gustado traerlas a Taizé con nosotros. La mayor parte de nuestras abuelas fueron alejadas del país durante largos años, 15 años, 17 años. Allí, para perseverar, no tenían más que la confianza en Dios. Son mujeres sencillas. No comprendieron el por qué de tanto sufrimiento. Algunas han vuelto, son transparentes y sin amargura. Para nosotros ahora, nuestras abuelas son unas santas».

21 Resulta esencial que algunos jóvenes creen pequeñas comunidades eclesiales en grupos de cinco o seis. Las primeras fueron creadas hace años en Haití. Para estar atentos a Cristo en su comunión, y también para que no haya

segregación de edades, es importante que esas pequeñas comunidades de jóvenes estén unidas a las comunidades locales, las parroquias, allí donde se encuentran todas las generaciones, desde los más ancianos hasta los niños.

22 Juan XXIII pronunció esas palabras durante un mensaje el 29 de enero de 1959. Se trataba de la reconciliación entre los cristianos.

23 En el Siglo VII, un cristiano de Oriente escribía: «No acojas sospechas, incluso expresadas por otras personas, en contra de nadie, pues te harán tropezar. Porque aquellos que hacen un escándalo por los acontecimientos, provocados de manera premeditada o accidentalmente, no conocen el camino de la paz, ese camino que, mediante la caridad, lleva al conocimiento de Dios. (San Máximo, Confesor)

24 La reconciliación es una curación. Supone el perdón, ofrecido o pedido, y el perdón libera la memoria del peso de la culpabilidad y de la angustia.

25 La «peregrinación de confianza sobre la tierra», animada por Taizé desde hace años no organiza a los jóvenes en un movimiento en torno a Taizé, sino que estimula a llegar a ser creadores de paz, portadores de confianza, en sus ciudades, sus pueblos, sus parroquias, con todas las generaciones, desde los niños hasta las personas ancianas. Cada uno puede hacer de su vida como una peregrinación de confianza... rezando... buscando comprender a quienes se encuentran alejados por sus orígenes, sus opciones... realizando gestos de reconciliación a su alrededor... comunicando a otros la hermosa esperanza humana...

26 Cristianos reconciliados serán siempre un fermento irremplazable para construir la familia humana a través de la tierra.

27 Es importante que quienes tienen una responsabilidad relacionada con los niños nunca les dejen pensar que Dios pone un tormento en el ser humano. A menudo, ya en su temprana infancia, el corazón está habitado por un miedo secreto: Dios me va a castigar. Pensar que Dios castiga es uno de los más grandes obstáculos para la fe. Si se mira a Dios como un juez que tiraniza, Juan recuerda con letras de fuego: «Dios es amor. No hemos sido nosotros, ha sido él quien nos amó primero.» (1 Jn 4) Es esencial que jamás hagamos entrar en el corazón de un niño un miedo al nombre de Dios.

28 Apocalipsis de Juan 2,9

29 En la libertad de un intercambio con Cristo, con una sencillez sin igual, es posible depositar en él nuestras cargas. La humilde oración está al alcance de cada uno. Para orar, Dios no pide prodigios extraordinarios, ni esfuerzos sobrehumanos. Muchos creyentes han vivido con una oración muy pobre en palabras. Pablo, el apóstol, escribía: «No sabemos cómo orar...» Y añadía: «...pero el Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra incapacidad y ora en nosotros.» (Rom 8,26) Para algunos la oración necesita muchas palabras. Pero, ¿no será mejor pronunciarlas a solas? Expresadas en presencia de otros, ¿no les obligamos a escuchar lo que estaba reservado a una intimidad con Dios? Nadie quisiera abrumar a los demás con una oración convertida en charla. Cuando Pablo invita a «orar sin cesar», no significa únicamente expresarse por medio de palabras. ¡La oración es tan amplia! La oración encuentra múltiples expresiones, gestos como el signo de la cruz, símbolos como el de los discípulos que se posternaban con la frente en el suelo, citado al final del Evangelio de san Lucas. Orar con la frente en el suelo expresa el deseo íntimo de renovar en todo momento la ofrenda de su propia vida.

A veces la oración es combate interior. A veces es sencillo abandono de todo el ser en Dios en el silencio, sin palabras.

Algunos oran con pocas palabras, siempre las mismas. Puede ser bueno encontrar para sí mismo una oración breve por medio de la cual expresar un clamor interior. Una oración así no puede volverse un método. Pero, en los más diversos momentos de nuestra jornada, esa llamada nos saca de nosotros mismos y nos conduce a la fuente. He aquí dos sugerencias:

Cristo Jesús, Luz interior, no dejes que me hablen mis tinieblas. Cristo Jesús, Luz interior, haz que acoja tu amor.

Bendícenos, Señor Cristo, a nosotros y a quienes nos has confiado. Mánennos en el espíritu del evangelio: la alegría, la sencillez, la misericordia.

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr

Despierta a una alegría

CARTA 1993

Traducida en 46 idiomas (de las cuales 21 de Asia), esta Carta ha sido escrita por el hermano Roger durante el tiempo de preparación a la Navidad, mientras jóvenes y niños de Bosnia-Sarajevo son acogidos en Taizé. Esta carta ha sido escrita para el encuentro europeo de jóvenes que reúne durante seis días en Viena, del 28 de diciembre de 1992 al 2 de enero de 1993, a 105.000 jóvenes de todos los países de Europa del este y del oeste. Este encuentro europeo es una etapa de la peregrinación de confianza a través de la tierra animada por Taizé. La CARTA DESPIERTA A UNA ALEGRÍA será utilizada y meditada durante los ENCUENTROS EUROPEOS DE JÓVENES que tendrán lugar en Taizé semana tras semana durante todo el año 1993.

¡Asombro!... Incluso con muy poca fe, ¡feliz quien se dispone a acoger una luz de evangelio! "Luz que resplandece en las tinieblas y que las tinieblas no han podido sofocar."¹

Cualesquiera que sean tus opacidades, la humilde, la muy humilde confianza de la fe, pasa en ti, una y otra vez, como un soplo de vida.²

Cuando las oscuridades y las dudas te interpelan, mantenlas a distancia. A menudo no son sino lagunas de incredulidad, nada más. Esta sería tu oración: "¡Cristo Jesús, Luz interior, no dejes que me hablen mis tinieblas!"³

Inquietarte por lo que eres o dejas de ser no conduce a ninguna parte.⁴

Lo esencial es otra cosa. La alegría y la paz del corazón son valores vitales para quien quiere vivir de Cristo.⁵

Cuando se eclipse el asombro, llegarás incluso a interrogar a Cristo Jesús:

...pero, ¿qué es lo que me ocurre? ¿Por qué estos periodos en los que se agota la perseverancia para seguirte? Y, en la búsqueda, ¿cómo he podido entretenerme con sugerencias tan ajenas al Evangelio? Sin darme cuenta, cavaba "cisternas agrietadas que no retienen el agua viva".⁶ ¡Explícamelo!

En ti una fuente. En esta fuente Cristo te hablará. Escucharás su voz, en los días apacibles como en las horas graves.⁷

Lo inverosímil del Evangelio es que el Resucitado nos espera siempre,⁸ y siempre con esa misma llamada: "¡Ven y sígueme!"⁹

Alegría inefable que nos transfigura... "sin haberle visto le amamos".¹⁰ Un día le responderás: "Incluso si llego a dejarte de lado, tú sabes que te amo, quizás no como quisiera pero te amo."

El Espíritu Santo te prepara a dar un giro total de la inteligencia y del corazón... a una conversión. ¿Qué significa esto? Lo que Dios te pide ante todo es que te abandones a Cristo y que acojas su amor.¹¹ "Dios no puede dar sino su amor."¹²

¡Y qué descubrimientos! Su amor resulta tangible. Quemadura del alma que abrasa hasta el olvido de uno mismo. Él anima la inagotable bondad del corazón humano.

Cuando tus limitaciones y un sentimiento de inferioridad te inquietan, con sorpresa percibes que no son los dones extraordinarios o las grandes facilidades los que abren a una plenitud, sino la caridad que confía.

La confianza está cerca... Quien ha conocido en su juventud la cercanía de la muerte lo presente: más que el cuerpo, en primer lugar es lo íntimo de uno mismo lo que tiene necesidad de una curación.

Incluso de una infancia o de una juventud humilladas se liberan fuerzas creadoras.¹³

¿Atraviesas periodos en los que todo parece desértico? En esos momentos en los que parece que nada surge, de casi nada brota en ti una flor del desierto.¹⁴

¿No te invita el Evangelio a acoger al Espíritu Santo en esa parte de nosotros donde permanece el corazón de nuestra infancia?¹⁵

¡Asombro de una alegría para quien, una y otra vez, reemprende el camino! ...como el pájaro que canta en un arbusto de espinas¹⁶ "Vivirán para Dios, quienes se hayan despojado de la tristeza para revestir la alegría."¹⁷

En vísperas del tercer milenio, nos encontramos ante urgencias inesperadas. Ellas van a estimularnos para tomar responsabilidades e interrogarnos.

Cuando rápidas mutaciones sacuden las sociedades, ¿seremos de los que acrecientan la admirable espera de un nuevo futuro para la familia humana?

Para preparar ese nuevo futuro, ¿quién abrirá vías de pacificación allí donde surgen el menosprecio y las violencias? ¿Quién renunciará a alimentar la memoria de las humillaciones del pasado? ¿Quién apoyará a los que luchan contra el odio y buscan reconciliaciones?¹⁶

¿Quién sostendrá las libertades, allí donde todavía son incipientes?

La llamada a la reconciliación nos expone. Amar, perdonar a quienes se oponen a nosotros;¹⁹ es un milagro en una vida.

Lejos de adormecernos, la reconciliación nos mantiene alertas. La confianza del corazón rechaza las artimañas. No tiene nada de ingenua y va de par con el discernimiento.

Una vigilancia se impone para no dejarnos paralizar por quien dramatiza las situaciones y alimenta un miedo. Una visión sombría de las cosas es más contagiosa que la alegría y la paz del corazón. A menudo se adquiere autoridad gracias a puntos de vista pesimistas o incluso amenazadores.

Durante su vida en la tierra, Cristo, maltratado, no amenazaba a nadie.²⁰ Hoy, resucitado, nunca se vale del miedo o de la angustia para inducir a quien fuere a entrar en un camino de evangelio.²¹

La viva caridad nos hace estar muy atentos a quienes nos son confiados.²² Comunicarles a Cristo conlleva el desprendimiento, de manera que no se imponga uno mismo, sino que deje actuar el soplo ardiente del Evangelio.

Lo poco que habrás transmitido con toda sencillez a un niño, a un adolescente, puede encontrar una resonancia en su alma, para toda una vida.

¿Irás hacia los más abandonados, los niños humillados? Algunos son víctimas de las incomprendiones, de la falta de afecto en su entorno. Su inocencia ha sido herida.²³ "Lo que hacéis a uno de estos hermanos míos más pequeños, dice Jesús, a mí me lo hacéis."²⁴

Y hay quienes su edad avanzada envuelve en un profundo aislamiento. ¿Quién sabrá escuchar en ellos una palabra procedente del Espíritu Santo?²⁵

Quien camina sobre la vía del desprendimiento y de la bondad, consigue aproximarse a una santidad que nunca aísla, la santidad de Jesús, el Resucitado.

Lo que es verdad para una persona lo es también para esta única comunión que es la Iglesia.²⁶ Cuando incansablemente ella escucha y cura, cuando vive la reconciliación,²⁷ la Iglesia alcanza lo más luminoso que hay sí misma: un límpido reflejo de un amor. Nunca distante, jamás a la defensiva, resplandece el misterio de la fe hasta en el corazón humano.²⁸

Cristo no hace de nosotros gente que ya ha llegado.²⁹ Cristo nos guarda cerca de él, seres muy claros, transparentes como un cielo de primavera, una primavera que despierta.

Abriendo ante nosotros las puertas de la luz, Cristo nos hace presentir que "la belleza salvará el mundo"³⁰, no una belleza que se posee, sino la belleza de una comunión.³¹

"Cristo es luz para todo ser humano en el mundo."³² ¿Serás portador de una luz de evangelio? Ella alumbra la lejanía, muy lejos.

1 Juan 1, 5

2 La fe permanece siempre como una humilde confianza en Dios. En lo recóndito de la condición humana reposa la espera de una presencia, el silencioso deseo de una comunión, y este simple deseo de Dios es ya el comienzo de la fe. Incluso si apenas comprendemos toda la profundidad de las realidades de Dios, este poco basta, este casi nada nos permite seguir a Cristo.

3 San Agustín (354-430), en las "Confesiones". Cuando nuestras propias tinieblas nos invitan a que les hablemos, sentimos como un vértigo. Un diálogo interior se establece no con el Resucitado sino con lo que nos duele, de nosotros mismos y de los demás.

4 "Odiarse resulta más fácil de lo que pensamos. La gracia está en olvidarse. Pero si todo orgullo estuviera muerto en nosotros, la gracia de entre las gracias sería amarse humildemente a uno mismo, como uno más de los miembros sufrientes de Jesucristo." (Bernanos)

5 La ansiedad y el miedo consiguen mermar la confianza de la fe. En el Evangelio, Cristo nos dice: "Os dejo la paz, mi paz os doy. No se turbe vuestro corazón, no tengáis miedo." (Juan 14, 27) Y también: "Mi alegría está en vosotros, que vuestra alegría sea completa." (Juan 15, 11)

6 Jeremías 2,13

7 En una oración interior, es posible confiar a Cristo, de inmediato y en todo momento, lo que nos inquieta o nos preocupa. Por ejemplo, en el transcurso de una conversación, podemos rezar por nuestro interlocutor sin que él lo sepa.

8 La misteriosa presencia de Cristo resucitado está siempre en nosotros. Es como si dijera a cada uno: "¿No sabes que estoy a tu lado y que por el Espíritu Santo vivo en tí?"

9 Ante la llamada de Cristo "ven y sígueme" (Mateo 19, 21), algunos dudan y, en ciertos momentos, se preguntan: "¿Va a apagarse la llama que hay en mí?" Recordemos que no somos nosotros quienes hemos encendido ese ruego. Nunca es nuestra fe la que crea a Dios. Tampoco son nuestras dudas las que van a suprimir la existencia de Dios.

10 I Pedro 1, 8

11 Cristo Jesús llama a una conversión (metanoia) que es como un giro interior (Mc 1, 15). Jesús no invita a replegarse sobre uno mismo, sino al arrepentimiento del corazón: ese impulso de confianza por el que depositamos en él todas nuestras faltas.

12 Isaac el Sirio (siglo VII).

13 Cristo atraviesa nuestras fragilidades, nuestros fracasos, nuestras noches interiores. Les da algo de su presencia. Modifica nuestras profundidades y las transfigura. San Pablo expresa esta realidad con una gran intuición: "Cuando me siento débil, entonces es cuando soy fuerte en Dios." (cf II Corintios 12, 10)

14 Feliz quien, por la confianza de la fe, se dispone a vivir el hoy y el hoy nada más. El Espíritu Santo le sostendrá hasta el final. Y cada día llega a ser un hoy de Dios. He aquí que, la presencia del Espíritu Santo es frescor de evangelio, como un poema colmado de pequeñas intuiciones.

15 cf Mateo 11, 25

16 "Soy como un pájaro que canta en un arbusto de espinas." (Juan XXIII)

17 "Revístete de la alegría... purifica tu corazón de la dañina tristeza y vivirás para Dios. Aquellos que se hayan despojado de la tristeza para revestirse de la alegría, vivirán para Dios." (Hermas, un siglo después de Cristo)

18 Sin perdón, las incomprendiones pueden aumentar degenerando en odio. ¿Cómo construir una reconciliación a nuestro alrededor y en la familia humana sin haber rechazado el odio?

19 Lucas 6, 35-36

20 I Pedro 2, 23

21 A veces el corazón humano está habitado por un miedo secreto de Dios. Nos decimos: "¡Dios va a castigarme!" En Bangladesh hubo un ciclón. Uno de los hermanos de Taizé que vive allí desde hace 17 años, compartiendo la existencia de los más pobres, escribió: "Después del ciclón los vecinos nos decían: ¿Por qué tantas desgracias? ¿Tanto hemos pecado contra Dios?" El Evangelio nos dice con claridad: Cristo Jesús no ha venido al mundo para juzgarlo, sino para que, por el Resucitado, toda criatura humana sea salvada, reconciliada (Juan 3,17). Dios no suscita ni el miedo, ni la angustia, ni la desgracia humana. Dios no quiere ni las guerras, ni los seísmos, ni la violencia de los accidentes. Dios es inocente. Cristo nos incita a tomar responsabilidades que reduzcan el sufrimiento humano sobre la tierra.

22 Cuanto más compartimos lo que tenemos, con gran sencillez, la vida resulta más acogedora para quienes están cerca de nosotros. Una simplificación de la vida cotidiana permite acoger cuando contamos incluso con pocos medios.

23 Quisiéramos hacer todo lo posible para que la herida interior de esos niños se cure y no se marque en ellos para toda la existencia. Si algunos jóvenes fueran al encuentro de estos niños cada semana... Dándoles su tiempo, podrán escucharles, hablar con ellos, acompañarles en una oración común. A menudo, niños y jóvenes están ansiosos por la necesidad de competir en los estudios. Una era tecnológica intensifica un sentido agudo del éxito y del fracaso: quien no consigue el éxito de acuerdo a las normas de la sociedad se siente incómodo y a veces lamenta no tener los dones de los demás. Desear las capacidades del otro nos conduce a descubrir con más dificultad nuestros propios dones.

24 Mateo 25, 40

25 Numerosas son las personas mayores que creen no haber sido nadie, no haber realizado nada, y terminan su existencia en el aislamiento, sin otra salida que la de esperar la muerte. Sin embargo, algunas personas mayores, desbordantes de desprendimiento, resultan indispensables para las nuevas generaciones. Son capaces de comprenderles, de aliviarles de ciertos pesos. Hay el ciento por uno de madres y de padres espirituales según el Evangelio. Si los jóvenes fueran a visitarles, a estar con ellos y a veces también para ayudarles a arreglar la casa, poner flores, o reparar su hogar...

26 Quien vive de Cristo comprende, poco a poco, que Cristo es comunión. Por eso, es muy importante participar en la celebración de la comunidad local, la parroquia, donde se encuentran todas las generaciones, desde los más ancianos hasta los niños, renovando así una alegría.

27 ¿Por qué aspiramos tanto a una reconciliación en ese misterio de comunión que es la Iglesia? Lo que nos cautiva, es que los cristianos hagan creíble el amor por Cristo. Es en el amor con el que los cristianos se aman como Cristo será reconocido (Jn 13, 35). Lo que nos cautiva, es que los cristianos, reconciliados por amor, sean fermentos de paz y de confianza. Desde hace medio siglo, muchos son los cristianos atentos a la llamada de Cristo a reconciliarse "sin demora" (Mt 5, 23-24). Cuando se deja la reconciliación para más tarde, la ola ecuménica parece recaer. "Sin demora":

esta urgencia del evangelio supone algo más que una nueva etapa del ecumenismo. La vocación ecuménica espera como un nuevo nacimiento.

28 Solo, nadie llega a comprender la fe en su totalidad. Por eso, cada uno puede decirse: en esa comunión que es la Iglesia, lo que no comprendo, otros lo comprenden y lo viven. No me apoyo sobre mi fe solamente, sino también sobre la fe de los cristianos de todos los tiempos, desde la Virgen María y los apóstoles, hasta los de hoy día. Día tras día, me dispongo interiormente a confiar en el Misterio de la Fe. Por diversas razones, algunos pueden encontrarse en una situación en la que no reciben la Eucaristía. Recordemos que, desde hace muchos siglos, el relato de la multiplicación de los panes es una referencia: un día Cristo bendice cinco panes para distribuirlos entre la gente, a todos sin distinción. Esta acogida, transmitida por el Evangelio (Mc 6, 30-44) se ha traducido en el gesto de ofrecer a todos el pan bendito. Es un gesto de la maternidad de la Iglesia. Más que obcecarnos con la imposibilidad de comulgar en la Eucaristía, ¿por qué ofrecer a todos el pan bendito? De esta manera, cada uno de los que han estado presentes en la celebración eucarística, sin excepción, pueden recibir ese signo de compartir.

29 Toda pretensión espiritual desfigura a Cristo.

30 Dostoievski, en "El Idiota".

31 San Ireneo (130-208) tuvo una intuición muy clara sobre la belleza de una comunión. Escribe: "El esplendor de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre es la contemplación de Dios." En su juventud, Ireneo conoció a un anciano, Policarpo, que fue discípulo de San Juan Evangelista.

32 Juan 1, 9

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr

De comienzo en comienzo

CARTA 1994

La Carta 1994, DE COMIENZO EN COMIENZO, ha sido escrita por el hermano Roger para el encuentro europeo de jóvenes de finales de diciembre de 1993 a principios de enero de 1994. Este encuentro, etapa de la "peregrinación de confianza" animada por Taizé, reunió a 80.000 jóvenes de todos los países de Europa en Munich. Traducida en 48 idiomas (de los cuales 21 de Asia), esta Carta de 1994 será utilizada y meditada durante los ENCUENTROS EUROPEOS DE JOVENES que tendrán lugar en Taizé, semana tras semana, durante todo el año 1994.

Cada amanecer, si pudiéramos acoger el nuevo día como el comienzo de una nueva vida... "El que avanza hacia Dios va de comienzo en comienzo". (1)

¿Lo sabes? Dios ha puesto nuestro pasado en el corazón de Cristo, y se ocupa de nuestro futuro.

Si fuera posible sondear nuestro corazón humano, la sorpresa sería descubrir, fugaz o estable, la espera de una invisible presencia.

Si, en nuestras vidas, hay sacudidas e incluso rupturas, el Resucitado está ahí. (2) Él podría decirnos: "Cuando te encuentras en lo más hondo de la prueba, permanezco bajo tu desesperación. Recuerda también que estoy en lo profundo de la luminosa esperanza." (3)

Soplar sobre las penas fugitivas como el niño sobre la hoja seca. No agarrarse a las inquietudes como la mano a un arbusto de espinas, sino ceder. Abandonar a Cristo lo que acosa al corazón. (4)

A quien se detiene en los fracasos y el desánimo, se le paralizan las fibras del alma. Disponiéndonos a empezar de nuevo, la paz del corazón y una alegría del Evangelio pueden cambiar nuestra vida. (5)

El Espíritu Santo nos colma de dones. ¿Cómo discernirlos y atreverse a creer en ellos? (6) ¿Nos asaltará la duda? (7)

No nos dejemos detener, la duda no tiene nada de alarmante. (8) Quien escucha, tanto de día como en las vigilias de la noche, y acoge los dones del Espíritu Santo, descubrirá que, con casi nada, lo tiene todo.

Con un corazón sencillo, casi con el alma de un niño, (9) feliz quien dice a Cristo: tú el Resucitado, ves quien soy. Necesito no ocultarte nada de mi corazón. Tú también has sido hombre y me acoges tal y como soy. Mi corazón sediento te pide: Cristo Jesús, úne mi deseo y mi sed.

En la oración, incluso si nuestros labios permanecen cerrados, nuestra alma puede abrirse ante Dios. Comprendemos su voz, voz interior, casi silencio. (10)

Y, para orar, una sola palabra puede ser suficiente.

La confianza de la fe no nos hace irresponsables. Al contrario: una comunión con Cristo abre a la audacia de las responsabilidades.

Como olas que se suceden, las evoluciones de la sociedad se aceleran. Para muchos, supone un porvenir incierto. Ante un futuro sin salida, algunos se encierran en sí mismos. (11)

Entonces ¿qué responsabilidades tomar para preparar otro futuro? (12)

Lejos de invitar a un repliegue, el Evangelio nos sugiere caminos muy concretos.

Uno de ellos orienta a compartir con gestos sencillos, incluso con medios reducidos. ¡Qué asombro! Estos gestos repercuten en una generosidad imprevisible. (13)

Otro camino es el de concentrar las energías para poner freno a los odios. Los odios pueden llevar a sostener la intolerancia e incluso hasta las guerras. Sin perdón, no hay futuro para nuestra propia persona. Sin reconciliación, ¿cuál es el porvenir de un pueblo?

Aligerar los sufrimientos humanos está inscrito en el corazón del Evangelio. Y cuando aliviarnos las pruebas de los demás, es a Cristo, el Resucitado, a quien se lo hacemos; más aún: es a él, el Resucitado, a quien encontramos. (14)

Llega el día en que comprendemos: nunca es Dios quien suscita la desgracia o la angustia. (15) Dios es inocente de ello. Dios es la inocencia. (16)

Cuando, por el Resucitado, comprendemos esta luminosa realidad "Dios no puede sino darnos su amor", (17) irresistiblemente surge una interrogación: ¿cómo transmitir a otros esta sólida esperanza? (18)

Cristo Jesús nos plantea una pregunta antigua y siempre nueva: "¿me amas?" Al responderle, nos invita a comunicar la humilde confianza de la fe a quienes él nos confía. (19)

Para comunicar la fe en el Resucitado, ¿de qué servirían las respuestas hechas? Somos pobres de Cristo. Por lo tanto, es importante no imponerse nunca, ni buscar captar la conciencia humana. Sino, ante todo, ¡qué nuestra vida llegue a ser una transparencia del Evangelio!

¿No hay sobre la tierra quienes irradian la santidad de Cristo sin atreverse incluso a creerlo?

El Espíritu Santo nos mantiene atentos. Elegir a Cristo supone avanzar sobre un solo camino, no sobre dos a la vez. (20)

Optar puede conllevar renunciaciones, desprendimientos indispensables. (21) Pero, aunque frágiles, somos fuertes en Dios. (22)

Jesús pronunció un día palabras graves dirigidas a quienes "echan cargas pesadas sobre los hombros de los demás, mientras ellos no están dispuestos a llevarlas ni siquiera con un dedo." (23)

En esta comunión de amor que es el Cuerpo de Cristo, su Iglesia, ¿cómo aligerar las cargas de quienes nos son confiados?

¿Cómo abrir las puertas del perdón y de una inagotable bondad del corazón? (24) Estas dos realidades se encuentran entre las más inusitadas del Evangelio. (25)

En esta comunión pueden introducirse inconsecuencias y actitudes duras que hacen sufrir mucho.

Además, en la historia, sin tan siquiera saber por qué, multitud de creyentes se han descubierto separados. Hoy en día, multitudes de cristianos son inocentes de las separaciones que permanecen o que se crean.

¿Huiremos de esta comunión que es la Iglesia? No.

Para hacer creíble al Cristo que es comunión, no podemos sino acudir con apremio, desde el otro extremo de la tierra si fuera preciso, para discernir el milagro de una presencia. (26)

Incluso si nuestra fe es muy pequeña, diremos a Cristo: ¿qué esperas de mí?

Si pudiéramos recordarlo siempre... las fuentes de júbilo nunca se agotan cuando la confianza del corazón comienza una y otra vez.

1 San Gregorio Nisa, s.IV

2 Si Jesús no hubiera vivido entre nosotros, Dios nos podría parecer lejano, inalcanzable. Pero, por su nacimiento y su vida en la tierra, Jesús dejó transparentar quién era Dios. Dios ha confiado en los humanos hasta el punto de esperar que ellos le reconocieran en un recién nacido y en un crucificado. Si Cristo no hubiera resucitado, hoy no estaría presente junto a nosotros. Le recordaríamos como uno de los personajes relevantes de la historia de la humanidad. Pero no sería posible relacionarnos con él en la oración.

3 Cristo no nos espera solamente en la luz, en la paz, en la alegría. También está presente en la pena de quien busca una salida a tientas. Puede haber momentos de oscuridad, pero la oscuridad no es la tiniebla, no es la noche total. La luz de Cristo penetra en ella.

4 El silencio interior no es una actitud forzada para suscitar en uno mismo como un vacío. Es un abandono en Cristo. El silencio interior conduce a la madurez, a un autodomínio. Claro está, en toda vida hay pruebas, y pueden ser muy pesadas. Y, he aquí que tal prueba podría a veces convencernos de que somos víctimas del azar. ¿Utilizar la prueba para llamar la atención sobre uno mismo? No, esto sería hacer del sufrimiento el fundamento de la relación humana, imponer toda la carga de su propia pena para utilizarla como instrumento de presión sobre los demás.

5 La paz del corazón es profunda como toda la profundidad del mar. A veces podemos ser sacudidos, como un golpe de viento agita el mar. Pero esa agitación solamente toca la superficie. Muy cerca e infinitamente más grandes permanecen la silenciosa felicidad y la paz. Para el cristiano, una de las llamadas es acoger la alegría pascual, - nacida en el corazón del mayor de los fracasos aparentes, el de la cruz - y ser portadores de esa alegría.

6 En la víspera de su muerte, Jesús dijo a quienes estaban junto a él: "Os enviaré el Espíritu Santo, él será vuestra consolación, vuestro apoyo." (Juan 16.5-7) Invisible para nuestros ojos, el Espíritu Santo nos da intuiciones inesperadas.

7 Los hay para quienes Dios es tan deslumbrante que están como cegados y se dicen agnósticos, conociendo de Dios sobre todo su silencio.

8 Incluso cuando Jesús estaba sobre la tierra, había quienes, a su lado, dudaban. Casi todos tenemos que retomar la marcha de la indecisión y de la duda hacia la humilde confianza de la fe. Esta confianza es vista a veces como ingenuidad o falta de responsabilidad. Entonces, la fe no se atreve a mostrarse de manera alegre y generosa sino que se cubre de un hábito de gravedad y silencio, estrecho y prudente, como para atestar su pertinencia. Sin embargo el Evangelio nos invita a la felicidad de la fe, a una libertad de la fe.

9 El espíritu de infancia no tiene nada de infantil. En la edad adulta mantiene vivos el asombro y la sencillez.

10 Es ante todo en la oración cuando despertamos. Pero cuando rezamos y parece que nada pasa, ¿será porque no hemos sido escuchados? No, no hay oración que no sea tenida en cuenta. Dios nos acoge en primer lugar dentro de nosotros. Cuando, por ejemplo, le confiamos quienes nos han herido, ya entramos en un camino de paz.

11 En la actualidad, las instituciones, bien sean políticas, económicas o incluso religiosas, pierden su audiencia.

12 Hay diversidad de responsabilidades. ¿Por qué una persona anciana, enferma, o discapacitada debe inquietarse diciendo: "No hago nada para que la tierra sea un lugar habitable?" Ellas perseveran en la acogida, en la oración y también en la bondad del corazón y el perdón, que están en el centro del Evangelio.

13 Como cristianos, pertenecemos a una familia espiritual en la que, desde los apóstoles, la Virgen María y los creyentes de los primeros tiempos, se ha recibido una llamada a vivir con gran sencillez y a compartir. Hoy, algunos economistas piensan que, en las regiones más favorecidas del mundo, no habrá otra posibilidad que la de aceptar una simplificación del nivel de vida para evitar tensiones y disparidades demasiado grandes en la familia humana.

14 Jesús dice: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis, en la

cárcel, y vinisteis a verme... cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis." (Mateo 25.35-40)

15 Dios no quiere las guerras, ni los terremotos, ni el hambre, ni los accidentes. Los combates en Bosnia o en otras partes, Dios no los quiere. Dios no suscita ni la enfermedad, ni el miedo, ni la desgracia. Nunca Dios viene a atormentar la conciencia humana. En cambio, Cristo sufre con el inocente, con quien atraviesa la pena.

16 Desde hace muchos años, varios hermanos de Taizé viven en Bangladesh. Comparten la existencia de los más pobres. El corazón se sobrecoge viendo a los niños de 10 a 12 años trabajando duramente llevando pesadas cargas. Los niños sin familia viven en la estación, durmiendo en los andenes. Allí se desenvuelven como adultos que no sobreviven sino luchando. Qué bella sorpresa: cuando visitan a los hermanos vuelven a ser niños a los que les gusta jugar, dibujar y comer juntos. Estos niños de la estación saben compartir lo poco que tienen cuando uno de ellos está hospitalizado a causa de la tuberculosis.

Un día me encontraba junto a mis hermanos en Bangladesh y nos habían invitado a un encuentro con musulmanes en unas chabolas. Uno de los musulmanes, cuando al atardecer me acompañaba a casa me dijo: "Todos los humanos tienen un mismo Maestro. Es un secreto que no ha sido revelado pero más tarde se descubrirá." Y se fue ya de noche.

17 San Isaac de Nínive, s.VII

18 Cuando se acompaña a un niño a un lugar de oración, una llama se enciende en él. Quizás la olvide pero es posible que, más tarde, se vuelva a encender. Para comunicar a un niño la confianza en Cristo, no se necesitan muchas palabras: poner la mano sobre su frente, recordarle la paz de Cristo, y su ser interior puede verse como iluminado por una invisible presencia que le marcará.

19 Juan 21.15-17

20 Recientemente, después de la muerte de nuestro hermano Robert, encontré una carta suya. Me decía: "Siento más que nunca esta sed de santidad de la cual te hablé. Es el único camino verdadero. Necesitamos avanzar juntos en él."

21 Cuando un ser humano ya no responde a la sed de absoluto que hay en él, las energías se agotan en la monotonía, las huidas, el aburrimiento.

22 2 Corintios 12.9

23 Mateo 23.4

24 Rezar la última oración de Cristo: "Perdónales, porque no saben lo que hacen", (Lucas 23.34) hace que nazca en nosotros ésta otra oración: "Perdóname, a veces yo también puedo herir sin darme cuenta."

25 Cristo es comunión. No ha venido a crear una nueva religión sino a ofrecer una comunión en él. No nos cansaremos de recordar que nadie puede apoyarse solamente sobre su propia fe. Amar a Cristo en esta comunión que es la Iglesia supone disponerse interiormente a confiar en el Misterio de la Fe, en la humilde confianza de los Apóstoles, de la Virgen María, y de toda la nube de testigos, hasta los cristianos de hoy.

Por diversas razones, algunos pueden encontrarse en una situación en la que no reciben la Eucaristía. Recordemos que, desde hace muchos siglos, el relato de la multiplicación de los panes es una referencia: un día Cristo bendice cinco panes para distribuirlos entre la gente, a todos sin distinción. Esta acogida, transmitida por el Evangelio (Mc 6.30-44) se ha traducido en

el gesto de ofrecer a todos el pan bendito. Es un gesto de la maternidad de la Iglesia. Más que obcecarnos con la imposibilidad de comulgar en la Eucaristía, ¿por qué no ofrecer a todos el pan bendito? De esta manera, cada uno de los que han estado presentes en la celebración eucarística, sin excepción, pueden recibir ese signo de compartir.

26 ¿Será posible preparar, el último viernes de cada mes, una oración común en una iglesia, una oración bien preparada, abierta a todos, con la belleza de los cantos? Estaría bien invitar particularmente a enfermos. La oración podría estar precedida de una comida sencilla y de un intercambio. La disposición interior de una iglesia es muy importante para mantener una oración común. No se trata de restaurarla, sino de acondicionamiento interior con medios muy sencillos, sin una financiación particular. Colocando los bancos a lo largo de los muros se libera un espacio donde poderse arrodillar sobre viejas moquetas sin valor. Es fácil encontrar tejidos baratos de algodón que se pueden teñir, por ejemplo de color anaranjado para suspenderlos en el coro. Una iglesia puede hacerse acogedora con poca cosa: algunas velas, iconos...

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr

Asombro de un amor

CARTA 1995

Traducida en 60 idiomas (de los cuales 21 de Asia & 9 de África), esta Carta 1995 ha sido escrita por el hermano Roger para el encuentro europeo de jóvenes que reunió durante cinco días en PARIS, del 28 de diciembre al 1 de enero de 1995, más de 100.000 participantes de todos los países de Europa del Este y del Oeste, y también a jóvenes de 54 países de los otros continentes. El encuentro de PARIS es el 17 encuentro europeo anual. Es una etapa de la "peregrinación de confianza sobre la tierra" animada por Taizé. Esta carta será meditada durante los ENCUENTROS EUROPEOS DE JOVENES que tendrán lugar en Taizé, semana tras semana, durante todo el año 1995. Próximamente, el hermano Roger irá a Sudáfrica y a Tanzania.

De noche, iremos a la fuente. En nuestras profundidades centellea el agua viva en donde saciar nuestra sed.

De noche como de día, avanzando de comienzo en comienzo, se construye toda una vida.

¿Será también eso, el alma humana: la palpitación secreta de una dicha apenas descriptible?

En presencia de violencias físicas o de torturas morales surge esta seria pregunta: si Dios es amor, ¿de dónde viene el mal?

Del mal, nadie puede explicar el porqué. En el Evangelio, Cristo se solidariza con el incomprensible sufrimiento de los inocentes, llora la muerte de los que ama. ¹

¿No ha venido Cristo sobre la tierra para que todo ser humano sepa que es amado? ²

Cuando la sensibilidad apenas siente la presencia de Dios, ¿de qué sirve atormentarse?

Con el simple deseo de acoger su amor, poco a poco, en lo profundo del alma, se enciende una llama. "Colmado por su amor, el corazón se abre a los demás." ³

Alentada por el Espíritu Santo, esta llama de amor puede ser muy frágil.

Sin embargo arde.

El Espíritu Santo nos remueve, nos trabaja. Vuelve a orientar nuestras profundidades. ⁴ Nos prepara para atrevernos a vivir el perdón y la reconciliación...Y el corazón despierta al asombro de un amor.

Para dejar que brote en nosotros la frescura del agua viva, conviene retirarse algunos días en el silencio y la paz.

Hace mucho tiempo, Elías, el creyente, se puso en camino buscando un lugar donde escuchar a Dios. Allí descubrió que la voz de Dios se hace perceptible en un soplo de silencio.⁵

Dios conoce nuestra espera. Percibe mejor que nosotros la intención y lo íntimo de nuestro ser. Lo que no alcanzamos a comprender en la oración, Dios ya lo ha comprendido.

Cuando rezamos y nos parece que nada sucede, ¿será porque no somos escuchados? No. El fuego de un amor alcanza en nosotros incluso las regiones áridas, hasta las contradicciones de nuestra persona.

En una apacible confianza en Dios, toda oración encuentra respuesta.

Quizás distinta de la que suponíamos pero... ¿no nos responde Dios precisamente con el deseo de un amor más grande? ⁶

La belleza de una oración común es un apoyo incomparable. A través de palabras sencillas, de símbolos, irradia una alegría discreta y silenciosa.

¿Quién sabrá preparar e introducir a niños y a jóvenes en el misterio de la confianza en Cristo? ⁷ Presentada en la más tierna infancia, la intuición de la fe se desarrolla en el fondo del ser. Incluso olvidada, puede volver a aparecer a lo largo de la vida. ⁸

Entonces, ¿por qué algunos son cautivados por el asombro de un amor y se descubren amados e incluso colmados de amor? ¿Por qué otros tienen la impresión de ser abandonados, apenas amados por lo que ellos son? ⁹

Cada ser humano tiene sed de ser amado y también de amar. Por algo el Evangelio nos alienta a no dejarnos encerrar en el aislamiento.

Ser escuchado derriba los obstáculos creados por las frustraciones del corazón, las heridas de un pasado más o menos lejano. Ser escuchado, es el comienzo de una curación del alma. ¹⁰

Aparece el soplo de una confianza... Y se entreabre la puerta de una libertad.

Si en el ser humano existen fragilidades, hay también en él una insondable sed de libertad.

Como la más bella de las medallas, la libertad puede tener un reverso.

¿Qué sería de una libertad cuyo uso egocéntrico mermara la libertad de los demás? La libertad está íntimamente vinculada al perdón y a la reconciliación. ¹¹

Ahí también Cristo invita a un humilde arrepentimiento. Y ¿qué expresa un arrepentimiento? Es un impulso de confianza por el que depositamos en él nuestras faltas, abandonándonos a él en el silencio y en el amor.

Jesús fue hombre. Conoce la aspiración humana a una paz en su interior.

Y, antes de dejar a los suyos, les asegura que recibirán un consuelo. ¹²

¿Habrá en nosotros un abismo de temores, de dudas, o de aislamiento?

¡Alegría! ¡Alegría en el alma! En nosotros, el abismo de inquietudes llama a otro abismo, la inagotable compasión de su amor. ¹³

Y qué asombro: tan cerca estaba la confianza y con frecuencia lo ignorábamos. ¹⁴

Cristo Jesús nunca nos abandona a la angustia de una soledad, donde no habría sino tiniebla, melancolía y tristeza.

Desde su resurrección, su presencia se concreta a través de una comunión mística y visible, esa comunión de amor que es el Cuerpo de Cristo, su Iglesia.

Realizarse en esta comunión presupone una sencillez de corazón y de vida. Sin esa sencillez, ¿cómo caminar con la confianza puesta en Cristo?

Y la Iglesia, ¿acaso no entra hoy en un periodo de simplificación? De ello depende su credibilidad, sobre todo cuando, en ciertas regiones del mundo, se produce un alejamiento de la fe.

Una confianza en Cristo no se comunica a golpe de argumentos que, queriendo persuadir a toda costa, llegan a suscitar una inquietud e incluso el miedo.

En las generaciones jóvenes, hay quienes se mantienen alejados de esta comunión que es la Iglesia. Y surge la pregunta: ¿son también ellos víctimas de rupturas antiguas o muy recientes?

¿Acaso la urgencia de hoy no es reconciliarse por amor? Y cuando es Cristo quien llama, ¿quién puede negarse? ¿Quién puede olvidar su palabra: sin demora, reconcílate? ¹⁵

¿Tendremos lo suficientemente grande el corazón, la imaginación abierta y el amor ardiente para entrar en este camino del Evangelio: sin un día de retraso, vivir reconciliados? ¹⁶

Cuando la Iglesia escucha, sana, reconcilia, llega a ser lo que es en lo más luminoso de ella misma, límpido reflejo de un amor y, más todavía,... abismo de consuelo. ¹⁷

Nunca distante, jamás a la defensiva, liberada de severidades, la Iglesia puede irradiar la humilde confianza de la fe hasta en nuestros corazones humanos.

Una luz del Evangelio, por tenue que sea, irrumpe en nuestras oscuridades. ¹⁸ Es fuego, es Espíritu. Permite vivir de Cristo en uno mismo y para los demás.

En este periodo de la historia, la conciencia cristiana conoce un despertar sin precedentes ante el sufrimiento humano.

En todas partes, a lo largo del mundo, hay cristianos que dan su vida. Buscan estar presentes en las evoluciones cada vez más rápidas de la sociedad. En presencia de transformaciones tan aceleradas, un asombro aparece: el asombro de todo lo que resulta posible por amor. Allí donde viven, esos cristianos asumen a menudo responsabilidades muy concretas. ¹⁹

En extensas regiones del mundo, la medida económica del hombre es lo que cuenta por encima de todo, y la preocupación por enriquecerse con el mercado prevalece.

La conciencia de numerosos cristianos no puede satisfacerse con un crecimiento económico del que tan sólo se beneficia una parte de la población de un país.

Desde los apóstoles, la Virgen María y los creyentes de los primeros tiempos, ha habido una llamada a vivir con gran sencillez.

Una de las límpidas alegrías del Evangelio es la de avanzar, ahora y siempre, hacia una sencillez de corazón que genere una sencillez de vida.

Atentos a la construcción de la familia humana, ¿cómo ignorar que cada pueblo tiene su propio ingenio? ²⁰ Y que, sobre la tierra, tantos pueblos son hoy en día como la misteriosa figura del "servidor sufriente" ²¹ humillados, maltratados, sin nada que atraiga la atención, son ellos quienes cargan con nuestras enfermedades. ²²

Donde quiera que estemos, el Resucitado nos busca infatigablemente y siempre viene a nosotros. ¿Le escuchamos cuando llama a nuestra puerta y nos dice: ¡ven y sígueme! ²³

Con casi nada, ante todo por el don de nuestra vida, Cristo espera que sean perceptibles en nosotros el fuego y el Espíritu. ²⁴

Por pobres que seamos, no apaguemos el fuego, no apaguemos el Espíritu. ²⁵ En ellos se alumbra el asombro de un amor.

Y la muy humilde confianza de la fe se transmite como el fuego, de uno a otro.

Notas

1 Juan 11.35-36.

2 "No hay violencia en Dios. Dios ha enviado a Cristo no para acusarnos sino para llamarnos a Él, no para juzgarnos sino porque nos ama." (Carta a Diognete, s.II) Sobre la tierra, hay violencias físicas, la guerra, la tortura, el crimen... Hay también otras violencias, las que se disimulan en los entresijos de las desconfianzas y de las artimañas, en la sospecha, la humillación, una promesa no cumplida...

3 Un teólogo ortodoxo de Bucarest, fallecido en 1993, el Padre Staniloae, que conoció la prisión política, escribió palabras tan esenciales que quisiéramos saberlas de memoria: "Busqué a Dios en los seres humanos de mi pueblo, después en los libros y en las ideas. Sin embargo eso no me daba ni paz ni amor. Un día, descubrí, leyendo a los Padres de la Iglesia, que era posible encontrar a Dios en la oración. Progresivamente comprendí que Dios estaba cerca, que me amaba y que, colmado por Su amor, mi corazón se abría a los demás. Comprendí que el amor era una comunión, con Dios y con el otro. Sin esta comunión, no hay sino tristeza y desolación."

4 En las profundidades del ser humano, hay una parcela de sí mismo que permanece sólida, inquebrantable como la roca.

5 I Reyes 19.3-13.

6 ¡Felices los que viven en la confianza del corazón, porque verán a Dios! ¿Cómo le verán? Al igual que María que, atenta, "conservaba todas las cosas en su corazón" (Lucas 2.19, 51) y veía a Dios con una mirada interior. El Espíritu Santo puede suscitar una visión, pero no es la aparición de una persona conocida o desconocida como si estuviera a nuestro lado. Es una imagen tomada del interior de uno mismo, lo bastante clara como para que podamos "ver" a un ser amado o venerado, como si estuviera presente. Es posible amar a Cristo hasta el punto de tener una visión así, suscitada por el Espíritu Santo. Sin embargo, ¿qué son visiones o éxtasis ante un gesto de amor, de perdón, de reconciliación?

7 Tomar a un niño de la mano, ir a rezar con él en una iglesia... puede despertar al niño al misterio de la fe. Esto también es posible en casa. En el s.IV, san Juan Crisóstomo escribía: "La casa es una pequeña iglesia". Hoy en día, en sociedades secularizadas, es bueno que

nuestros hogares dejen entrever la invisible presencia a través de algunos símbolos de Cristo. En una vivienda, resulta posible arreglar un rincón, por pequeño que sea, para la oración, con un icono, una vela... Claro está, hacer del hogar una pequeña iglesia, una "ecclesiola", supone no replegarse en ella entre unos cuantos y no olvidar la dimensión universal de la Iglesia.

8 La fe puede volver a aparecer en la edad adulta en quienes, de niños, rezaron con alguien cercano. Cuando, al contrario, hay un vacío desde la más tierna infancia, puede ocurrir que ese vacío se llene como puede, con los diversos elementos que se presentan. ¿Cómo tendrá el niño la madurez suficiente para elegir entre todos esos elementos?

9 A causa de diversos acontecimientos, un niño puede experimentar un sentimiento de desamparo y nace en su interior la súplica de no ser abandonado. Algunos niños se sienten heridos debido a tensiones familiares, a explicaciones que los adultos dan en su presencia. Comprender a un niño, o a un joven, requiere mucho discernimiento. Con frecuencia, surge la pregunta: ¿habrá alguien que le ayude a atravesar el vacío que siente en el corazón de su corazón?

10 Ser escuchado por alguien que tenga una experiencia que le permita leer hasta debajo de las contradicciones del ser humano. La escucha no precisa de un método, sino de saber discernir los dones, las heridas, la sed de Dios, en los que se confían. Hay personas, con frecuencia mayores, capaces de escuchar, de comprender a los más jóvenes, de descargarles del peso de las inquietudes.

11 Incluso bajo las apariencias de un amor, resulta posible retener al otro cautivo en ese desierto que es el chantaje afectivo. Incluso en nombre de la libertad puede ejercerse una manipulación del otro.

12 Jesús dice a sus discípulos que, cuando les haya dejado, el Espíritu Santo será su consuelo, su apoyo. (Juan 14.16-18, 26-27) "Se llama a Dios el "Dios de la consolación", el "Dios de las misericordias", porque su continua preocupación es consolar, animar a los desgraciados y a los afligidos, incluso si han cometido miles de pecados." (san Juan Crisóstomo, s.IV)

13 "El abismo llama al abismo" (Salmo 42.8) Sintiendo como un vacío interior, hay quien llega a preguntarse: ¿dónde está Dios? En nosotros puede haber dudas, pero no por ello Dios nos ama menos. Cristo, el Resucitado, ¿no permanece al lado de todos, incluso de aquellos que no le conocen? Algunos cristianos se sienten completamente desconcertados cuando les dicen que su fe es como la proyección de una actitud inconscientemente infantil. La duda puede deslizarse en el alma. Sin embargo la duda no tiene nada de temible. La madurez de una vida interior ayuda a descubrir un pasaje que va desde la indecisión, o la duda, hasta la muy humilde confianza en Dios.

14 En la confianza en Dios, resulta conveniente referirse a ciertas realidades del Evangelio y recurrir a ellas en todo momento: "En todo la paz del corazón, la alegría, la sencillez, la misericordia". "Olvida en Cristo lo que asalta tu corazón". "Dios pone nuestro pasado en el corazón de Cristo y ya se ocupa de nuestro futuro".

15 Mateo 5.23-24. ¿Desaparecerá la esperanza de una reconciliación entre los cristianos, como la ola que recae? Quizás, pero ¿acaso Dios no abre siempre nuevos caminos? La reconciliación nace de dentro, del corazón de cada uno, de su propia vida. La vocación ecuménica de los bautizados supone ante todo ser creadores de una reconciliación que se concreta todos los días, cerca y lejos. Vivida en su propia persona, la reconciliación adquiere una credibilidad y puede desencadenar una reconciliación en esta comunión de amor que es la Iglesia. Lo que importa es vivir reconciliados. Los textos vendrán después. Dedicar excesivas

energías a los textos ¿no acaba por alejarnos de la realización concreta de la llamada del Evangelio: sin tardanza, reconcílate?

16 Son innumerables los cristianos que conocen una lucha interior, y a veces un sufrimiento, por ser portadores de paz en esta comunión de amor que es el Cuerpo de Cristo, su Iglesia. No son ingenuos ante los abusos que corroen la comunión. Podrían juzgar el endurecimiento de algunos. Lejos de dejarse arrastrar, buscan con toda su alma el silencio y el amor. Cuando expresan su espera, están atentos a no levantar barreras que separarían más todavía. Buscan todo lo que les conduzca a vivir reconciliados. Saben que, con el objeto de hacer posible la continuidad de Cristo en la familia humana, es esencial que aparezca la realidad de una comunión, de una Iglesia reconciliada, completamente habitada por la alegría, la sencillez y la misericordia.

17 A causa de las separaciones entre cristianos, algunos se encuentran en una situación en la que no pueden recibir la Eucaristía. Más que obcecarnos con esta dificultad, resulta posible dar el "pan bendito" a cada uno de los presentes en la celebración eucarística, a todos sin excepción, creyentes o no creyentes. Este gesto de acogida se refiere al relato de la multiplicación de los panes: un día, Cristo bendijo cinco panes y los repartió entre todos, sin distinción. (Mateo 14.13-21) Esto permite meditar sobre la maternidad de la Iglesia, que ha conseguido descubrir lo inesperado. Este gesto, procedente de la lejana historia de los cristianos de Oriente, ¿no aporta acaso una respuesta concreta en ciertas situaciones de hoy en día?

18 "Dios es luz, en El no hay tiniebla alguna." (1 Juan 1.5)

19 Entre los cristianos, son numerosos quienes rechazan aceptar todas las formas de exclusión, el paro, las grandes periferias desfavorecidas... Hay jóvenes y menos jóvenes e incluso personas de avanzada edad, que consagran una parte de su tiempo a un servicio benévolo para los demás, por ejemplo para estar al lado de los niños o de las personas mayores de su barrio. Los hay que apoyan este servicio recogiendo dinero, y está bien. Sin embargo, es deseable también que los jóvenes se comprometan benévolamente, sin buscar ayuda financiera. Entre unos cuantos, tres o cuatro, aportan una ayuda a los demás, poniendo en común los pocos recursos de que disponen.

20 Estamos en un periodo en el que domina una crisis de confianza en el ser humano. Particularmente sensible en Europa, nos sitúa ante un desafío: ¿qué responsabilidades podemos tomar para que nazca una nueva confianza indispensable para la construcción de Europa?

21 Ver Isaías 53.2-4, 7.

22 ¡Felices los que, en estos años, lo han dado todo por alcanzar la libertad de sus pueblos! ¿Quién sostendrá esas libertades, allí donde todavía son incipientes?

23 Ver Apocalipsis 3.20 y Marcos 10.21. Ir hasta el final del don de uno mismo a través de un sí para toda la vida, puede ser un apoyo para quien está atento a las continuidades de Cristo. Este sí fundamenta la libertad interior y es la realización de un sentido claro de la vida según el Evangelio: dar la vida por los demás. En el mundo, están muy presentes los que, por el don de su vida, reflejan sin saberlo una parte de la santidad de Cristo.

24 Juan Bautista anuncia que Cristo "bautizará con Espíritu Santo y fuego" (Mateo 3.11).

25 1 Tesalonicenses 5.19.

Elige amar

CARTA 1996

Traducida en 58 idiomas (de los cuales 23 son de Asia y 7 de África), esta carta ha sido escrita por el hermano Roger para el 18º encuentro europeo de jóvenes, que este año tiene lugar en Polonia (Wroclaw). Esta carta será meditada durante los ENCUENTROS EUROPEOS DE JÓVENES que tendrán lugar en Taizé, semana tras semana, durante todo el año 1996 y que reunirán a jóvenes de toda Europa, del Este y del Oeste, así como de otros continentes. La preparación de la carta se inició durante el período que el hermano Roger, con algunos hermanos, vivió en SUDÁFRICA, en mayo de 1995.

Como el almendro florece con las primeras luces de la primavera, un soplo de confianza hace que florezcan de nuevo los desiertos del corazón.¹

Alentado por ese soplo,² ¿quién no deseará aliviar el dolor y las pruebas humanas?

Incluso cuando nuestros pasos tropiezan en un sendero pedregoso, ¿quién no desearía realizar en su vida las palabras del Evangelio: “lo que hacéis al más pequeño, al más necesitado, es a mí mismo, Cristo, a quién se lo hacéis?”³

Un siglo después de Cristo, un creyente escribía: “Revístete de alegría... Purifica tu corazón de la dañina tristeza y vivirás para Dios.”⁴

El que vive para Dios elige amar. Asumir tal elección supone una vigilancia constante.

Una bondad sin límites puede irradiar en el corazón decidido a amar, y quisiera aliviar los sufrimientos que atormentan a quienes están cerca y lejos.

El que vive para Dios discierne una realidad inaudita: todos nosotros somos seres habitados por una presencia, la presencia con la que Cristo viene a inundar nuestra vida. Antes de su resurrección, él nos lo aseguró: “Os enviaré el Espíritu Santo, él permanecerá siempre en vosotros”⁵ ... No son unos instantes fugitivos, sino para siempre.

Lo que Cristo Jesús fue para los suyos en la tierra, hoy continúa siéndolo igualmente para nosotros.⁶ Cristo llega a ser nuestra vida.⁷ Y podemos abrirle nuestro corazón tal como es.

Entonces se desvela uno de los secretos del Evangelio: el presente y el futuro de nuestra existencia se juegan por entero en la confianza puesta en Cristo y en el Espíritu Santo.

Si ocurre que una bruma interior nos hace ir a la deriva lejos de la humilde confianza de la fe⁸, Cristo no nos abandona por ello. Nadie está excluido de su amor... ni de su perdón, ni de su presencia.

Y si en nosotros surgen desánimos e incluso dudas⁹, él no nos ama menos. Está ahí. Alumbra nuestros pasos... Y resuena incansablemente su llamada: “¡Ven y sígueme!”¹⁰

Seguirle con un corazón decidido, no es encender unos fuegos artificiales que dan un vivo fulgor y luego se apagan.

La confianza de la fe supone transparencia. ¿Podríamos sumir a alguien en la confusión por una exaltación de nuestra propia fe? Si la fe llegara a ser una pretensión espiritual, no conduciría a ninguna parte, llegaría a apagar la espera mística de nuestra alma.

Los tormentos suscitados por recuerdos recientes o lejanos pueden retener el soplo de una confianza. El evangelio nos sugiere no mirar hacia atrás¹¹, no quedarnos en nuestros fracasos, en lo que ha herido las profundidades de nuestra existencia.

La palabrería con uno mismo puede ser un estorbo para nuestra persona y alejarla de la paz del corazón. Marcado por impresiones contradictorias, puede ocurrir que, para salvaguardar una alegría del corazón, se tenga la audacia de decirse una y otra vez: “¡No dejes que mis tinieblas me hablen!”

Atreverse a orar, atreverse a cantar a Cristo hasta la alegría serena...¹² no una alegría cualquiera, sino la que viene directamente de las fuentes del evangelio.

¡A menudo no sabemos cómo rezar!¹³ Pero “el Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad”¹⁴. Suscita y sostiene la oración más de lo que suponemos. Reanima una unidad interior cuando estamos dispersos o desgarrados interiormente. Y comprendemos que no hay unidad interior sin la paz del corazón.

En su vida en la tierra, Jesús rezaba y su rostro se transfiguraba de luz.¹⁵ Suplicando, también rezó con lágrimas.¹⁶

En todos nosotros Dios realiza milagros, una curación del alma. Así, de nosotros depende salir de una “dañina tristeza” arrojando en el crisol de la oración la inquietud, la angustia, el miedo.¹⁷ Y la alegría del Evangelio, el espíritu de la alabanza, supondrán siempre por nuestra parte una decisión interior renovada en todo momento.

En presencia de la infinita compasión de Dios, lo íntimo de la persona está como cautivado y puede presentir una cercanía de la santidad de Cristo¹⁸.

¡Vivid reconciliados!

Descubrir una comunión de amor con Cristo nos induce a no mantenernos en el aislamiento.¹⁹

En esta comunión que es el cuerpo de Cristo, su Iglesia, Dios nunca nos someterá a condiciones inalcanzables. ¿Dónde estaría entonces su amor? Desde el momento en que existe el simple deseo de Dios, de Cristo, del Evangelio, aunque lo comprendamos poco, la fe ya ha comenzado su caminar en nosotros.²⁰

Cuando la Iglesia acoge con gran sencillez²¹, cuando está atenta a amar y a comprender el misterio de todo ser humano, llega a ser lo que ella es en lo más transparente de sí misma, luz de un amor.²²

Hoy, más de lo que imaginamos, en las nuevas generaciones son muy numerosos los que aspiran a una comunión en Dios²³ y viven de una clara confianza en Cristo. Pero una pregunta permanece: “¿por qué, en extensas regiones del mundo, multitud de jóvenes son indiferentes a la confianza de la fe y están ausentes de la oración en las iglesias?”²⁴

Entonces surgen en nosotros estas apremiantes cuestiones: ¿es posible dejar pasar un solo día sin buscar con toda nuestra alma el por qué de este alejamiento? Y, ante esta situación, atentos a la sencillez, ¿qué podemos vivir concretamente y desde ahora mismo, apoyándonos en esta comunión de amor que es el Cuerpo de Cristo, su Iglesia?

Hay una vocación a vivir reconciliados. ¿Somos conscientes de ello? Esta vocación llega a ser de una urgencia candente. En ella, se nos da realizar el Evangelio en su frescor primero.²⁵ Por una parte, vivir reconciliados permite a la comunión entre cristianos retomar siempre su sentido. Por otra, los cristianos pueden tomar más conciencia de que, en sociedades secularizadas, toda reconciliación resulta tan indispensable como el pan cotidiano.

El que consiente a tal vocación, irradia el Evangelio en la paz del corazón, y no sólo entre los creyentes, sino también entre los no creyentes.²⁶

En presencia del vacío que representa el alejamiento de innumerables cristianos, el Espíritu Santo hace que resplandezca una llama. Es asombro de un amor. Amor que nos libera de nuestros miedos. Sólo él nos lleva lejos, hasta una reconciliación.

Este fuego puede ser muy pequeño, pero la fe ilumina hasta nuestras oscuridades. E irrumpe el fuego del Espíritu Santo. Fuego que es misericordia.

Un misterio en la Iglesia no tiene otro camino que no sea buscar cómo abrir puertas de misericordia.

El futuro de la familia humana conocerá una apacible confianza mientras haya sobre la tierra hombres, mujeres, niños que amen, recen, y se atrevan a asumir riesgos dando su vida a causa de Cristo y del Evangelio.²⁷

Marcados por fracasos y decepciones, algunos no creen posible la transformación de la sociedad. Se preocupan, ante todo, por su futuro inmediato. Y se plantea una seria cuestión: ¿cómo ir hacia delante cuando el propio futuro está bloqueado?²⁸

Es fácil comprender que elegir amar es también estar atento a una de las pruebas de nuestro tiempo, el desempleo. ¿Cómo buscar la creación de condiciones de existencia viables para los excluidos, para los más desposeídos?²⁹

Si nuestros pasos se vuelven torpes y pesados, ¿discerniremos aún la flor del desierto? Ella se abre con la aurora, en las horas de los continuos recomienzos, cuando un soplo de confianza nos permite avanzar e ir lejos en el camino de una inagotable bondad.³⁰

Uno de los sentidos últimos de nuestra existencia es amar la vida sobre la tierra y, al mismo tiempo, esperar un más allá, una vida que nunca terminará.³¹

En nuestras sociedades a veces tan complejas³², el Evangelio deja transparentar la luz y nos dice: “Donde está tu tesoro, estará también tu corazón”³³.

¿Dónde está ese tesoro? Está en revestirse de la alegría y de la paz del corazón; y en torno a uno mismo la vida se vuelve bella.

Jesús, nuestra paz, si llegamos a perder la confianza, tú, el Resucitado, haces que resplandezca en nosotros una llama. Puede que sea muy pequeña, pero la fe ilumina ya nuestra propia noche, e irrumpe el fuego de Dios, el Espíritu Santo.

Jesús, nuestra paz, en tu Evangelio nos lo aseguras: “Os enviaré el Espíritu Santo, él permanecerá siempre en vosotros.” Haznos también capaces de arrojar en el crisol de la oración todo lo que nos retiene lejos de tu espíritu.

1 En mayo de 1995, un encuentro de jóvenes en Sudáfrica permitió comprender mejor la bella esperanza que surge en este país. Aunque totalmente desposeídos, hombres, mujeres y jóvenes de Sudáfrica pueden hacer mucho más de lo que ellos mismos piensan, para que haya más justicia y un mayor compartir.

2 En los años 70, en Occidente, se produjo un quebrantamiento de los valores espirituales, creándose un vacío. Un vacío puede llenarse con muchas cosas, incluso con las ideas más extrañas. Durante esos años, las sacudidas en la sociedad fueron a veces tan fuertes que hirieron la conciencia de algunos cristianos. Se emitieron tantos juicios definitivos, hubo tantas expresiones severas... Bajo esta presión, algunos llegaron a dejar de creer en el valor de lo que habían vivido hasta entonces. En aquella época, en Taizé nos decíamos: los cristianos no pueden ser “maestros de la inquietud” sino, más bien, “servidores de la confianza”. Así nació la idea de poner en marcha una “peregrinación de confianza a través de la tierra”.

3 Ver Mateo 25, 40

4 Hermas, siglo II

5 Juan 14, 16 y 16,7

6 Hebreos 13, 8 y Mateo 28, 20

7 Gálatas 2, 20 y Colosenses 3, 3-4

8 Tanto para la persona más carente de conocimientos, como para la más erudita, la fe sigue siendo una muy humilde confianza en Cristo, en el Espíritu Santo. Es en primer lugar en el corazón, esto es, en las profundidades de uno mismo, donde se recibe la llamada del Evangelio.

9 La duda puede surgir en toda vida. Pero la duda no tiene nada de temible. Incluso cuando Jesús estaba en la tierra, había, junto a él, quienes dudaban. Un creyente le dijo: “Creo...” esto es “Confío en ti”, pero inmediatamente añadió: “Ven en ayuda de mi incredulidad.” (Marcos 9, 24)

10 Marcos 10, 21

11 Lucas 9, 62

12 Efesios 5, 19-20

13 A veces, para rezar una o varias palabras pueden ser suficientes. Entre los cristianos de Oriente, hay quienes se apegan a la oración del Nombre de Jesús, repetir una y otra vez simplemente el nombre de Jesús, colma una comunión. Hay oraciones breves que, cantadas hasta el infinito, tienen la capacidad de disipar las nubes que ensombrecen: “Cristo Jesús, no dejes que me hablen mis tinieblas, haz que acoja tu amor.” (Oración escrita por San Agustín hacia el año 400) Hay quienes repiten con frecuencia esta antigua oración: “Nada te turbe, sólo Dios basta.” O bien, rezan diciendo: “¡En ti, Cristo, la paz del corazón!” Algunos rezan arrodillados, otros con las manos juntas o con las manos levantadas, o incluso, como los discípulos de Jesús al final del Evangelio de Lucas, con la frente en el suelo. (Ver Lucas 24, 52)

14 Romanos 8, 26

15 Lucas 9, 29

16 Hebreos 5, 7. Al final de su vida, Jesús deja que brote de sus labios una oración de confianza que nosotros también podemos decir: “En tus manos pongo mi espíritu” (Lucas 23, 46), esto es: “En tus manos pongo toda mi vida.”

17 Filipenses 4, 6-7 y I Pedro 5, 7

18 Son muchos en la tierra los que, sin saberlo y quizás sin atreverse a creerlo, reflejan la santidad de Cristo.

19 Cuando los jóvenes pueden unirse a la celebración de una comunidad local, de una parroquia, renuevan una esperanza en las generaciones de los mayores. Muchos esperan que las comunidades parroquiales sean lugares de oración donde el misterio de Dios resulte inmediatamente perceptible, nunca ahogado por un exceso de palabras. ¿Podrían los jóvenes preparar los viernes por la noche, al menos dos veces cada mes, una oración en una iglesia, muy sencilla, pero con la belleza de los cantos? Mantener un espacio de silencio abre a una comunión con Cristo y con el Espíritu Santo (un momento de silencio basta, varios resultan pesados). En sociedades secularizadas, también es bueno que nuestras casas dejen entrever la invisible presencia a través de algunos símbolos de Cristo. En una casa, se puede preparar un rincón, por muy pequeño que sea, para la oración, con un icono, una vela...

20 Un joven de 17 años escribió un día en Taizé: “Nunca tuve la ocasión de plantearme preguntas sobre la fe antes de los 13 ó 14 años. Hoy, me hago preguntas. He leído la Biblia, pero me ha parecido difícil de comprender. Asistí dos o tres veces a una eucaristía y nunca me he emocionado tanto en mi vida. Me pareció que fui tocado por la gracia de Dios. A partir de ese momento, comencé a creer y, un día, sentí la necesidad de encontrar a alguien que me hiciera comprender la fe.

21 La sencillez, tanto en la vida de la Iglesia como en la vida personal, nunca es rigorismo glacial o morosidad. El espíritu de sencillez se transparenta en una alegría serena, un gozo del corazón. Simplificar invita a disponer lo poco que se tiene con armonía.

22 Si quienes están llamados a hablar del Evangelio o a expresar una oración ante los demás pudieran decirse a ellos mismos: “¡Qué tu oración y tu palabra no contenga nunca una amenaza en nombre de Dios!” Dios es amor. El no se impone a los seres humanos a través del miedo. Incluso cuando Cristo era maltratado, no amenazaba a nadie. (Ver I Pedro 2, 23)

23 Entre los jóvenes, algunos prestan cada vez más atención a la oración y a las fuentes de la fe. Muchos aspiran a una unidad interior y a la paz del corazón. Tienen sed de una oración común en la que no esté ausente una espera contemplativa.

24 Para algunos jóvenes, ir a la parroquia resulta una opción delicada. Entonces es esencial que se les confíe bellas responsabilidades para comunicar a Cristo, y que los mayores permanezcan muy atentos a esta colaboración.

25 Este frescor del Evangelio no sintoniza con las polémicas que dejan un gusto de amargura y de suficiencia.

26 Sintiendo un vacío interior, algunos se preguntan: “¿Dónde está Dios?” (Salmo 42, 4) Sin embargo, Cristo, el Resucitado, ¿no está acaso cerca de todos, incluso de quienes lo ignoran? (Ver I Pedro 3, 18-20) ¿No es visitado todo ser humano por el Espíritu de Dios? (Ver Joel 3, 1)

27 Numerosos son los que quisieran prepararse para asumir responsabilidades con objeto de participar en la construcción de una Europa pacificada, reconciliada, donde la tolerancia sea una realidad clara. Quienes ponen todo en marcha para suscitar reconciliaciones abren perspectivas incalculables para el futuro de la familia europea. Los jóvenes de otros continentes que también vienen a Taizé, se plantean la misma cuestión en lo que concierne a la región en la que viven.

28 No todos ellos son forzosamente indiferentes al futuro de la familia humana. Muchos están afectados por sufrimientos cercanos o lejanos. Pero, bajo su punto de vista, buscar cómo mejorar la sociedad sería exponerse de antemano a una decepción. Según ellos, más valdría abstenerse y permanecer al margen.

29 En este período de la historia, son tantos los jóvenes creyentes que son conscientes de que la fe no los hace irresponsables. Buscan cómo hacer la tierra más habitable, por ejemplo, a través de compromisos humanitarios y de responsabilidades a veces muy sencillas pero muy concretas. La conciencia cristiana conoce un despertar sin precedentes ante el sufrimiento en el mundo. Son numerosos los que, junto a los olvidados de la tierra, los excluidos, los desposeídos, los perseguidos, buscan soluciones.

30 ¡Felices los que viven en la confianza de la fe, ellos verán a Dios! ¿Cómo le verán? Como María que, atenta, “guardaba todas las cosas en su corazón” (Lucas 2, 19; 51) y veía a Dios con una mirada interior.

31 Filipenses 1, 21-25

32 Donde quiera que estemos en la tierra, nos vemos inmersos en sociedades complejas y a veces estremecidas. La Iglesia, inserta en la sociedad, puede verse también sacudida. Entonces recordamos que, en el Evangelio, Cristo dice: “¡No andéis preocupados!” (Ver Mateo 6, 25-34) ¡No resulta evidente cómo poner en práctica estas palabras! No inquietarse no significa ser ingenuo. Cristo no dijo: “¡No seáis lúcidos!” El Evangelio invita a un discernimiento. (Ver Mateo 10, 16)

33 Mateo 6, 21

Pasión de una entrega

CARTA 1997

En tus oscuridades se enciende un fuego que no se apaga jamás.

Tú que querías ser portador de un fuego hasta en las noches de la humanidad, ¿dejarás crecer dentro de ti una vida interior que no tenga comienzo ni fin? Esta vida interior es una tierra de fuego. Incluso oculta bajo las cenizas, enciende la pasión de una espera.

Lo que más cautiva de tu existencia es el continuo desarrollo de una vida así dentro de ti. Ahí está la aventura humana más inaudita.

Si la confianza del corazón estuviera en el principio de todo... si ella precediera toda acción pequeña o grande... tú irías lejos, muy lejos. Percibirías personas y acontecimientos, no con esta inquietud que te aísla y que no viene de Dios, sino desde una mirada interior de paz. Y así llegarías a ser un fermento de confianza y de paz hasta en los desiertos de la comunidad humana, incluso allí donde se desgarran.

Por toda la tierra, muchos otros contigo, creyentes o no creyentes, buscan ya ser levadura de confianza entre los pueblos. Aspirando a una curación de los desgarrones entre el Sur y el Norte, entre el Este y el Oeste, se levantan entre los seres humanos como signos de lo inesperado.

Se les reconoce. Se han construido en horas de pruebas incomprensibles. Contra viento y marea, perseveran a pesar de los inmovilismos.

Toda criatura humana conoce los desiertos del miedo. Pero, dondequiera que estés, Cristo susurra en ti: "Confianza del corazón... reposa en paz sólo en Dios. ¿Tienes miedo? Estoy aquí."

En el silencio interior, descubre su paz. Él la ofrece en toda situación, en el tumulto de una muchedumbre, en la labor más exigente...

Pero tú dirás, mi medio de trabajo, un ambiente de duda, todo un pasado me llevan tan lejos de la fe en Dios...

La fe no es teoría. Incluso cuando Dios permanece incomprensible, lo esencial no está en comprender primero a Dios, sino en darle tu confianza.

Y un día ya no faltan palabras para expresar tal reflejo de este misterio indescriptible que es Dios. Disciernes los contornos. Lo conoces a través de Cristo Jesús: Él es la transparencia de Dios.

La confianza del corazón, que procede de la fe, no consiste en ver lo maravilloso por todas partes, como si tuviera un poder mágico.

A menudo, retenida en las profundidades de ti mismo, esta confianza necesita escalar todo tu ser, como si tuviera que remontar desde lo más recóndito hacia la conciencia clara.

En cada instante, encomiéndate al Espíritu Santo; y cuando lo olvides, abandónate de nuevo. En el silencio del corazón, e incluso en tus desiertos, algunas veces a través de una sola palabra el Espíritu Santo te habla.

Cuando tus esperanzas sean defraudadas ¿te dejarás sumergir por el desánimo y la duda? El Resucitado está ahí. Él quema tus pruebas interiores, tus propias entrañas. Incluso las piedras de tu corazón pueden, por él, volverse incandescentes, luz de la oscuridad.

En cada ser existe una capacidad espiritual que no procede de sí mismo. Puede rehuirla, rechazarla, pero ella está siempre ahí. No se aparta nunca; es una fuente de confianza depositada por el Espíritu del Dios vivo. Es la pasión de una espera. De ahí brota todo.

Si fuera posible sondear un corazón, el asombro estaría en descubrir, en lo más hondo, una espera, la silenciosa espera de un amor.

Cuando te creas poco amado, poco comprendido, Cristo Jesús te dice sin cesar: "¿Lo sabes? Yo te he amado primero. ¿Tú me amas?" Y balbuceas tu respuesta: "A ti, Jesús, yo te amo, quizá no como quisiera, pero te amo."

Una vida dentro de ti. Es también un poema del espíritu de Dios, realización de una esperanza.

Cristo resucitado, hoy, mañana y siempre, tu Espíritu nos habita.

Algunas veces nos parece que comprendemos tan poca cosa... Pero mantenernos en tu presencia, dondequiera que estemos, es rezar. Y quizá cerca de ti, Cristo, a menudo el silencio es el todo de la oración.

Entonces presentimos que, a través de la existencia, avanzamos cuando nuestra confianza en ti precede a todos nuestros actos, cuando la confianza del corazón está en el principio de todo.

El traumatismo más fuerte de nuestro tiempo

El que aspira a vivir el “sermón de la montaña” querría llegar a ser el compañero de los pobres. Pero, ¿dónde están los pobres? En todas las partes a lo largo de la tierra.

En muchos sitios del mundo, como en Calcuta, hay moribundos visibles... En una civilización occidental, numerosos jóvenes son verdaderos moribundos invisibles. Exteriormente se parecen a todos los demás: estudian, aprenden un oficio y trabajan, pero no saben dónde echar sus raíces.

Incluso estando sedientos de una vida espiritual, muchos jóvenes se ven invadidos por una duda sutil. Los proyectos de sociedad, elaborados por las generaciones precedentes, les desconciertan. Algunos han sido marcados por los abandonos humanos, alcanzados hasta en sus profundidades por fisuras, las rupturas familiares. Ya no saben para qué existir, se preguntan si la vida tiene aún un sentido. Ellos son también los pobres de la tierra.

Un joven de Nueva York decía de la parábola de hijo pródigo: “En mi familia no es el hijo el que se ha ido, es el padre el que nos ha dejado”.

Hay padres que aún atendiendo a las necesidades materiales, son los grandes ausentes en la relación con sus hijos.

En Occidente, el corazón de muchos jóvenes y de otros menos jóvenes se muere de abandono.

Sí, los abandonos humanos son el traumatismo más fuerte, la herida más profunda de nuestro tiempo.

Rupturas generacionales, situaciones trastornadas. En Occidente hay personas de edad que, sin que materialmente les falte nada, terminan sus vidas en el aislamiento, como si no tuvieran otra cosa que hacer más que esperar la muerte.

Tantas mujeres y hombres de edad avanzada que piensan que ya no valen, que no han hecho nada. Y sin embargo saben escuchar sin juzgar, y comprenden todo de los demás.

Saben amar; saben sufrir. En ellos está la confianza límpida. ¿Quién besará sus gastadas manos para darles las gracias por haber preparado los caminos?

En todas las edades, Dios confía alguno o algunos para escucharles y acompañarles hasta las fuentes del Dios vivo.

Tales fuentes vienen de Dios, nadie puede crearlas. El que quisiera hacerlo no conduciría hacia Dios sino hacia sí mismo. Esta actitud tiene un poder de confusión. Para el evangelio no hay maestros espirituales.

Para el que acompaña a otros hacia las fuentes, esta palabra se vuelve ardiente: lo que hagáis a uno de éstos, mis hermanos más pequeños, es a mí, a Cristo, a quién se lo hacéis.

Espíritu del Dios vivo, cuando la duda y las indecisiones para acogerte parecerían sumergirlo todo tú estás allí presente.

Tú reanimas el fuego que dentro de nosotros arde bajo las cenizas. Este fuego lo enciendes con nuestras propias espinas, con lo que nos duele de nosotros mismos y de los demás, hasta tal punto que, incluso las piedras de nuestro corazón, por ti, pueden volverse incandescentes, luz en nuestras tinieblas y aurora en nuestra oscuridad.

En una brisa silenciosa

Pronto hará tres mil años que un creyente llamado Elías tuvo la intuición de que Dios habla en el desierto y que una silenciosa confianza que brota del corazón está al principio de todo.

Su pueblo se entrega a toda clase de creencias, sin importarles nada las formas. La fe desaparecía. Esta tendencia se repite a lo largo de la historia de la humanidad: todo, excepto el Dios vivo.

Elías hizo lo imposible para hacerse entender, y no lo consiguió. Desanimado, no pudiendo más, pide a Dios que lo deje morir.

Un día Elías es llamado a ir al desierto del monte Sinaí para escuchar a Dios. En el Sinaí, un huracán se desencadena, seguido por un terremoto; después un fuego violento. Pero Elías comprende que Dios no se manifiesta en estos estallidos de la naturaleza.

Quizás fue una de las primeras veces que, en la historia, se escribe una intuición tan clara: Dios no se impone por la violencia, no se expresa a través de medios poderosos que dan miedo. Hoy, como ayer, Dios no es el autor de la guerra, de los cataclismos, de las desgracias, del sufrimiento humano.

Después, en el Sinaí, todo recobra su calma. Entonces Elías oye a Dios como en un susurro. Y se le manifiesta esta realidad sobrecogedora: a menudo la voz de Dios pasa por una brisa silenciosa.

Dios no quiere nunca imponerse a nadie.

Dios no pide que forcemos las manifestaciones del Espíritu, porque eso sería encender fuegos artificiales sin ningún porvenir. El que se entrega a un juego así cree percibir a Dios, cuando lo que ve no es más que una proyección de su propio yo. Querer llevar a otros hacia experiencias forzadas del Espíritu de Dios, sería conducirlos hacia lo ilusorio, incluso hacia un abismo.

Hoy como ayer, su voz jamás calla. A menudo se la puede escuchar como en una brisa silenciosa.

¿El aparente silencio de Dios ocultaría una comunión, donde “el abismo llama al Abismo”? El ser humano no tiene fondo, ¡hay en él como un abismo! Pero Dios ya está ahí, en él.

¡Dichoso el limpio de corazón! Descubre que incluso bajo los silencios del evangelio, el mayor misterio que puede haber es el de la presencia continua de Jesús, el Resucitado, ofrecida a toda criatura humana.

En todo, el silencio interior. Incluso cuando Cristo Jesús desaparece en nosotros, él está presente.

Hay quienes, a lo largo de una vida, piensan que no saben rezar. ¿Lo ignoran? Ellos son visitados. En la gloria del silencio de Dios, en un susurro, Dios habla humildemente. Mantenerse en silencio en su presencia, para acoger su espíritu, es ya rezar.

Aunque a veces nuestra oración no sea más que un pobre balbuceo, eso no es lo más importante. Las realidades del reino no se miden. En cierto sentido, es quizá mejor así: alegrémonos de que, por ello, Dios nos da la humildad.

Y Dios comprende todos los lenguajes humanos. Él comprende nuestras palabras, pero comprende también nuestros silencios. Y el silencio es a veces el todo de la oración.

No lograr un silencio interior a cualquier precio, suscitando en sí como un vacío, acallando imaginación y reflexión.

En la oración, reflexiones e imágenes atraviesan el espíritu. Quizá sean necesarias para los equilibrios interiores. A quien se sorprenda diciendo: “Mis pensamientos se pierden mi corazón se dispersa”, el Evangelio responde: Dios es más grande que tu corazón.

Es inútil imponerse a sí mismo o a los otros métodos para forzar el silencio interior. El conocimiento de ciertos principios para sostener el cuerpo y la respiración es a veces necesario. Pero de ahí a erigirlos en recetas o en querer hacer escuela hay un buen margen.

Cuando la oración está sometida a una técnica, el ser humano construye a partir de sí mismo. Todo sistema, incluido el misticismo, corre el riesgo de alcanzar un Dios fabricado por las proyecciones humanas.

Dichoso el limpio de corazón porque verá a Dios. En cada uno, el reino interior no tiene principio ni fin.

Espíritu de Cristo Resucitado, tú sabes cuál es la intención de nuestro corazón, tú penetras nuestras profundidades, tú miras y discernes una espera.

Lejos de detenernos en los repliegues interiores y enterrar los dones recibidos de tu mano, querríamos, cada día, disponernos para acoger la fe, esta confianza en tu misteriosa presencia.

Tú, el Dios vivo, concédenos escucharte. Tú nos hablas con una infinita discreción. Muy a menudo, tu voz se siente como en una brisa silenciosa.

Un sí que arriesga

Si la confianza del corazón estuviera en el principio de todo... por ella estaríamos dispuestos a la audacia de un sí para toda la vida.

En el evangelio, Jesús, el Cristo, habla de un joven que es llamado para ir a trabajar a una viña. Este joven responde: "No, no iré." Luego se retracta y va. Es el sí.

Otro escucha la misma llamada y responde: "Iré." Pero no va. Su sí ha sido un fuego de paja.

En este relato evangélico, se habla de un sí muy serio, un sí para ir siguiendo a Cristo durante toda la vida.

La audacia de un sí se encuentra, para algunos, en su respuesta a la llamada de Cristo en la fidelidad del matrimonio.

En este período en que se producen tantas rupturas familiares, los que optan por el matrimonio, ¿asumirán el desafío de perseverar hasta el último aliento? Esta perseverancia es el reflejo de la fidelidad del mismo Cristo.

Cuántos niños se han visto marcados por los abandonos humanos. Y han perdido la esencial confianza para existir. En cuántos jóvenes las rupturas familiares han herido la inocencia de la infancia o de la adolescencia. Al no haber podido dar su confianza a quienes les habían transmitido la vida, la confianza en Dios se oscurece. Ellos conocen los desiertos del corazón.

Las rupturas afectivas: ¡nada desgarrar tanto! Y aparecen los desencantos, la interrogación escéptica: ¿Para qué existir? Sin amor ¿tiene sentido la vida?

¿Se convertirá, cada hogar, en una "pequeña iglesia de Dios", una "iglesia doméstica", un lugar de acogida, de oración, de fidelidad y de compasión para todos aquellos que están alrededor?

También Cristo llama a otros a seguirle con un sí, durante toda una vida, en el celibato.

Quien se ponga a pensar que este sí compromete toda la existencia puede tener miedo. Se presenta la inmensidad de lo desconocido. Toda una vida ante sí: ¿Cómo podré resistir? ¿Quién está construido interiormente para un don semejante de sí mismo? En un primer momento surge la vacilación y el no, en un sobresalto casi inherente a la condición humana.

Pero he aquí que un día sobreviene el asombro de encontrarse en marcha siguiendo a Cristo: un sí fue depositado por el Espíritu de Dios en lo más recóndito del ser, en lo que denominamos el inconsciente humano.

Al dejar ascender este sí de las profundidades de uno mismo, es posible decir: sí, quiero.

Lo que más cautiva en este relato evangélico es que el joven empezó diciendo que no. Dios, que no se impone nunca, no quiso forzar sus labios.

Pero el joven comprendió que su rechazo era en él como una alienación. Si decía que no, ya no era consecuente con lo que le habitaba, el Espíritu de Dios que, en sus profundidades, decía sí, el mismo sí de María.

¿Puede imponerse una vocación de Dios no deseada hasta tal punto que haya que asumirla un día? El profeta Jeremías escribía de su propia experiencia: "Me decía: no pensaré más en Dios, no hablaré nunca en su nombre. Pero había en mí, en lo más profundo de mi ser, como un fuego devorador. Yo quería retenerlo, pero no pude."

Un sí a causa de Cristo conlleva un riesgo. Te coloca en la imposibilidad de huir de ti mismo y de las solidaridades esenciales.

Este sí a veces nos agita. Y nunca es cómodo verse sacudido; la condición humana tiene fragilidades que no admiten las conmociones.

Este sí te mantiene en vilo. Te mantiene con los ojos abiertos. ¿Podría este sí adormilarse e incluso dormirse? ¿Podría huir de Cristo en la comunión de su Cuerpo, la Iglesia sacudida por todas partes, y huir de un mundo surcado de pruebas?

Este sí para toda la vida es un fuego. Es un desafío. Arde el fuego sin extinguirse. Y el sí se abrasa en el interior.

Este sí es un riesgo. No puede ser de otro modo.

Si la confianza del corazón estuviera en el comienzo de todo...

Señor Cristo, para el que escucha tu llamada a pronunciar el sí de toda una vida, puede surgir la indecisión y el miedo.

Pero he aquí que tú has depositado este sí en el fondo de lo más inconsciente de nuestro ser. Y un día llega el asombro de encontrarse en el camino avanzando en tu seguimiento.

Este sí mantiene en vilo. ¿Cómo adormecerse cuando la Iglesia está sacudida por todas partes y el mundo está surcado de pruebas?

Este sí conlleva un riesgo. Pero tú lo ofreces para siempre, y está en cada uno.

Una parábola de comunión

Frente a la urgencia de una presencia evangélica en el corazón de la familia humana, somos conscientes de la desproporción existente entre nuestra comunidad y los amplios horizontes que se abren en vísperas de un nuevo milenio.

¿Qué eres tú, pequeña comunidad? ¿Un instrumento de eficacia?

No. Nunca. Por muy hermoso que sea.

¿Un grupo de hombres reunidos para ser humanamente más fuertes con vistas a realizar su propio proyecto?

Tampoco.

¿Llevaríamos una vida común para, juntos, encontrarnos a gusto?

No. La comunidad llegaría entonces a tener su fin en sí misma, y esto nos llevaría a crear pequeños nidos. ¿Ser felices juntos? Sí, desde luego, pero en la ofrenda de nuestras vidas.

¿Quién eres tú, pequeña comunidad, repartida por distintos lugares del mundo?

Una parábola de comunión, un simple reflejo de esta única comunión que es el cuerpo de Cristo, su Iglesia, y por ello también un fermento en la familia humana.

¿A qué estás llamada?

En nuestra vida común sólo es posible avanzar redescubriendo una y otra vez el milagro del amor en el perdón diario, en la confianza del corazón y en una mirada de paz dirigida hacia los que nos son confiados... Alejándose del milagro del amor todo se pierde, todo se disipa.

¿Cuál puede ser para ti, pequeña comunidad, el designio de Dios?

Llegar a ser una comunidad viva buscando cómo acercarse a la santidad de Cristo.

Tanto en Taizé como en una fraternidad, cada hermano participa de la misma parábola de comunión. Más por la perseverancia del ser que por la del actuar, más por lo que él es que por lo que hace. Así, las pequeñas fidelidades cotidianas preparan y sostienen las fuertes continuidades de toda la existencia.

En nuestro caminar nos vemos siempre abocados a correr riesgos. Nuestra vocación nos expone a ellos. Sin embargo, nunca he dudado de la continuidad de nuestra comunidad. Se mantendrá. A través de dificultades, sin duda alguna, pero las superará.

Somos hombres que necesitan largas maduraciones, hombres trabajados hasta lo más profundo de sus ser por un continuo renacer de Dios.

Juntos tomamos conciencia del germinar de Dios que se realiza tanto en las oscuridades de la persona como en sus más evidentes aspiraciones.

Avanzar sin reparar en obstáculos, día a día, incluso cuando lo esencial no aparece ante nuestros propios ojos.

Buscar con inquebrantable resolución reconciliaciones entre los cristianos ¿no es acaso llegar a ser como una piedra viva en torno a la cual vienen a estrellarse las olas del entusiasmo o del escepticismo?

Huir de la vocación ecuménica por la reconciliación de los cristianos para colocarnos únicamente en los puntos neurálgicos del mundo contemporáneo pudiera resultar atractivo. A veces, en algunos no creyentes hay una gran lucidez, un vivo sentido de lo humano, una bondad. Entre ellos hemos podido respirar con más libertad que entre ciertos ambientes cristianos cerrados sobre sí mismos.

¿Por qué iba a asombrarse la comunidad de su sufrimiento en la Iglesia, a causa de su vocación por la reconciliación?... Siempre le queda abierto el camino de la sencillez, el de las bienaventuranzas.

Si nuestra comunidad (monástica en su esencia, aunque esta expresión tan cargada de historia, resulte de uso poco fácil) no estuviera profundamente enraizada en el cuerpo de Cristo, la Iglesia, si llegara a bastarse a sí misma, echaría por tierra su propia vocación, que es realizar el amor de una comunión.

El que sigue a Cristo, el que tiene la audacia de decir sí, elige amar. Incluso cuando sobreviene lo incomprensible, no consiente tomar distancia. Eso supondría quizá sufrir menos. Pero, en todo caso, sería protegerse y dejar que otros se expusieran en lugar de uno mismo.

Eterna pregunta desde hace veinte siglos, desde el comienzo de la Iglesia: ¿Por qué una relación con Cristo, vivida aisladamente, sin la comunión de su cuerpo, la Iglesia, conduce al creyente a replegarse sobre sí mismo, solo o con varios, adoptando actitudes individualistas?

Por su misma vida, Cristo aporta, con su transparencia, una respuesta. Lleva el nombre de santidad. Vino para todos, no para algunos privilegiados.

El que se acerca a la santidad de Cristo en esta única comunión de su cuerpo, la Iglesia, es conducido irremisiblemente, como un pobre de Dios, a buscar la transparencia, un rostro de niño, un corazón universal. Se convierte en fermento de reconciliación y hoy día, no podemos esperar un gran despertar de los cristianos sin una reconciliación.

Siguiéndote a ti, Cristo, elegimos no endurecer nuestro corazón sino amar, incluso cuando sobreviene lo incomprensible.

Tú quieres darnos todavía más: la paz de las bienaventuranzas. Esta paz está ahí, no lejos, sino muy cerca, y tú nos la ofreces desde la mirada de confianza que has depositado en nosotros.

Por tu espíritu infundes sobre nosotros la pasión de una espera, la espera de una comunión. ¿Cómo percibir sin ella la vocación a ser levadura en la masa de la comunidad humana?

A imagen de la Virgen María que, lejos de retener para ella misma a Jesús, su Hijo, lo ofrece al mundo, también nosotros querríamos darte lo que tú nos das.

La alegría de Dios sobre la tierra de los hombres

Hoy día son numerosos los cristianos que, con los no creyentes, intentan reducir el sufrimiento que hay sobre la tierra. Son numerosos los que ponen lo mejor de sus dones creadores allí donde existen abandonos humanos, la enfermedad, el hambre o una mísera vivienda. Comprenden la llamada de los pueblos “que viven en un país de sombras donde reina la muerte”. Y son fermento de confianza y de paz para salir de una espiral de odio y de miedo entre las personas y entre los pueblos. Esto es esencial.

Sin embargo, si los cristianos fuesen únicamente portadores de un testimonio moral o social, los no creyentes podrían decirse: “Ellos no proponen nada tan diferente de lo que yo mismo hago.”

En las sociedades secularizadas, los cristianos están llamados a situarse en ese punto en que la eternidad de Dios alcanza la comunidad humana y a dar signos de ello.

Desde las profundidades de la noche de la humanidad se eleva una secreta aspiración. Atrapados en los ritmos anónimos de los programas y los horarios, el hombre y la mujer contemporáneos, implícitamente, tienen sed de la realidad esencial: una vida interior, signos de lo invisible.

Cuando una oración común deje entrever sobre la tierra la alegría del cielo, la gente acude de todas partes para descubrir aquello de lo que inconscientemente, se estaba privado.

Nada lleva más a la comunión con Dios vivo que una amplia oración común, meditativa y accesible a todas las edades. Y dentro de ella esta cumbre de la oración que es el canto que no acaba nunca y que continúa luego en el silencio del corazón, cuando nos encontramos a solas. Los vientos pueden soplar, desecar a su paso, extender los desiertos... pero la sed no apagada encuentra sosiego.

Cuando el misterio de Dios se hace perceptible a través de la simple belleza de los símbolos, cuando no está sofocado por una sobrecarga de palabras, entonces una amplia oración común, lejos de destilar monotonía o aburrimiento, da paso a la alegría de Dios sobre la tierra de los hombres.

Y la presencia de todas las generaciones, desde los más ancianos hasta los niños, es un símbolo que habla por sí solo y deja entrever que no hay más que una sola familia humana.

En el siglo IV después de Cristo, san Juan Crisóstomo escribía: hay algunos cristianos que “hacen de su vivienda una Iglesia conduciendo a todo el mundo hacia la fe, y abriendo su casa a todos los extranjeros”. Y en otra parte añade: “No es poco hacer de su vivienda una pequeña Iglesia.”

Por minúscula que sea una vivienda, puede convertirse en un lugar de alegría serena donde acoger a otros y acompañarlos hasta las fuentes de la fe.

Cuando llega alguien ¿por qué no llevarlo hacia un rincón de la habitación preparado para la oración, como hacen los cristianos del Este?

Sí, toda vivienda, incluso la de una persona que vive sola, puede ser como una pequeña iglesia doméstica: cuando las sociedades se secularizan, puede dejar a entrever lo invisible a través de algunos símbolos sencillos que recuerden la presencia de Dios.

Tú, el Dios vivo, en nuestras oscuridades enciendes un fuego que nunca se apaga.

A través del espíritu de alabanza, tú nos sacas de nosotros mismos. A nosotros, los pobres de Dios, nos has confiado un misterio de esperanza.

En la fragilidad humana has depositado una fuerza espiritual que nunca se aleja. Incluso cuando lo ignoramos ella está ahí dispuesta a conducirnos hacia adelante.

Sí, en nuestras oscuridades tú enciendes un fuego que nunca se apaga.

Abandonarse en cuerpo y espíritu

Seis siglos antes de Cristo, un creyente llamado Ezequiel describe todo el proceso de su vida interior.

Cuando era joven escribía: ¡Qué nunca lleguéis a tropezar! Es el lenguaje de un hombre que aún no ha pasado por las fuertes experiencias de una vida. Y añade estas voluntariosas palabras: “Haceos un corazón y un espíritu nuevos.”

Más tarde, y después de toda una maduración, su lenguaje cambió. Dios le dijo: “Yo os daré un corazón y un espíritu nuevos; pondré en vosotros mi propio espíritu.”

En una vida de comunión con Dios, nada puede ser forzado. A veces, cuanto más queremos, menos podemos.

El que procura abandonarse a Dios en cuerpo y en espíritu se deja construir interiormente por algunas palabras muy sencillas del Evangelio, palabras que en un momento dado tocaron el fondo del alma. ¿Por qué no resumirlas en una breve recapitulación para que puedan resurgir en todo momento?

Esta recapitulación, pensada detenidamente, elaborada sin prisa, fruto de una lenta maduración, forjada la mayoría de las veces en las luchas, una vez descubierta, puede hacernos avanzar durante toda la vida.

No demasiadas palabras sino algunos valores esenciales del Evangelio, lo suficientemente sucintos y claros como para volver a ellos incansablemente. ¿Qué momentáneamente se olvidan? Podemos retomarlas en el instante mismo que aparecen en la conciencia.

Para el que se abandona al Espíritu del Dios vivo no fija su mirada en sus progresos o retrocesos. Como cuando se anda sobre una arista, él va hacia delante, olvidando lo que hay detrás. No intenta medir el imperceptible cambio interior. No sabe cómo, peor día y noche la semilla germina y crece.

Si hay una ascesis cristiana, ésta no surge de un voluntarismo ni de una moral de abstención. Tal ascesis, lejos de tener un fin en sí misma, es humilde respuesta a un amor.

Si es deseable rezar en momentos señalados, es por amor, no porque Dios obligue a ello: Dios nunca nos pone una cuerda al cuello para tirar de ella y forzar nuestro corazón.

No hay necesidad de inquietarse demasiado por saber qué privaciones imponerse. Vale más cumplir con sencillez lo que se nos pide cada instante. El corazón puede preferir, a veces, ciertas exigencias ideales en lugar de proseguir apaciblemente por el camino señalado.

Hay días en que la perseverancia resulta pesada. Peor sin ella se disipan los consentimientos. Esmerarse más en los tiempos de aridez que en los días en los que la fe nos conduce espontáneamente a la oración. Y recordar las horas llenas de una presencia.

Mitigar el formalismo y la rutina es permanecer fiel a la resolución tomada y, de ese modo, volver a encontrar un día el fervor y la adoración.

Para tomar un nuevo impulso, acoger en cada alba el día que llega. En cada uno, Dios hace cosas nuevas.

Lo más importante es vivir el hoy de Dios. Mañana será otro día.

Realizarse en el momento presente es vivir el hoy de Dios. Mañana será otro día.

Realizarse en el momento presente. El que se consagra al mañana hipoteca el hoy.

El entusiasmo y la alegría serena, sí. La pasión de una confianza. Y ella iluminará la noche.

“Tú que das de comer a los pajarillos del cielo y haces crecer los lirios del campo, concédenos alegrarnos con lo que tú nos colmas. Y que esto nos baste.”

Soplo del amor de Cristo, de ti recibimos la confianza del corazón. Tú la ofreces a cada uno. Y para el que te da su confianza abres las fuentes de donde brota lo inesperado, la frescura del evangelio.

A veces nuestra oración está muy desnuda. Es sólo un suspiro, un lenguaje torpe. Pero tú entiendes todos los lenguajes humanos y soplas sobre lo que en nosotros es frágil y vulnerable.

En una vida interior que no tiene ni principio ni fin, tú nos concedes reposar en ti de cuerpo y de espíritu.

Levadura de confianza en medio de la humanidad

A finales de este siglo XX hay quienes viven aprisionados por la espiral del miedo. Sus capacidades creadoras están congeladas por el terror. Y se dejan hundir.

Es verdad que las cuestiones planteadas para conseguir la paz en toda la humanidad tienen una complejidad y amplitud que dejan sin aliento.

Muchos cristianos y muchos no creyentes, lejos de dejarse llevar por el vértigo, tienen una conciencia viva de haber entrado en la hora veinticinco, en la aurora de un futuro completamente nuevo. Logran el discernimiento de las urgencias. Se preparan para superar el viraje de la historia, asumen esta nueva civilización, son levadura de confianza en medio de la humanidad.

¿Tener miedo de los espectaculares desarrollos científicos y técnicos? No. La ciencia y la técnica pueden construir o destruir, todo depende del uso que se le dé.

La ciencia y la técnica son muy beneficiosas cuando dejan entrever las ilimitadas posibilidades engendradas por la capacidad humana.

Métodos de producción alimenticia, desconocidos hasta ahora, van a ofrecer soluciones allí donde el hambre reina de forma endémica: ¿acaso no se empiezan a producir proteínas a partir de las algas, e incluso dentro de poco con bacterias, y a doblar su cantidad en veinticuatro horas? Los grandes descubrimientos alivian o curan los sufrimientos físicos y morales. Una civilización universal apoyada en los nuevos medios de comunicación, como la informática y los satélites, crea un mundo donde las fronteras quedan superadas.

Es esencial conocer todo esto para no quedarse pasivos: los “¿para qué?” quitan el gusto por adquirir conocimientos con vistas a estar entre los que construyen.

Por otra parte también es verdad que las técnicas científicas pueden destruir. Inverosímiles fuerzas de guerra son capaces de aniquilar una parte de la humanidad. Los pueblos llegan a hundirse en un océano de miedo, aterrorizados por la visión de un futuro apocalíptico que nace de las violencias, las injusticias y las amenazas destructoras.

Sin embargo, toda la familia humana quiere la paz, no la guerra. Es ínfimo el número de los halcones que quieren la guerra; en cambio, son multitudes quienes están dispuestos a ser fermento de confianza entre todos los pueblos de la tierra.

Un cristiano no es ni optimista ni pesimista. Pero sabe que la historia no es únicamente una serie de causas y efectos mecánicos que la conducen a un determinismo implacable. La historia deja también su lugar a las fuerzas intuitivas.

Sin rehuir las leyes deterministas, indispensables en su búsqueda, algunos científicos, agnósticos o no, disciernen límites, discontinuidades y hasta algo imprevisible. El siglo del determinismo se vuelve humilde en sus investigaciones y es posible que desemboque en un siglo XXI con una fe profunda.

En este fin de siglo en el que el tecnicismo y la secularización transmiten una duda subyacente a todo, se plantea una pregunta: ¿Es la secularización con las corrientes que conlleva, entre otras la abolición del lenguaje simbólico, una enfermedad de la sociedad?

Hoy ya se puede percibir lo inesperado: esas corrientes pueden ser modificadas, transformadas, transfiguradas. En cada persona se esconden energías creadoras que son alimentadas por la pasión de una vida interior. Lejos de soportar los más duros acontecimientos llega a ser posible construir también con ellos.

No sólo los acontecimientos felices sino también las situaciones menos soportables, e incluso los fracasos, pueden llegar a ser elementos motores. Las energías creadoras se ven reactivadas por ellos con vistas a una transfiguración del mundo.

El soplo de Dios atraviesa de tal manera el mundo contemporáneo que, en el corazón de una civilización que exalta los medios de poder y de consumo, se traslucen signos de otra civilización.

He aquí uno de estos signos: se está produciendo un despertar sin precedentes de la conciencia cristiana en lo que concierne al compartir.

En otros tiempos, los cristianos parecían estar alejados de las preocupaciones por la justicia, los derechos humanos o la distribución equitativa de los bienes materiales. Hoy, cada vez son más numerosos los que, estando atentos a los olvidados de la sociedad, buscan soluciones para ellos.

Se ha iniciado un proceso de simplificación en lo que se refiere a ciertos grandes medios materiales de que disponen algunas instituciones eclesiales. Este proceso comienza a hacerse patente en los países del Sur de Europa. Es un paso irreversible que poco a poco se irá extendiendo.

Aquellos que, desde hace tantos años, a tiempo y a destiempo, pedían esas transformaciones para dar mayor credibilidad a la fe, están agradecidos.

Creyentes y no creyentes, casi todos saben que una de las condiciones para la paz mundial es hacer una distribución más equitativa de bienes entre los países ricos y las regiones desfavorecidas.

Dos aspiraciones complementarias hay por todas partes: unos desean un compartir, sin más retrasos, con aquellos que están despojados de todo; otros quieren actuar a lo largo plazo modificando las estructuras de la sociedad.

El compartir, lejos de ser una asistencia, es un don de sí.

En la confianza del corazón, una de las alegrías más puras del Evangelio es la de simplificarse interiormente, lo cual lleva a simplificar más la propia existencia y a compartir: compartir con los hombres en la tierra.

Simplificar y compartir no significan nunca optar por una austeridad severa, llena de juicios sobre los otros.

Sin creación artística triunfarían las corrientes del puritanismo con su cortejo de mala conciencia. El mismo arte procede de Dios.

Hay manos de artistas que permiten descubrir rostros evangélicos, como el de Cristo o el de la Virgen María, hasta el punto que una simple mirada ya hace presentir el misterio de Dios. Y en la música puede ocurrir que lo indecible nos conduzca a la oración y se levante el velo de lo inefable de Dios.

Espíritu de Dios vivo, aquí estamos, en espera. Saber que tú rezas en nosotros reanima nuestra confianza.

Para acogerte nos pides una gran sencillez de corazón, hasta el punto de presentarnos tal como somos, negándonos a llevar cualquier tipo de máscara, o cualquier otra cosa que vele tu reflejo depositado en cada uno.

Y lo que nos pides tú nos lo das: feliz el limpio de corazón, porque verá lo que es de Dios.

Salir del estancamiento

En estos años en que las sociedades contemporáneas pasan de una crisis a otra, con un ritmo cada vez más acelerado, también los cristianos se sienten sacudidos. Conocen la sutil enfermedad de las disgregaciones.

Es más grave aún el peso de las separaciones confesionales cuando el número de personas que no conocen a Dios crece de manera vertiginosa.

Cuando los cristianos se encierran en paralelismos confesionales, rivalidades o en una competición, lo mejor de cada uno se ve neutralizado. Y queda una tristeza.

Las palabras de Jesús llegan a tener una extraordinaria actualidad: si cuando vas a presentar tu ofrenda al altar recuerdas que alguien tiene algo contra ti, déjalo todo y ve primero a reconciliarte.

“Ve primero.” No dice: “Déjalo para más tarde.”

¿No tendrá la noble vocación ecuménica que dejarse transfigurar por el milagro de una reconciliación no dejada para más tarde?

Estamos más allá del período de los pioneros. Para curar las heridas antiguas y recientes, es urgente que la vocación ecuménica dé un nuevo giro. La vocación ecuménica ha tenido la capacidad de crear relevantes organismos de diálogo, muchas comisiones y grupos de búsqueda. Pero para darle un nuevo giro, se impone que todos esos recursos, todas esas estructuras, toda su inteligencia espiritual, se dejen transformar en una capacidad de reconciliación inmediata.

Renunciar a permanecer en caminos paralelos, no mirar hacia atrás, perdonarse... he aquí el foco ardiente.

Hace veinticinco años, al anunciar el concilio Vaticano II, Juan XXIII pronunció palabras que abrían una perspectiva de reconciliación: “No intentamos saber quién se equivocó y quién tuvo razón. Reconciliémonos.”

En vísperas del concilio nació la gran esperanza de una reconciliación, sin tardanza, de las Iglesias no católicas con la Iglesia de Roma. En los años que siguieron, el espíritu de la unidad favoreció nuevas comprensiones y amistades. Después se escribieron relevantes documentos teológicos.

Pero, con el tiempo, se comprobó que la reconciliación de las Iglesias no católicas con la Iglesia de Roma quedaba como proyectada hacia un futuro más o menos lejano.

Quizá sean mucho más numerosos de lo que se cree quienes han deseado esta reconciliación. Y bastantes prosiguen con las perseverantes búsquedas teológicas o los múltiples diálogos

entablados por las instituciones ecuménicas. Sin embargo permanece siempre el peso de la historia que ha creado una especie de rechazos irracionales.

Si hay tantos imposibles, ¿para qué albergar esperanzas ilusorias o alimentarlas en el pueblo de Dios?

Dios no condena a nadie al inmovilismo. Él no cierra nunca los caminos, sino que siempre abre nuevas sendas, aunque a veces sean estrechas. Y se plantea la pregunta: ¿Cómo escapar de este callejón sin salida? ¿Dónde encontrar el camino, aunque sólo fuera un pequeño camino para un período cambiante, que condujera hacia una reconciliación sin retrasos?

Este camino existe. No es una senda con una solución fácil. No se trata de una nivelación de la fe, ya que supondría tener siempre una misma fe, un mismo pensamiento, una misma esperanza.

Este pequeño camino no puede ser otro que un paso personal, es un camino interior, el de una reconciliación dentro de uno mismo, en su propia persona.

Sin humillaciones para nadie, sin ser símbolo de negación, es posible acoger dentro de sí mismo la atención a la palabra de Dios, tan amada en las profundidades de las familias eclesiales que proceden de la Reforma, y los tesoros de la espiritualidad de las Iglesias Ortodoxas, con todos los carismas de comunión de la Iglesia católica, disponiéndose día tras día a confiar en el misterio de la fe.

A lo largo de muchos siglos, desde los comienzos de la Iglesia, desde María y los Apóstoles, la maternidad de la Iglesia era una. Y esta maternidad sigue siendo una. Ella no se borra cuando, en un momento dado, llegan las separaciones.

Alabado sea el Dios vivo por la multitud de mujeres, hombres, jóvenes y niños que a lo largo de la tierra buscan, luchan y dan su vida para ser portadores de reconciliación.

Por medio del arrepentimiento del corazón y el espíritu de sencillez de las bienaventuranzas, tú quieres revestirnos con el perdón como si de un vestido se tratara.

Concédenos acoger las realidades del Evangelio con un corazón de niño, un corazón muy sencillo, y descubrir tu voluntad que es amor, y no otra cosa.

En esos instantes en los que Dios es todo

Mantenerse ante Dios, con la pasión de una espera, no sobrepasa la capacidad humana.

La contemplación se percibe, a menudo, como lo opuesto a la acción. Así sería pasividad, huida lejos de las luchas esenciales. Pero tenemos la respuesta de los hechos: cristianos que rebosan del don de sí mismos están comprometidos de forma arriesgada y se mantienen en las mismas fuentes de la contemplación.

¿Qué entender por contemplación? Nada más que esta disposición en la cual la persona está completamente sobrecogida por el asombro de una presencia. Cuando el ser humano comprende, con su inteligencia, la amplia realidad de la belleza de las cosas, puede tener un sobrecogimiento, pero, ¡qué parcial! Por la realidad del amor de Dios, el ser está como sobrecogido por completo en su misma efectividad.

Hay quienes se encuentran oprimidos por el sentimiento subjetivo de un silencio de Dios, como si la presencia de Dios estuviera ligada a la sensibilidad, a lo que se puede experimentar.

¿Lo habrán olvidado? Él está también ahí, en el momento en que el fervor se disipa y las resonancias sensibles se desvanecen.

Llegará el día en el que cada uno sabrá y quizá lo dirá: no, no era él quien se había alejado, era yo el que estaba ausente, él me acompañaba.

Y sobreviven los instantes en que Dios es todo.

Antes de que hubieras nacido, yo soñaba contigo – dice Dios –.

Cuando comprendemos que Dios es el primero que nos ha amado, no podemos hacer otra cosa que rasgar el velo detrás del cual nos escondíamos.

Aquí la piedra de toque es el amor. En íntima relación con el amor de Dios, la contemplación conduce a amar al prójimo. El evangelista Juan pone en guardia, contra la hipocresía del que con los

labios dice amar a Dios, pero esconde en su corazón el odio a sus hermanos. Un amor a Dios se autentifica con el amor manifestado a aquellos que nos han sido confiados.

Dos hombres han recibido la misma llamada contemplativa. En uno de ellos el sentido del perdón se adormece, y la vida entre los seres humanos llega a hacerse difícilmente soportable. En el otro, las dificultades de la lucha codo a codo, lejos de detenerle, le hacen reemprender la marcha, y sólo llegan a contar las entrañas de misericordia y la confianza del corazón.

A ti, Jesús, el Resucitado, darte nuestra confianza es vivir en el momento presente, y no en otra parte.

Nuestro pasado está escondido en el corazón de Dios, y tú te has ocupado ya de nuestro futuro.

Cuando todo incita a dejarte a un lado, tú estás ahí. Tú, el pobre y humilde de corazón, rezas en nosotros. Sin cansarte nos dices: "Mi amor por ti no desaparecerá nunca. Y tú, ¿me amas?" Y nosotros balbuceamos nuestra respuesta: "Tú lo sabes, yo te amo, quizá no como yo quisiera, pero yo te amo."

Roger, F. "Pasión de una espera". Ed. Herder, Barcelona, 1985

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France
www.taize.fr

Esta carta, escrita por el hermano Roger, de Taizé, ha sido traducida en 58 idiomas (de los cuales 23 son de Asia y 7 de Africa), para el vigésimo encuentro europeo de jóvenes que tiene lugar durante cinco días en Viena (del 29 de diciembre de 1997 al 2 de enero de 1998). Esta carta será meditada durante los ENCUENTROS EUROPEOS DE JOVENES que reunirán en Taizé, semana tras semana, durante el año 1998, a jóvenes de toda Europa y también de otros continentes.

Alegría inesperada

Carta 1998

¡Felices los que aspiran a avanzar hacia un tiempo de confianza y de sencillez! Ellos no quieren ser «maestros de la inquietud», sino «servidores de la confianza».

Descubren que, en nuestras vidas, lo más luminoso se construye con una confianza muy sencilla.¹

Algunos lo saben: en el Evangelio hay una esperanza tan bella que quisieran vivirla. No una esperanza que sea pura proyección de deseos fugitivos, sino la que engendra un impulso creador hasta en las situaciones aparentemente sin salida. Esta esperanza vuelve a inventar el mundo.²

Pero, ¿dónde está la fuente? Está en la mirada de compasión que Dios pone en cada uno de nosotros.

Dios da sentido a nuestra vida también a través de lo que en nosotros es vulnerable³, «sin belleza ni esplendor»⁴. El hace que arda en nosotros una llama. Puede que sea muy débil, pero ella ilumina ya nuestras oscuridades.

Aunque pueda haber momentos en los que la confianza se desvanece, quisiéramos vivir de la promesa de Cristo y recordar que su Espíritu Santo permanecerá siempre en cada uno; él será un apoyo y un consolador.⁵

¿Quién es este Espíritu Santo? Es el Espíritu de Cristo resucitado.

Semejante al viento, escuchamos su voz, pero no sabemos

1 Cuando las dudas o las inquietudes consiguen quebrantar en nosotros la confianza de la fe, algunos se preguntan: ¿tengo fe todavía? Entonces conviene recordar que se puede tratar de etapas momentáneas de incredulidad, y nada más.

2 Antes de Cristo, la Escritura invitaba a volverse hacia la esperanza: «No recordéis las cosas pasadas, no penséis en lo antiguo. Mirad voy a hacer algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis?» (Isaías 43.18-19)

3 Ver 2 Corintios 12.9

4 Isaías 53.2

5 Ver Juan 14.16. «El Espíritu Santo no está ausente de ninguna persona.» (San Máximo el Confesor, s. VII) Dios da el Espíritu Santo a cada uno, sin excepción, pero deja la libertad para rechazarlo. Igual que Cristo estuvo presente junto a los suyos, por medio del Espíritu Santo, él continúa estando presente hoy para nosotros, donde quiera que estemos. Y en nuestra muerte, el Espíritu Santo no se separa del alma que entra en la vida eterna. El nos acompaña para siempre.

ni de dónde viene ni a dónde va ⁶. Es el soplo de Dios, siempre ofrecido, siempre presente.

¿Dejarás que brote la oración interior que él anima en ti?⁷

¿Vivirás a Cristo para los demás, acogiendo hasta al más humilde?⁸ Ante el incomprensible sufrimiento humano, cada vez que alivias la prueba de un inocente, es Cristo quien te visita.⁹

Buscar ser creador de solidaridades y compartir, libera en ti fuerzas vitales que vienen directamente del corazón de Cristo.

Cuanto más saques de la oración energías creadoras, más descubrirás una capacidad para construir con los otros.¹⁰

¿Lo presientes? Lucha y contemplación tienen una sola y única fuente: si rezas, es por amor; si luchas, asumiendo responsabilidades para hacer que la tierra sea más habitable, es también por amor.

Cristo dirige una llamada nueva: «Amad a vuestros enemigos, rezad por quienes os hacen mal.»¹¹ Y como amar significa perdonar, Dios espera que vayamos lo más lejos posible en el camino del perdón. Ahí se encuentra el secreto de una libertad.

Quien aspira a una reconciliación busca escuchar más que convencer, comprender más que imponerse.¹²

Nosotros que quisiéramos seguir a Cristo, quizás en nuestra infancia o a lo largo de la vida hayamos sido humillados o incluso rechazados.

Llega el día en que nos damos cuenta: yo no puedo quedarme ahí, voy a ir hacia los que me han herido.¹³

Si nos rechazan, ¿dejaremos que el veneno de la amargura paralice nuestras profundidades? No, de ninguna manera.

Descubriremos que cuando tomamos el riesgo de la confianza, nuestro propio corazón se ensancha. Y brota lo inesperado: la reconciliación se reconoce en nosotros por la paz y la alegría que suscita.

Cuando muchos cristianos han perdido la alegría, la llamada a reconciliarnos nos interpela más que nunca.¹⁴

6 Ver Juan 3.8

7 Lo que caracteriza a la oración cristiana es dejar que el Espíritu Santo rece en nosotros y reavive una espera. Ver Romanos 8.26-27

8 Nuestra vivienda puede convertirse en un lugar de acogida y de escucha, aunque sea muy pequeña. El rincón de una habitación puede acondicionarse para rezar unos instantes. Cuando invitemos a comer, recordemos que el espíritu festivo no necesita una abundancia de bienes.

9 Ver Mateo 25.40

10 Una comunión con Dios lleva a una comunión con el ser humano en sus luchas y sus aspiraciones. Son muchos los que encuentran en la oración el coraje para asumir responsabilidades por los demás. Algunos manifiestan una solidaridad con jóvenes o no tan jóvenes que no tienen empleo... acompañan a ancianos que están solos... dedican tiempo a los niños cuando uno de sus padres falta o cuando necesitan un apoyo escolar... acogen a los que viven lejos de su país o pertenecen a otras culturas... Estos gestos se pueden realizar con muy pocos medios materiales. Otros acogen, a veces en la calle, a personas sin domicilio y les preparan una bebida caliente o algo de comida. Ellos han descubierto que las panaderías, las cocinas de las escuelas están dispuestas a dar la comida que sobra al final del día. Otros sostienen comedores populares y «bancos de alimentos»... Si los jóvenes quieren compartir estas acciones, es indispensable que se unan a los adultos que han adquirido experiencia y discernimiento. Recordemos que, cuando compartimos, lo que más cuenta es la escucha.

11 Lucas 6, 27-28 «Cristo, injuriado, sufrirá sin amenazar» (1 Pedro 2.23).

12 No nos cansemos mirando la paja que hay en el ojo del prójimo (ver Mateo 7.3), vivamos de la compasión.

Tener compasión no significa sufrir lo que el otro sufre para desesperarse y caer juntos en la misma desgracia. La compasión conduce, incluso sin solución ni respuesta, a depositar en Dios la prueba del otro.

13 Ver Mateo 5.23-24

14 Al acercarse el año 2000 resuena para algunos la llamada a reconciliarse, no sólo entre cristianos, sino en las situaciones más diversas, entre pueblos, en las familias, y también con los no creyentes. Las evoluciones han sido tan rápidas y a veces tan brutales que, entre los cristianos, algunas corrientes de pensamiento se enfrentan mutuamente y el amor se muere. Sin darnos cuenta, la vocación ecuménica sería un espejismo si no se concretase en múltiples reconciliaciones. Y no habría que sorprenderse si perdiese su credibilidad.

15 Cuando la Iglesia escucha, sana, reconcilia, llega a ser lo que es en lo más luminoso de ella misma, límpido reflejo de un amor, fuente de compasión.

16 En Taizé, y con los hermanos que viven en otros continentes, nos preguntamos: ¿nuestra acogida no es demasiado rudimentaria? Pero hemos descubierto que, con una gran sencillez de corazón y con pocos recursos, podemos acoger como no podíamos imaginar.

17 Ver 1 Timoteo 2.4 En la sencillez de la fe, podemos comprender que Cristo, el Resucitado, es ante todo comunión... El no vino al mundo para crear una nueva religión; él no criticó las religiones; vino para ofrecer a todos este misterio de una comunión de amor en su Cuerpo, su Iglesia.

18 Filipenses 2.2

19 Donde quiera que vivamos, en Taizé o en otros lugares, quisiéramos que nuestra comunidad fuese transparente y que nuestra vida hablase por sí misma. Nuestra vocación lleva a cada uno de nosotros a elegir la alegría del Evangelio, la sencillez del corazón, la misericordia que es toda perdón. Uno de mis hermanos escribía un día para sí mismo: «La alegría está siempre presente, es la alegría de la llamada de Cristo, un milagro, agradecimiento.»

20 Marcos 8.29

21 Ver Juan 3.17

22 Ver Jeremías 31.3 y Romanos 8.38. Podemos rezar diciendo: «Tú que nos amas, tu perdón y tu presencia hacen que nazca en nosotros la claridad de la alabanza.» En esta oración, que puede recitarse o cantarse en grupo, o repetirse una y otra vez en el silencio del corazón, el «tú» se dirige al mismo tiempo a Dios, a Cristo y al Espíritu Santo.

23 Ver Salmo 139.1-3

24 Ver Romanos 8.26

25 Lucas 23.46

26 Incluso si conocemos poco el Evangelio, sólo con algunas palabras, es posible dejarse construir interiormente día tras día. A menudo abordamos la Escritura como si leyéramos la carta de alguien a quien amamos, pero que nos escribe en un idioma desconocido. Intentamos traducir al menos algunas palabras. Dejemos lo que en el Evangelio resulta inaccesible. Más adelante, otros nos ayudarán a comprenderlo.

27 Marcos 10.21 Para seguir a Cristo, Dios dirige a cada uno una llamada a la fidelidad. No nos sorprendamos al encontrar en nosotros mismos resistencias. Sin embargo, esta fidelidad puede darnos alegría, paz, claridad, luz. Supone una continua conversión del corazón y pide un período de maduración. Permite el crecimiento de toda una vida interior.

Solos, separados, ¿cómo podríamos avanzar durante toda la vida en una espera contemplativa? ¿Cómo perseverar en las responsabilidades que hemos asumido por los demás?

¿Nos olvidaríamos de que nunca estamos solos? En el Cuerpo de Cristo hay una comunión en constante devenir que se llama la Iglesia.

Una libertad interior puede crecer en nosotros cuando la Iglesia mantiene abiertas las puertas a una alegría y a una gran sencillez. Incluso con casi nada, se hace acogedora, cercana a las penas humanas, presente en la historia, atenta a los más necesitados.¹⁵

Cuanto más nos acercamos a la alegría y la sencillez del Evangelio, más se transmite la confianza de la fe.

Elegir la sencillez sostiene en el mundo una comunión universal en Cristo.¹⁶

Y lo asombroso es que Cristo, el Resucitado, no excluye a nadie, ni de su perdón ni de su amor.¹⁷ Entonces pedimos la mayor alegría: una misma espera, un mismo amor, una sola alma.»¹⁸

Es ante todo con un testimonio de vida como podemos hacer creíble esta comunión de amor en el Espíritu Santo.¹⁹

Y si Cristo nos preguntara: «¿Quién decís que soy yo?»²⁰ Quisiéramos responderle:

Cristo, tú no has venido al mundo para condenarlo, sino para que todo ser humano encuentre un camino abierto por tu compasión.²¹

Tú eres quien me ama hasta en la vida que no tiene fin.²² Tú lo sabes todo de mí, mi deseo de comprender y ser comprendido, de amar y ser amado.²³

Tú me abres el camino del riesgo. El no en mí lo transfiguras poco a poco en un sí de eternidad.

Cristo, Presencia Misteriosa, tú rezas en mí, de día como de noche, sin que yo sepa cómo.²⁴ Encomendando en todo momento mi espíritu a tus manos²⁵, no me inquieto si mi oración es a menudo tan torpe.

Tú me has buscado incansablemente.

Tú me sugieres: Vive lo que has comprendido del Evangelio.²⁶ Ven y sígueme...²⁷

¿Por qué he estado indeciso tanto tiempo?... No obstante, sin haberte visto, te amaba.²⁸

Y, un día, me di cuenta: tú me llamas a una decisión sin retorno.

Quisiera ser transparente contigo, no ocultarte nada de mi corazón, darte no solamente una etapa sino toda mi vida.

El Evangelio nunca mira con pesimismo al ser humano. Jamás invita a la melancolía. Al contrario, despierta a una apacible alegría. Y cuando hay un sufrimiento, el corazón puede estar roto pero no endurecido.²⁹

Siglos antes de Cristo, un creyente descubría esto: «La alegría del corazón es la vida del ser humano.»³⁰

La llamada a una alegría interior nos pone ante una opción fundamental: ¿sabremos en todo momento tomar la decisión de vivir en el espíritu de la alabanza?³¹

¡Que se alegre nuestro corazón! La belleza sencilla de la oración común es uno de los lugares donde se renueva una alegría interior que es espíritu de la alabanza. La oración cantada, ¿no es como uno de los primeros dones de nuestra resurrección aquí en la tierra?³²

El Evangelio nos dice que cuando Cristo rezaba se llenaba de gozo, pero también lloraba y suplicaba.³³

En nosotros puede haber resistencias, opacidades, momentos de oración en los que nuestros labios permanecen inexplicablemente cerrados.³⁴

Pero «hay también una voz y un lenguaje del corazón... Esta voz interior es nuestra oración cuando nuestros labios permanecen cerrados y nuestra alma está abierta ante Dios. Nos callamos y nuestro corazón habla; no para los oídos humanos, sino para Dios. Tenlo por seguro: Dios sabrá escucharte.»³⁵

Espíritu Santo, en el Evangelio hay una esperanza tan bella que quisiéramos vivirla en nuestros corazones. ¿Dónde está la fuente? Está en la mirada de compasión que Dios pone sobre cada uno de nosotros.

28 Ver 1 Pedro 1.8

29 El teólogo ortodoxo, Olivier Clément, escribe: «Algunos se preguntarán seguramente cómo es posible alegrarse, mientras puede haber tantas pruebas en la vida humana. Nos invade una gran alegría, pero esto no nos volverá insensibles al sufrimiento de los demás. Al contrario, nos hará todavía más sensibles; y podremos llevar al mismo tiempo en el fondo de nosotros esta gran alegría de Cristo resucitado y compartir profundamente la desgracia y el sufrimiento del prójimo. No hay contradicción: la alegría no se opone a la compasión. Yo diría incluso que la alimenta. Hay que vivir la tristeza, y al mismo tiempo, llevar en sí la alegría, porque sabemos que en definitiva es la resurrección la que tendrá la última palabra. Si no somos testigos de la alegría, entonces la humanidad quedará ahogada. Hay que luchar, y esto es posible porque se lleva dentro de sí la alegría: es esta alegría la que da la fuerza para luchar.» (Cita tomada del libro de Olivier Clément: Taizé, un sentido a la vida. Ediciones Narcea 1997)

30 Ver Sirac 30.21-23

31 Elegir el espíritu de la alabanza supone un discernimiento para no dejar que las impresiones nos dispersen interiormente. Hay una charlatanería con uno mismo que no conduce a ninguna parte. La paz del corazón supone a veces un combate interior: estar atentos a un dominio de sus propios pensamientos, para no ser invadido por esas emociones o impresiones, y no dejar que la imaginación divague.

32 Es esencial que la oración común sea más contemplativa, con iconos discretamente iluminados, como ventanas abiertas a la eternidad de Dios, con cantos meditativos que permitan la participación de todos... En el corazón de la oración común, un momento de silencio recuerda que, a menudo, la voz de Dios se escucha en un soplo de silencio, como descubrió el profeta Elías (1 Reyes 19.12-13). Permanecer en silencio, en presencia de Dios, con el deseo de acoger su Espíritu Santo, ya es rezar.

33 Ver Lucas 10.21-22 y Hebreos 5.7

34 Cuando rezamos solos, ¿no será mejor expresar con sencillez aquello que surge de nuestro corazón y que viene del fondo de nuestro ser? El espíritu de la alabanza no puede forzarse. Las primeras palabras que brotan son a veces: «¡Oh Dios, ven en mi ayuda!» o «¡No me abandones!»

35 San Agustín escribe este texto cuatro siglos después de Cristo, en su «Comentario del salmo 125».

© 1998 A&PT,
F-71250 TAIZÉ COMMUNAUTÉ
e-mail: community@taize.fr,
http://www.taize.fr

Carta de Taizé

Bimestral 3.50 FF 1 febrero - marzo 1999

Esta carta, escrita por el hermano Roger, de Taizé, ha sido traducida en 58 idiomas (de los cuales 23 son de Asia y 7 de Africa) y será meditada en Taizé, semana tras semana, durante todo el año 1999.

Carta de Taizé 1999-2001¹

1 ¿Por qué de 1999 al 2001? Como cada año, comenzaremos el año 2000 con un encuentro de jóvenes de Europa y del mundo en una ciudad. Pero recordamos que el momento de entrar en el tercer milenio, nadie quisiera encender fuegos efímeros. Estos fuegos se apagan por sí solos. En el año 2000, lo que nos cautivará es la continuidad de Cristo en la historia futura de la familia humana.

2 Si supiéramos hasta qué punto algunos niños necesitan una mirada de confianza para volver a encontrar una alegría de vivir... En el corazón de un niño, saberse amado con ternura y también perdonado puede ser una fuente de paz para toda su vida.

3 1 Juan 4.8. Un pensador cristiano del siglo VII, Isaac de Nínive, escribía comentando las palabras de San Juan «Dios es amor»: «Dios no puede sino dar su amor.» Es cierto que Dios nunca suscita la desgracia humana, el miedo o la angustia. Él no quiere las guerras, ni la violencia de los accidentes, ni las catástrofes naturales. Dios es inocente, Dios es la inocencia.

4 Según la ONU, los gastos militares en el mundo representan entre 800 y 900 mil millones de dólares cada año. Ahora bien, serían suficientes 130 mil millones de dólares para procurar un techo, agua potable y servicios sanitarios básicos a los 1.300 millones de personas que viven en situación de pobreza absoluta.

5 En la vocación de nuestra comunidad de Taizé siempre han estado presentes estas dos aspiraciones: avanzar en una vida interior, a través de la oración personal y la belleza de la oración común, y en la toma de responsabilidades para que la tierra sea más habitable.

¿Hay realidades que embellecen la vida y de las que se puede decir que aportan como una plenitud, una alegría interior?... Sí, las hay. Una de estas realidades se llama confianza.

¿Comprendemos que, en cada uno de nosotros, lo mejor se construye a través de una confianza muy sencilla? Incluso un niño alcanza a tener esta confianza.²

Sin embargo, a cualquier edad, hay penas, abandonos humanos, la muerte de seres queridos. En estos años, el futuro es tan incierto que muchos pierden el ánimo. Entonces, ¿cómo salir de la inquietud?

La fuente de una confianza está en Dios, que es amor.³ Su amor es perdón, luz interior.

La confianza no ignora el sufrimiento de tantos necesitados que a través de la tierra no tienen trabajo ni de qué alimentarse.⁴

Estas pruebas nos interpelan: sostenidos por una vida de comunión en Dios, ¿cómo asumir responsabilidades y buscar, junto con otros, que la tierra sea más habitable?⁵

Lejos de huir de las responsabilidades, una profunda confianza permite permanecer allí donde las sociedades humanas están quebrantadas o dislocadas. La confianza permite asumir riesgos, avanzar incluso cuando sobreviene el fracaso.

Y acontece algo bello y asombroso: una confianza así nos hace capaces de amar con un amor desinteresado, que en ningún caso es acaparador.

Hoy, en el mundo, muchos jóvenes buscan sanar los desgarros en la familia humana. Su confianza puede hacer que la vida sea hermosa a su alrededor. ¿Saben que en ellos una esperanza irradia incluso aunque no se den cuenta?⁶

La confianza y la esperanza se obtienen en la misteriosa presencia de Cristo. Desde su resurrección, Cristo vive en cada uno de nosotros, por medio del Espíritu Santo;⁷ es más, está «unido a todo ser humano, sin excepción».⁸

Multitudes de seres humanos ignoran que Cristo está unido a ellos y desconocen su mirada de amor puesta sobre toda vida.⁹

No obstante, él está en cada uno, como un humilde de corazón. Llega el día en que algunos perciben su voz: «¿Reconoces el camino de esperanza abierto para ti? ¿Te preparas para adentrarte en él?»¹⁰ Entonces, cómo no decir a Cristo: quisiera seguirte toda mi vida, ¿pero conoces mis fragilidades?¹¹

Desde el Evangelio, él responde: «Conozco tus pruebas y tu pobreza... Para perseverar en la fidelidad durante toda la vida, piensas no tener nada, o casi nada. Sin embargo, estás colmado.¹² ¿Colmado de qué? De la presencia del Espíritu Santo...¹³ Su compasión ilumina hasta las sombras de tu alma.»

Si la fidelidad para seguir a Cristo supone una atención constante, esta fidelidad nos aporta a su vez tanta alegría, tanta paz y claridad...

El que busca una comunión en Dios se deja trabajar por unas muy nítidas palabras del Evangelio: «Dios no nos ha dado un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de templanza.»¹⁴

Cristo conoce nuestro combate para permanecer fieles. Nos dice una y otra vez: «¡Abandónate! ¡Confíame tus temores!»

Él nos saca fuera de nuestro aislamiento y hace posible

6 Los descubrimientos científicos, las nuevas tecnologías, pueden ser orientadas hacia el servicio de una humanidad que ha crecido en proporciones desconocidas hasta ahora. No obstante, el futuro se apoya, más de lo que cabe imaginar, en una vida interior sostenida por la contemplación, un impulso hacia la reconciliación entre todos, una vida de simplicidad e intercambio...

7 Antes de dejar a sus discípulos, Cristo les prometió que no les abandonaría: «Dios os enviará el Espíritu Santo, que será consolador, para que esté siempre con vosotros.» (Juan 14,16.) Así como Cristo estuvo presente en la tierra junto a los suyos, por medio del Espíritu Santo, continúa estando presente hoy en nosotros. Cristo no es visible, pero su presencia es la misma. Después de nuestra muerte, el Espíritu Santo no se separa del alma y en la vida eterna nos acompaña para siempre.

8 “Gaudium et Spes”. Esta intuición podrá iluminar el futuro de una pastoral universal.

9 Un día me encontraba con mis hermanos en Bangladesh, donde ellos comparten la vida con los más pobres, y nos invitaron a participar en un encuentro con musulmanes en un suburbio. Uno de estos musulmanes me acompañaba a casa al anochecer, cuando me dijo: «Todos los seres humanos tienen el mismo Maestro. Este secreto todavía no ha sido revelado. Sin embargo, más tarde se descubrirá.»

10 ¿Por qué en amplias regiones del mundo hay tantos jóvenes que han tomado una cierta distancia con respecto a la confianza en Dios? Si no hubiera un debilitamiento de la fe, nuestra comunidad no comprometería tantas energías acogiendo en Taizé, semana tras semana, durante todo el año, a jóvenes del mundo entero. Sin las actuales convulsiones de los valores espirituales, no veríamos la necesidad de ir junto a los jóvenes para buscar con ellos. Por esto, desde 1962, vimos que era necesario ir a los países del Este de Europa, con gran discreción, para encontrar a jóvenes, escuchar y comprender. Tanto en Taizé como en los países del Sur, donde vivimos desde hace tiempo, deseamos ser ante todo hombres de escucha, nunca maestros espirituales.

11 Para dar nuestra confianza a Cristo, es importante que le abramos plenamente nuestro corazón. Cuando el corazón está habitado por el simple deseo de una comunión con Cristo, tomamos conciencia de que ya le pertenecemos. «Si deseas conocer a Dios, ya tienes la fe», escribía San Agustín, en el siglo IV.

12 Apocalipsis 2,9.

13 En el siglo VII, San Máximo el Confesor escribía: «El Espíritu Santo no está ausente de ningún ser humano.» Algunos saben, por las Escrituras, que están habitados por el Espíritu Santo. Otros no lo saben todavía o no lo sabrán en esta tierra, sino que lo descubrirán en la vida eterna.

14 2 Timoteo 1,7. Un autodomínio y la paz de nuestro corazón pueden ser muy necesarios, no solamente para nosotros mismos sino también para los que nos rodean.

15 Entre los gestos de acogida está el del pan bendito. Un día, Cristo bendijo cinco panes y los distribuyó entre todos (ver Mateo 14,13-21). De ahí nació, hace ya mucho tiempo, este gesto: dar pan bendito a todos los que están presentes en la celebración eucarística y no pueden recibir la Eucaristía.

16 Si la simplicidad de vida se convirtiera en sinónimo de austeridad, ¿cómo nos abriría al Evangelio? El espíritu de simplicidad se percibe en los signos de alegría serena y también en el gozo del corazón. Simplificar invita a disponer lo poco que se tiene en la belleza simple de la creación. Que nadie se preocupe si tiene poco que dar: una fe muy pequeña o escasos bienes. Cuando se comparte este poco, Dios ofrece una sobreabundancia de corazón inagotable.

17 Una pregunta persiste: si Dios lo sabe todo, ¿por qué dirigirle oraciones explícitas? Cristo ilumina este misterio: él mismo rezó con palabras, a pesar de que Dios conocía toda la intención de su corazón.

18 1 Juan 3,20

19 Entre los cristianos de Oriente, algunos susurran durante toda su vida, con voz inteligible o no y siguiendo el ritmo de su respiración, la oración del Nombre de Jesús. Decir una y otra vez este único nombre, «Jesús», llena una comunión.

20 Uno de los símbolos más bonitos de la ternura de Dios se encuentra en la parábola del hijo pródigo (ver Lucas 15,11-32).

21 Estas palabras de Jesús: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23,46), algunos las dicen cada noche antes de acostarse.

22 Si nuestra oración experimenta como un vacío, dejemos que Dios nos hable. Recordemos estas palabras escritas por San Agustín, en el siglo IV: «Hay una voz del corazón y un lenguaje del corazón... Esta voz interior es nuestra oración cuando nuestros labios permanecen cerrados y nuestra alma está abierta ante Dios. Nosotros callamos y nuestro corazón habla; no a los oídos de las personas, sino a Dios. Ten por seguro que Dios sabrá escucharte.»

23 En nuestro hogar es posible acondicionar para la oración el rincón de una habitación, aunque sea pequeño, colocando con gusto un icono y una vela. Algunos escuchan música, en el caso de que no puedan cantar ellos mismos.

24 ¿Por qué un enfermo, una persona mayor, se apesadumbraría diciendo: «Yo no hago nada por los demás»? ¿Habrán olvidado que su oración es acogida por Dios y que va a encontrar una respuesta inesperada?

25 Es el Espíritu Santo quien sostiene en nosotros una alegría que Jesús también conoció en la tierra: «El Espíritu Santo llenó de alegría a Jesús.» (Lucas 10,21.)

26 Para avanzar en la confianza en Dios y construirse interiormente, es bueno rezar en el silencio de su corazón con algunas palabras y referirse a ellas en todo momento. Por ejemplo: «En todo la paz del corazón... la alegría, la sencillez, la misericordia»; «Jesús, mi alegría, mi esperanza, mi vida»; o bien: «Dios, que nos amas, tu perdón y tu presencia son en nosotros una fuente de alabanza»; «Jesucristo, no dejes

que nos apoyemos en el misterio de una comunión de amor que se llama Iglesia.

Quisiéramos recordar siempre que Cristo es ante todo comunión. Él no ha venido a la tierra para crear una nueva religión, sino para suscitar una comunión de amor en Dios.

Cuanto más acoge la Iglesia¹⁵ con simplicidad,¹⁶ más se acerca a nuestros frágiles corazones. Sin muchas palabras y también en el silencio, somos llevados a vivir de Cristo para los demás.

Si fuera posible sondear el corazón humano, ¿qué encontraríamos? Lo sorprendente sería descubrir que, en lo más hondo de la condición humana, están la espera de una presencia y el silencioso deseo de una comunión.

En esta espera, algunos se dicen: «Quisiera abrirme a Dios tal como soy, pero mi oración se desorienta y mi corazón se dispersa¹⁷ El Evangelio responde: «Dios es más grande que tu corazón.»¹⁸

Si tenemos la impresión de rezar con casi nada,¹⁹ ¿no es Dios un Padre que acoge a todos con ternura?²⁰ La última oración de Cristo en la tierra nos lo recuerda: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»²¹

La oración solitaria es a veces ardua;²² pero no olvidemos que existe la belleza de la oración común. Cuando la oración se expresa con palabras simples, con himnos y cantos, llega a tocar el fondo del alma.²³

El que sigue los pasos de Cristo, permanece al mismo tiempo junto a Dios y a los demás. La oración es una fuerza serena que trabaja al ser humano, le remueve y no le deja adormecerse ante el mal, ni ante las rupturas que tantos padecen. De la oración se sacan las indispensables energías de compasión.²⁴

El que busca abandonarse a Cristo y darle toda su vida, con un corazón decidido, tiene que hacer una opción, tomar una decisión. ¿Cuál? Dejar que brote en él un infinito agradecimiento a Dios.

Este agradecimiento es una actitud fundamental, es una apacible alegría que el Espíritu Santo reanima siempre en

nosotros.²⁵ Es el espíritu de alabanza, que nos hace mirar con esperanza a las personas y sus aspiraciones.

Dios nos quiere felices... De nosotros depende presentir las realidades del Evangelio que embellecen la vida: la confianza, el espíritu de la alabanza, la generosidad de corazón, una alegría renovada en todo momento...²⁶

En el Nuevo Testamento, Pedro, el apóstol, nos lo asegura: «Todavía no habéis visto a Cristo pero lo amáis; sin verlo creéis en él, y os alegráis con un gozo inefable y radiante que ya os transfigura.»²⁷

Y cuando sobrevengan brumas de indecisión, nos sorprenderemos diciendo: «Cristo, te amamos, quizá no como quisiéramos, pero te amamos. En nuestra vida, lo más claro se construye a través de una muy humilde confianza en ti.»

En el siglo IV, San Ambrosio de Milán escribía: «Comenzad en vosotros la obra de la paz, para que una vez pacificados vosotros mismos, llevéis la paz a los demás.»²⁸

La paz del corazón es como un nuevo nacimiento en lo más íntimo de cada uno.²⁹ El que busca esta paz permanece atento a las palabras de Cristo: «Ve primero a reconciliarte.»³⁰ «¡Ve primero!» «¡No lo dejes para más tarde!»³¹

Para comunicar a Cristo, ¿hay acaso una realidad más transparente que la de una vida en la que, día tras día, se concreta la reconciliación?³² Reconciliarse es amar, perdonar... y expresarlo con la propia vida. Es también estar atento a permanecer en la compasión y la bondad de corazón.³³

¡Ama y dilo con tu vida!³⁴

Sin amor, sin perdón, ¿hay futuro para alguien? Sin reconciliación, ¿habría porvenir para la paz en la tierra?

Sin la alegría ni la simplicidad, estas realidades íntimamente vinculadas una con otra, ¿cómo irradiarían un espíritu de perdón, no sólo entre los creyentes, sino también junto a los no creyentes?

Así, «que nada os inquiete, estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres»³⁵

que mis tinieblas me hablen, concédeme acoger tu amor».

27 1 Pedro 1,8. Este texto del Nuevo Testamento se lee desde hace dos mil años. Por medio del Espíritu Santo, Cristo atraviesa en nosotros hasta las fuerzas contradictorias sobre las que la voluntad tiene poco control. Él deposita en nosotros un reflejo de su rostro, «transfigurando» aquello que nos inquieta de nosotros mismos. Podemos abandonarnos en Cristo, «hasta que despunte el día y el lucero matutino se alce en nuestros corazones». (2 Pedro 1,19) Y se continúa realizando dentro de nosotros un imperceptible cambio, una «transfiguración» del ser, a cualquier edad de la vida.

28 Un santo ortodoxo ruso de principios del siglo XIX, San Serafín de Sarov, escribía: «Adquiere la paz interior y miles de personas a tu alrededor encontrarán la salvación.»

29 San Pablo, el apóstol, nos invita cuando escribe: «Y la paz de Dios, que supera todo conocimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.» (Filipenses 4,7)

30 Mateo 5,24

31 ¿Y si dejáramos pasar la hora de las reconciliaciones...? Sin reconciliación, ¿qué futuro cabe esperar para esta única comunión de amor que es la Iglesia?

La vocación a reconciliarse entre cristianos separados se llama ecumenismo. Si bien, la vocación ecuménica ha provocado notables diálogos e intercambios, ¿cómo olvidar estas palabras de Cristo: «Ve primero a reconciliarte»? El ecumenismo se inmoviliza cuando deja que se creen vías paralelas que, por sí mismas, no pueden unirse y terminan por debilitar las fuerzas vitales de la llamada a la reconciliación. Es como si unos trenes avanzaran unos al lado de otros: se paran de vez en cuando para permitir un encuentro y después cada uno retoma su propio tren.

El ecumenismo, a fuerza de dejar la reconciliación para más tarde, sin darse cuenta, podría mantener esperanzas ilusorias. ¿Quién se atrevería a llevar a los jóvenes hacia un espejismo? Cuando la vocación ecuménica no se concreta en reconciliaciones, no lleva a ninguna parte y la llama se apaga.

32 No hay nada tan obstinado como la memoria de las heridas del pasado. Esta memoria consigue transmitirse de generación en generación. El perdón y la reconciliación permiten ir más allá de la memoria.

33 Está claro que estamos llamados a vivir la aventura de las reconciliaciones más atrevida que podamos imaginar. Cuando nos reconciliamos, nuestro corazón cambia poco a poco. El Evangelio nos llama a rezar también por los que nos hacen mal. (ver Mateo 5,44).

34 Según San Agustín, en el siglo IV.

35 Filipenses 4,4.

Asombro de una alegría

CARTA 2000

Traducida en 58 idiomas de los cuales 23 son de Asia y 7 de África, esta carta ha sido escrita por el hermano Roger, de Taizé. Permitirá interrogarse en los encuentros en Taizé, semana tras semana, durante todo el año 2000.

Allí donde estés, cualquiera que sea tu continente, tú que quisieras percibir el misterio que está en el corazón de tu propio corazón, ¿presientes la belleza profunda del alma humana?

¿Dónde está esa belleza escondida? Está en la audacia de una espera. Incluso si lo ignoramos, uno de los deseos más íntimos de nuestro ser es amar. Sin amor, ¿encontraría nuestra vida un sentido?

Que Dios me ama es una realidad a veces poco accesible. 1 Pero llega el día de un descubrimiento: dejándome ganar por su amor, mi vida se abre a los demás. 2

Acogiendo aquellos que vienen a Él, Cristo les dice: " ¡Felices los corazones sencillos!" 3

Un corazón sencillo está atento a vivir el momento presente 4, disponiéndose a avanzar de comienzo en comienzo. 5

La fe es como un impulso de confianza muy humilde, recuperándola mil veces en el transcurso de nuestra existencia.

Un corazón sencillo consiente no comprender todo del Evangelio. Puede decir a Dios: " No me apoyo solo sobre mi fe, lo que no comprendo, otros lo comprenden y aclaran mi camino. " 6

Una sencillez así despierta la compasión, nos hace estar atentos a quienes, a través de la tierra, conocen los abandonos, las humillaciones. 7

Algunos días tenemos la impresión de orar con casi nada. Puede haber en ese momento como un despojo, pero Dios nos permite consentirlo.

Incluso cuando se produce un distanciamiento entre Dios y nosotros, podemos confiárselo todo, depositarlo todo en Él. 8

Feliz quien puede entonces decir a Cristo:

"Tú, Cristo, lo sabes, me cuesta expresar mi deseo de una comunión contigo. 9 Pero tu Espíritu Santo reanima en mí una audacia, la de abandonarme en ti.

Tú ves quién soy. Has conocido la condición humana. 10 No te escondo nada de mi corazón. No ignoras que a veces me siento atraído desde varios lados a la vez. Pero cuando mi ser interior conoce un vacío, permanece en mí una sed de tu presencia. Y cuando no llego a orar, tú eres mi oración". 11

La oración es un tesoro de Evangelio, 12 abre una senda que conduce a amar y a perdonar.

El perdón puede cambiar nuestro corazón y nuestra vida: se alejan entonces las severidades, las durezas al juzgar, para dejar paso a la bondad y a la generosidad del corazón. Y somos capaces de intentar comprender más que a ser comprendidos. 13

Quien vive del perdón llega a superar las situaciones endurecidas, igual que en los albores de la primavera el agua del arroyo se abre paso a través de una tierra aún helada.

Por muy desprovistos que estemos, una de las urgencias de hoy está en poner la comprensión allí donde hay antagonismos. Algunos recuerdos del pasado bastan para mantener tanto un alejamiento entre las personas como entre las naciones.

No hay nada más tenaz que la memoria de las heridas y de las humillaciones. 14 Buscar incansablemente perdonar y reconciliarse abre un porvenir inesperado. 15

Y lo que es verdad para cada persona lo es también en ese misterio de comunión que es el Cuerpo de Cristo, su Iglesia. 16

¿Acaso no habrá por todas partes humildes que preparan los caminos del futuro? Lo que les cautiva es que irradie una esperanza. No son forzosamente los talentos prestigiosos o las grandes

facilidades lo que determina los cambios más profundos, sino, mucho más de lo que suponemos, la caridad ardiente.

El Espíritu Santo, infundido en todo ser humano, 17 da libertad y espontaneidad. Vuelve a dar el gusto por la vida a quienes lo pierden. Libera del desánimo. Ni las dudas, ni la impresión de un silencio de Dios retiran de nosotros su Espíritu Santo.

Quien se abre a su soplo y lo acoge en una humilde escucha entra en una aventura interior.

En las grandes penas de una existencia, el Espíritu Santo nos es un apoyo, un consuelo. 18 En Él las fuentes de júbilo, 19 de una alegría tenue, son siempre ofrecidas. Y esa alegría nos aproxima más a quienes atraviesan el sufrimiento. 20

Seis siglos antes de la venida de Cristo, Dios interpelaba por medio de estas palabras: " No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo, mirad cómo nace algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?" 21

Sí, ¡Asombro de una alegría! El Espíritu quiere hacer de nosotros seres completamente transparentes, como un cielo de primavera.

El Evangelio trae consigo una esperanza tan clara y una tal llamada a la alegría que quisiéramos ir hasta el don de nosotros mismos para transmitir las lejos y cerca.

¿Dónde está la fuente de esperanza y de alegría? Está en Dios que nos busca incansablemente y encuentra en nosotros la belleza profunda del alma humana.

ORACIONES

Espíritu Santo, no permitas que nuestros corazones se turben, danos confianza en nuestras oscuridades, concédenos la alegría, y en el silencio y la paz, esperaremos que amanezca en nosotros una luz de Evangelio.

Jesús, el Cristo, en nuestras profundidades disciernes una espera: una sed llena nuestra alma, abandonarnos en ti.

Jesús, nuestra esperanza, con lo poco que comprendemos del Evangelio, tú nos concedes descubrir lo que esperas de nosotros.

Jesús, el Cristo, a nuestras pobres palabras les cuesta expresar en la oración nuestro deseo de una comunión contigo, pero tú nos acoges.

1 Dios dice a cada uno: " Tú vales mucho para mí, eres valioso y yo te amo". (Isaías 43,4)

2 Un pensador de Rumania, Dimitru Staniloae, que conoció la cárcel como preso político, escribió: "Busqué a Dios en los seres humanos de mi aldea, después en los libros y en las ideas. Pero ello no me daba ni paz, ni amor. Un día, descubrí al leer los Padres de la Iglesia (textos de los cristianos de los primeros siglos), que era posible encontrar a Dios realmente por medio de la oración. Comprendí, poco a poco, que Dios estaba cerca, que me amaba, y que dejándome llenar de su amor, mi corazón se abría a los demás. Comprendí que el amor era una comunión, con Dios y con el otro". 3 Mateo 5,3

4 La inquietud sustrae las fuerzas vivas y las inmoviliza. Ver Mateo 6,25-34.

5 En el siglo IV, san Gregorio Nizanceno escribía: vamos "de comienzo en comienzo, por comienzos siempre nuevos".

6 Podemos apoyarnos sobre la fe de todos aquellos que nos han precedido, desde los primeros cristianos hasta los de hoy.

7 ¿Estaría Dios en el origen del sufrimiento? No, Dios nunca es el autor del mal, no quiere la aflicción humana, como tampoco las guerras, los terremotos, la violencia de los accidentes... Nunca suscita el miedo, ni la angustia, sino que comparte la pena de aquellos que atraviesan la prueba. En ciertas regiones del mundo, hoy hay un despertar de la conciencia ante los sufrimientos humanos. Desconcertados por las pruebas incomprensibles de los inocentes, muchos jóvenes se preguntan: ¿cómo ser testigos de Evangelio? Y, a través de su vida, buscan hacer accesible el consuelo del Espíritu Santo, buscan realizar gestos de solidaridad.

8 Dios nunca busca suscitar una inquietud, nunca impone la fe. Una confianza en Dios no se comunica a fuerza de argumentos⁹ Algunos niños comprenden la oración más de lo que pensamos. ¡Feliz el que ya desde muy joven ha sido despertado a una comunión en Dios por quienes están cerca de él!

10 San Juan escribe estas asombrosas palabras: " Está entre vosotros Aquel que no conocéis " (Juan 1,26). ¿Quién es ese " Aquel " en medio de nosotros? Es Cristo, el Resucitado. Quizá lo conocemos poco, pero permanece muy cerca de cada ser humano.

11 Cuando, a solas, no sabemos como orar, a veces nuestros labios permanecen cerrados. Pero, en el silencio, nuestra alma está abierta ante Dios y le habla. Y el Espíritu Santo ora en nosotros. Puede incluso despertarnos una aspiración a la contemplación. Ver Romanos 8,26-27.

12 Al hablar sobre el canto en la oración, Olivier Clément escribe: " Hay toda una tradición de la repetición pacificadora que vacía el intelecto de su agitación y le permite disponerse a orar. Algunos, que no saben casi nada del misterio, son introducidos de esta manera. Ello les abre a la parte más profunda de ellos mismos. Esta oración no puede ser demasiado complicada. Lo esencial del cristianismo puede decirse con pocas palabras. Hay una suavidad que viene por medio de ese canto repetitivo, una paz interior". (Extracto del libro: " Taizé, un sentido a la vida ", Narcea, 1997) De esta manera, podemos cantar: " Cristo Jesús, luz interior, no dejes que me hablen mis tinieblas. " (Palabras del siglo IV); " Dios no puede dar sino su amor. " (Palabras del siglo VII); o también: " Tú que nos amas, tu perdón y tu presencia, hacen nacer en nosotros la claridad de la alabanza".

13 Con nuestros hermanos, los que están en Taizé o los que viven a través del mundo, a menudo entre los más empobrecidos, somos conscientes que la vocación de nuestra comunidad nos llama a ser muy sencillos. Eso significa no imponerse, no ser maestros espirituales, sino hombres que escuchan y que intentan comprender. Hemos descubierto que, con una gran sencillez de corazón y con nuestros medios a veces limitados, se nos concede vivir una hospitalidad de la que no nos creíamos capaces. Los jóvenes que acogemos desde hace tanto tiempo, pasan una semana en Taizé, pero no organizamos ningún movimiento en torno a nuestra comunidad.

14 "Lo malo del pasado, lleno de separaciones y de violencia, persiste en nosotros y alimenta el miedo y el odio. Por eso hay que dejar que Dios borre lo malo del pasado." (Atenágoras, patriarca de Constantinopla)

15 El año 2000 es un período marcado para realizar concretamente el perdón y la reconciliación, no sólo entre cristianos, sino en las situaciones diversas que nos rodean, y también con no creyentes. En Taizé, prosiguiendo la " peregrinación de confianza a través de la tierra ", el viernes de cada semana del año 2000 estará dedicado a la reflexión y a la oración para vivir el perdón, con la alegría que el perdón sostiene.

16 Durante su visita a Taizé, el 5 de octubre de 1986, el papa Juan Pablo II dijo estas palabras": ... contribuiréis a no dar tregua al esfuerzo querido por Cristo para llegar a encontrar la unidad visible de una misma fe. Sabéis cuánto por mi parte considero el ecumenismo como una necesidad que me incumbe, una prioridad pastoral en mi ministerio para la cual cuento con vuestra oración. Queriendo ser vosotros mismos una " parábola de comunidad ", ayudaréis a todos los que encontréis a ser fieles a su pertenencia eclesial, que es el fruto de su educación y de su elección consciente, pero también a entrar cada vez más profundamente en el misterio de comunión que es la Iglesia en el designio de Dios ".17 Hechos 2,17 18 Juan 14,16

19 En este año 2000, el " Jubileo " invita a acoger el espíritu de " júbilo ", no sólo por un tiempo, sino a lo largo de toda nuestra vida. El júbilo en el Espíritu Santo es una experiencia de gozo conocida por Jesús (Lucas 10,21), y podemos también vivirla nosotros mismos. Está íntimamente ligada a la presencia del Espíritu Santo en nosotros.

20 Olivier Clément escribió: " Algunos se preguntan cómo es posible alegrarse cuando puede haber tantas pruebas en una vida humana. Llevamos en nosotros una gran alegría, pero ella no nos hará insensibles al sufrimiento de los demás. Al contrario, nos hará aún más sensibles, y podremos al mismo tiempo llevar en el fondo de nosotros esa gran alegría de Cristo Resucitado y entrar profundamente en la aflicción del prójimo. Hay que vivir la tristeza y, a su vez, llevar en sí la alegría, porque sabemos que al final será la resurrección quien tenga la última palabra". (Extractos de: " Taizé, un sentido a la vida ") 21 Isaías 43,18-19

¿Presientes una felicidad?

Carta 2001

Traducida a 58 idiomas (de los cuales 23 son de Asia y 7 de África), esta carta ha sido escrita por el hermano Roger de Taizé, y ha sido publicada con ocasión del Encuentro de Barcelona. Será retomada y meditada durante el año 2001 en los encuentros que tendrán lugar en Taizé, semana tras semana, y en otros lugares del mundo.

Si pudiéramos darnos cuenta de que una vida feliz es posible, incluso en las horas de oscuridad... ¹

Lo que hace feliz una existencia es avanzar hacia la sencillez: la sencillez de nuestro corazón, y la de nuestra vida. ²

Para que una vida sea hermosa, no es indispensable tener capacidades extraordinarias o grandes facilidades. Hay una felicidad en el humilde don de la persona. Cuando la sencillez está íntimamente asociada a la bondad del corazón, ³ incluso personas sin recursos pueden crear un espacio de esperanza en su entorno.

¡Sí, Dios nos quiere felices! ⁴ Pero jamás nos invita a permanecer pasivos, nunca a estar indiferentes ante el sufrimiento de los otros. ⁵ Todo lo contrario: Dios nos propone ser creadores, y llegar a crear incluso en los momentos de prueba. Nuestra vida no está sometida al azar de una fatalidad o de un destino. ¡Lejos de eso! Nuestra vida adquiere sentido cuando es, ante todo, respuesta viva a una llamada de Dios. ¿Pero cómo reconocer esta llamada y descubrir lo que Él espera de nosotros? Dios espera que seamos un reflejo de su presencia, portadores de una esperanza de Evangelio. ⁶ Quien responde a una llamada semejante no ignora sus propias debilidades, pero también guarda en su corazón estas palabras de Cristo: «¡No temas, cree sencillamente!» ⁷

Hay quienes perciben, aunque al principio débilmente, que la llamada de Dios es para ellos una vocación para toda la existencia. ⁸ El Espíritu Santo tiene la fuerza de sostener un sí para toda la vida. ¿No ha depositado Él ya en nosotros un deseo de eternidad y de infinito? En Él, a cada edad, es posible reencontrar un impulso, y decirnos: «¡Ten un corazón decidido, ⁹ y prosigue tu camino!» Y de esta manera, por su misteriosa presencia, el Espíritu Santo suscita un cambio en nuestros corazones, rápido para unos, imperceptible para otros. Lo oscuro, e incluso inquietante, llega a esclarecerse. Hasta el final de nuestros días, la confianza de un sí puede aportar tanta claridad. Llamados a hacer don de nuestra persona, no hemos sido hechos para semejante don. Cristo comprende lo que nos obstaculiza interiormente. Al superarlo, le damos una prueba de nuestro amor.

Atentos a la llamada de Dios, comprendemos que el Evangelio nos invita a asumir responsabilidades para aliviar los sufrimientos humanos. ¹⁰ La mirada de los inocentes, la de tantos pobres a través de la tierra, nos cuestiona: ¿Cómo compartir una esperanza con quienes no la tienen? Y la palabra de Cristo en el Evangelio aporta una respuesta clara: «Lo que hicisteis por los más humildes, a mí me lo hicisteis». ¹¹ Dios no puede sino dar su amor, el sufrimiento nunca viene de Él. Dios no es el autor del mal, Él no quiere ni la angustia humana, ni las guerras, ¹² ni los desastres naturales, ni la violencia de los accidentes. Él comparte el dolor de quienes atraviesan la prueba y nos hace capaces de consolar a los que conocen el sufrimiento.

Dios nos quiere felices: ¿pero dónde está la fuente de esta esperanza? Está en una comunión con Dios, que vive en el centro del alma de cada persona. ¹³ ¿Podemos comprenderlo? Nos cautivará el misterio de una comunión con Dios. Este misterio atañe lo que hay de único y más profundo del ser. ¹⁴ Dios es Espíritu ¹⁵ y su presencia permanece invisible. Vive siempre en nosotros: tanto en los momentos de oscuridad como en los de plena claridad. ¹⁶ ¿Y si existen en nosotros abismos de lo desconocido, y también pozos de culpabilidad que

vienen de no se sabe dónde? Dios no amenaza a nadie ¹⁷ y el perdón con el que inunda nuestras vidas viene a curar nuestra alma. ¿Cómo podría un Dios de amor imponerse con amenazas? ¿Será Dios un tirano? Si las dudas nos asaltan a veces, son sólo agujeros de incredulidad, nada más. El dominio de nuestros pensamientos puede ayudar a sostenernos en medio de los avatares de nuestra existencia. ¹⁸

¿Y si surge la impresión de un alejamiento entre Dios y yo, como si la mirada interior se apagara imperceptiblemente? Recordemos que Dios jamás retira su presencia. ¹⁹ El Espíritu Santo no se separa jamás de nuestra alma: incluso en la muerte, la comunión con Dios permanece. Saber que Dios nos acoge por siempre en su amor se convierte en fuente de una confianza apacible. ²⁰ Nuestra oración es una realidad sencilla. ¿Y si es un pobre suspiro? Dios nos sabe escuchar. Y no olvidemos nunca que, en el corazón de cada persona, es el Espíritu Santo quien ora. ²¹ Mantenernos en silencio en presencia de Dios es ya una disposición interior abierta a la contemplación. ²²

Al entrar en el tercer milenio, ¿nos damos cuenta suficientemente de que, hace dos mil años, Cristo vino a la tierra no para crear una nueva religión, sino para ofrecer a toda la humanidad una comunión en Dios? ²³ El segundo milenio ha sido el tiempo en que muchos cristianos se han separado unos de otros. ¿Nos comprometeremos desde ahora, sin tardanza, desde el comienzo del tercer milenio, a hacer todo lo necesario para vivir en comunión ²⁴ y construir la paz en el mundo? Cuando los cristianos se mantienen en una gran sencillez y con una infinita bondad de corazón, cuando están atentos a descubrir la belleza profunda del alma humana, son llevados a estar en comunión unos con otros en Cristo y a convertirse en buscadores de paz por toda la tierra. ²⁵ ¿Nos damos cuenta de que «todo bautizado que se dispone interiormente a confiar en el Misterio de la Fe está en la comunión de Cristo»? ²⁶ Estar en comunión unos con otros supone amar y ser amados, perdonar y ser perdonados. Cuando esta comunión que es la Iglesia se vuelve diáfana porque busca amar y perdonar, deja traslucir las realidades del Evangelio con un frescor de primavera. ²⁷ ¿Entraremos pronto en una primavera de la Iglesia? Cristo nos llama a nosotros, pobres del Evangelio, a vivir la esperanza de una comunión y de una paz, y que irradian en nuestro entorno. Incluso el más sencillo puede llegar a hacerlo. ¿Presientes una felicidad? ¡Sí, Dios nos quiere felices! ... Y hay una felicidad en el humilde don de uno mismo.

1 Entre las primeras palabras de Cristo sobre la tierra, encontramos éstas: “Felices los de corazón sencillo... felices los que lloran, serán consolados... felices los misericordiosos, alcanzarán misericordia...” (ver Mateo 5,1-12.) Ver también Deuteronomio 4,40.

2 Existen también otras realidades del Evangelio que hacen feliz la existencia humana. Entre ellas, la confianza, la paz de las profundidades...

3 Simplificar nunca significa optar por un rigor sin bondad y lleno de juicios. El espíritu de sencillez se trasluce en la bondad del corazón. Con nuestros hermanos, aquellos que están en Taizé o los que, en otros continentes, viven entre los más pobres, tenemos conciencia de estar llamados a una gran sencillez de vida. Hemos descubierto que, con medios a menudo muy limitados, podemos vivir una hospitalidad de la que no nos creíamos capaces.

4 El escritor ortodoxo Dostoievski escribe: «Sé que los hombres pueden ser felices sin perder la facultad de vivir en la tierra. No quiero ni puedo creer que el mal sea la condición normal de los hombres». (Diario de un escritor.)

5 El filósofo Paul Ricoeur, de confesión reformada, escribe: «No tengo nada que responder a aquellos y aquellas que dicen: ‘Hay demasiado mal en el mundo para que pueda creer en Dios.’ Dios no quiere nuestro sufrimiento. De todopoderoso, Dios se hace «todo-amoroso». El único poder de Dios es el amor desarmado. Dios no tiene otro poder que el de amar y el de dirigirnos una palabra de aliento cuando sufrimos. Nuestra dificultad es ser capaces de escucharlo».

6 Es posible descubrir a Dios de manera particular a través de la vida de los que, a menudo sin saberlo, son un reflejo de Dios entre los humanos.

7 Marcos 5,36

8 Algunos han presentado ya esta llamada en su infancia.

9 Eclesiástico 2,2.

10 En un mundo en rápida evolución, la ciencia y la investigación hacen notables descubrimientos, entre otras cosas para aliviar los sufrimientos, para venir en ayuda de los más necesitados. Y las nuevas tecnologías se vuelven más indispensables que nunca. Existen posibilidades, a veces inesperadas, de compartir con los pobres y los excluidos, en la perspectiva de una economía más solidaria. Numerosas ONGs (Organizaciones No Gubernamentales) juegan un papel positivo en este sentido. Otra iniciativa sostiene la esperanza en un país de Asia, Bangladesh. Un organismo ha sido creado para prestar pequeñas cantidades de dinero a los desheredados. Un préstamo mínimo les permite emprender un proyecto de trabajo y ellos lo reembolsan en pequeñas cantidades cada semana. Sobre este modelo, se han realizado programas en muchos países, para ayudar a los que no tendrían ninguna posibilidad de recibir un préstamo de los bancos tradicionales (por ejemplo, en ciertos países occidentales, los desempleados).

11 Mateo 25,40

12 Jean-Claude Mallet, experto en relaciones internacionales, escribe: «La paz está siempre por construir. Nunca se consigue de una vez por todas. Al final del siglo XX, el siglo de las guerras mundiales y de los genocidios, debemos todavía enumerar, desgraciadamente, treinta y cinco conflictos armados, internacionales o internos, según el cómputo de Naciones Unidas. ¿Acaso podemos eludir la reflexión sobre los medios para poner fin a la violencia armada? Nada parece más urgente, en el comienzo del tercer milenio, porque la guerra devora enormes recursos (económicos, materiales y humanos) que son sustraídos del esfuerzo del desarrollo, y porque la guerra rompe la unidad del hombre, entre los pueblos y en cada persona. Todos pueden contribuir a construir la paz, no como la da el mundo (Juan 14,27), una victoria sobre el otro, como una conquista, sino una victoria sobre sí mismo, que permite que nazca la reconciliación. En la incansable búsqueda de la paz, reconciliación interior y reconciliación pública se dan la mano. Todo odio me separa de mí mismo y de los otros. Trabajar por la reconciliación de los pueblos significa también conducir a cada uno a romper el círculo en el cual tiende a encerrarse, ayudar a salir de sí mismo para ir al encuentro del otro: la paz concierne al campo de la libertad y del amor».

13 «Cristo está unido a todo ser humano sin excepción, incluso si él no es consciente de ello.» Estas palabras tan claras, escritas por el papa Juan Pablo II, nos abren a una nueva comprensión de la fe sobre la tierra. La confianza en Dios se vuelve una realidad más accesible.

14 Hace un año, durante una de las oraciones del encuentro europeo de jóvenes en Varsovia, el arzobispo de Varsovia nos decía: «No estáis comprometidos con un ecumenismo que sólo consista en un acercamiento de las confesiones cristianas divididas. Vais a fondo, queréis mostrar la plenitud de Dios que lleva a la plenitud del hombre. En efecto, es sobre todo el hombre quien está roto. Hoy, el problema fundamental no consiste solamente en las divisiones entre los cristianos. Se trata ante todo de contribuir a unificar el hombre en el interior de sí mismo».

15 «Dios es Espíritu» (Juan 4,24) y «el Espíritu de Dios llena todo el universo» (Sabiduría 1,7).

16 En el mismo inicio de la Iglesia, Pablo, el apóstol, descubría ya esta vida de comunión, y escribía: «Ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí» (Gálatas 2,20). Incluso un niño puede entrar en esta realidad contemplativa.

17 1 Pedro 2,23-24

18 La paz comienza en nosotros mismos. Ya en el siglo IV, san Ambrosio de Milán escribía: «Comenzad en vosotros la obra de la paz, de modo que una vez pacificados vosotros mismos, llevéis la paz a los demás».

19 El teólogo ortodoxo Olivier Clément escribe: «Dios que es amor sin límites no es un Dios lejano, en una eternidad suspendida sobre nosotros. Es un Dios infinitamente cercano, que es más interior que nosotros mismos. De suerte que, por profunda que sea nuestra desesperación, Dios está allí, más profundo todavía, interponiéndose entre nosotros y la nada». (Taizé, un sentido a la vida)

20 Las técnicas médicas actuales consiguen cada vez más pacificar el proceso mismo de la muerte, y aliviar los sufrimientos.

21 Romanos 8,26

22 En todo momento, podemos orar de modo muy simple. Algunas palabras dichas lentamente o cantadas, cinco veces, diez veces, desde el fondo de nuestro corazón, pueden sostener nuestro deseo de una comunión con Dios. Así estas breves oraciones: «Una sed llena mi alma, abandonar todo en ti, Cristo. » – «Tú que nos amas, tu perdón y tu presencia hacen nacer en nosotros la claridad de la confianza. » – «Jesucristo, luz interior, no dejes que me hablen mis tinieblas, concédeme acoger tu amor. » – «En todo la paz del corazón, la alegría, la sencillez, la misericordia».

23 Un día, cuando me encontraba junto a mis hermanos en Bangladesh, donde ellos comparten la vida con los más pobres, fuimos invitados a un encuentro de oración con los musulmanes del barrio de chabolas donde vivíamos. Querían expresar su gratitud por nuestra presencia en aquel lugar y por el taller de costura que habíamos organizado. Uno de los musulmanes, acompañándome a la caída de la noche, me dijo: «Todos los seres humanos tienen el mismo Maestro. Es un secreto que no ha sido aún revelado. Pero más tarde lo descubriremos».

24 Cuando visitó Taizé en 1986, el Papa Juan Pablo II sugería un camino de comunión al decir a nuestra comunidad: «... Queriendo ser vosotros mismos una «parábola de comunidad» ayudaréis a todos los que encontréis a ser fieles a su pertenencia eclesial que es fruto de su educación y de su elección en conciencia, pero también a entrar cada vez más profundamente en el misterio de comunión que es la Iglesia en el plan de Dios».

25 Más que nunca surge una pregunta: ¿Sabrán los cristianos de Occidente y los de Oriente descubrir una profunda confianza los unos en los otros? Muchos cristianos de Occidente aman a sus hermanos y hermanas de Oriente en parte por todas las pruebas que han atravesado y también porque hay en ellos dones de comunión tan transparentes. En 1962, un obispo ortodoxo, el metropolitano Nikodim, de San Petersburgo, vino a Taizé. Se interrogaba sobre el futuro de los cristianos tanto en Occidente como en Oriente. Llevaba consigo la esperanza de una comunión y hacía comprender que el secreto del alma ortodoxa estaba sobre todo en una oración abierta a la contemplación. ¡Han habido tantos ortodoxos que han sabido amar en medio de sus pruebas! La bondad de su corazón es para muchos de ellos una realidad vital. Son testigos vivos de una confianza en el Espíritu Santo. Por su atención especial a la resurrección, nos fortalecen en lo esencial de la fe. Hoy en Taizé, procuramos estar muy atentos a los jóvenes de Rusia, de Bielorrusia, de Ucrania, de Rumanía, de Serbia, de Bulgaria.

26 Padre Stanislas Lyonnet.

27 «El Evangelio no ha cambiado, somos nosotros que empezamos a entenderlo mejor». Estas palabras fueron pronunciadas por el papa Juan XXIII en vísperas de su muerte. Un día había dicho también: «En la situación actual de la sociedad, los profetas de desgracias no ven sino ruinas y calamidades; dicen que nuestra época ha empeorado profundamente, como si en otros tiempos todo hubiera sido perfecto; anuncian catástrofes, como si el mundo estuviera cercano a su fin». La última vez que nos encontramos con Juan XXIII estaba con mis hermanos Max y Alain. El papa ya estaba enfermo. Al vernos afectados por su próxima muerte, expresó su confianza en el futuro de nuestra comunidad. En otro momento de esta conversación, Juan XXIII nos explicó cómo tomaba a veces sus decisiones rezando: «Hablo con Dios», dijo. Hizo un silencio, luego añadió: «¡Oh! Muy humildemente, ¡oh! Muy sencillamente».

Traducida a 58 lenguas (de las cuales 23 son de Asia y 7 de África), esta carta, escrita por el hermano Roger, de Taizé, será retomada y meditada durante el año 2002 en los encuentros que tendrán lugar tanto en Taizé, semana tras semana, como en otros lugares a través del mundo.

Carta de Taizé

AMA Y DILO CON TU VIDA

Carta 2002

1 “Ama y dilo con tu vida”: estas palabras fueron escritas tres siglos después de Cristo por un cristiano del Norte de África, San Agustín.

2 “Dios no puede más que dar su amor”: estas palabras vienen de un pensador cristiano del s. VII, llamado Isaac de Nínive. Él había llegado a esta conclusión después de haber estudiado largamente el Evangelio según san Juan y meditado las palabras “Dios es amor” (1 Juan 4,8)

3 Dios ama a cada ser humano sobre la tierra, pero no se impone, ni fuerza a persona alguna a amarle.

Hoy más que nunca se alza una llamada a abrir caminos de confianza hasta en las noches de la humanidad. ¿Presentimos esta llamada?

Los hay que, por el don de sí mismos, dan testimonio de que el ser humano no está abocado a la desesperación. ¿Somos de éstos?¹

Una urgencia que viene de las profundidades de los pueblos: ir en socorro de las víctimas de una pobreza que conoce un continuo crecimiento. Ésta es una necesidad fundamental en vistas a una paz sobre la tierra.

El desequilibrio entre la acumulación de las riquezas de un cierto número y la pobreza de multitudes es una de las cuestiones más graves de nuestro tiempo. ¿Haremos todo lo posible para conseguir que la economía mundial aporte soluciones?

Ni las desgracias, ni la injusticia de la pobreza vienen de Dios: Dios no puede más que dar su amor.²

Y hay un súbito asombro al descubrir que Dios mira a todo ser humano con una infinita ternura y una profunda compasión.³

Cuando comprendemos que Dios nos ama, y que ama hasta al más abandonado de los humanos, nuestro corazón se abre a los demás, nos volvemos más atentos a la dignidad de la persona humana y nos preguntamos: ¿cómo preparar caminos de confianza sobre la tierra? ⁴

Aunque estemos despojados de todo, ¿no somos llamados a transmitir, por nuestras vidas, un misterio de esperanza a nuestro alrededor? ⁵

Nuestra confianza en Dios es reconocible cuando se expresa por el simple don de nuestras propias vidas: es ante todo cuando se vive que la fe se hace creíble y se comunica. ⁶

La presencia de Dios es un soplo que llena todo el universo, es un impulso de amor, de luz y de paz sobre la tierra.

Animados por este soplo, somos conducidos a vivir una comunión con los demás, ⁷ y somos llevados a realizar la esperanza de una paz en la familia humana... ¡Y que ella irradie a nuestro alrededor! ⁸

Por su Espíritu Santo, Dios penetra en nuestras profundidades, Él conoce nuestro deseo de responder a su llamada de amor. Así podemos preguntarle: “¿Cómo descubrir eso que Tú esperas de mí? Mi corazón se inquieta: ¿cómo responder a tu llamada?”

En el silencio interior, esta respuesta puede surgir: “Atrévete a dar tu vida por los demás, allí encontrarás un sentido a tu existencia.”

Llegaremos, quizás, a decirle a Dios:

“Los días pasan y no respondía a tu llamada. Hasta llegué a preguntarme: ¿tengo verdaderamente necesidad de Dios? Vacilaciones y dudas me hacían alejarme de Ti.

Y sin embargo, incluso cuando me creía lejos de Ti, me esperabas. Me tenía por abandonado, y Tú estabas tan cerca de mí.

Día tras día, renuevas en mí una espontaneidad para sostenerme en un sí a Cristo. Tu mirada de comprensión > 3

⁴ El amor de Dios que ha sido depositado en cada uno de nosotros es como un tesoro precioso. De este tesoro puede brotar una fuerza de compasión que dura toda la vida.

⁵ Desde hace muchos años, hemos comprendido la necesidad de que algunos de los hermanos de nuestra comunidad compartan la existencia de los más pobres en los continentes del Sur. Es así que, por ejemplo, desde hace 27 años, algunos hermanos están en Bangladesh. Ellos ofrecen cuidados a los enfermos y a los minusválidos. Acogen en la comida a los más desposeídos. Sostienen pequeñas escuelas para los niños más pobres. Desde el principio, un intercambio de confianza se ha establecido con los creyentes musulmanes.

⁶ El don de la propia vida puede ir hasta el olvido de sí en favor de los demás. En Taizé, desde hace más de cuarenta años, algunas hermanas participan en la acogida. Ellas están atentas a comprender, a escuchar a las jóvenes. Su acogida puede ser tan auténtica que nos decimos: estas mujeres son un tesoro del evangelio.

⁷ Cristo no ha venido a la tierra para crear una nueva religión sino para ofrecer a todo ser humano una comunión en Dios. En el corazón de Dios, esta comunión que es la Iglesia no puede estar dividida. Es así esencial que se manifieste la Iglesia indivisa, aún escondida pero realizada en Dios.

⁸ La paz sobre la tierra comienza en nosotros mismos. Ya en el s. IV, San Ambrosio de Milán decía: “Comenzad en vosotros la obra de la paz, una vez que vosotros estéis pacificados, llevaréis la paz a los demás.”

9 En los primeros años de nuestra comunidad, buscando responder día tras día a la llamada de Cristo, éramos conscientes de las dudas que podían surgir en nosotros, y nos preguntábamos: ¿cómo vamos a perseverar en esta llamada? Poco a poco hemos entendido que la fuerza del Espíritu Santo bastaba para sostener una vocación a lo largo de toda una vida. Se hace evidente que no podríamos permanecer fieles a nuestra vocación sin comprometer la vida entera.

10 El teólogo ortodoxo Olivier Clément ha escrito estas palabras que son para nosotros un sostén: “La confianza es una palabra clave en Taizé. Los encuentros animados por la comunidad, en Europa y en otros continentes, forman parte de una peregrinación de confianza sobre la tierra. La palabra confianza es, quizás, una de las palabras más humildes y simples que existen, pero al mismo tiempo una de las más esenciales. En la confianza, está el misterio del amor, el misterio de la comunión, y finalmente el misterio de Dios.” (“Taizé, un sentido a la vida”)

11 En nuestra vida de comunidad, sabemos que la simplicidad y la bondad del corazón son valores indispensables. Están quizás entre los más claros reflejos de la belleza de una comunión.

12 1 Pedro 2,21-25

13 Podemos ser liberados de aquello que nos pesa conversando con alguna persona que tenga un profundo discernimiento del corazón, que viene de la fe, y que pueda escucharnos con bondad. En conversaciones así, la certeza del perdón se vuelve accesible.

14 Ver Juan 15,11 y Lucas 10,21

hace posible que este sí me lleve hasta el último aliento.”

La fidelidad de toda una vida supone una atención sostenida.

A lo largo de la existencia, el Espíritu Santo atraviesa nuestras noches interiores y una transfiguración del ser se realiza poco a poco.⁹

En un mundo donde las novedades tecnológicas provocan un desarrollo jamás antes conocido, es importante no ignorar las realidades fundamentales de la vida interior: la compasión, la simplicidad del corazón y de la vida, la humilde confianza en Dios, el gozo sereno...¹⁰

El Evangelio despierta a la compasión y a una infinita bondad del corazón. Éstas no tienen nada de ingenuas, pueden exigir una vigilancia. Conducen a este descubrimiento: buscar hacer felices a los demás nos libera de nosotros mismos.

Y una mirada de amor permite discernir la bondad del alma humana.

La simplicidad de nuestro corazón y de nuestra vida nos lleva lejos de los caminos sinuosos donde se extraviarían nuestros pasos.¹¹

Aquello que más nos coge en el Evangelio, es el perdón, el que Dios nos da, y el que nos invita a darnos los unos a los otros. Incluso abatido y maltratado, Jesucristo no amenazaba, perdonaba.¹² Vivo en Dios, no cesa nunca de ofrecer la libertad del perdón.

En Dios, ninguna voluntad de castigo.

Por su perdón, Él borra lo que está herido en nuestro corazón, a veces desde la infancia o la adolescencia.

Confíarle todo a Él, hasta la inquietud... Y entonces reconocemos que somos amados, reconfortados, curados.¹³

Nunca en el Evangelio, Cristo invita a la tristeza o a la morosidad. Todo lo contrario, hace accesible un gozo apacible, e incluso un júbilo en el Espíritu Santo.¹⁴

Un joven africano, que había pasado un año en Taizé, expresaba cómo había descubierto poco a poco un gozo, después de una dura prueba. Cuando tenía siete años, su padre fue asesinado. Y su madre tuvo que huir muy lejos. Decía:

“He querido reencontrar el amor de mis padres que me ha faltado desde mi infancia. Entonces, he buscado una alegría interior, esperando encontrar allí fuerza en el sufrimiento. Esto me ha dado la capacidad de salir de la soledad de mi infancia. Me he dado cuenta de la importancia de la alegría para modificar las relaciones cotidianas y para conocer una paz interior.”¹⁵

En cada ser humano, Dios ha insuflado un alma.¹⁶ Ella es invisible, como Dios es invisible. En ella viene a nacer el deseo de una comunión con Dios.¹⁷

¿Y cómo realizar una comunión así? Es posible encontrar a Dios, realmente, en la oración, tanto la que se expresa con palabras como en el silencio.¹⁸

Nada lleva tanto hacia Dios como la oración común, cuando ésta está sostenida por la belleza del canto.¹⁹

Hay una paz del corazón al comprender que ni siquiera la muerte pone fin a una comunión en Dios. Lejos de conducir a la nada, ella abre el paso hacia una vida eterna donde Dios acoge nuestra alma para siempre.

Incluso cuando haya en nosotros dudas, la presencia del Espíritu Santo permanece, en los días apacibles como en las horas de aridez.

¿No somos acaso nosotros los pobres del evangelio? Nuestra fe humilde basta para acoger su presencia.²⁰ Y el solo deseo de su presencia vuelve nuestra alma a la vida, sobre la tierra como en la eternidad.

15 “El gozo es vuestra fuerza”. (Nehemías 8,10)

16 Génesis 2,7

17 En la Biblia, una misma palabra puede significar “alma” y “deseo”. El alma humana lleva el deseo de Dios: “Mi alma tiene sed de Dios” (Salmo 42,3), “Mi alma te ha deseado durante la noche” (Isaías 26,9). Dios colma el deseo del ser humano: “Que el que tenga sed se acerque, que el que tenga deseo reciba el agua de la vida, gratuitamente”. (Apocalipsis 22,17)

18 Tener el simple deseo de una comunión con Él, es ya una oración. San Agustín escribió estas palabras: “Un deseo que llama a Dios es ya una oración. Si quieres orar sin cesar, no dejes nunca de desear... Orar con muchas palabras no es, como algunos creen, orar mucho... Desechemos de la oración las palabras numerosas, pero oremos mucho en el silencio del corazón.” Él también escribió: “Si deseas conocer a Dios, ya tienes fe”.

19 Para algunos, la belleza de la música, escuchada dentro de una iglesia o en su propio cuarto, sostiene una espera contemplativa.

20 Cuando nos encontramos por última vez con Juan XXIII éramos tres, con mis hermanos Max y Alain. Era 1963, un poco antes de su muerte. En un momento de la conversación, el papa nos explicó cómo a veces tomaba sus decisiones rezando: “Hablo con Dios... ¡Oh!, muy humildemente, ¡oh!, muy sencillamente.” En la misma época, algunos hermanos de nuestra comunidad habían comenzado a ir a los países de Europa del Este para visitar a los cristianos. Íbamos allí para escuchar, para estar al lado de aquellos que atravesaban pruebas, para comprender mejor la fe ortodoxa. Y ahora estamos agradecidos de poder acoger a tantos jóvenes ortodoxos. Sabemos felizmente que uno de los secretos del alma ortodoxa está en una oración abierta a la contemplación.

Dios sólo puede amar

Carta 2003

Traducida a 58 lenguas (incluidas 23 asiáticas), esta carta, escrita por el hermano Roger de Taizé, ha sido publicada con ocasión del encuentro europeo de jóvenes de París. Será retomada y meditada durante el año 2003 en los encuentros de jóvenes que tendrán lugar en Taizé, semana tras semana, así como en otros lugares del mundo.

Entre las jóvenes generaciones a través del mundo, son muchos los que se interrogan y cuestionan: ¿existe una esperanza para nuestro futuro? ¿Cómo pasar de las inquietudes a la confianza?

Nuestras sociedades son a veces tan sacudidas desde sus cimientos. Hay un porvenir incierto para la humanidad, con la pobreza en continuo crecimiento. Ahí está el sufrimiento de muchos niños, y tantas rupturas que hieren los corazones.

A pesar de eso, ¿no vemos surgir, incluso en las situaciones más problemáticas del mundo, algunos signos de una innegable esperanza?

Para avanzar, es bueno saberlo: el Evangelio lleva en sí mismo una esperanza tan bella que podemos encontrar ahí una alegría del alma.

Esta esperanza es como una brecha de luz que se abre en nuestras profundidades. Sin ella, el gusto por vivir podría apagarse.

¿Dónde está la fuente de esta esperanza? Está en Dios, que sólo puede amar¹ y nos busca incansablemente.

La esperanza se renueva cuando con toda humildad nos confiamos a Dios.²

Existe una fuerza interior que nos habita y está ahí para todos. Esta fuerza se llama Espíritu Santo. Susurra en nuestros corazones: «Abandónate a Dios con total sencillez, tu poca fe ya es suficiente.»³

¿Y quién es este Espíritu Santo? Es aquel que prometió Jesús el Cristo en el Evangelio: «No os dejaré nunca solos, por el Espíritu Santo estaré siempre con vosotros, Él os sostendrá y consolará siempre.»⁴

Incluso cuando pensamos estar solos, el Espíritu Santo está ahí. Su presencia es invisible, sin embargo, no nos deja jamás.⁵

Y poco a poco comprendemos que, en una vida humana, lo más esencial es amar en la confianza.

La confianza es una de las realidades más humildes y más simples que existen, y al mismo tiempo, una de las más fundamentales.

Amando en la confianza, podemos llegar a hacer felices a los que nos rodean, y permaneceremos en comunión con aquellos que nos han precedido y nos esperan en la eternidad de Dios.

Cuando sobrevienen períodos de duda, recordemos que las dudas y la confianza, como sombras y luz, pueden coexistir en nuestras vidas.⁶

Ante todo, quisiéramos retener las pacificadoras palabras de Cristo: «No tengáis miedo, que vuestro corazón no se inquiete.»⁷

Entonces, aparece que la fe no es el resultado de un esfuerzo, sino un don de Dios: es Dios quien día tras día, nos concede avanzar desde nuestras dudas hacia la confianza en Él.

Dios solo puede amar y su compasión es una fuente. Viene el día en que podremos decir: «Dios de misericordia, incluso siuviéramos fe como para transportar montañas, sin tu amor, ¿qué seríamos?»⁸ Sí, tu amor por cada uno de nosotros permanece para siempre.»

Uno de los rostros más claros del amor de Dios es el perdón.

Cuando también nosotros nos perdonamos, nuestra vida cambia poco a poco.

Al encontrar en el perdón una alegría que no pesa, vemos disiparse las severidades hacia los demás, y es esencial que éstas dejen lugar a una infinita bondad.

Ya antes de Cristo, un creyente expresaba esta llamada: «Deja tu tristeza, deja que Dios te conduzca hacia una alegría.»⁹

Esta alegría cura la herida secreta del alma. Se encuentra en la transparencia de un amor apacible. Necesita todo nuestro ser para abrirse.¹⁰

Son muchos hoy los que aspiran a vivir un tiempo de confianza y esperanza.¹¹

Puede haber en el ser humano pulsiones de violencia. Mas para que se alce una confianza sobre la tierra, lo que importa es comenzar en uno mismo: caminar con un corazón reconciliado, vivir en paz con los que nos rodean.

Una paz sobre la tierra se prepara en la medida en que cada uno de nosotros se atreve a preguntarse: ¿estoy dispuesto a buscar una paz interior, para avanzar desinteresadamente? Incluso desprovisto, ¿puedo ser fermento de confianza allí donde vivo, con una comprensión hacia los otros que se ampliará siempre más?

Manteniéndonos en la presencia de Dios en una espera serena, ¿abriremos sendas de pacificación allí donde surgen las oposiciones?¹²

Cuando los jóvenes toman en sus propias vidas una resolución por la paz, llevan una luminosa esperanza que irradia más y más lejos.

En este periodo de la historia, el Evangelio nos invita a amar y a decirlo con nuestra existencia. Ante todo, es nuestra vida la que hace creíble la fe a nuestro alrededor.

Esto es verdad también en el misterio de comunión que es el Cuerpo de Cristo, su Iglesia. Una credibilidad a menudo perdida puede renacer, cuando la Iglesia vive la confianza, el perdón, la compasión, y acoge desde la alegría y la sencillez. Entonces llega a transmitir una esperanza viva.¹³

Cuando nuestra oración personal parece pobre y nuestras palabras torpes, no nos detendremos en el camino.¹⁴

¿No es uno de los deseos más profundos de nuestra alma realizar una comunión con Dios?

Tres siglos después de Cristo, un creyente africano de nombre Agustín escribía: «Un deseo que llama a Dios es ya una oración. Si quieres orar sin cesar, no ceses nunca de desear...»¹⁵

Una gran sencillez de corazón sostiene una oración contemplativa. La sencillez es fuente de una alegría.¹⁶ Permite abandonarse en Dios, dejarse llevar hacia Él.

En una vida de comunión así, Dios, que permanece invisible, no se comunica con nosotros por fuerza con palabras humanas. Nos habla especialmente a través de silenciosas intuiciones.¹⁷

El silencio, en la oración, parece nada. No obstante, en este silencio, el Espíritu Santo puede concedernos acoger la alegría de Dios, hasta tocar el fondo del alma.

A través de una sencilla oración, muchos comprenden un día que Dios les dirige una llamada. ¿Qué llamada?

Dios espera que nos preparemos para llegar a ser portadores de alegría y paz.¹⁸

Le escucharemos cuando resuenen en nosotros sus palabras: «No te detengas, sigue avanzando, ¡que tu alma viva!»

Entonces llegamos a darnos cuenta que hemos sido creados para avanzar hacia un infinito, un absoluto. Y puede acontecer este descubrimiento: a menudo es en las situaciones exigentes donde el ser humano llega a ser plenamente él mismo.

Apoyándonos los unos en los otros,¹⁹ no dejándonos detener por los obstáculos, y sabiendo encontrar el coraje para seguir adelante, nos damos cuenta de que hay una alegría del corazón, e incluso una felicidad, para quien responde a la llamada de Dios. Sí, Dios nos quiere felices.²⁰

Y surge lo inesperado. Las largas noches apenas iluminadas son franqueadas. Incluso el continuar a veces por caminos de oscuridad, lejos de debilitarnos, nos puede construir interiormente.

Lo que más nos dice, es ir de descubrimiento en descubrimiento. Acoger el día que llega como un hoy de Dios. Buscar en todo la paz del corazón. Y la vida llega a ser bella... Sí, la vida será hermosa.

1. «Dios sólo puede amar»: esta certeza ha sido expresada por un pensador cristiano del siglo VII, San Isaac de Nínive. Llegó a esta conclusión después de haber estudiado largamente el Evangelio según San Juan y meditado las palabras "Dios es amor" (1Jn 4,8). Más que nunca, hoy importa recordar: el sufrimiento no viene nunca de Dios. Dios no es el autor del mal, Dios no quiere ni la angustia humana ni los desórdenes de la naturaleza, ni la violencia de los accidentes, ni las guerras. Comparte el dolor de quien atraviesa la prueba y nos concede consolar a quien conoce el sufrimiento.

2. En todo momento cada uno puede hacer suya esta sencilla oración, decirla y volverla a repetir en su corazón: «Mi alma reposa en paz sólo en Dios» (Salmo 62,2).

3. Un siglo después de Cristo, un creyente de nombre Ireneo, de Lyon, tiene la clara certeza de una comunión en Dios. Nos dejó estas líneas: «El esplendor de Dios es el hombre vivo. La vida del hombre es la contemplación de Dios.»

4. Ver Juan 14,16-20.

5. Incluso si hay momentos en los que la presencia del Espíritu Santo se hace menos sensible, siempre encontramos en Él el apoyo y el consuelo con los que Dios viene a inundar nuestras vidas. ¿Nos olvidaremos de la presencia del Espíritu Santo en nuestras vidas? Al descansar en Él, le encontramos allá donde estemos, en nuestra casa, en el trabajo, en una vida llena de actividades...

6. Encontramos esto en el Evangelio. Un hombre dice a Cristo: «Creo», pero añade a continuación: «ven en ayuda de mi incredulidad» (Marcos 9,24).

7. Juan 14,1.

8. Ver 1 Corintios 13,2.

9. Ver Baruc 5,1-9.

10. La alegría, que puede mantenerse liviana, es uno de los frutos del Espíritu Santo en nosotros (ver Gálatas 5,22). La alegría nos maravilla. Ella nos hace descubrir despertares poéticos en cada estación, tanto en los días de plena luz como en las noches heladas del invierno.

11. En la Biblia, la esperanza no es una creación de la imaginación, está enraizada en la presencia de Dios que nunca está ausente: «Tengo para vosotros, dice el Señor, planes de paz y no de desgracia, para daros un futuro y una esperanza » (Jeremías 29,11). Esta esperanza es una certeza: «Hay futuro, y tu esperanza no será cercenada» (Proverbios 23,18). El Nuevo Testamento va más lejos, al comprender la esperanza como una realidad ya en marcha: «La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Romanos 5,5).

12. Durante siglos, los cristianos han conocido numerosas separaciones. ¿Nos comprometeremos hoy, sin tardanza, a hacer todo lo posible para vivir en comunión unos con otros? La llamada a la reconciliación entre los cristianos separados ha suscitado durante años diálogos y conversaciones positivas. Pero no podemos posponer la reconciliación hasta el fin de los tiempos. Más que nunca, existe la urgencia de entrar en el camino abierto por Cristo en el Evangelio: «Ve antes a reconciliarte» (Mateo 5,24) «¡Ve antes !», dice, y no : «¡Déjalo para más tarde!»

Existen hoy hombres, mujeres, jóvenes, profundamente conscientes de la urgencia de una reconciliación vivida sin retraso. En marzo del 2002, el papa Juan Pablo II llamaba a «el ecumenismo de la santidad que nos conducirá al fin hacia la plena comunión». Después, en octubre del 2002, el papa y el patriarca ortodoxo Theoctisto, de Rumanía, escribían una declaración común que subrayaba «nuestro compromiso a orar y trabajar para alcanzar la plena unidad visible de todos los discípulos de Cristo. Nuestra meta y nuestro ardiente deseo es la plena comunión que no es absorción, sino comunión en la verdad y el amor.»

13. Hace cuarenta años, el hombre que quizás más profundamente ha marcado nuestra comunidad de Taizé, el papa Juan XXIII, supo encontrar expresiones que nos estimulan a no detenernos, sino a avanzar; entre otras, estas palabras: «La Iglesia prefiere recurrir al remedio de la misericordia que blandir las armas de la severidad.»

14. Si para algunos la oración en soledad es ardua, la belleza de una oración cantada, incluso entre dos o tres, sostiene incomparablemente la vida interior. A través de palabras

sencillas, cantos largamente repetidos, puede irradiar un gozo. En Taizé y en los encuentros en los diversos continentes, descubrimos que una oración común, cantada juntos, permite que ascienda el deseo de Dios y entrar en una oración contemplativa.

15. De San Agustín son también estas palabras: «Si deseas conocer a Dios, ya tienes fe.»

16. Con mis hermanos, buscar la simplicidad, la del corazón y la de la vida, está más que nunca en el centro de nuestra vocación, y esto, lo vivimos en Taizé o en pequeñas fraternidades de algunos hermanos entre los más pobres en los otros continentes. Cuanto más avanzamos, más nos acordamos de que somos unos pobres del Evangelio. Entonces nos decimos: «¡Seamos hombres de escucha, no maestros espirituales!»

17. A propósito de la oración, San Agustín escribe: «Orar mucho, no es, como algunos piensan, rezar con muchas palabras... Evitemos en la oración las muchas palabras, y oremos mucho en el silencio del corazón. »

18. «Somos llamados a ir más allá de los límites de nuestras comunidades cerradas, a trascender los prejuicios, las dudas, y testimoniar a Cristo resucitado, en la medida de nuestras posibilidades, para salir al encuentro del hombre contemporáneo y los problemas acuciantes que se le plantean. No se trata de confundirse con el mundo, sino de ayudarlo a orientarse (...), para que cada ser humano pueda alcanzar la libertad y la dignidad.» (Monseñor Anastasios, de Tirana, primado de la Iglesia ortodoxa de Albania.)

19. El aislamiento lleva a perder los ánimos y no permite el desarrollo de los dones de cada uno. Para que se apoyen los unos a los otros, desde hace años proponemos a los jóvenes participar en una « peregrinación de confianza a través de la tierra ». Esto les permite descubrirse unidos a tantos jóvenes por una misma búsqueda de Dios, por una misma esperanza, y por compromisos complementarios. Y esto, sin crear un movimiento organizado entorno a nuestra comunidad de Taizé.

20. En las pruebas de nuestra vida, nos damos cuenta poco a poco de que la fuente de una alegría no está ni en los dones prestigiosos, ni en las grandes facilidades, sino en el humilde don de sí mismo, para comprender a los demás con la bondad del corazón. Una alegría nos está esperando siempre que en nuestras vidas la sencillez se une a la bondad del corazón.

Carta de Taizé

Traducida a 57 lenguas (24 de ellas asiáticas), esta carta, escrita por el hermano Roger, de Taizé, ha sido publicada con ocasión del encuentro europeo de jóvenes de Hamburgo. Será retomada y meditada durante el año 2004 en los encuentros de jóvenes que tendrán lugar tanto en Taizé, semana tras semana, como en otros lugares a través del mundo.

Hacia las fuentes de la alegría

Carta 2004

1 Una profundización en la vida interior, lejos de conducir a cerrar los ojos a la situación de las sociedades contemporáneas, llama a interrogarse. ¿Somos lo suficientemente conscientes de que, por ejemplo, 54 países del mundo son más pobres hoy que en 1990? Koffi Annan, secretario general de las Naciones Unidas, nos escribía el año pasado, con ocasión del encuentro europeo de París: «Hay en el mundo tantos jóvenes privados de perspectivas de futuro. Para ellos cada día es una dura batalla contra el hambre, la enfermedad, la miseria. Son numerosos los que viven en regiones afectadas por conflictos armados. Tenemos que hacer todo lo posible para llevarles esperanza.»

2 El querido papa Juan XXIII escribía: «Todo creyente es llamado a ser, en el mundo de hoy, como un destello de luz, un centro de amor y un fermento para toda la masa. Cada uno lo será en la medida de su comunión con Dios. De hecho, la paz no podrá reinar entre los humanos, si ella no reina primero en cada uno de ellos» (*Pacem in terris*, 164-165.)

3 Pablo, el Apóstol, anima a los creyentes a ser «hogueras de luz» que brillen en el mundo (ver Filipenses 2,15-16.)

4 «Cuando el Señor venga, ... los más pobres y los más desprovistos tendrán gozo sobre gozo en el Señor» (Isaías 29,18-19). «Consuela tu corazón, expulsa la tristeza, pues la tristeza no te aportará ningún bien» (Sirácida 30,21-25.)

Tantos jóvenes, a través de la tierra, llevan en ellos una sed de paz, de comunión, de alegría.

Están atentos también a la pena insondable de los inocentes. No ignoran, en particular, el crecimiento de la pobreza en el mundo.¹

No sólo los responsables de los pueblos construyen el futuro. El más humilde entre los humildes puede contribuir a construir un porvenir de paz y de confianza.

Por desprovistos que estemos, Dios nos ofrece poner reconciliación allí donde hay oposiciones, y la esperanza donde hay inquietud. Nos llama a hacer accesible, por nuestra vida, su compasión por el ser humano.²

Si los jóvenes se convierten, por su propia vida, en focos de paz, habrá una luz allí donde se encuentren.³

Un día, pregunté a un joven eso que, a sus ojos, era lo más esencial para sostener su vida. Me respondió: «La alegría y la bondad del corazón.»

La inquietud, el miedo a sufrir, pueden quitar la alegría.

Cuando asciende en nosotros una alegría que brota del Evangelio, ésta nos aporta un soplo de vida.

Esta alegría, no la creamos nosotros, es un don de Dios. Es reanimada sin cesar por la mirada de confianza que Dios dirige sobre nuestras vidas.⁴

Lejos de ser ingenua, la bondad del corazón supone una vigilancia. Ella puede conducir a correr riesgos. No deja lugar al desprecio del otro.⁵

Ella nos hace estar atentos a los más desprovistos, a los que sufren, a la pena de los niños. Sabe expresar por el semblante, por el tono con que habla, que todo ser humano tiene necesidad de ser amado.⁶

Sí, Dios nos concede caminar con un destello de bondad en el fondo del alma, que no pide sino convertirse en llama.⁷

¿Pero cómo ir a las fuentes de la bondad, de la alegría, e incluso a las de la confianza?

Al abandonarnos en Dios, encontramos el camino.

Por lejos que nos remontemos en la historia, multitud de creyentes han sabido que, en la oración, Dios aportaba una luz, una vida desde dentro.

Ya antes de Cristo, un creyente oraba: «Mi alma te ha deseado durante la noche, Señor; en lo más profundo de mí, mi espíritu te busca.»⁸

El deseo de una comunión con Dios es depositado en el corazón humano desde toda la eternidad. El misterio de esta comunión alcanza lo más íntimo, las profundidades del ser.

Así podemos decir a Cristo: «¿A quién iremos si no a ti? Tú tienes palabras que devuelven la vida a nuestra alma.»⁹

Permanecer delante de Dios en una espera contemplativa no sobrepasa nuestra medida humana.

En una oración así, un velo se levanta sobre lo inexpresable de la fe, y lo indecible lleva a la adoración.

Dios está presente también cuando el fervor se disipa y cuando se desvanecen las resonancias sensibles. Nunca somos privados de su compasión. No es Dios quien se mantiene alejado de nosotros, somos nosotros los que a veces estamos ausentes.

Una mirada contemplativa percibe signos de evangelio en los acontecimientos más simples.

⁵ En una vida de comunidad, la bondad del corazón es un valor inestimable. Puede ser uno de los más limpios reflejos de la belleza de una comunión.

⁶ Desde que es muy pequeño, un niño sabe lo que significa la bondad del corazón de una madre o de un padre, de una hermana o de un hermano. Ella es una clara realidad del Evangelio. Para un niño, saber que es amado es tan importante, le da para toda la vida una posibilidad de ir lejos, de comprender un día que Dios nos llama a responder amando a otros.

⁷ Durante una visita a Taizé, el filósofo Paul Ricoeur decía: «La bondad es más profunda que el más profundo mal. Por radical que sea el mal, nunca es tan profundo como la bondad.»

⁸ Isaías 26,9.

⁹ Cuando algunos iban a abandonar al Cristo, él dijo a sus discípulos: «Y vosotros, ¿también queréis marcharos?» Pedro le respondió: «¿Adónde iríamos? Tú tienes las palabras de la vida eterna.» (Juan 6,67-68)

10 Vivir en comunión con Dios conduce a vivir en comunión los unos con los otros. Cuanto más nos acercamos al Evangelio, más nos acercamos los unos a los otros. El teólogo ortodoxo Olivier Clément escribe: «Cuanto más se convierte uno en un hombre de oración, más se vuelve un hombre de responsabilidad. La oración no libera de las tareas de este mundo: nos hace aún más responsables. Nada es más responsable que orar. Esto puede tomar la forma concreta de una presencia junto a los que sufren los abandonos humanos, la pobreza -como es el caso, por ejemplo, para los hermanos de Taizé que viven en los barrios de desheredados en otros continentes-, nos llama también a ser personas inventivas, creadoras en todos los ámbitos, incluido el ámbito económico, el ámbito de una civilización planetaria, el ámbito cultural...» (*Taizé, un sentido a la vida*, Narcea, Madrid 1997.)

11 Muy joven, a los 21 años, el teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer forjó la expresión «Cristo que existe como comunidad». Escribió que «en Cristo la humanidad es realmente integrada en la comunidad de Dios» (*Sanctorum communio*, Berlin 1930.)

Discierne la presencia de Cristo incluso en el más abandonado de los humanos.¹⁰

Descubre en el universo la radiante belleza de la creación.

Muchos se hacen la pregunta: ¿qué es lo que Dios espera de mí? Y he aquí que, leyendo el Evangelio, llegamos a comprenderlo: Dios nos pide ser en toda situación como un reflejo de su presencia; nos invita a hacer bella la vida para aquellos que nos confía.

Quien busca responder a una llamada de Dios para toda la existencia, puede decir esta oración:

Espíritu Santo, si nadie ha sido forjado con evidencia para realizar un sí para siempre, tú vienes a encender en mí una hoguera de luz. Tú iluminas las vacilaciones y las dudas, en los momentos en los que el sí y el no se enfrentan.

Espíritu Santo, tú me haces capaz de consentir mis propios límites. Si hay en mí una parte de fragilidad, que tu presencia venga a transfigurarla.

Y he aquí que somos llevados a la audacia de un sí que nos va a conducir muy lejos.

Este sí es confianza límpida.

Este sí es amor de todo amor.

Cristo es comunión. No ha venido a la tierra para crear una religión más, sino para ofrecer a todos una comunión en él.¹¹ Sus discípulos son llamados a ser humildes fermentos de confianza y de paz en la humanidad.

En esta comunión única que es la Iglesia, Dios ofrece todo para ir a las fuentes: el Evangelio, la Eucaristía, la paz del perdón... Y la santidad de Cristo ya no es inalcanzable, está ahí, muy cerca.

Cuatro siglos después de Cristo, un cristiano africano, de nombre Agustín, escribía: «Ama y dilo con tu vida».

Cuando la comunión entre los cristianos es vida, no teoría, irradia la esperanza. Más aún: puede sostener la búsqueda indispensable de una paz mundial.

Entonces, ¿cómo pueden aún los cristianos permanecer separados?

A lo largo de los años, la vocación ecuménica ha provocado intercambios incomparables. Son las primicias de una comunión viva entre los cristianos.¹²

La comunión es la piedra de toque. Nace en primer lugar del corazón del propio corazón de todo cristiano, en el silencio y en el amor.¹³

En la larga historia de los cristianos, multitudes se descubrieron un día separados, a veces incluso sin conocer el porqué. Hoy es esencial hacer todo lo posible para que el mayor número posible de cristianos, a menudo inocentes de las separaciones, se descubran en comunión.¹⁴

Son innumerables los que tienen un deseo de reconciliación que toca el fondo del alma. Aspiran a este gozo infinito: un mismo amor, un solo corazón, una sola y misma comunión.¹⁵

Espíritu Santo, ven a depositar en nuestros corazones el deseo de avanzar hacia una comunión, eres tú quien nos conduces hasta allí.

La tarde de Pascua, Jesús acompañaba a dos de sus discípulos que iban a la aldea de Emaús. En ese momento no se daban cuenta de que él caminaba a su lado.¹⁶

Nosotros también conocemos períodos en los que no alcanzamos a tener conciencia de que Cristo, por el Espíritu Santo, se mantiene muy cerca de nosotros.

Incesantemente él nos acompaña. Ilumina nuestras almas con una luz inesperada. Y descubrimos que, aunque pueda permanecer en nosotros alguna oscuridad, hay sobre todo, en cada uno, el misterio de su presencia.

¡Intentemos retener una certeza! ¿Cuál? Cristo dice a cada uno: «Te amo con un amor que no se acabará jamás. Nunca te dejaré. Por el Espíritu Santo, estaré siempre contigo.»¹⁷

12 Interrogándose sobre la vocación ecuménica, el patriarca ortodoxo de Antioquia, Ignacio IV, escribía recientemente desde Damasco: «Tenemos necesidad urgente de iniciativas proféticas para hacer salir al ecumenismo de los meandros en los cuales me temo se está empantanando. Tenemos necesidad urgente de profetas y de santos a fin de ayudar a nuestras Iglesias a convertirse por el perdón recíproco.» El patriarca apelaba a «privilegiar el lenguaje de la comunión por encima del de la jurisdicción.» El año pasado, el Papa Juan Pablo II decía al recibir en Roma a los responsables de la Iglesia ortodoxa de Grecia: «Con los santos, contemplamos el ecumenismo de la santidad que nos conducirá por fin hacia la plena comunión, que no es ni una absorción, ni una fusión, sino un encuentro en la verdad y en el amor.»

13 La reconciliación comienza en lo inmediato, al interior de la persona. Viva en el corazón del creyente, la reconciliación adquiere credibilidad, y puede poner en marcha un espíritu de reconciliación en esta comunión de amor que es la Iglesia. Este camino supone que no haya humillación para nadie.

14 ¿Podrá la Iglesia dar signos de una gran apertura, tan grande que se pueda constatar: aquellos que estaban divididos en el pasado no están ya separados, viven ya en comunión? Un paso hacia la reconciliación se franqueará en la medida que se constate una vida de comunión, realizada ya en ciertos lugares a través del mundo. Hará falta valor para constatarlo y adaptarse. Los textos vendrán después. Privilegiar los textos, ¿no acabará por alejar la llamada del Evangelio: sin tardanza, reconcíliate?

15 Ver Filipenses 2,2.

16 Ver Lucas 24,13-35.

17 Ver Jeremías 31,3 y Juan 14,16-18.

Carta de Taizé

Esta carta, escrita por el hermano Roger de Taizé, y traducida a 55 lenguas (24 de Asia), ha sido publicada con ocasión del encuentro europeo de jóvenes en Lisboa. Será retomada y meditada durante el año 2005 en los encuentros de jóvenes que tendrán lugar en Taizé, semana tras semana, y en otros lugares, en Europa y en otros continentes

Un porvenir de paz

Carta 2005

1 Estas palabras fueron escritas seiscientos años antes de Cristo: ver Jeremías 29,11 y 31,17.

2 En este año en el que diez nuevos países se han unido a la Unión europea, muchos jóvenes europeos son conscientes de vivir en un continente que, después de haber sido durante largo tiempo puesto a prueba por las divisiones y los conflictos, busca su unidad y avanza sobre el camino de la paz. Ciertamente, quedan tensiones, injusticias, a veces violencia, que suscitan dudas. Pero se trata de no detenerse en la ruta: la búsqueda de la paz está en las fuentes mismas de la construcción de Europa. No obstante, no interesaría si tuviera como único objetivo crear un continente más fuerte, más rico, y si Europa cediera a la tentación de replegarse hacia el interior de sus fronteras. Europa llega a ser plenamente ella misma cuando se abre a los otros continentes, solidaria con las naciones pobres. Su construcción encuentra su sentido cuando es considerada como una etapa al servicio de la paz de toda la familia humana. He aquí por qué, si nuestro encuentro de fin de año se llama «encuentro europeo», nos gustaría aún más verla como una «peregrinación de confianza sobre la tierra».

«Dios prepara para vosotros un porvenir de paz y no de desgracia; Dios os quiere dar un futuro y una esperanza.»¹

Multitudes aspiran hoy a un porvenir de paz, a una humanidad liberada de las amenazas de la violencia.

Si algunos están sobrecogidos por la inquietud ante el futuro y se encuentran inmovilizados, hay también, a través del mundo, jóvenes creativos, llenos de inventiva.

Estos jóvenes no se dejan llevar por una espiral de taciturnidad. Saben que Dios no nos ha hecho para estar pasivos. Para ellos, la vida no está sometida a los azares de la fatalidad. Son conscientes: lo que puede paralizar al ser humano es el escepticismo o el desánimo.

Estos jóvenes buscan también, con toda su alma, preparar un porvenir de paz, y no de desgracia. Aunque ni se lo imaginen, consiguen hacer de su vida una luz que ilumina ya a su alrededor.

Son portadores de paz y de confianza allá donde se dan el estremecimiento y las hostilidades. Perseveran incluso cuando la prueba o el fracaso pesan sobre sus espaldas.²

En Taizé, algunas noches de verano, bajo un cielo

cargado de estrellas, escuchamos a los jóvenes a través de nuestras ventanas abiertas. Quedamos asombrados de que sean tan numerosos. Buscan, oran. Y nos decimos: sus aspiraciones a la paz y a la confianza son como estas estrellas, pequeñas luces en la noche.

Nos encontramos en un período en el que muchos se preguntan: ¿pero qué es la fe? La fe es una confianza muy sencilla en Dios, un impulso de confianza indispensable, retomada sin cesar en el transcurso de la vida.

En cada uno, puede haber dudas. No tienen nada de inquietante. Quisiéramos, sobre todo, escuchar el susurro de Cristo en nuestro corazones: «¿Tienes dudas? No te inquietes, el Espíritu Santo permanece siempre en ti.»³

Hay quien ha hecho este descubrimiento sorprendente: el amor de Dios puede florecer también en un corazón tocado por las dudas.⁴

En el Evangelio, una de las primeras palabras del Cristo es esta: « ¡ Dichosos los corazones sencillos ! »⁵ Sí, dichosos los que avanzan hacia la simplicidad, la del corazón y la de la vida.

Un corazón sencillo busca vivir el momento presente, acoger cada día como un hoy de Dios.

El espíritu de simplicidad, ¿no se transparenta tanto en la alegría serena como en el buen ánimo?

Un corazón sencillo no tiene la pretensión de comprender por sí mismo el todo de la fe. Se dice: es poco lo que yo comprendo, otros lo entenderán mejor y me ayudarán a proseguir el camino.⁶

Simplificar la vida permite compartir con los más desprovistos, para calmar las penas, allí donde existe la enfermedad, la pobreza, el hambre ...⁷

Nuestra oración personal es también sencilla. ¿Pensamos que para orar, hay necesidad de muchas palabras?⁸ No. > 3

3 Ver Juan 14,16-18 y 27. Dios existe independientemente de nuestra fe o de nuestras dudas. Cuando se da en nosotros la duda, Dios no se aleja de nosotros.

4 Dostoievski escribió un día en su Cuaderno de notas : « Soy un hijo de la duda y de la increencia. ¡Qué terrible sufrimiento me ha costado y me cuesta esta sed de creer, que es, sin embargo, más fuerte en mi alma, por más que haya en mí argumentos contrarios... Es a través del crisol de la duda, que ha pasado mi “hosanna”. » Y con todo, Dostoevskiï podía continuar : « No hay nada más bello, más profundo, más perfecto que Cristo; no solamente no lo hay, es que no puede haberlo. » Cuando este hombre de Dios deja presentir que en él coexiste el no-creyente con el creyente, su amor apasionado por Cristo no mengua.

5 Mateo 5, 3.

6 Incluso si nuestra confianza permanece frágil, no nos apoyamos solamente sobre nuestra propia fe, sino sobre la confianza de todos los que nos han precedido y de los que nos rodean.

7 El Programa alimentario mundial de la ONU ha publicado recientemente un mapa del hambre en el mundo. A pesar del progreso realizado en los últimos años, 840 millones de personas sufren hambre, 180 millones son niños de menos de cinco años.

8 Ver Mateo 6,7-8.

9 Este camino de abandono en Dios puede sostenerse con cantos simples, retomados una y otra vez, como éste : « Mi alma reposa en paz sólo en Dios. » Cuando trabajamos o descansamos, estos cantos continúan dentro del corazón.

10 Mateo 19,14.

11 Un niño de nueve años, que durante una semana venía a rezar con nosotros, me dijo un día : « Mi padre nos ha dejado. Ya no le veo más, pero aún le quiero y por la noche rezo por él. »

12 Ver 1 Pedro 3,18 ; Romanos 1,4 y 1 Timoteo 3,16.

Sucede que algunas palabras, a veces torpes, bastan para entregar todo a Dios, tanto nuestros miedos como nuestras esperanzas.

Al abandonarnos al Espíritu Santo, vamos a encontrar el camino que va de la inquietud a la confianza.⁹ Y le decimos:

« Espíritu Santo, danos
volvemos hacia ti en cada momento.
Aunque a menudo olvidemos que tú nos habitas,
que tú oras en nosotros, que tú amas en nosotros.
Tu presencia en nosotros es confianza
y continuo perdón. »

Sí, el Espíritu Santo alumbra en nosotros una alabanza. Aunque sea un pálido reflejo, despierta en nuestros corazones el deseo de Dios. Y el simple deseo de Dios es ya oración.

La oración no nos aleja de las preocupaciones del mundo. Al contrario, nada es más responsable que orar: cuanto más se vive una oración sencilla y humilde, más se es conducido a amar y a expresarlo con la vida.

Dónde encontrar la simplicidad indispensable para vivir el Evangelio? Una palabra de Cristo nos lo aclara. Un día él dijo a sus discípulos: « Dejad que vengan a mí los niños, las realidades de Dios se asemejan a ellos. »¹⁰

¿Quién dirá suficientemente lo que ciertos niños pueden transmitir por su confianza?¹¹

Nosotros quisiéramos pedir a Dios: « Dios que nos amas, haznos humildes, danos una gran simplicidad en nuestra oración, en las relaciones humanas, en la acogida ... »

Jesucristo ha venido sobre la tierra no para condenar a nadie, sino para abrir a los humanos caminos de comunión.

Después de dos mil años, Cristo permanece presente por el Espíritu Santo,¹² y su misteriosa presencia se hace

concreta en una comunión visible¹³ : ella reúne a mujeres, hombres, jóvenes, llamados a avanzar juntos sin separarse los unos de los otros.¹⁴

Pero he aquí que, a lo largo de su historia, los cristianos han conocido múltiples sacudidas: han surgido separaciones entre los que, sin embargo, se refieren al mismo Dios del amor.

Restablecer una comunión es urgente hoy, no se puede dejar sin cesar para más tarde, hasta el final de los tiempos.¹⁵ ¿Haremos todo lo posible para que los cristianos despierten al espíritu de comunión?¹⁶

Existen cristianos que, sin tardar, viven ya en comunión los unos con los otros allí donde se encuentran, con toda humildad, con toda simplicidad.¹⁷

A través de su propia vida, quisieran hacer a Cristo presente para muchos otros. Saben que la Iglesia no existe por sí misma sino para el mundo, para depositar en él un fermento de paz.

«Comunión» es uno de los más hermosos nombres de la Iglesia: en ella, no puede haber severidades recíprocas, sino solamente limpidez, la bondad del corazón, la compasión... y llegan a abrirse las puertas de la santidad.

En el Evangelio, se nos ofrece descubrir esta realidad asombrosa : Dios no creó ni el miedo ni la inquietud, Dios no puede sino darnos su amor.

Por la presencia de su Espíritu Santo, Dios viene a transfigurar nuestros corazones.

Y en una oración muy sencilla, podemos presentir que nunca estamos solos: el Espíritu Santo sostiene en nosotros una comunión con Dios, no por un instante, sino hasta la vida que no termina.

13 Esta comunión lleva el nombre de Iglesia. En el corazón de Dios, la Iglesia es una, no puede ser dividida.

14 Cuanto más nos aproximamos al Evangelio, más nos aproximamos los unos a los otros. Y se alejan las separaciones que desgarran.

15 Cristo llama a reconciliarse sin tardanza. No podemos olvidar esta palabra en el Evangelio de San Mateo : « Cuando presentes tu ofrenda en el altar, si te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, ve primero a reconciliarte » (5,23). « Ve primero » no: « Déjalo para más tarde ».

16 En Damasco, en el Oriente Medio, tan sometido a pruebas, reside el patriarca greco-ortodoxo de Antioquía, Ignacio IV. Se expresa con palabras sobrecogedoras : « El movimiento ecuménico está en regresión. ¿Qué queda del acontecimiento profético que desde los inicios han encarnado personalidades como el papa Juan XXIII y el patriarca Atenágoras, entre otros? Nuestras divisiones hacen a Cristo irreconocible, son contrarias a su voluntad de hacernos ver como uno, “a fin de que el mundo crea”. Necesitamos urgentemente iniciativas proféticas para sacar al ecumenismo de los meandros en los cuales me temo que se está empantanando. Tenemos necesidad urgente de profetas y de santos que ayuden a nuestras Iglesias a convertirse por el perdón recíproco. »

17 Durante su visita a Taizé el 5 de octubre de 1986, el papa Juan Pablo II sugirió un camino de comunión al decir a nuestra comunidad : « Al desear ser vosotros mismos una “parábola de comunidad”, ayudáis a todos los que os encuentran a ser fieles a su pertenencia eclesial, que es el fruto de su educación y de su elección de conciencia, pero también a entrar siempre más profundamente en el misterio de comunión que es la Iglesia en el plan de Dios. »

© Ateliers et Presses de Taizé
Taizé-Communauté,
71250 Taizé, France
www.taize.fr

Carta de Taizé

La tarde de su muerte, el 16 de agosto, el hermano Roger llamó a un hermano y le dijo: «¡Anota bien estas palabras!» Hizo un largo silencio, mientras buscaba cómo formular su pensamiento. Luego comenzó: «En la medida en que nuestra comunidad cree en la familia humana posibilidades para ensanchar...» Y se detuvo, la fatiga le impedía terminar la frase.

En estas palabras, se encuentra la pasión que le habitaba, incluso a su avanzada edad. ¿Qué entendía por «ensanchar»? Probablemente, quería decir: hacer todo lo posible para que sea más perceptible a cada uno el amor que Dios tiene por todo ser humano sin excepción, por todos los pueblos. Él deseaba que nuestra pequeña comunidad iluminase este misterio con su vida, en un humilde compromiso con los otros. Entonces, nosotros, los hermanos, quisiéramos retomar este desafío, con quienes a través de la tierra buscan la paz.

En las semanas que precedieron a su muerte, él había comenzado a reflexionar sobre la carta que sería publicada durante el encuentro de Milán. Había indicado algunos temas y ciertos textos que quería retomar y reelaborar. Los hemos reunido, tal como estaban en aquel momento, para constituir esta «Carta inacabada», traducida a 57 lenguas. Ella es como una última palabra del hermano Roger, que nos ayudará a avanzar por el camino en el que Dios «ensancha nuestros pasos». (Salmo 18,37)

Meditando esta carta inacabada, en los encuentros que tendrán lugar durante el año 2006, en Taizé semana tras semana o en otros lugares de los diversos continentes, cada uno podrá buscar cómo acabarla en su propia vida.

hermano Alois

Para el 2006

Carta inacabada

«Os dejo la paz, mi paz os doy»¹: ¿Cuál es esta paz que Dios da?

Una paz interior es, ante todo, una paz del corazón. Es la que nos permite mirar con esperanza el mundo, incluso cuando está desgarrado por la violencia y los conflictos.

Esta paz de Dios es también un apoyo para que podamos contribuir, muy humildemente, a construir la paz allí donde está amenazada.

Una paz mundial es tan urgente para aligerar los sufrimientos, en particular para que los niños de hoy y de mañana no conozcan la angustia y la inseguridad.

En su Evangelio, con una fulgurante intuición, san Juan expresa en tres palabras quién es Dios: «Dios es amor.»² Si comprendiéramos solamente estas tres palabras, iríamos lejos, muy lejos.

¿Qué es lo que nos cautiva de estas palabras? Encontrar en ellas esta luminosa certeza: Dios no envió a Cristo a la tierra para condenar a nadie, sino para que todo ser humano se sepa amado y pueda encontrar un camino de comunión con Dios.

¿Por qué hay a quienes les sobrecoge el asombro de un amor y se reconocen amados, incluso colmados? ¿Y por qué otros, sin embargo, tienen la impresión de ser poco tomados en cuenta?

Si cada uno comprendiese: Dios nos acompaña hasta en nuestras insondables soledades. A cada uno le dice: «Tu cuentas mucho a mis ojos, tu eres precioso para mí, y te amo.»³ Sí, Dios no puede más que dar su amor, ahí está el todo del Evangelio.

Lo que Dios nos pide y nos ofrece, es acoger sencillamente su infinita misericordia.

Que Dios nos ama es una realidad a veces poco accesible. Pero cuando descubrimos que su amor es ante todo perdón, nuestro corazón se apacigua e incluso se transforma.

Y hemos aquí capaces de olvidar en Dios lo que acosa al corazón : ahí está la fuente donde volver a encontrar el frescor de un impulso.

¿Lo sabemos suficientemente? Dios nos entrega semejante confianza, que tiene para cada uno de nosotros una llamada. ¿Cuál es esa llamada? Él nos invita a amar como él nos ama. Y no hay amor más profundo que ir hasta el don de sí, por Dios y por los demás.

Quien vive de Dios elige amar. Y un corazón que decide amar puede irradiar una bondad sin límites.⁴

Para quien busca amar en la confianza, la vida se llena de una belleza serena.

Quien elige amar y decirlo con su propia vida es llevado a interrogarse sobre una de las cuestiones más fuertes que existen: ¿cómo aliviar las penas y los tormentos de los que están cerca o lejos?

¿Pero qué es amar? ¿Será compartir los sufrimientos de los más maltratados? Sí, es eso.

¿Será tener una infinita bondad de corazón y olvidarse de sí mismo por los otros, con desinterés? Sí, ciertamente.

Y aún más: ¿qué es amar? Amar es perdonar, vivir reconciliados.⁵ Y reconciliarse es siempre una primavera del alma.

En el pequeño pueblo de montaña en el que nací, vivía muy cerca de nuestra casa una familia numerosa, muy pobre. La madre había muerto. Uno de los hijos, un poco más joven que yo, venía a menudo a nuestra casa, quería a mi madre como si fuera la suya. Un día, supo que iban a marcharse del pueblo y, para él, irse no era fácil. ¿Cómo consolar a un niño de cinco o seis

> 3

años? Era como si no tuviera la perspectiva necesaria para interpretar tal separación.

Poco antes de su muerte, Cristo asegura a los suyos que recibirán un consolador: les enviará el Espíritu Santo que será para ellos un apoyo y un consuelo, que permanecerá siempre con ellos.⁶

En el corazón de cada uno, aún hoy susurra: «No te dejaré nunca solo, te enviaré al Espíritu Santo. Incluso si estás en lo hondo de la desesperación, me tienes cerca de ti.»

Acoger el consuelo del Espíritu Santo es buscar, en el silencio y la paz, abandonarnos en él. Entonces, incluso si se producen graves acontecimientos, se hace posible superarlos.

¿Acaso somos tan frágiles como para tener necesidad de consolación?

A todos nos ocurre el hecho de ser sacudidos por una prueba personal o por el sufrimiento de otros. Esto puede llevar incluso a estremecer la fe y a que se apague la esperanza. Encontrar de nuevo la confianza de la fe y la paz del corazón supone a veces ser paciente con uno mismo.

Hay una pena que marca particularmente: la muerte de alguien cercano, de alguien que necesitamos para caminar en la tierra. Pero he aquí que semejante prueba puede conocer una transfiguración, y entonces ésta abre una comunión.

A quien está en los límites de la pena, una alegría del Evangelio puede serle entregada. Dios viene a iluminar el misterio del dolor humano hasta el punto de acogernos en una intimidad con él.

Entonces estamos así situados en un camino de esperanza. Dios no nos deja solos. Nos concede avanzar hacia una comunión, esa comunión de amor que es la Iglesia, tan misteriosa y tan indispensable a la vez...

El Cristo de comunión⁷ nos da ese inmenso don de la consolación.

En la medida en que la Iglesia llega a ser capaz de aportar la curación del corazón comunicando el perdón, la compasión, hace más accesible una plenitud de comunión con Cristo.

Cuando la Iglesia está atenta a amar y a comprender el misterio de todo ser humano, cuando escucha incansablemente, consuela y cura, llega a ser aquello que es en lo más luminoso de sí misma: limpio reflejo de una comunión.

Buscar la reconciliación y la paz supone una lucha al interior de sí mismo. Esto no es un camino de facilidad. Nada que dure se construye en

la facilidad. El espíritu de comunión no es ingenuo, es ensanchamiento del corazón, profunda bondad, no escucha las sospechas.

Para ser portadores de comunión, ¿avanzaremos, en cada una de nuestras vidas, por el camino de la confianza y la bondad de corazón siempre renovada?

Por este camino habrá a menudo fracasos. Acordémonos que la fuente de la paz y la comunión están en Dios. En vez de desanimarnos, invocaremos al Espíritu Santo sobre nuestras fragilidades.

Y, a lo largo de toda la existencia, el Espíritu Santo nos concederá reemprender la ruta e ir, de comienzo en comienzo, hacia un porvenir de paz.⁸

En la medida en que nuestra comunidad cree en la familia humana posibilidades para ensanchar...



1 Juan 14,27. **2** I Juan 4,8. **3** Isaías 43,4.

4 En la apertura del concilio de los jóvenes, en 1974, el hermano Roger había dicho: «Sin amor, ¿para qué existir? ¿Por qué seguir viviendo? ¿Con qué fin? Ahí está el sentido de nuestra vida : ser amados siempre, hasta la eternidad, para que, también nosotros, vayamos hasta morir de amor. Sí, feliz quien muere de amar.» Morir de amar quiere decir, para él, amar hasta el extremo.

5 «Vivir reconciliados»: en su libro, *¿Presentes una felicidad?*, publicado quince días antes de su muerte, el hermano Roger explicaba una vez más lo que estas palabras significan para él: «¿Puedo decir aquí que mi abuela materna descubrió intuitivamente como una clave de la vocación ecuménica y que ella me abrió una vía de concreción? Después de la Primera Guerra Mundial, ella estaba habitada por el deseo de que nadie tuviera que revivir lo que

ella había vivido: cristianos combatiendo una guerra en Europa, que al menos los cristianos se reconcilien para tratar de impedir una nueva guerra, pensaba ella. Ella tenía antiguas raíces evangélicas pero, cumpliendo en ella misma una reconciliación, se puso en camino a la iglesia católica, sin por ello manifestar una ruptura con los suyos. Marcado por el testimonio de su vida, y todavía joven, encontré en su seguimiento mi propia identidad de cristiano al reconciliar en mí la fe de mis orígenes con el misterio de la fe católica, sin ruptura de comunión con nadie.»

6 Juan 14,18 y 16,7.

7 El «Cristo de comunión»: el hermano Roger utilizó ya esta expresión cuando acogió al papa Juan Pablo II en Taizé el 5 de octubre de 1986: «Con mis hermanos, nuestra espera cotidiana es que cada joven descubra a Cristo; no al Cristo tomado aisladamente sino al «Cristo de

comunión» presente en plenitud en este misterio de comunión que es su Cuerpo, la Iglesia. Allí tantos jóvenes pueden encontrar dónde comprometer su vida entera, hasta el extremo. Allí tienen todo lo necesario para llegar a ser creadores de confianza, de reconciliación, no solo entre ellos, sino con todas las generaciones, desde los más ancianos hasta los niños. En nuestra comunidad de Taizé, seguir al «Cristo de comunión», es como un fuego que nos quema. Iríamos hasta el extremo del mundo para buscar caminos, para pedir, llamar, suplicar si fuera preciso, pero jamás desde fuera, sino siempre manteniéndonos al interior de esta única comunión que es la Iglesia.»

8 Estos últimos cuatro párrafos transcriben las palabras que el hermano Roger dijo al final del encuentro europeo de Lisboa, en diciembre de 2004. Son las últimas palabras que pronunció públicamente.

Citas sobre la oración en las cartas del hermano Roger

| | |
|--|--|
| <p>1974-Vivir lo inesperado</p> | <p>En adelante, en la oración como en la lucha, nada es grave salvo perder el amor. Sin el amor, ¿para qué la fe? ¿De qué sirve llegar hasta quemar el propio cuerpo en las llamas? ¿Lo presientes? La lucha y la contemplación tienen una sola e idéntica fuente: Cristo; que es amor.</p> <p>Si oras, es por amor. Si luchas para devolver un rostro humano al hombre explotado, es también por amor.</p> <p>«Ama a los que te odian, ora por los que te hacen daño». Si odias ¿qué reflejarías de Cristo? «Ama a tu prójimo como a ti mismo». ¡Qué estragos, en ti, si te odiaras a ti mismo!</p> <p>Si desapareciera la fiesta entre los hombres... Si llegáramos a despertarnos un día en una sociedad saciada, pero vacía de espontaneidad... Si la oración se volviera un discurso secularizado hasta el punto de evacuar el sentido del misterio, sin dejar lugar a la oración del cuerpo, a la poesía, a la afectividad, a la intuición... Si llegáramos a perder una confianza de niños en la eucaristía y en la palabra de Dios... Si, en los días en que todo se vuelve gris, destruyéramos lo que hemos captado en los días luminosos... Si fuéramos a rechazar una felicidad ofrecida por Aquél que declara ocho veces «Dichosos...» (Mateo 5).</p> <p>Si del cuerpo de Cristo desaparece la fiesta, si la Iglesia es lugar de estrechamiento y no de comprensión universal ¿dónde encontrar sobre la tierra un lugar de amistad para toda la humanidad?</p> <p>Si en la oración no encuentras ninguna resonancia sensible de Dios en ti ¿por qué inquietarte? La frontera entre el vacío y la plenitud es imprecisa, como lo es entre la duda y la fe, entre el temor y el amor.</p> <p>Lo esencial permanece oculto a tus propios ojos. Pero el ardor de la búsqueda se hace aún más intenso, a fin de avanzar hacia la única realidad. Entonces, poco a poco, se vuelve posible el presentir la profundidad, la anchura, de un amor que sobrepasa todo conocimiento. Ahí ya tocas a las puertas de la contemplación. Es de ahí de donde sacas energías para empezar de nuevo cada día, para la audacia de los compromisos.</p> <p>Sin embargo, jamás estás solo. Déjate sondear hasta el corazón de tu propio ser, y verás que todo hombre ha sido creado para ser habitado. Ahí en el fondo del ser, allí donde nadie se parece a nadie, Cristo te espera. Ahí tiene lugar lo inesperado.</p> <p>Cristo no aniquila al hombre de carne y de sangre. En comunión con Él, no hay lugar para las alienaciones. Él no quiebra lo que está en el hombre. Él no vino a abolir, sino a dar cumplimiento. Cuando escuchas, en el silencio de tu corazón, él transfigura lo más inquietante en ti. Cuando estás envuelto por lo incomprensible, cuando la noche se hace densa, su amor es un fuego. A ti, el mirar esa lámpara encendida en la oscuridad, hasta que la aurora comience a despuntar y amanezca el día en tu corazón.</p> <p>Tú eres aquél que, de día y de noche, oras en mí sin que yo sepa cómo. Mis balbuceos son oración: llámame diciéndote solamente el nombre de Jesús, colma nuestra comunión.</p> |
| <p>1977-Segunda carta al pueblo de Dios</p> | <p>La oración para ti es una fuente para amar. La imagen de Dios en el hombre es quemadura de un amor. En una infinita gratitud, abandónate de cuerpo y espíritu. Cada día, ahonda algunas palabras de la Escritura, para ser emplazado cara a otro que a ti mismo, el Resucitado. Deja que en el silencio nazca en ti una palabra viva de Cristo para ponerla enseguida en práctica.</p> <p>Para rezar con el pueblo de Dios, dispón la Iglesia de tu barrio de manera acogedora, tan familiar como las iglesias ortodoxas que nunca están encerradas en la rigidez de los bancos y las sillas. Por otra parte, desde el siglo XVI, el palabreo, poco a poco ha invadido las iglesias hasta tal punto que la oración del pueblo de Dios corre el peligro de convertirse más en algo cerebral que en transparente comunión.</p> |
| <p>1978-Carta a todas las generaciones</p> | <p>La oración no es nunca un simple ejercicio de inteligencia. Ella hace participar al hombre entero. Llegar a rezar poniendo la frente en el suelo es rehacer el gesto- de postración, varias veces milenario, del hombre que expresa la intención de ofrecerse en cuerpo y alma.</p> <p>En cada casa la existencia de un rincón recogido, incluso pequeño, lleva a la oración. Por eso es tan importante preparar en las iglesias un espacio que sea como un oasis de oración.</p> <p>Dios no pide ser convencido por la elocuencia de los labios. Permaneciendo en largos silencios donde no pasa nada y donde, sin embargo, el ser se construye interiormente, es posible abandonarse a las últimas oraciones de Cristo (Mt 27,45-54 y Lc 23, 33-49)</p> <p>Á través de algunos cantos simples repetidos hasta el infinito brota en un momento dado el espíritu de fiesta. Para algunos el incesante recuerdo del nombre de Jesús o el saludo del ángel a María han sido siempre una fuente inagotable.</p> <p>Los humildes actos de cada día pueden también convertirse en un lenguaje dirigido a Dios de tal manera que, como para tantos asiáticos, no exista una ruptura entre la vida y la oración.</p> |
| <p>1979-Carta de África-Asombro de un amor</p> | <p>Y Cristo, «pobre y humilde de corazón», no fuerza nunca la mano de nadie. Si Él se impusiera, no te invitaría a seguirle. En el silencio del corazón, incansablemente, susurra en cada uno esta palabra: «no tengas miedo, estoy aquí».</p> <p>En la oración siempre pobre, como el relámpago que atraviesa la noche, descubrirás su secreto: sólo te realizas en la presencia de Dios... y harás que otros descubran a Dios ante todo por tu propia vida.</p> |

| | |
|---|--|
| | <p>En una ardiente paciencia, no te preocupes de que reces mal. ¿Lo ignoras? Toda pretensión espiritual es ya la muerte del alma.</p> <p>Incluso sin reconocerle, ¿te mantendrás ante Él, en largos silencios donde parece que no pasa nada? Ahí, con Él, se elaboran las más fuertes decisiones. Ahí se disuelven los continuos «¿para qué?» y el escepticismo del hombre desilusionado.</p> <p>Díselo todo y déjale cantar en ti el don radiante de la vida. Dile todo, hasta lo indecible e incluso lo absurdo.</p> <p>Cuando no comprendas bien su propio lenguaje, díselo.</p> <p>En tus luchas, Él suscita en ti una palabra, una intuición, una imagen. Y germina en ti una flor de desierto, una flor de alegría.</p> |
| <p>1980 Carta a todas las comunidades</p> | <p>Jóvenes ortodoxos rusos sugirieron la idea de una plegaria de adoración en torno a la cruz: apoyar un momento la frente sobre la cruz extendida en el suelo, a través de este gesto depositar sus propios fardos y los de los demás, encender un pequeño cirio como signo de la resurrección. Se puede así celebrar todo el misterio pascual en una sola velada, o bien reunirse para un fin de semana con una oración de la cruz el viernes y una plegaria de la resurrección el sábado.</p> <p>Sin una oración viva, no hay creación común. Lo que muchos esperan en particular de las comunidades cenobíticas y también de las comunidades parroquiales, es que ellas sean lugares de oración donde el misterio de Dios sea plenamente perceptible y no ahogado por una sobrecarga de palabras. Una de las aspiraciones más fuertes es que, con gran sencillez de medios, la oración común sostenga una espera contemplativa, ése estar a solas con Dios que continua siendo el punto central de la oración. Las comunidades abren así caminos hacia un compartir con Dios que conduce inevitablemente al compartir con los hombres.</p> <p>Tú piensas que no sabes rezar. Sin embargo Cristo resucitado está ahí, amándote antes que tú lo ames. Por «su Espíritu que habita en nuestros corazones», Él intercede en ti más de lo que tú te imaginas.</p> <p>Aun sin reconocerlo, sé capaz de esperarlo, con o sin palabras, en largos silencios donde parecería que nada sucede. Allí se disuelven los obsesivos desalientos y brotan impulsos creadores. Nada se construye en ti sin esta aventura: hallarlo a solas, algo que nadie puede vivir en lugar tuyo.</p> |
| <p>1981 Carta de Italia</p> | <p>Todavía más: alimentados en las fuentes de la oración y la contemplación, hombres y mujeres llegan a ser capaces de cambiar las más oscuras perspectivas, y encuentran el coraje para arriesgarse con vistas a la reconciliación y la paz.</p> <p>A menudo, en sus compromisos por seguir a Cristo, quienes buscan modificar las estructuras de la sociedad hacen este descubrimiento: en un mundo tecnificado, las leyes internas pueden provocar una ruptura entre trabajo y oración. Cuando lucha y contemplación se colocan en oposición, como si hubiera que elegir una y menospreciar la otra, esta oposición llega a desgarrar las fibras del ser humano.</p> <p>Y ello es verdad para todos nosotros: Cuando actividad cotidiana y oración no son más que una sola unidad, el fondo de nosotros mismos encuentra un respiro.</p> <p>El Espíritu intercede en nosotros que no sabemos cómo rezar: cada mañana desde que nos despertamos, podemos prepararnos a perdonar, pidiendo el Espíritu de misericordia.</p> <p>Rezar sólo con una oración, por ejemplo una oración del nombre de Jesús, repitiendo hasta el infinito las mismas palabras noche y día: sea «en ti, Jesús, el reposo de mi corazón» o «Jesús, en ti la confianza del corazón»; o «Jesús, mi alegría, mi esperanza y mí vida».</p> <p>Una oración para todo momento del día: «Bendícenos Señor, a nosotros y a aquellos que tú nos has confiado. Concédenos vivir según el espíritu de las Bienaventuranzas: la alegría, la sencillez y la misericordia».</p> <p>Una introducción para la oración del corazón: «Concédeme el hablarte como cuando era niño, decírtelo todo...»</p> <p>Otra oración: «Concédeme la seguridad de que, a cada momento, pondrás en mis labios las palabras que tengo que decir».</p> <p>O esta otra: «Perdónales, porque no saben lo que hacen; perdóname porque a menudo, no sé lo que hago»</p> <p>Incluso cuando rezamos solos, nuestra oración se inserta en una comunión, la comunión de todos los santos y testigos de Cristo: la Virgen María, los apóstoles Pedro y Pablo, muertos como mártires en Roma... y todos aquellos que solo Cristo conoce. Es por ello que tan esencial como alimentar el cuerpo es encontrarse juntos para rezar cada día...</p> <p>¿Por qué alejarse de las oraciones de las comunidades locales, es decir las parroquias? ¿Por qué no enriquecer las parroquias con los dones específicos que poseen cada una de las pequeñas comunidades? Ellas son tan indispensables, que sin ellas las parroquias corren el riesgo de caer en la pasividad. La parroquia podría ser un revelador para verificar y confirmar la vida de una pequeña comunidad.</p> <p>Si algunos dicen que se aburren en las parroquias y las encuentran demasiado petrificadas, sin respiración; si los lugares de oración de las parroquias se parecen a los locales de conferencias, llenos de bancos y con luces cegadoras, entonces ¿por qué no intentar habilitar una acogida para una oración más meditativa que explicativa, con cantos que comenzaran antes de la propia oración y continuaran después?</p> |

| | |
|------------------------------------|--|
| | <p>¡Hace falta tan poco para acondicionar un lugar para la adoración, un lugar de oración que deje presentir el misterio de Dios y alcance el misterio de nuestra persona humana!</p> <p>En estos dos últimos años muchos cristianos se han puesto en marcha los unos hacia los otros a través de un sin fin de peregrinaciones. Estas peregrinaciones continuarán en los próximos años de una forma jamás antes vista. Hay peregrinaciones en pequeños grupos, de una parroquia a otra; en una peregrinación así la celebración del misterio pascual llega a ser primordial. La colocación de la cruz en el suelo permite una oración del cuerpo en la cual, colocando la frente sobre el leño de la cruz, depositamos en Dios todas nuestras propias dificultades y las de los demás.</p> |
| <p>1982 Carta de Varsovia</p> | <p>En nuestra oración, lo que cuenta no es sentir una exaltación cualquiera, ni tampoco lo que podemos experimentar; lo más importante es que Cristo reza en nosotros, con nosotros (ver Rom 8, 10; 11, 26-34).</p> <p>Cuando la espera de Dios se vive en común, está claro que el canto permanece como una de las expresiones más esenciales. Los cantos concebidos con una frase breve, repetida largamente, subrayan el carácter meditativo de la oración. Con pocas palabras, expresan una realidad fundamental, captada rápidamente por la Inteligencia e interiorizada, poco a poco, por toda la persona. Las parroquias, en un deseo legítimo de ir al encuentro del hombre secularizado, han creído, a menudo, que su deber era secularizar incluso sus celebraciones. Pero, si la oración llegara a ser excesivamente cerebral, desconcertaría y no llegaría a alcanzar las profundidades del ser humano. Hoy es más esencial que nunca intentar hacer de cada iglesia un lugar de una belleza acogedora, y recordar que es Cristo nuestro interlocutor: la oración no puede ser un diálogo horizontal en el que, creyendo hablar a Dios, lo que en realidad pretendemos es transmitir a los otros las propias ideas. En una oración común, bastan unas lecturas breves, unos cantos sencillos, sobretodo pocas palabras, y un único y extenso momento de silencio (y no varios, para evitar la pesantez).</p> <p>En Taizé, no queremos ser otra cosa que un lugar de oración, de contemplación, donde se buscan las fuentes esenciales, para dar sentido a su vida, recordando que el ser humano no se realiza sino en presencia de Dios.</p> <p>La paz y la reconciliación sólo se realizan en las profundidades. Creyentes o no, no llegan a ello, si se mantienen en la superficie de las cosas. Por cuanto resguarda a la reconciliación entre los cristianos, es sólo en lo profundo que ella puede cumplirse: ella se construye allí, sobre la roca que es Cristo, y no sobre la arena. Jóvenes de un país del Este escribían: «Presentimos que en todo lo que ha sucedido, Jesús puede enviar su Espíritu y que todo ello es una preparación de una primavera de la Iglesia. Incluso quien no tiene ningún medio ni ninguna posibilidad exterior, puede hacer esto: en pequeñas comunidades, con sus hermanos, con María y los apóstoles, rezar esperando el Espíritu. Esta es nuestra vocación por el momento: rezar para que el pueblo de Dios llegue a ser un pueblo contemplativo». Otros, también del Este, recuerdan las palabras de Cristo: «A vosotros que me escucháis os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a quien os odia, bendecid a quien os maldice, orad por quien habla mal de vosotros» (Lucas 6, 27-28).</p> |
| <p>1983 Carta de la catacumbas</p> | <p>Para buscar a Dios, vela y ora. Si piensas que no sabes rezar, ¿vas a renunciar por ello? Mantente ante Él sin palabras. Y, si puedes, habla a Cristo Jesús con toda simplicidad, con toda humildad. Una sola palabra basta, sobre todo si sube de tus profundidades.</p> <p>Rezando, te sorprenderás a veces al decir: «Mi pensamiento se pierde, mi corazón se dispersa». El Evangelio te responde: «Dios es más grande que tu corazón» En todo momento, abandónate de cuerpo y de espíritu. Confíale todo lo que te pesa. Atrévete a decirle: «Concédeme el darme». Con otros, cántale hasta descubrir el deseo de Dios.</p> <p>Nadie puede separar oración y acción. No lucha o contemplación, sino la una con la otra, la una brotando de la otra. La oración en torno a la cruz es uno de los momentos en el que lucha y contemplación se apoyan la una sobre la otra. Poner el icono de la cruz en el suelo, ir a colocar la frente sobre el madero de la cruz, depositar en Dios con una oración del cuerpo las propias cargas y las de los otros, es acompañar al Resucitado que está en agonía por los que conocen la prueba a través de la tierra. Esta oración se acompaña de una intercesión por los que conocen el sufrimiento, pero también de la renovación de un compromiso por los olvidados de la sociedad.</p> <p>El Resucitado te acompaña en todas partes, no solamente en la Iglesia, sino también en la calle, en el trabajo.</p> <p>La contemplación: no para cerrar los ojos frente a todo lo que amenaza o ataca a los débiles de este mundo, frente a ese pecado que es la guerra. La contemplación es una fuerza serena que te trabaja y te penetra.</p> <p>Igualmente: reza no solamente por los que te aman o piensan como tú, sino también por los que no te aman o por quienes han tomado otros caminos diferentes a los tuyos (Mt. 5.43-44). La oración por el adversario ensancha, transforma el corazón y el espíritu.</p> <p>Por ejemplo, algunos se sentirán llevados a ayudar a los responsables de lugares de culto "para que se logre una belleza sencilla, recordando que una creación con Dios puede también pasar a través de los dones artísticos. Igualmente, en una oración común, basta a veces una sola persona para sostener la oración del canto, una de las más bellas expresiones de toda oración.</p> |
| <p>1984 Carta de Haití</p> | <p>Hay una oración cantada, repetitiva, que es espíritu de la alabanza. Como un fuego interior, consume la tristeza, la amargura, el lamento nostálgico, y abre a una alegría serena. Este fuego, quema las espinas que nos duelen, nuestros fracasos, nuestros rechazos. El espíritu de la alabanza</p> |

| | |
|-------------------------|--|
| | <p>permite salir de las estructuras mentales donde lo cerebral, corre el peligro de ocupar el primer lugar.</p> <p>En la oración, ocurre el estar sumergido en una niebla en la que no es posible comprender gran cosa. En estos momentos, pronunciar el nombre de Jesús, o cantar unas palabras muy sencillas, decirlas y volverlas a decir ¡qué oración ya!</p> <p>Si los padres hacen el signo de la cruz a sus hijos cada vez que salen de casa o se van a dormir, expresan con ello una presencia muy clara de Cristo Jesús.</p> <p>Como pequeña comunidad eclesial, asociarse al menos cada semana a la oración de la comunidad local, la parroquia. Así se tejen lazos de confianza con aquellos que no se parecen a nosotros y que desean ser, ellos también, seres vivos en esta única comunión que se llama Iglesia. “Si no amáis más que a los que os aman ¿qué hacéis de extraordinario?”. Quien busca unirse sólo a los que piensan como él, toca de cerca de la suficiencia, ella humilla. Y si, para acoger a los jóvenes en las iglesias parroquiales, los mayores quitasen una parte de los asientos y dispusieran los que les son necesarios sobre los tres lados, dejando así a los jóvenes un espacio en medio de los mayores, este gesto de acogida hablaría más de lo que podría creerse. Rezar de rodillas, sin asientos, es una tradición que viene del Carmelo.</p> <p>Según una inspiración llegada de Oriente, es bueno llevar consigo un icono de la resurrección o de la cruz, y esto para trasladarlos día tras día de casa en casa, de parroquia en parroquia. Se llega entonces a confiar al Resucitado aquello que nos pesa, lo de uno mismo y lo de otros.</p> |
| 1985 Carta del desierto | <p>Nada anima tanto la vida interior personal, hasta en sus mismos desiertos, como una amplia oración común, meditativa, accesible a todas las edades, con esta cumbre de la oración: el canto que no acaba y que continúa en ti cuando te encuentras solo.</p> <p>Cuando el misterio de Dios se manifiesta perceptible por la simple belleza de los símbolos, cuando no está asfixiado bajo una sobrecarga de palabras, una amplia oración común, en vez de destilar monotonía y aburrimiento, viene a abrir la tierra de los seres humanos a la alegría de Dios. Entonces se acude de todas partes para descubrir aquello de lo que inconscientemente se estaba privado.</p> <p>Y la presencia de todas las generaciones, desde los más ancianos hasta los niños, es un símbolo expresivo; hace entrever que no hay más que una sola humanidad.</p> <p>Pronto hará tres mil años que un creyente llamado Elías tuvo la intuición de que Dios habla en el desierto y que una silenciosa confianza del corazón está al principio de todo.</p> <p>Un día Elías es llamado a ir al desierto del monte Sinaí para escuchar a Dios. Un huracán se desencadena, seguido de un terremoto; después un fuego violento. Pero Elías comprende que Dios no está en estos desenfrenos de la naturaleza.</p> <p>Quizá fue una de las primeras veces que en la historia se escribe una intuición tan clara: Dios no se impone por la violencia, no se expresa a través de medios poderosos que dan miedo. Hoy, como ayer, Dios no es el autor de la guerra, de los cataclismos, de las desgracias, del sufrimiento humano.</p> <p>Después todo entra en calma. Entonces Elías oye a Dios como en un susurro. Y se le manifiesta esta realidad sobrecogedora: a menudo la voz de Dios pasa por un soplo silencioso.</p> <p>¿Lo ignorabas? Tú eres visitado. En el soplo del silencio de Dios, en un susurro, Dios te habla humildemente. Mantenerse en silencio en su presencia para acoger su Espíritu, es ya rezar. Él te indicará los caminos. Y quizá el silencio es a veces el todo de la oración.</p> <p>Llegará el día en que lo sabrás y quizá lo dirás: no, no era Dios quien se había alejado, era yo quien estaba ausente; Él me acompañaba. Y surgen instantes en que Dios es todo.</p> <p>En el silencio interior, descubre su paz. Él la ofrece en toda situación, en el tumulto de una muchedumbre, en el trabajo más exigente.</p> <p>No se trata de lograr un silencio interior a cualquier precio, suscitando en sí como un vacío, acallando imaginación y reflexión. Inútil el imponerse a sí mismo o a los demás unos métodos para forzar el silencio interior. En la oración, reflexiones, imágenes, atraviesan el espíritu. Quizá sean necesarias para los equilibrios interiores. Cuando la oración está sometida a una técnica que se convierte en receta o sistema, el ser humano construye a partir de proyecciones de sí mismo.</p> <p>¿Harás, pues, de tu hogar una “pequeña iglesia de Dios”, una “iglesia doméstica”, un lugar de acogida, de oración, de fidelidad, de compasión, para todos aquellos que, a tu alrededor te son confiados?</p> <p>En el siglo IV San Juan Crisóstomo escribía: “No es hacer cualquier cosa hacer de la casa una pequeña Iglesia”. Cuando las sociedades se secularizan, nuestros hogares tienen la necesidad de dejar entrever lo invisible por medio de algunos símbolos sencillos que recuerden la presencia de Dios.</p> <p>Cuando la casa es una pequeña Iglesia doméstica, lejos de constituir una realidad paralela, puede ser un fermento irremplazable para la comunidad parroquial. Igualmente los movimientos, presencia de Evangelio en los medios más diversos, pueden ser también una levadura en la comunidad local. Si, al menos una vez por semana, todos se reencontrasen juntos en los lugares de oración de su barrio para sostener allí la oración litúrgica, una amplia oración común con todas las generaciones...</p> <p>Para expresar con un gesto un lazo entre la pequeña Iglesia doméstica y la comunidad parroquial, hay regiones donde, al final de la celebración común de cada semana, se lleva una vela</p> |

| | |
|---------------------------|--|
| | del lugar de oración a las casas. |
| 1986 Carta de Madrás | <p>Una humilde oración de abandono también permanece siempre muy sencilla sin pretender nada. En cualquier edad, ¿quién no se sorprende a sí mismo diciendo: escucha, escucha mi oración de niño? Y siguen los combates cotidianos. Lucha y contemplación se unen.</p> <p>Preparar un encuentro en la India hace descubrir hasta qué punto son múltiples las formas de oración. A lo largo de una vida, hay momentos en los cuales se ora sin palabras, la oración se produce en medio de un profundo silencio. En otros momentos, son necesarias muchas palabras. A veces el entusiasmo (entusiasmo significa estar cogido por Dios) se traduce en una oración común litúrgica. ¿Cómo ignorar que en Oriente una oración personal, expresada de forma incansable con las mismas palabras ha sostenido a muchos creyentes durante toda la vida? Desde tiempos inmemoriales, este modo de oración no es otra cosa que una evocación continua de la presencia de Dios. Esto es válido, no sólo para los cristianos sino también para los creyentes de otras religiones. Esta oración es subyacente en los gestos, en las conversaciones, en todo. Esta oración, venida de Oriente, se extendió entre los cristianos de Europa del Este; tenemos, por ejemplo, la oración del «nombre de Jesús». O la oración de «Alégrate, llena de Gracia, el Señor está contigo», o incluso cantos sencillos, repetidos incansablemente que siguen la misma línea.</p> <p>De Oriente procede también un gesto varias veces milenario que adoptaron los primeros cristianos. San Lucas cuenta, al final de su Evangelio, que los apóstoles se prosternaban, con la frente en el suelo. Ya en Oriente, esta actitud significaba la ofrenda a Dios de su propia persona, todo el ser está allí, extendido cuan largo es, con la frente rozando el suelo, en medio de un largo silencio.</p> <p>El Espíritu de Dios habla sin que sea indispensable percibirlo. Por su misteriosa presencia, el Resucitado está siempre ahí. El hecho de no sentir nada, de no captar ninguna resonancia sensible, no quiere decir sequedad espiritual. «Sin haberlo visto, lo amáis» (I Pe 1, 8). En las celebraciones litúrgicas, un poco como oración de niño, decimos: «Ven, Espíritu creador». Sin embargo, sabemos perfectamente que ÉL ya está aquí. Está presente en nosotros, reza en nosotros, es ÉL quien nos conduce siempre. El Espíritu Santo no se retira nunca.</p> <p>El Evangelio llama a rezar por los otros, incluso por los enemigos (Mt 5, 43), para llevar hasta Dios a aquellos que se nos oponen. Pero cuando nosotros rezamos por otros y su corazón no cambia ¿acaso es que Dios no acoge nuestra oración? No, ninguna oración deja de ser escuchada. Dios nos acoge dentro de nosotros mismos. Cuando, a través de la oración, confiamos a una persona a Dios, algo cambia en nosotros. Una mirada interior de bondad no impide la lucidez. Seguimos viendo en el otro sus asperezas, lo que tiene de inaccesible. Pero también nos arriesgamos a descubrir en él aquello que ni siquiera él conoce de sí mismo.</p> |
| 1987 Carta de las fuentes | <p>Hay días en que rezamos con casi nada. Al aceptar este poco, Cristo nos apacigua: mantenerse en silencio, es ya rezar. Cristo no nos pide que forcemos los labios.</p> <p>“Una pequeña comunidad provisional puede arriesgar mucho, resistir a las inercias y al desánimo cuando se inserta en la gran comunidad local, la parroquia. Es suficiente con ser muy pocos, entre tres y diez, y con este poco es posible ser un signo vivo del Cristo, él, que nos reúne para caminar con la humanidad. Este misterio de comunión que es la Iglesia empieza allí donde uno vive”. Claro que el crear pequeñas comunidades eclesiales de base no quiere decir distanciarse y colocarse al exterior para juzgar. Toda realidad, por bella que sea, como una medalla tiene su otra cara. La otra cara de una pequeña comunidad es que, si sus miembros se han escogido mutuamente, ésta podría fácilmente perder el sentido evangélico de la catolicidad, de la universalidad. La “carta a una pequeña comunidad” continúa: “Para dejar entrever la universalidad de la comunión, ¿se integrarán las pequeñas comunidades provisionales, por lo menos una vez a la semana en la oración de la comunidad local, para vivir allí una celebración que reúna a todas las generaciones, desde los niños hasta las personas de edad?”</p> |
| 1988 Carta de Etiopia | <p>En la oración, con gran sencillez podemos hablar con Dios, con Cristo, con el Espíritu Santo. Y con una misma sencillez de corazón, podemos decir a quienes nos han precedido y que están cerca de él: reza por mí. Sus oraciones contaron en nuestra vida. Tras su muerte, ¿cómo podríamos dejar de confiar en su oración?</p> |
| 1989 Carta de Rusia | <p>En las iglesias rusas, la oración común, la profundidad del coro en los cantos, los iconos, la luminaria, el incienso, todo está llamado a hacer discernir la «alegría del cielo en la tierra». El ser en su globalidad es alcanzado no sólo en su inteligencia, sino en sus profundidades, en su propio cuerpo. Los iconos son como ventanas que se abren hacia las realidades del Reino de Dios y las hacen presentes en nuestra oración en la tierra. Dejan entrever, transfigurados a quienes ya han resucitado.</p> <p>En esa comunión irremplazable, «orar constantemente» (I Tes 5, 1-7) no significa forzosamente expresarse por medio de palabras. La oración es una realidad muy amplia. Las palabras no son más que una pequeña parte de ella. Esta se realiza también con pensamientos, imágenes, evocaciones, emociones. Cuando trabajamos, cuando descansamos, la oración prosigue interiormente. Verdad es que la oración necesita a veces muchas palabras para expresar todo a Dios. Pero querer explicitar a todo precio, ¿no será acaso entorpecer una comunión con Dios? Sin forzar los labios, la oración encuentra otras expresiones, gestos humildes, símbolos, el signo de la cruz, el gesto del ofrecimiento de nuestra vida colocando la frente en el suelo... Y he aquí que en un momento dado la oración se vuelve un simple descanso en Dios para nuestro corazón, en el silencio. Ese silencio puede estar</p> |

| | |
|----------------------------------|--|
| | <p>privado de imágenes y de pensamientos, a veces está colmado del sentimiento de la presencia del Resucitado, de su Espíritu Santo.</p> <p>Para rezar, algunos cristianos rusos, durante su vida, susurran, con voz inteligible o no, al ritmo de su respiración, la oración del Nombre de Jesús. Sencillas oraciones, a veces una sola palabra, llegan hasta el fondo del ser. Cada mañana al despertar, es posible recordarlo: «Yo soy de Cristo, yo pertenezco a Cristo» o bien: «Jesús nuestra paz, paz del corazón».</p> <p>En una civilización tecnificada donde la eficacia es tan perseguida (y que es a menudo un bien), muchos se sienten atrapados por los ritmos anónimos de programas y de horarios. Tienen sed de la realidad esencial, de signos de lo invisible. Si el edificio de una iglesia les parece a imagen de una construcción funcional, si además la oración común les parece monótona, a veces mecánica, algunos se aburren. Y ese aburrimiento es un sufrimiento espiritual. La oración común, la liturgia, está llamada a dejar presentir algo de las realidades del Reino de Dios. Ahí los cristianos rusos aportan un apoyo incomparable.</p> |
| 1990 Fuentes de la Confianza | <p>Cristo, el Resucitado está cerca de ti...y se eleva como una voz interior, voz que es oración. Tu boca puede callar, pero tu corazón silencioso escucha, de par en par abierto ante Dios.</p> <p>Cuando tu oración se hace palabra, ésta puede ser pobre y torpe. Le dices tus alegrías y desilusiones, todo. En la oración a solas poco importa el lenguaje; éste no desconcierta ni molesta al oído de nadie.</p> |
| 1991 Carta de Praga | <p>La oración es a veces muy concreta. El lenguaje humano apenas consigue expresar lo profundo de nuestro ser, pero en una oración de silencio interior nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestro espíritu encuentran reposo en Cristo... Y brotan las fuentes: el amor de su perdón, una bondad irremplazable y esa armonía interior que el Espíritu Santo crea en nosotros.</p> <p>La humilde oración viene a curar la herida secreta del alma y aparece un aliento que no cesará nunca...</p> <p>Nuestra oración no requiere de esfuerzos sobrehumanos. Como un leve suspiro, como la oración de un niño, nos mantiene alerta. ¿No ha revelado Dios a los pequeños, a los pobres de Cristo, lo que los poderosos de este mundo no son capaces de comprender?</p> <p>En la belleza de una oración común se desvela algo de lo inefable de la fe y de la indecible puerta a la adoración. La mirada mística descubre un reflejo de la alegría del cielo en la tierra e intuye cómo franquear las rupturas de la comunión para ponerse en camino hacia las reconciliaciones.</p> <p>Es esencial que la oración en las iglesias, lejos de conocer expresiones que rezumen tedio y aburrimiento, deje presentir la adorable presencia del Resucitado. La vida espiritual de una parroquia puede verse continuamente renovada cuando todos participan en el misterio, en modo particular por medio del canto. Cuando se canta en las lenguas de todos los presentes, el corazón se universaliza. Es fundamental que los jóvenes se unan, al menos una vez por semana, a la celebración común con todas las generaciones... con su presencia renuevan la esperanza de los mayores. Los iconos pueden ayudar también a hacer más bella la oración. Son como ventanas que se abrieran a las realidades del Reino de Dios para hacerlas presentes en nuestra oración en la tierra. Son una llamada a nuestra propia transfiguración.</p> |
| 1992 Un amor, fuente de libertad | <p>En la humilde oración, tendrás aún que decirle a Cristo: «¡Líbrame de mis miedos!». Y Cristo viene y alumbrá hasta el misterio del dolor humano, de tal manera que nos abre a una intimidad con Dios.</p> <p>Y un día comprenderás que Dios no suscita en nadie la angustia interior o un miedo.</p> <p>¡Si supiéramos hasta qué punto el canto en la oración común (o también en la soledad) abre y lleva a una libertad! La oración común puede hacernos contemplar la presencia del Resucitado, particularmente a través de la belleza de las oraciones y de los himnos cantados.</p> <p>Al cantar una oración, un niño puede sostener a todas las generaciones. Sería tan hermoso si en las iglesias uno o varios niños cantaran una oración, alternada con la de los mayores... Resulta posible hacer las iglesias acogedoras con poca cosa: velas, iconos, algunas telas, viejas alfombras sin valor para arrodillarse...</p> <p>El violinista Yehudi Menuhin escribió: «A partir del momento en que las palabras se cantan, éstas penetran hasta lo recóndito del alma. Estoy persuadido de que los jóvenes que hoy evitan las iglesias vendrían en masa si encontraran el misterio que allí debiera reinar».</p> <p>En la libertad de un intercambio con Cristo, con una sencillez sin igual, es posible depositar en él nuestras cargas. La humilde oración está al alcance de cada uno. Para orar, Dios no pide prodigios extraordinarios, ni esfuerzos sobrehumanos. Muchos creyentes han vivido con una oración muy pobre en palabras. Pablo, el apóstol, escribía: «No sabemos cómo orar...» Y añadía: «...pero el Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra incapacidad y ora en nosotros.» (Rom 8,26) Para algunos la oración necesita muchas palabras. Pero, ¿no será mejor pronunciarlas a solas? Expresadas en presencia de otros, ¿no les obligamos a escuchar lo que estaba reservado a una intimidad con Dios? Nadie quisiera abrumar a los demás con una oración convertida en charla. Cuando Pablo invita a «orar sin cesar», no significa únicamente expresarse por medio de palabras. ¡La oración es tan amplia! La oración encuentra múltiples expresiones, gestos como el signo de la cruz, símbolos como el de los discípulos que se prosternaban con la frente en el suelo, citado al final del Evangelio de san Lucas. Orar con la frente en el suelo expresa el deseo íntimo de renovar en todo momento la ofrenda de su propia vida.</p> |

| | |
|------------------------------|--|
| | <p>A veces la oración es combate interior. A veces es sencillo abandono de todo el ser en Dios en el silencio, sin palabras.</p> <p>Algunos oran con pocas palabras, siempre las mismas. Puede ser bueno encontrar para sí mismo una oración breve por medio de la cual expresar un clamor interior. Una oración así no puede volverse un método. Pero, en los más diversos momentos de nuestra jornada, esa llamada nos saca de nosotros mismos y nos conduce a la fuente. He aquí dos sugerencias:</p> <p>Cristo Jesús, Luz interior, no dejes que me hablen mis tinieblas. Cristo Jesús, Luz interior, haz que acoja tu amor.</p> <p>Bendícenos, Señor Cristo, a nosotros y a quienes nos has confiado. Mámennos en el espíritu del evangelio: la alegría, la sencillez, la misericordia.</p> |
| 1993 Despierta a una alegría | <p>En una oración interior, es posible confiar a Cristo, de inmediato y en todo momento, lo que nos inquieta o nos preocupa. Por ejemplo, en el transcurso de una conversación, podemos rezar por nuestro interlocutor sin que él lo sepa.</p> |
| 1994 De comienzo en comienzo | <p>En la oración, incluso si nuestros labios permanecen cerrados, nuestra alma puede abrirse ante Dios. Comprendemos su voz, voz interior, casi silencio.</p> <p>Es ante todo en la oración cuando despertamos. Pero cuando rezamos y parece que nada pasa, ¿será porque no hemos sido escuchados? No, no hay oración que no sea tenida en cuenta. Dios nos acoge en primer lugar dentro de nosotros. Cuando, por ejemplo, le confiamos quienes nos han herido, ya entramos en un camino de paz.</p> <p>Y, para orar, una sola palabra puede ser suficiente.</p> <p>Cuando se acompaña a un niño a un lugar de oración, una llama se enciende en él. Quizás la olvide pero es posible que, más tarde, se vuelva a encender. Para comunicar a un niño la confianza en Cristo, no se necesitan muchas palabras: poner la mano sobre su frente, recordarle la paz de Cristo, y su ser interior puede verse como iluminado por una invisible presencia que le marcará.</p> <p>¿Será posible preparar, el último viernes de cada mes, una oración común en una iglesia, una oración bien preparada, abierta a todos, con la belleza de los cantos? Estaría bien invitar particularmente a enfermos. La oración podría estar precedida de una comida sencilla y de un intercambio. La disposición interior de una iglesia es muy importante para mantener una oración común. No se trata de restaurarla, sino de acondicionamiento interior con medios muy sencillos, sin una financiación particular. Colocando los bancos a lo largo de los muros se libera un espacio donde poderse arrodillar sobre viejas moquetas sin valor. Es fácil encontrar tejidos baratos de algodón que se pueden teñir, por ejemplo de color anaranjado para suspenderlos en el coro. Una iglesia puede hacerse acogedora con poca cosa: algunas velas, iconos...</p> |
| 1995 Asombro de un amor | <p>Hace mucho tiempo, Elías, el creyente, se puso en camino buscando un lugar donde escuchar a Dios. Allí descubrió que la voz de Dios se hace perceptible en un soplo de silencio.</p> <p>Dios conoce nuestra espera. Percibe mejor que nosotros la intención y lo íntimo de nuestro ser. Lo que no alcanzamos a comprender en la oración, Dios ya lo ha comprendido.</p> <p>Cuando rezamos y nos parece que nada sucede, ¿será porque no somos escuchados? No. El fuego de un amor alcanza en nosotros incluso las regiones áridas, hasta las contradicciones de nuestra persona.</p> <p>En una apacible confianza en Dios, toda oración encuentra respuesta.</p> <p>Quizás distinta de la que suponíamos pero... ¿no nos responde Dios precisamente con el deseo de un amor más grande?</p> <p>¡Felices los que viven en la confianza del corazón, porque verán a Dios! ¿Cómo le verán? Al igual que María que, atenta, "conservaba todas las cosas en su corazón" (Lucas 2.19, 51) y veía a Dios con una mirada interior. El Espíritu Santo puede suscitar una visión, pero no es la aparición de una persona conocida o desconocida como si estuviera a nuestro lado. Es una imagen tomada del interior de uno mismo, lo bastante clara como para que podamos "ver" a un ser amado o venerado, como si estuviera presente. Es posible amar a Cristo hasta el punto de tener una visión así, suscitada por el Espíritu Santo. Sin embargo, ¿qué son visiones o éxtasis ante un gesto de amor, de perdón, de reconciliación?</p> <p>La belleza de una oración común es un apoyo incomparable. A través de palabras sencillas, de símbolos, irradia una alegría discreta y silenciosa.</p> <p>Tomar a un niño de la mano, ir a rezar con él en una iglesia... puede despertar al niño al misterio de la fe. Esto también es posible en casa. En el s.IV, san Juan Crisóstomo escribía: "La casa es una pequeña iglesia". Hoy en día, en sociedades secularizadas, es bueno que nuestros hogares dejen entrever la invisible presencia a través de algunos símbolos de Cristo. En una vivienda, resulta posible arreglar un rincón, por pequeño que sea, para la oración, con un icono, una vela... Claro está, hacer del hogar una pequeña iglesia, una "ecclesiola", supone no replegarse en ella entre unos cuantos y no olvidar la dimensión universal de la Iglesia.</p> <p>La fe puede volver a aparecer en la edad adulta en quienes, de niños, rezaron con alguien cercano. Cuando, al contrario, hay un vacío desde la más tierna infancia, puede ocurrir que ese vacío se llene como puede, con los diversos elementos que se presentan. ¿Cómo tendrá el niño la madurez suficiente para elegir entre todos esos elementos?</p> |
| 1996 Elige amar | <p>Atraverse a orar, atraverse a cantar a Cristo hasta la alegría serena... no una alegría cualquiera, sino la que viene directamente de las fuentes del evangelio.</p> |

| | |
|----------------------------|---|
| | <p>¡A menudo no sabemos cómo rezar! Pero “el Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad”. Suscita y sostiene la oración más de lo que suponemos. Reanima una unidad interior cuando estamos dispersos o desgarrados interiormente. Y comprendemos que no hay unidad interior sin la paz del corazón.</p> <p>A veces, para rezar una o varias palabras pueden ser suficientes. Entre los cristianos de Oriente, hay quienes se apegan a la oración del Nombre de Jesús, repetir una y otra vez simplemente el nombre de Jesús, colma una comunión. Hay oraciones breves que, cantadas hasta el infinito, tienen la capacidad de disipar las nubes que ensombrecen: “Cristo Jesús, no dejes que me hablen mis tinieblas, haz que acoja tu amor.” (Oración escrita por San Agustín hacia el año 400) Hay quienes repiten con frecuencia esta antigua oración: “Nada te turbe, sólo Dios basta.” O bien, rezan diciendo: “¡En ti, Cristo, la paz del corazón!” Algunos rezan arrodillados, otros con las manos juntas o con las manos levantadas, o incluso, como los discípulos de Jesús al final del Evangelio de Lucas, con la frente en el suelo. (Ver Lucas 24, 52)</p> <p>En su vida en la tierra, Jesús rezaba y su rostro se transfiguraba de luz. Suplicando, también rezó con lágrimas. Al final de su vida, Jesús deja que brote de sus labios una oración de confianza que nosotros también podemos decir: “En tus manos pongo mi espíritu” (Lucas 23, 46), esto es: “En tus manos pongo toda mi vida.”</p> <p>En todos nosotros Dios realiza milagros, una curación del alma. Así, de nosotros depende salir de una “dañina tristeza” arrojando en el crisol de la oración la inquietud, la angustia, el miedo. Y la alegría del Evangelio, el espíritu de la alabanza, supondrán siempre por nuestra parte una decisión interior renovada en todo momento.</p> <p>Cuando los jóvenes pueden unirse a la celebración de una comunidad local, de una parroquia, renuevan una esperanza en las generaciones de los mayores. Muchos esperan que las comunidades parroquiales sean lugares de oración donde el misterio de Dios resulte inmediatamente perceptible, nunca ahogado por un exceso de palabras. ¿Podrían los jóvenes preparar los viernes por la noche, al menos dos veces cada mes, una oración en una iglesia, muy sencilla, pero con la belleza de los cantos? Mantener un espacio de silencio abre a una comunión con Cristo y con el Espíritu Santo (un momento de silencio basta, varios resultan pesados). En sociedades secularizadas, también es bueno que nuestras casas dejen entrever la invisible presencia a través de algunos símbolos de Cristo. En una casa, se puede preparar un rincón, por muy pequeño que sea, para la oración, con un icono, una vela...</p> <p>Si quienes están llamados a hablar del Evangelio o a expresar una oración ante los demás pudieran decirse a ellos mismos: “¡Qué tu oración y tu palabra no contenga nunca una amenaza en nombre de Dios!” Dios es amor. El no se impone a los seres humanos a través del miedo. Incluso cuando Cristo era maltratado, no amenazaba a nadie. (Ver I Pedro 2, 23)</p> <p>Entre los jóvenes, algunos prestan cada vez más atención a la oración y a las fuentes de la fe. Muchos aspiran a una unidad interior y a la paz del corazón. Tienen sed de una oración común en la que no esté ausente una espera contemplativa.</p> |
| 1997 Pasión de una entrega | <p>Algunas veces nos parece que comprendemos tan poca cosa... Pero mantenernos en tu presencia, dondequiera que estemos, es rezar. Y quizá cerca de ti, Cristo, a menudo el silencio es el todo de la oración.</p> <p>Hay quienes, a lo largo de una vida, piensan que no saben rezar. ¿Lo ignoran? Ellos son visitados. En la gloria del silencio de Dios, en un susurro, Dios habla humildemente. Mantenerse en silencio en su presencia, para acoger su espíritu, es ya rezar.</p> <p>Aunque a veces nuestra oración no sea más que un pobre balbuceo, eso no es lo más importante. Las realidades del reino no se miden. En cierto sentido, es quizá mejor así: alegrémonos de que, por ello, Dios nos da la humildad.</p> <p>Y Dios comprende todos los lenguajes humanos. Él comprende nuestras palabras, pero comprende también nuestros silencios. Y el silencio es a veces el todo de la oración.</p> <p>No lograr un silencio interior a cualquier precio, suscitando en sí como un vacío, acallando imaginación y reflexión.</p> <p>En la oración, reflexiones e imágenes atraviesan el espíritu. Quizá sean necesarias para los equilibrios interiores. A quien se sorprenda diciendo: “Mis pensamientos se pierden mi corazón se dispersa”, el Evangelio responde: Dios es más grande que tu corazón.</p> <p>Es inútil imponerse a sí mismo o a los otros métodos para forzar el silencio interior. El conocimiento de ciertos principios para sostener el cuerpo y la respiración es a veces necesario. Pero de ahí a erigirlos en recetas o en querer hacer escuela hay un buen margen.</p> <p>Cuando la oración está sometida a una técnica, el ser humano construye a partir de sí mismo. Todo sistema, incluido el misticismo, corre el riesgo de alcanzar un Dios fabricado por las proyecciones humanas.</p> <p>Dichoso el limpio de corazón porque verá a Dios. En cada uno, el reino interior no tiene principio ni fin.</p> <p>Cuando una oración común deje entrever sobre la tierra la alegría del cielo, la gente acude de todas partes para descubrir aquello de lo que inconscientemente, se estaba privado.</p> <p>Nada lleva más a la comunión con Dios vivo que una amplia oración común, meditativa y accesible a todas las edades. Y dentro de ella esta cumbre de la oración que es el canto que no</p> |

| | |
|-------------------------|---|
| | <p>acaba nunca y que continúa luego en el silencio del corazón, cuando nos encontramos a solas. Los vientos pueden soplar, desecar a su paso, extender los desiertos... pero la sed no apagada encuentra sosiego.</p> <p>Cuando el misterio de Dios se hace perceptible a través de la simple belleza de los símbolos, cuando no está sofocado por una sobrecarga de palabras, entonces una amplia oración común, lejos de destilar monotonía o aburrimiento, da paso a la alegría de Dios sobre la tierra de los hombres.</p> <p>Y la presencia de todas las generaciones, desde los más ancianos hasta los niños, es un símbolo que habla por sí solo y deja entrever que no hay más que una sola familia humana.</p> <p>En el siglo IV después de Cristo, san Juan Crisóstomo escribía: hay algunos cristianos que "hacen de su vivienda una Iglesia conduciendo a todo el mundo hacia la fe, y abriendo su casa a todos los extranjeros". Y en otra parte añade: "No es poco hacer de su vivienda una pequeña Iglesia."</p> <p>Por minúscula que sea una vivienda, puede convertirse en un lugar de alegría serena donde acoger a otros y acompañarlos hasta las fuentes de la fe.</p> <p>Cuando llega alguien ¿por qué no llevarlo hacia un rincón de la habitación preparado para la oración, como hacen los cristianos del Este?</p> <p>Sí, toda vivienda, incluso la de una persona que vive sola, puede ser como una pequeña iglesia doméstica: cuando las sociedades se secularizan, puede dejar a entrever lo invisible a través de algunos símbolos sencillos que recuerden la presencia de Dios.</p> <p>A veces nuestra oración está muy desnuda. Es sólo un suspiro, un lenguaje torpe. Pero tú entiendes todos los lenguajes humanos y soplas sobre lo que en nosotros es frágil y vulnerable.</p> <p>En una vida interior que no tiene ni principio ni fin, tú nos concedes reposar en ti de cuerpo y de espíritu.</p> |
| 1998 Alegría inesperada | <p>¿Quién es este Espíritu Santo? Es el Espíritu de Cristo resucitado.</p> <p>Semejante al viento, escuchamos su voz, pero no sabemos ni de dónde viene ni a dónde va. Es el soplo de Dios, siempre ofrecido, siempre presente.</p> <p>¿Dejarás que brote la oración interior que él anima en ti?</p> <p>Lo que caracteriza a la oración cristiana es dejar que el Espíritu Santo rece en nosotros y reavive una espera. Ver Romanos 8.26-27.</p> <p>Cuanto más saques de la oración energías creadora más descubrirás una capacidad para construir con los otros</p> <p>¿Lo presientes? Lucha y contemplación tienen una sola y única fuente: si rezas, es por amor; si luchas, asumiendo responsabilidades para hacer que la tierra sea más habitable, es también por amor.</p> <p>¡Qué se alegre nuestro corazón! La belleza sencilla de la oración común es uno de los lugares donde se renueva una alegría interior que es espíritu de la alabanza. La oración cantada, ¿no es como uno de los primeros dones de nuestra resurrección aquí en la tierra?</p> <p>Es esencial que la oración común sea más contemplativa, con iconos discretamente iluminados, como ventanas abiertas a la eternidad de Dios, con cantos meditativos que permitan la participación de todos... En el corazón de la oración común, un momento de silencio recuerda que, a menudo, la voz de Dios se escucha en un soplo de silencio, como descubrió el profeta Elías (1 Reyes 19.12-13). Permanecer en silencio, en presencia de Dios, con el deseo de acoger su Espíritu Santo, ya es rezar.</p> <p>El Evangelio nos dice que cuando Cristo rezaba se llenaba de gozo, pero también lloraba y suplicaba. Ver Lucas 10.21-22 y Hebreos 5.7.</p> <p>En nosotros puede haber resistencias, opacidades, momentos de oración en los que nuestros labios permanecen inexplicablemente cerrados. Cuando rezamos solos, ¿no será mejor expresar con sencillez aquello que surge de nuestro corazón y que viene del fondo de nuestro ser? El espíritu de la alabanza no puede forzarse. Las primeras palabras que brotan son a veces: «¡Oh Dios, ven en mi ayuda!» o «¡No me abandones!».</p> <p>Pero «hay también una voz y un lenguaje del corazón. Esta voz interior es nuestra oración cuando nuestros labios permanecen cerrados y nuestra alma está abierta ante Dios. Nos llamamos y nuestro corazón habla; no para los oídos humanos, sino para Dios. Tenlo por seguro: Dios sabrá escucharte» San Agustín escribe este texto cuatro siglos después de Cristo, en su «Comentario del salmo 125».</p> <p>Podemos rezar diciendo: «Tú que nos amas, tu perdón y tu presencia hacen que nazca en nosotros la claridad de la alabanza. » En esta oración, que puede recitarse o cantarse en grupo, o repetirse una y otra vez en el silencio del corazón, el «tú» se dirige al mismo tiempo a Dios, a Cristo y al Espíritu Santo.</p> |
| 1999 Carta 1999-2001 | <p>En esta espera, algunos se dicen: «Quisiera abrirme a Dios tal como soy, pero mi oración se desorienta y mi corazón se dispersa. Una pregunta persiste: si Dios lo sabe todo, ¿por qué dirigirle oraciones explícitas? Cristo ilumina este misterio: él mismo rezó con palabras, a pesar de que Dios conocía toda la intención de su corazón. El Evangelio responde: «Dios es más grande que tu corazón.» (1 Juan 3,20)</p> <p>Si tenemos la impresión de rezar con casi nada, (Entre los cristianos de Oriente, algunos susurran durante toda su vida, con voz inteligible o no y siguiendo el ritmo de su respiración, la oración del Nombre de Jesús. Decir una y otra vez este único nombre, «Jesús», llena una comunión.) ¿no es Dios un Padre que acoge a todos con ternura? La última oración de Cristo en la tierra nos lo</p> |

| | |
|-------------------------------|---|
| | <p>recuerda: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Estas palabras de Jesús (Lucas 23,46), algunos las dicen cada noche antes de acostarse.</p> <p>La oración solitaria es a veces ardua; pero no olvidemos que existe la belleza de la oración común. Si nuestra oración experimenta como un vacío, dejemos que Dios nos hable. Recordemos estas palabras escritas por San Agustín, en el siglo IV: «Hay una voz del corazón y un lenguaje del corazón... Esta voz interior es nuestra oración cuando nuestros labios permanecen cerrados y nuestra alma está abierta ante Dios. Nosotros callamos y nuestro corazón habla; no a los oídos de las personas, sino a Dios. Ten por seguro que Dios sabrá escucharte.»</p> <p>Cuando la oración se expresa con palabras simples, con himnos y cantos, llega a tocar el fondo del alma. En nuestro hogar es posible acondicionar para la oración el rincón de una habitación, aunque sea pequeño, colocando con gusto un icono y una vela. Algunos escuchan música, en el caso de que no puedan cantar ellos mismos.</p> <p>El que sigue los pasos de Cristo, permanece al mismo tiempo junto a Dios y a los demás. La oración es una fuerza serena que trabaja al ser humano, le remueve y no le deja adormecerse ante el mal, ni ante las rupturas que tantos padecen. De la oración se sacan las indispensables energías de compasión. ¿Por qué un enfermo, una persona mayor, se apesadumbraría diciendo: «Yo no hago nada por los demás»? ¿Habrán olvidado que su oración es acogida por Dios y que va a encontrar una respuesta inesperada?</p> <p>Para avanzar en la confianza en Dios y construirse interiormente, es bueno rezar en el silencio de su corazón con algunas palabras y referirse a ellas en todo momento. Por ejemplo: «En todo la paz del corazón... la alegría, la sencillez, la misericordia»; «Jesús, mi alegría, mi esperanza, mi vida»; o bien: «Dios, que nos amas, tu perdón y tu presencia son en nosotros una fuente de alabanza»; «Jesucristo, no dejes que mis tinieblas me hablen, concédeme acoger tu amor».</p> |
| 2000 Asombro de una alegría | <p>Algunos niños comprenden la oración más de lo que pensamos. ¡Feliz el que ya desde muy joven ha sido despertado a una comunión en Dios por quienes están cerca de él!</p> <p>Cuando, a solas, no sabemos como orar, a veces nuestros labios permanecen cerrados. Pero, en el silencio, nuestra alma está abierta ante Dios y le habla. Y el Espíritu Santo ora en nosotros. Puede incluso despertarnos una aspiración a la contemplación. Ver Romanos 8,26-27.</p> <p>La oración es un tesoro de Evangelio, abre una senda que conduce a amar y a perdonar.</p> <p>Al hablar sobre el canto en la oración, Olivier Clément escribe: " Hay toda una tradición de la repetición pacificadora que vacía el intelecto de su agitación y le permite disponerse a orar. Algunos, que no saben casi nada del misterio, son introducidos de esta manera. Ello les abre a la parte más profunda de ellos mismos. Esta oración no puede ser demasiado complicada. Lo esencial del cristianismo puede decirse con pocas palabras. Hay una suavidad que viene por medio de ese canto repetitivo, una paz interior". (Extracto del libro: " Taizé, un sentido a la vida ", Narcea, 1997) De esta manera, podemos cantar: " Cristo Jesús, luz interior, no dejes que me hablen mis tinieblas. " (Palabras del siglo IV); " Dios no puede dar sino su amor. " (Palabras del siglo VII); o también: " Tú que nos amas, tu perdón y tu presencia, hacen nacer en nosotros la claridad de la alabanza".</p> |
| 2001 Presientes una felicidad | <p>Nuestra oración es una realidad sencilla. ¿Y si es un pobre suspiro? Dios nos sabe escuchar. Y no olvidemos nunca que, en el corazón de cada persona, es el Espíritu Santo quien ora (Romanos 8,26) Mantenernos en silencio en presencia de Dios es ya una disposición interior abierta a la contemplación.</p> <p>En todo momento, podemos orar de modo muy simple. Algunas palabras dichas lentamente o cantadas, cinco veces, diez veces, desde el fondo de nuestro corazón, pueden sostener nuestro deseo de una comunión con Dios. Así estas breves oraciones: «Una sed llena mi alma, abandonar todo en ti, Cristo.» – «Tú que nos amas, tu perdón y tu presencia hacen nacer en nosotros la claridad de la confianza.» – «Jesucristo, luz interior, no dejes que me hablen mis tinieblas, concédeme acoger tu amor.» – «En todo la paz del corazón, la alegría, la sencillez, la misericordia».</p> |
| 2002 Ama y dilo con tu vida | <p>Es posible encontrar a Dios, realmente, en la oración, tanto la que se expresa con palabras como en el silencio. Tener el simple deseo de una comunión con Él, es ya una oración. San Agustín escribió estas palabras: "Un deseo que llama a Dios es ya una oración. Si quieres orar sin cesar, no dejes nunca de desear... Orar con muchas palabras no es, como algunos creen, orar mucho... Desechemos de la oración las palabras numerosas, pero oremos mucho en el silencio del corazón." Él también escribió: "Si deseas conocer a Dios, ya tienes fe".</p> <p>Nada lleva tanto hacia Dios como la oración común, cuando ésta está sostenida por la belleza del canto. Para algunos, la belleza de la música, escuchada dentro de una iglesia o en su propio cuarto, sostiene una espera contemplativa.</p> |
| 2003 Dios sólo puede amar | <p>Cuando nuestra oración personal parece pobre y nuestras palabras torpes, no nos detendremos en el camino. Si para algunos la oración en soledad es ardua, la belleza de una oración cantada, incluso entre dos o tres, sostiene incomparablemente la vida interior. A través de palabras sencillas, cantos largamente repetidos, puede irradiar un gozo. En Taizé y en los encuentros en los diversos continentes, descubrimos que una oración común, cantada juntos, permite que ascienda el deseo de Dios y entrar en una oración contemplativa.</p> <p>¿No es uno de los deseos más profundos de nuestra alma realizar una comunión con Dios?</p> <p>Tres siglos después de Cristo, un creyente africano de nombre Agustín escribía: «Un deseo que llama a Dios es ya una oración. Si quieres orar sin cesar, no ceses nunca de desear...»</p> |

| | |
|--------------------------------------|---|
| | <p>Una gran sencillez de corazón sostiene una oración contemplativa. La sencillez es fuente de una alegría. Permite abandonarse en Dios, dejarse llevar hacia Él.</p> <p>En una vida de comunión así, Dios, que permanece invisible, no se comunica con nosotros por fuerza con palabras humanas. Nos habla especialmente a través de silenciosas intuiciones. A propósito de la oración, San Agustín escribe: «Orar mucho, no es, como algunos piensan, rezar con muchas palabras... Evitemos en la oración las muchas palabras, y oremos mucho en el silencio del corazón.»</p> <p>El silencio, en la oración, parece nada. No obstante, en este silencio, el Espíritu Santo puede concedernos acoger la alegría de Dios, hasta tocar el fondo del alma.</p> <p>A través de una sencilla oración, muchos comprenden un día que Dios les dirige una llamada. ¿Qué llamada?</p> <p>Dios espera que nos preparemos para llegar a ser portadores de alegría y paz.</p> |
| 2004 Hacia las fuentes de la alegría | <p>Permanecer delante de Dios en una espera contemplativa no sobrepasa nuestra medida humana. En una oración así, un velo se levanta sobre lo inexpresable de la fe, y lo indecible lleva a la adoración. Dios está presente también cuando el fervor se disipa y cuando se desvanecen las resonancias sensibles. Nunca somos privados de su compasión. No es Dios quien se mantiene alejado de nosotros, somos nosotros los que a veces estamos ausentes. Una mirada contemplativa percibe signos de evangelio en los acontecimientos más simples. Discierne la presencia de Cristo incluso en el más abandonado de los humanos. Descubre en el universo la radiante belleza de la creación.</p> <p>Vivir en comunión con Dios conduce a vivir en comunión los unos con los otros. Cuanto más nos acercamos al Evangelio, más nos acercamos los unos a los otros. El teólogo ortodoxo Olivier Clément escribe: «Cuanto más se convierte uno en un hombre de oración, más se vuelve un hombre de responsabilidad. La oración no libera de las tareas de este mundo: nos hace aún más responsables. Nada es más responsable que orar. Esto puede tomar la forma concreta de una presencia junto a los que sufren los abandonos humanos, la pobreza -como es el caso, por ejemplo, para los hermanos de Taizé que viven en los barrios de desheredados en otros continentes-, nos llama también a ser personas inventivas, creadoras en todos los ámbitos, incluido el ámbito económico, el ámbito de una civilización planetaria, el ámbito cultural...» (Taizé, un sentido a la vida, Narcea, Madrid 1997.)</p> |
| 2005 Un porvenir de paz | <p>Nuestra oración personal es también sencilla. ¿Pensamos que para orar, hay necesidad de muchas palabras? (Mateo 6,7-8) No. Sucede que algunas palabras, a veces torpes, bastan para entregar todo a Dios, tanto nuestros miedos como nuestras esperanzas.</p> <p>La oración no nos aleja de las preocupaciones del mundo. Al contrario, nada es más responsable que orar: cuanto más se vive una oración sencilla y humilde, más se es conducido a amar y a expresarlo con la vida.</p> <p>Y en una oración muy sencilla, podemos presentir que nunca estamos solos: el Espíritu Santo sostiene en nosotros una comunión con Dios, no por un instante, sino hasta la vida que no termina.</p> |
| 2006 Carta inacabada | <p>En el corazón de cada uno, aún hoy susurra: «No te dejaré nunca solo, te enviaré al Espíritu Santo. Incluso si estás en lo hondo de la desesperación, me tienes cerca de ti.»</p> <p>Acoger el consuelo del Espíritu Santo es buscar, en el silencio y la paz, abandonarnos en él. Entonces, incluso si se producen graves acontecimientos, se hace posible superarlos.</p> |